Radio Pío XII Una mina de coraje



José Ignacio López Vigil

ALER / Pío XII

UNA MINA DE CORAJE

Radios mineras de Bolivia

José Ignacio López Vigil

ALER-PÍO XII Marzo 1985, Quito, Ecuador

Copyleft - Derechos Compartidos bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 3.0 http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/



Dos palabras antes

Este libro no lo escribí yo. Muchos lo escribieron. O mejor, lo hablaron. Yo sólo grabé—con admiración, con entusiasmo— el testimonio de trabajadores, de señoras, de dirigentes del distrito minero de Siglo XX (Potosí, Bolivia). Lo que ellos sabían, lo que recordaban de la fundación de la radio católica Pío XII. Y lo que pasó después, cómo fue evolucionando. Grabé también a varios directivos, locutores y locutoras de la emisora. Con todos estos relatos se puede reconstruir bastante bien el cambio dado por esta institución radiofónica a lo largo de sus 25 años de existencia.

Las instituciones suelen ser como la gente. Nacen, crecen, también mueren. Igual que la gente, las instituciones comienzan jóvenes, con buen impulso. Luego, poco a poco, se van cansando, se vuelven rígidas, pesadas. En el caso de la Pío ha sucedido exactamente al revés. Nació vieja, avejentada por una carga de consignas anticomunistas. Renegaba, se enojaba como los abuelos cascarrabias. Con los años, a fuerza tal vez de dinamitazos, fue rejuveneciendo. ¡Vivir para ver! Al principio, la dinamita la tiraban los mineros en contra de la Pío. Y los curas pedían auxilio a las Fuerzas Armadas para defender la emisora católica. Unos años después, los militares dinamitaban, intervenían la estación. Y eran los mineros los que acudían a defenderla.

Esta inversión —conversión que llaman en la Biblia— no es frecuente. Si ya es difícil que un ñato cambie, ¡cuánto más una institución! Sucede pocas veces, la verdad. Y por eso mismo, he querido recoger en estas páginas los hechos que explican ese vuelco de la taza.

El lector echará de menos los nombres de los que hablan. No los he puesto porque, a veces, el singular de un relato corresponde a varias voces que cuentan un mismo suceso. Y en definitiva, no se trata de éste o el otro, sino de todo un sector del pueblo boliviano, experto en coraje, quien protagoniza esta historia. Una historia que no busca, desde luego, el rigor científico de los archivos. Los datos se entremezclan en la memoria popular. Una fecha se cruza con otra. Un detalle se exagera, otro se olvida. Es casi imposible recuperar las mil anécdotas vividas durante los últimos años en ese distrito minero. De todas formas, lo que cuenta no es la pincelada, sino el cuadro.

Un cuadro muy incompleto, por cierto. Sería un hermoso trabajo —un deber— escribir la historia de las luchas obreras en el distrito, escribir la vida de un dirigente de la talla de Federico Escóbar, la historia del Sindicato Mixto de Trabajadores de Siglo XX, la del Comité de Amas de Casa... Yo me concentré solamente en los hechos que tocan a la Pío XII y en los que explican su cambio.

Estoy seguro que estas páginas, cuando sean leídas en el mismo Siglo XX, dejarán insatisfechos a los que participaron en tantas jornadas heroicas que aquí se narran. No puede ser de otra manera. Siempre la vida es más ancha, más completa, más estremecedora que las cuatro páginas de un libro. Pero para quienes sabemos de oídas, espero sean suficientes para asomarnos a lo que han significado estos 25 años en el proceso de Radio Pío XII.

Una palabra sobre el orden del libro. He dividido el material con los nombres de tres directores de la Pío: LINO, GREGORIO, ROBERTO. La emisora, propiedad de los Padres Oblatos, ha tenido otros sacerdotes y laicos al frente de ella que también han

impulsado su conversión. Más aún, el cambio de la Pío no se debe tanto a la actitud de sus directores, sino al empuje de los obreros que van recuperando un medio de comunicación que, inicialmente, les era ajeno y hostil. A pesar de esto, creo que bajo los nombres de estos tres directores se simbolizan bien las tres etapas recorridas por la emisora en este cuarto de siglo. Un primer tiempo de intolerancia, de conflicto frontal con el sindicato, de furioso anticomunismo (LINO). Un segundo, de acercamiento al dolor minero, de compromiso con el pueblo, todavía sin sufrir las consecuencias que este compromiso conlleva (GREGORIO). Y un tercero, de abierta identificación con las luchas populares y con cinco intervenciones militares como respuesta (ROBERTO).

Los lectores no acostumbrados a la manera de hablar andina se sorprenderán —sobre todo en la primera parte— de la construcción de muchas frases. Hemos preferido conservarlas tal como las escuchamos. La belleza de estos giros corresponde a un pueblo que rompe cualquier regla de gramática cuando, desde su cultura quechua o aymara, le toca expresarse en castellano.

Los testimonios centrales han sido interceptados por opiniones de otros entrevistados (en letra cursiva) o por documentos y transcripciones de la época que se narra. Así podemos asomarnos a un mismo hecho desde distintos ángulos.

Del pueblo minero de Bolivia y de los compañeros y compañeras de la Pío recogí estos relatos. A ellos, en primer lugar, se los devuelvo. Sirvan como signo de gratitud y solidaridad, después de los cortos pero inolvidables días pasados en Siglo XX.

José Ignacio López Vigil 1 de mayo 1984 25 aniversario de Radio Pío XII

> Y debe haber testimonio. Y eso fue lo malo, que nosotros no dejamos anotado todo lo que pasa.

> > Domitila de Chungara



LINO

Hoy entregamos esta radio al pueblo, a nuestros hermanos trabajadores. Y es por eso que hemos escogido esta fiesta, la fiesta del trabajador, para entregar nuestra radio. La radio está a la disposición de ustedes. Y el fin de esta radio —voy a utilizar las palabras del Papa Pío XII— es decir la verdad y hacer el bien en este campamento. Yo sé que vamos a tropezar con dificultades. Todos saben y no es un misterio decir que para organizar esta radio hemos sufrido todos juntos. Hemos aceptado dificultades que Dios nos ha mandado por algunos hermanos en este campamento. Pero hemos vencido esas dificultades.

P. Lino Grenier, inauguración de Emisoras Pío XII, 1 de mayo 1959

Una antena católica

¿Y no he de recordar si al estreno vine? Había gran fiesta. Ch'alla¹ había, bailes había, adornado con papeles de color. Había una alegría fatal. La banda vino, no sé de dónde. Yo no bailé ese día, era muy cobarde para entonces. Mi mamá sí bailó. Y había dos señoras que eran Marías, antiguas viejitas. Ellas estaban más apegadas a los padres, como solteritas al fin. Y eran de una congregación de las Cruzadas de Fátima. Mi madre también era devota, pues, de la Fátima. Y de las que sabía dar para el levantamiento de la emisora. Muy religiosa era ella, y yo la escuchaba decir "limosna llevo para Pío XII". Todavía tengo tres recibitos de lo que dio mi mamá. En uno había dado 50 centavos, en otro 2 centavos. En ese antes, centavo era harto. La gente dio para la emisora, sí. Dio porque pedían. Y en los templos se daba.

En una reunión de LTC², Lino nos preguntó si veíamos bueno de levantar una radio católica. Y dijimos que cómo no. Ya él había levantado la iglesia de Siglo³, que en el campamento no había templo, sólo en la población civil, en Llallagua. Lino promovió eso desde que llegó en el 54. Y al 56 ya estaba terminada. Pero faltaba la emisora. Lino dijo que de nombre llevaría Pío XII, y algo explicó sobre la bondad de este Papa. También dijo:

- —Hay que contribuir.
- —Mit'a⁴ podemos dar para ese Pío XII —dijimos los trabajadores—. ¿Alcanzará pero?
 - También la Empresa⁵ va a ayudar —dijo Lino.

La Empresa tenía mucho empeño en la emisora católica, mucho ayudó con tractores, con material de construcción. Del terreno no sé cómo lo consiguió el padre. Pero para él nada consideraba imposible. Tenía entrada fácil en el Palacio, con el Presidente Siles⁶, que gobernaba entonces. Quería una cancha, necesitaba un dinero para un socorro social, entraba a cualquier ministerio y conseguía. No era sonso, pues, el padre.

Pero a lo de la emisora comenzaron a oponerse los del Sindicato. Y más, con el Control Obrero que dirigía el finado Federico Escóbar. Vetaron. Que ya teníamos La Voz del Minero. Pero la LTC, la JOC⁷, los jóvenes, ya éramos más fuertes que el Sindicato. Centenares supimos ser y con mucha disciplina. Los enfrentaríamos si era llegada la necesidad.

Y Lino trajo la emisora.

¹ Costumbre de rociar la tierra o los objetos nuevos con bebidas alcohólicas antes de brindar o celebrar un acontecimiento para que la Pachamama, diosa de la tierra, beba.

² Liga de Trabajadores Católicos, fundada por los Padres Oblatos.

³ Siglo XX, campamento minero, contiguo a Llallagua.

⁴ Salario de un día.

⁵ La Empresa Minera Siglo XX-Catavi, nacionalizada por el Estado Boliviano en el 52, cuando la Revolución del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR).

⁶ Hernán Siles Suazo, actual presidente de Bolivia, fue ya presidente del 56 al 60, por el MNR.

⁷ Juventud Obrera Católica, fundada en el distrito por los Padres Oblatos.

Había cualquier cantidad de gente ese día que la abrieron. Primero de Mayo había sido, me acuerdo. Todos abrazaban al tata Lino. Hasta alcalde de La Paz vino. Y diputado más. Obispo también vino, que habló bonito ese día y bautizó la emisora. Y los obreros de Lino muy contentos con la Pío XII que iba a ser mejor que todas. Porque había La Voz del Minero, ¿no ve? La de los rojos. Pero la nuestra era mejor antes ya de comenzar. Es que tenía antena católica.

* * * * *

Antes del 52, de la Revolución, el Sindicato no tenía emisora. Un par de altoparlantes utilizaba para llamar a asambleas, poner discos, y así. Bueno, en el 52 los mineros planteamos de tener una radio. Y se inauguró La Voz del Minero, la primera emisora de los centros mineros.⁸ Pero el caso era que la gente no tenía receptores. Entonces, el Sindicato se vio obligado a traer receptores, unos pequeñitos, Tesla, y se los dio a los trabajadores, descontados del salario. Todavía algunos tienen los Teslas antiguos, a pilas. Eso fue muy nuevo en el centro, porque antes sólo los ricos tenían radio. Los obreros, contentos, ch'allamos las radios. Y todos a oír La Voz del Minero, toditos. Mucho mejoró la lucha sindical en el distrito con esta emisora.

Ahí es que los curas nos tuvieron bronca. Y decidieron levantar una emisora católica. Ya estaba andando el pleito de comunismo contra religión. Claro, los obreros nos habíamos dado cuenta que los curas extranjeros eran políticamente más astutos que los nacionales. Más peligrosos, pues. Y cuando se va a levantar la Iglesia de Siglo donde ahora está la cancha de k'ascha⁹ nos ponemos en contra. Pero no por la iglesia, sino por lo antisindicales que ya se han vuelto los curas.

Nosotros, bien alegres. Le habíamos quitado el terreno al Lino. Y la Empresa que le da entonces la pendiente. En ahí no levanta ni un calvario, pensamos. Pero ellos simularon una colecta con los de la LTC, la JOC y las señoras. Macanas. Ellos ya tenían la plata para la iglesia y la emisora. Del Canadá les vino esa plata, que yo lo sé.

Federico Escóbar se oponía a todo esto. Pero el Lino se consiguió las máquinas para comenzar. Todavía me acuerdo cuando un tractor de la Empresa vino a aplanar el sitio donde está hoy la emisora, que era sembradío de los mineros. El Secretario de Milicias del Sindicato, un tal Rocabado, bien gordo, se plantó delante.

- —Quítese de ahí —dijo el tractorista.
- —¡Quítate tú chupamedia de los curas!

El otro paró la máquina, lógico. Y mucha gente comenzó a ponerse junto al gordo, al sindicalista. En eso, aparece Lino.

- —Baje del tractor —le dice.
- —Pero, padre...
- —Que baje le digo.

⁸ Al poco tiempo, se inaugura la "21 de Diciembre" en Catavi. El ejemplo cunde y en 1956 los distintos sindicatos y distritos mineros bolivianos contaban ya con 20 emisoras propias, costeadas por los propios trabajadores. Bolivia es el país latinoamericano donde los obreros disponen de más medios de comunicación social de su propiedad.

⁹ Frontón de pelota de mano.

Lino se arremangó la sotana, se subió al tractor y lo aceleró. Rocabado y los demás tuvieron que dar un salto macho. Y el cura siguió aplanando, sin voltear la cara. Así se comenzó a levantar la Pío.

* * * * *

Voy a hacer que se resalte la labor de los Padres Oblatos. Estos buenos Padres Oblatos, ¿qué fin han perseguido al instalar esta radio? ¿Molestar a alguien? Imposible. ¡Si han venido para servir a los fieles y a los hermanos como sacerdotes celosos que son! ¿Quieren tener ellos preponderancia para poder dominar la situación y el elemento que aquí reside? Absolutamente, no. Ellos son abnegados, no se predican a sí mismos, para ellos no quieren nada. Ellos pudieran estar muy tranquilos y mucho más felices en sus tierras. Están aquí sacrificándose por todos nosotros. A mí me da plena satisfacción el encontrar ahora estas palabras de gratitud y alabanza que he encontrado para los beneméritos Padres Oblatos, a quienes yo quiero en el alma. Y me satisface más por esta comprensión no sólo del campamento, sino también de fuera. No quiero referirme a unos pequeños grupos que, compuestos por personas que han envenenado sus mentes con doctrinas de odio y de terror, están creyendo que están en la verdad. A todos estos descarriados, hay que tratar de atraerlos al seno de la Iglesia al que pertenecen.

Doy, señores, por inauguradas las labores de Radio Pío XII. Que esta radio siembre la buena semilla en las almas de los queridos obreros. No aborrecemos, no odiamos a nadie. El más rojo comunista es hijo de Dios. Y si la gracia de Dios le toca, ese comunista, líder comunista, se convertirá en un líder cristiano, católico, como ya conocemos algunos. Que vengan todos al redil, esas ovejas descarriadas. Que escuchen las voces que se han vertido en esta radio. Y que piensen que no se quiere otra cosa, sino el bienestar de ellos dentro de una patria feliz y grande.

Mons. Cleto Loayza, Obispo de Potosí, en la inauguración de Emisoras Pío XII, 1 de mayo 1959.

Ni santos ni chicha

Mi mamá se fue de la iglesia porque se resintió con el padre, porque ya los padres no querían Congregación de Fátima, porque eran conservadoras las señoras, porque los padres más hablaban ahora de Biblia.

—¡Parecen ser evangelistos! —decía mi mamá—. Más devoción yo quiero. El padre de antes hacía rezar el rosario. Ahora ni rosario no hay, lo han cortado.

De ese modo se apartó. Pero yo, como era joven, me gustaron los padres con su Biblia. Esto es bien, pensé yo. Pero mi madre decía:

—Andate tú con ellos. A mí no me convienen.

A los padres primeros les habían dado dos casitas en la Montes. El templo de Llallagua era rústico, piso de barro tenía. Y los padres, después de varias misas, lo hicieron de nuevo. La construcción era elegante. Pero desecharon todos los altares. Todas las estatuas levantaron. Y aquí todos estaban con la costumbre de besar al santo. El caso fue que, cuando los mineros se anoticiaron de que estaban cambiando la religión, fueron allá, a la parroquia. Vieron todo vacío, como salón de baile. Y un sólo Cristo sin ropa en el centrito.

- —¿Dónde están los santos? gritaron ellos.
- —Donde deben estar —dijo el padre—, en el sótano. Todo eso es idolatría. Y además, son horribles.
 - —Entregue, pues. Si usted no es católico, nosotros sí. Los santos son nuestros.
 - —Los santos son de la iglesia. Y en la iglesia nadie me ordena lo que hago.
 - —Las joyas pusimos nosotros. ¡Devuelva las joyas!

Las mujeres, que también habían venido, gritoneaban más. Querían ya pegarle. Y los hombres buscando dinamita para hacer volar todo. Y el padrecito con la colerina:

- —¡Váyanse de aquí! ¡Fuera, fuera!
- —¡Váyase usted que llegó último y deje los santos en su lugar!
- —¡Si no se van ahora mismo, los excomulgo!

Nada sabíamos de excomulgar. Pero, por suerte, también a nosotras nos botó esa vez para no perder comunión de misa. Es que las chicas católicas habíamos ido porque ya nos avisaron del ataque. Fuimos a defenderlo al padre, pero también a nosotras nos sacó a gritos. Yo perdí un poco de fe, pero no por lo que nos corrió, sino por la Asunta. A un ladito la pusieron, como no primera. Por Santiago me alegré. Lo sacaban en procesión, pero era feo. Con caballo, con capa, con sombrero de paja iba, parecía cholita. Muy feo era. Pero la gente así lo quería porque patrón de rayos había sido. Y la persona embrujada sanaba al pasar la fiesta. También había San Mateo y el José de María. Pero a toditos los escondió el padre en el sótano. Y las joyas no devolvió. Eran joyas fantasía, cosa de nada, pero la gente había puesto. Y las espermas, lo que lloran las velitas, vi yo a la cocinera lustrando el piso con ellas derretidas. Luego, el padre quería atizar con los santos.

- —Las ropitas sirven —le dijimos—. Son brillosas.
- —Pueden hacer uso —permitió él.

Y dio las ropitas. Una señora vecina mía, desatando, hizo vestidos para sus *wawas*¹¹, Roponcito hizo con la capita de Santiago, que yo la envidiaba. Y bueno, había una murmuración única. Había odio con los padres por los santos de la parroquia. Al Sindicato fueron a quejarse y reclamar. Y hasta ahora los de aquí no entienden por qué se hizo aquella vaciada del templo.

* * * * *

Al cura se le conocía como "el buitre". De negro iba. Y cobraban por todo, por matrimonio y bautizo, por fiesta y defunción. Hasta por morirse con Dios había que pagar.

Y bueno, llega el 52. El MNR nacionaliza las minas. Y como la iglesia habla estado muy metida con la Patiño¹² y con toda la rosca minera, eso era un problema. Un problema político. Que se vayan los curas, pedimos nosotros. Se han vendido a la Empresa. Que los monten en burro y los lleven a la frontera.

¹⁰ Nuestra Señora de la Asunción, patrona de Siglo XX-LIallagua.

 $^{11\,}$ Niños.

¹² Simón Patiño, "el Barón del Estaño", que llegó a ser el cuarto millonario del mundo, explotó las minas de Siglo XX desde principios de siglo hasta la nacionalización en el 52. Con 700 Kms. de galerías abiertas, estas minas produjeron durante la época de Patiño 500 mil toneladas de estaño fino y la fabulosa riqueza de 11.200.000.000 millones de dólares. En Catavi, muy cerca del campamento Siglo XX, Patiño instaló la planta concentradora de estaño más grande del mundo.

La cosa era simple: los obreros se sentían católicos, pero no querían curas. Ahora, yo no sé si fue maniobra o cómo fue, pero en una asamblea grande del Sindicato, los dirigentes informaron de una próxima venida de curas.

—Extranjeros tendrán que ser pero —exigimos nosotros—. Nada queremos con los de aquí. Y nada de camote con la Empresa. Si vienen a lo mismo, que se queden en sus países.

Es decir, son los mismos obreros que luego quemarán al padre Lino los que antes aceptaron que vinieran los curas canadienses. Pasan algunos meses y llegan a Llallagua y a Siglo XX los primeros Oblatos. A diferencia de los bolivianos, estos curas gringos eran grandotes, coloradotes, muy atléticos. Luego vinieron vestidos de beige, ya no eran tan buitres. Y que van a enseñar a leer, y que van a traer leche y harina... todo biensísimo. Los obreros observan esto y, en un primer momento, hay una simpatía frente a ellos. Pero muy pronto comienzan los agarrones. Y es que había un problema de fondo. Ellos venían del Canadá con un cristianismo muy de allá, con sus concepciones.

La cosa comenzó con los santos de las iglesias, que ellos los barrieron de un plumazo y remodelaron el templo con un crucifijo al medio. Un buen día llegó la montonera a la puerta del Sindicato denunciando que en la iglesia de Llallagua no quedaba un solo santo. ¡Los trabajadores que ellos tildarían de comunistas querían poner a los santos en el pliego de reclamos! Bueno, el Sindicato protestó. Los padres explicaron la nueva idea de un solo Dios y un solo Cristo. Y que la liturgia y que un kilo de cosas que, mientras más explicaban, la gente menos entendía. Eso, pues. El choque cultural entre creencias que vienen del período incaico y la fe occidentalizada.

* * * * *

La gente aquí cree más en calavera. La calavera trae suerte, les habla en su casa. Y sacan las calaveras de los muertos que se entierran en los caminos por algún accidente. O del cementerio también. Y eso ponen en una urna y guardan.

Cuando el padre antiguo, había el permiso. Entonces, venía cualquier cantidad de calaveritas a la misa. El 30 de noviembre, San Andrés, es el día de llevarlas. En aquellos años, con los padres llegados, metieron un cajón lleno de calaveras al templo. Un ataúd llenito. Dice el padre:

- —¿Por qué han traído esto? Lleven al cementerio.
- —No, aquí traemos.
- —Van a sacar. Si no, a patadas voy a sacar.

Pero los mineros no entendían por qué aquello. Y pateando, sacó el cajón el padre. Desde entonces, ya poco traen calaveras a la iglesia. Pero siguen con ellas en la casa. Les ponen velita. Les hacen *acullicar*. Les hacen *acullicar*. La *ch'allan*. Costumbre fea, ¿no? A mí no me ha gustado, porque me gusta mi Biblia y mi Asunta. Pero en calavera y en castigo de alma creen. Que si la persona muere, piensan que castiga su alma del finado si no le dan misa, o si no se pone el luto la viuda, o si se mete con otro hombre antes que cumpla un año. Y si por casualidad esa mujer pierde alguna cosita o se tuerce la patita... ¡castigo de alma!

¹³ Mascar hojas de coca.

En eso es lo que más creen aquí. Por eso, los días lunes, la misa en Llallagua es llena, por miedo al alma. Y los padres decían:

- —Es domingo.
- —También domingo vendremos —sabían responder los del pueblo—. Pero lunes es mejor. Si no, castiga el alma.

Y los padres no entendían nunca. Y es que los mineros son religiosos, pero a su manera de ellos. En Dios no creen tanto, más creen en el Tío. Y el Tío es como si fuera un satanás, pero bueno es, porque les deja sacar el mineral, les permite. Por eso, ellos lo memorizan siempre. Está en un socavón de la mina, en varios. Coquita le ponen. Cigarrito le ponen. Y entran a la mina con esa protección de hallar el mineral y que no se pierda la veta. También dicen "protégeme Tío, que no me agarre la dinamita", y la explotan con la confianza. Y es por motivo del Tío que los mineros no dejaban que entre un sacerdote en la mina, ni que se haga una virgen dentro, porque era su contrario del Tío. Y que se va a perder el mineral. Y hasta ahora tienen ese pretexto, que desde que ha entrado la Virgen de la Concepción a la mina, que los padres se antojaron de entrarla, se ha perdido estaño. Los mineros así piensan. Pero, a ratos, también creen en Dios.

Cuando las fiestas creen. Pero los padrecitos nuevos decían:

—Es paganismo.

Y la gente renegando, porque acá si el cura no da la partida de la fiesta, no hay fiesta. De mucho hablar, aceptaron. Pero sólo una primera parte, lo que era procesión y baile. La farra no. La bebida no. Que el alcoholismo es primo del comunismo, decían. Y duro atacaban a los dos. Bueno, los obreros se sometieron por lograr su fiesta. Era la del Corpus, me acuerdo.

—Trago nada, sólo devoción —juraron—. Sin asco cumpliremos.

Así comprometieron al padre. Y el padre bendijo. Pero el juramento de los pasantes acabó en farra. Los mineros farreando también. Y los padrecitos que envían a los chicos de la JEC¹⁴, que ya la habían fundado, a chequear las casas de farra posible. Y vuelven los changos:

—Tranquilo, padre. Nadie bebe.

Los padres pensaron que la batalla era ganada. Pero, al poco. viene otro católico:

—Escondidos en otras casas están. Una tracalada de gente. todos chupados.

Sale el padre Mauricio¹⁵, descubre el escondite, patea la puerta, y los borrachitos tiesos.

-¡Soy yo el mandado de Dios o quién soy? De boludo me han puesto... ¡Las fiestas, para nunca!

Echó maldición el padre, hizo cruz al revés. Y la gente con la pena, pero más con la chicha. A después, iban los padres así, sobradores, de chichería en chichería, pateando los cantaritos. peleando con los parroquianos. Que no beban, que no se embriaguen.

¹⁴ Juventud Estudiantil Católica, organizada en el distrito por los Padres Oblatos.

¹⁵ Mauricio Lefebvre.

¹⁶ Bebida alcohólica que se prepara con maíz masticado y fermentado. Es la bebida más popular en Bolivia y entre los mineros.

Pero también con eso, olvidaban la calamidad que tiene el minero. Porque no entraban los padrecitos en tercera punta¹⁷, de noche en el socavón. No tenían ellos mal de mina. ¹⁸ Eso pensaba yo, aunque era tonta. Y yo no bebía, pero no criticaba. Porque el pan es la cara de Dios, ¿no? Pero la chicha, ¿de quién será? De la virgen será, que consuela. Mi traguito, a ratos, me bebía. Porque también hay dolor. Y los padres no se duelen, eso veo.

* * * * *

El mismo problema con las fiestas. En la época de antes de la nacionalización de las minas, los obreros que, en realidad, eran campesinos que habían cambiado ch'ulu¹⁹ por guardatojo²⁰, abandonaban la mina y se iban a las fiestas en sus pueblos. Esa es la tradición. El que nació en un pueblo, a ese pueblo debe volver cuando la fiesta. Había una migración fuerte en agosto, en septiembre. ¿Qué hace la Empresa Patiño, entonces? Trasladar estas fiestas al centro minero para que los obreros no salgan. Y se traen los santos de cada pueblito a las iglesias de las minas.

El propio Tío²¹ es un símbolo trasladado del campo. El campesino cree en la Pachamama, que le da el fruto. La mina es roca, tiene otro dueño. Hay que ch'allarlo, hay que volcar en él los antiguos ritos para que el minero encuentre y siga la veta. Es la religión antigua adaptada a un nuevo sistema de producción capitalista. Con el Tío y en las fiestas, se bebe. Fuera de las fiestas, también se bebe. El alcohol es un problema, claro, pero un problema social. Fueron los mismos colonizadores los que lo fomentaron. Y ahora venían otros colonizadores a quitarlo, pero sin preguntarse por la situación que hace que el minero beba tanto.

* * * *

Pero pelea grande fue en la otra Asunta, mes de agosto. Querían sacar al otro padre en burro.

— ¡Este gringo viene a echar a perder!

Aquí es costumbre que si la autoridad no acepta las costumbres, en burro lo sacan. Con el padre boliviano de antes así lo hicieron. Sentado en el burrito así, con el poto hacia adelante. y lo empujaron a la tranca. Y ya iban a hacer lo mismo con el padre nuevo, porque él no quería la fiesta por nada, ni la chicha.

Las fuerzas de tata Lino

Tata Lino era alto, con una cara bien rosadita, nariz de filo. Muy cariñoso lo conocíamos nosotros, los jóvenes católicos. Yo misma andaba metida en la JEC, y éramos de chicas y de chicos, cualquier cantidad. Teníamos actividades, jugábamos

¹⁷ Tercer turno de trabajo en interior mina, de 10 pm. a 6 am.

¹⁸ Silicosis.

¹⁹ Gorro campesino tejido.

²⁰ Casco minero.

²¹ Diablo Bueno, dueño del mineral que se esconde en las entrañas de la tierra.

deporte. Alguna vez que un padre tenía que salir, nos disfrazábamos para bailar. Había que despedir con baile. O la llegada también, hacer velada y preparar pasteles, que al padre Lino bastante le gustaban. Nuestra actividad más se concretaba a jugar. También nos hacían algunas reuniones con explicaciones de Biblia.

Había JOC, de los jóvenes trabajadores. Después, había LTC, de los caballeros casados y señoras. Y juntándonos con ellos, hacíamos esas veladas para que más gente venga a la parroquia. Era misión de atraer. Y teníamos que estar en misa siempre, con mucha concurrencia y cantos. Bueno, tata Lino lo concentraba todo, en todo estaba. Si una chica faltaba a la reunión, ahicito salía a buscar.

—Por qué no ha venido su hija?

Y si los papás dudaban, se sabía enojar bien el padre. Tenía carácter un poco levantado. Claro, era muy bueno, pero tenía sus reacciones de hombre. Me acuerdo una vez, por este lugar venía, por la carretera de la escuela. Unos seguidores del finado don Federico Escóbar han estado bebiendo en el club Racing. Vieron que era la movilidad de Lino y se quedaron espiando que estacionara. El padre se fue a uno de estos campamentos a visitar ahijados. Siempre se aparecía a los ahijados que peleaban. Las esposas más lo mandaban a llamar para arreglo de matrimonio, que aquí los maridos salen muy abusivos y con golpes gobiernan la casa. Y Lino les daba el merecido.

—Así duele a la mujer —decía.

Duro les pegada a los esposos, buenos puñetes. No se debe abusar de la mujer, decía. Y si otra vez hace, avise nomás, señora. Y los maridos calladitos como *wawas*, sin pataleo. Es que le tenían mucho respeto al padre. Temor de Dios le tenían.

El asunto fue que, mientras Lino estaba enderezando a los ahijados, los del Racing le han volcado completamente su jeep de él. Y después de volcarlo, tuvieron miedo que reaccione y escaparon. Porque siempre decía el padre:

—¡Cuidadito! Bajo estas sotanas hay un hombre.

Mucho renegó aquella vez cuando vio el jeep boca arriba. Y cuando renegaba, mejor andar lejos. Sí, muy desafiante sabía ser el padre Lino. Pero no era como padre Enrique, pisador de perros. A este otro lo que le gustaba era pisar perritos con su carro de la emisora. ¿Y por qué haría eso? La gente protestaba, ¿no? Pero él seguía pisando, siempre corriendo mucho. Lino no, él no se vengaba tanto con los animales. A los hombres más enfrentaba, porque era muy fuerte. Ninguno de los mineros le igualaba en fuerza.

Fue un amigo el que me presentó al padre Lino en la Linares.²² Y cuando me da la mano, me ha hecho gritar, me ha aplastado. De ahí me invitó:

—Venga usted al templo, pues, a las reuniones.

Era así. Cuando daba la mano como prensa atenazaba. Yo saqué de aquella primera vez la experiencia que cuando lo saludaba no debía dar la mano muy suelta, de modo que cuando ajuste no me haga doler. Porque, créame, si le alcanzaba los dedos usted

²² Calle central de la población de Llallagua.

regritaba. Y ése era su sistema de él para que el cristiano se arrodillara. Porque con el dolor apretado de la mano uno pedía bendición.

—No estás arrodillándote ante mí —decía entonces el Lino—. Es ante Dios.

Bueno, me animó el amigo y fui una vez a la reunión de la LTC. Pero ya no podía salir del asunto. Porque el padre tenía carácter militar. Hablaba duro y le gustaba el cumplimiento, estricto cumplimiento en las reuniones. Teníamos que aprender quiérase o no. Él daba tareas de una reunión a otra. Además, leíamos los Santos Evangelios. Aunque hubiéramos comprendido los capítulos, teníamos que responder así, poco a poco. Entonces, aprendíamos como en la escuela se aprende. Y después de las explicaciones, había mesas de juego, rompecabezas, sabíamos jugar una chacota hasta con el mismo padre.

En una de las veces, se trajo una liga fuerte. La enseña el padre Lino, un poquito la estira.

—¿Quién tiene fuerza para estirarla toda? —nos desafió.

Y muchos se aficionaron. Yo puedo, yo también, dijeron fácil. Listo. Todos se van a poner. Viene el primero. Trata, trata, y no puede. Yo sí, dice otro. Se coloca, el padre le da la liga... pero nada, no se movía ni con muecas. Y así van desfilando. Al final, nadie ha podido. Se ha reído el padre Lino.

—Traigan —dice.

Se coloca el padre, hace... y la liga era como acordeón viejo. Así estiraba, sin incomodidad. Y la gente quedó admirada de su fuerza de él. Otro día, viene Lino diciendo:

—Hay que saber dominar al enemigo. Nosotros no a ofender a nadie. Pero si nos pegan hay que defenderse

Y fue él mismo a hacernos la prueba con un lamero²³ gordo que estaba trabajando. Se acerca por atrás, le agarra el cuello, y lo levanta como conejo. Mucho se ha molestado el gordo, porque le dolió, que tenía mucho peso.

- —Cura podrido —le dice—. No me voy a quedar al palo.
- —No tiene que molestarse, hermano —le decimos nosotros—. Mas bien, el padre Lino nos está enseñando a pelear, a probar nuestros pulsos.

Y con palabras le hemos apaciguado.

* * * * *

¿Y cuando vino la señora del Presidente, que usted no lo creerá?²⁴ En el campamento tampoco se creía. no se había visto eso. Es que las monjitas habían llegado. Y los padres querían bendecir su casa de ellas. Y para bendecir, padre Lino se invitó a la esposa de Siles. Pero esa vez no pudo venir. Ya no creíamos. Y los rojos indirecteando:

—Que la traiga. pues. Si viene, no sale.

Pero vino la señora, con ministros más. Y el catolicismo, que ya se había reforzado, hizo el recibimiento. Misa oficial con nosotros cantando y la señora comulgando. Y los

²³ Trabajadores que recogen partículas de estaño en el exterior, en los deslaves del mineral.

²⁴ Teresa Ormachea de Siles Suazo visitó Siglo XX el 8 de diciembre de 1958.

comunistas renegando porque no podían con la masa. El parque infantil regaló también para los niños. Pero dio a la Iglesia, y Lino como guardián.

Nosotras estábamos con la admiración por el padre que todo lo podía. Pero más podía. Porque a pocas semanas de la señora se trajo también a las hijas, que eran dos. El mismo Lino las hizo viajar en la camioneta de la parroquia y él manejando. Gloria fue ese día para los católicos. ¿Y qué sería la importancia del padre que hasta en la mina las entró a las dos chicas? Que ni las mujeres de aquí nacidas no podemos entrar. ¿Acaso el Tío habrá permitido por ser hijas del presidente?... ¿Qué sería? Pero ellas fueron, todo vieron, a los mineros trabajando vieron. Después, con avión de gobierno volvieron a La Paz. Y todos con el Lino en la boca, que para todo daba el padre.

—Este curita —decía uno— si no fuera $k'anka^{25}$ a Presidente de bolivianos llegaba.

* * * * *

En La Paz se temía que esta visita de la esposa del Presidente a las minas se convirtiera en una catástrofe. En realidad, había mucho que temer. Las minas han sido siempre el punto de partida de disturbios sangrientos para la nación. Además, el actual gobierno tiene aquí a sus más encarnizados enemigos.

Ahora bien, la señora Suazo fue saludada por una gran multitud de personas y llevada de un lado a otro. Claro, se puede imaginar la angustia del Presidente cuando despidió a su esposa y, luego, su gran alegría cuando regresó, y su gratitud por los Oblatos por cuya influencia, en tan pocos años, se habían logrado cambiar los lobos en ovejas. Esta exitosa visita ha tenido para nosotros, los Oblatos, muy felices consecuencias en dos terrenos estratégicos:

Primero, en las mismas minas nuestro prestigio ha crecido más por el hecho de que la Primera Dama de la Nación se ha molestado en venir únicamente para responder a nuestra invitación y que, a pesar de todas las prevenciones, la recepción ha sido triunfal;

Segundo, en La Paz las altas esferas gubernamentales han conocido y apreciado una vez más el trabajo misionero y pacificador de los Oblatos. El P. Lino lo constató al día siguiente de la visita cuando viajó a La Paz: todas las puertas se abrían mágicamente ante él.

Carta de los misioneros Oblatos de Siglo XX a su Superior General, 15 diciembre 1958

Cholas de los curas

Especialmente para el padre Lino hablaban mal. De lo peor decían. Y más peor cuando llegaron las madrecitas, que eran gringuitas también, rubias. Hermanas de la Asunción eran. A mí me gustaban porque me decían que la Asunta era patrona de ellas también. Bueno, en ese tiempo había "caritas". Leche, harina, mantequilla primera clase, aceite, ropa venía. Los padres llegaban con la cantidad. Y las monjas repartían las fichitas. La persona que iba a misa recibía una fichita para tener sus "caritas". Si no iba a misa, no daban ficha, y no le daban leche ni nada. Eso tampoco les gustaba a los mineros. Pero algunos iban disimulando a la iglesia a que les dieran la ficha. Y si no daban, no iban.

²⁵ Gringo.

²⁶ CARITAS, organización internacional de la Iglesia para ayudar al Tercer Mundo, especialmente con alimentos.

Entonces, era una obligación ir a misa, más por ficha que por fe. Y al día siguiente, todos los que habían ido a misa se afilaban para recoger las "caritas".

Con las "caritas" y con los santos, y con la emisora ya se hablaba, había una deshonra total para los padres. A cada cura le daban mujer. Decían que había subterráneo en la iglesia de Siglo que se comunicaba con las monjitas, con su casa de ellas. Y saliendo de aquicito, por el subterráneo iban donde el Puesto de Socorro de las monjitas, que atendían como enfermeras. Pero los mineros no agradecían a ellas por el socorro del puesto. Mejor las odiaban porque eran de los curas. Que eran sus cholas²⁷ de ellos. Y los curas, sus *qharis*²⁸ de ellas. Y así, imaginaban muchas maldades. Por atacar nomás, pues.

Pero a Lino más atacaban. Cualquiera era su mujer. Había que sufrir mucho por estar del lado de él, ¿no ve? Ninguna se libraba ya. Si una señora iba a la parroquia, chola del Lino. Hasta que algunas dejaron de ir por esto, porque decían "qué feo nos comentan". Luego le culparon con una chica de ojos verdes. El papá de ella apareció un día con carrito nuevo. Y dijeron que era el premio de Lino para hacerle sacar la *wawa* a la chica. ¡Cuántas noticias se recogían sólo para destrozar a Lino! Que es cura inmoral. Que ni cura es, mejor militar. Espía disfrazado es. Viene a espiarnos a los mineros, cómo trabajamos, cómo comemos... Claro, Lino era muy brusco. Pero para los de la parroquia era muy querido.

Ya por entonces, los obreros sabían cantar alzando el nombre de tata Lino con el *wayñito*²⁹ de los borrachos:

Gracias a Dios soy soltero, viditay, soy soltero. ¿Qué le importa al padre Lino? Si me emborracho es con mi plata. En esta vida en la otra vida padre Lino es el que manda, palomitay.

Luego se sacaron otro con palabras horribles. A la madrecita Micaela la chicoteaban también. Ese era el gusto máximo de ellos, la maldad.

Sale el sol, siguen chupando sale la luna, siguen chupando. ¿Qué será del padre Lino tan querido de Siglo XX? Sí, sí, madre Micaela sí, sí, tú eres mi amor, contigo me van celando contigo me he de casar.

²⁷ Querida de baja clase social.

²⁸ Hombre

²⁹ Musica del folklore indígena, muy popular.

En quechua cantaban y en castellano. Pasaba Lino frente al Sindicato y ahí andaban varios silbando la tonadita.

- —¿Quién es el inventor de esa infamia? —les gritoneaba el padre.
- —El pueblo, pues, don Lino —le respondían desde la ventana.
- —Ustedes serán —replicaba él—. Los del Sindicato serán. Yo los conozco bien. ¡Materialistas, ateos, llenos de odio!

A puro ateos los tenía el Lino. Y ellos no se callaban. Por La Voz del Minero respondían. "Buitre Negro", "Adormecedor"... toda clase de títulos le daban. Y hasta a los monaguillos que le colaboraban, crías de buitres les decían, "buitrecitos negros".

La verdad dicha, Lino tenía una soberbia que nadie le pisaba el poncho. O la sotana, pues, para mejor decir. Yo hasta he visto queriéndole pegar a un mareado que ha venido a insultar.

- —¡Te voy a sacar la enjundia, cura de mierda! —le amenazó el giradito.
- —Atrévete —respondió Lino. Y ya se estaba arremangando para los puñetes.

El hombre que amenazó se llamaba Maisman, que lo acribilló el ejercito luego, en la noche de San Juan.

* * * * *

Yo estaba de Secretario de Relaciones en el Sindicato. Una de las tareas que veíamos corno prioritaria era la educación de nuestra juventud. De ahí surge el Colegio Primero de Mayo, fundado por el Sindicato de Siglo XX, el primer colegio del distrito, a excepción del de Uncía. Cuando inauguramos el Primero de Mayo aparecen los padres Oblatos pidiendo dar clases de religión. Se las dimos. Lino estaba de profesor. Y él aprovecha, entonces, para organizar la Juventud Estudiantil Católica, la JEC, en abierta acción anticomunista, atacando frontalmente no sólo las posiciones nuestras, sino las mismas demandas sindicales. Como respuesta, nosotros fundamos el Máximo Gorki. Yo lo organicé. Era una agrupación nuestra, de los trotskistas, para capacitar políticamente a los jóvenes del distrito, para movilizarlos. El Gorki echó raíces en todos los campamentos mineros. Por su parte, el PCB³⁰ tenía otro frente juvenil, el Lincoln Murillo Castro.

Las peleas fueron brutales para controlar las directivas del Colegio. En esto, como en todo, los curas querían restar fuerzas al Sindicato, a los partidos, y dominar ellos la situación. El caso era que en todos los cursos estaban divididos los muchachos. Se logró polarizar a toda la juventud del distrito.

* * * * *

Había un insulto grande, hasta en los colegios había esa revancha. Porque estaba el grupo de los rojos. Pero nosotros éramos más que los rojos. Este salón de acá de la emisora era bien repleto solamente con los jecistas de Siglo. Con los jocistas, al igual. Llallagua tenía juventud católica, varios grupos. Uncía tenía. Catavi tenía. Así que, cuando nos juntábamos, rebalsaba el salón.

³⁰ Partido Comunista Boliviano, línea soviética.

Siempre en su sermón Lino atacaba a los comunistas. Y los chicos rojos, a veces rodeaban, gritoneaban desde fuera, amenazando pegarnos más y pegarle al padre.

—¡Que vengan! —decía Lino, levantando la voz—. Si son tan hombrecitos, que vengan. Y si quieren a puñetes, nos vamos a entender a puñetes. Pero si quieren hablar de a buenas, vamos a llegar a una conclusión.

Pero nunca se abuenaban. Los agarrones eran en las calles, católicos y rojos. Había los Mansillas. hermanos. Un Mansilla, que era JOC, se trenzó con uno de La Voz del Minero ahí en la parada de las movilidades³¹ a Catavi. Se trompearon a lo macho, casisito se matan los dos. Nosotras, las chicas. no sabíamos si correr a la policía o si pegarle al rojo con los cuadernos. Pero en ahí los otros rojos nos fumaban:

—¡Miren las cholas del cura! —decían—. Miren qué tantas chicas tiene el Lino!

Y con la chacota nos corrimos. Pero ellos nos perseguían, entonces, incluso para violarnos. Ahora, que también nosotras los perseguíamos a ellos, pero no para eso. Como éramos cristianas católicas, queríamos convertirlos. Era la guerra, ¿no ve? Ellos con sus chanchadas y nosotras que, a veces, les dábamos un ojito para enamorarlos y que se conviertan.

Yo tenía cuando eso 18 años. Ya estaba de representante de Juventud Católica. Y en ese camino de lucha y de conquistarnos unos a otros, yo caí en conquistarle a uno de ellos. Se llamaba Walter Arancibia. Bueno, me puse a camotearlo, y tanto, que al fin lo llevé en una semana santa para confesar y comulgar. Entonces, dentro de la iglesia yo me sonreí. Del triunfo, pues, porque nos habíamos dado como misión el convertirlos. Y mis amigas, al verlo en la fila para comunión, me felicitaban. Ahora tienes que ganar a tal ñato y tal otro, me decían.

Pero la friega fue después, cuando Walter acabó en la iglesia y viene y se me acerca. Yo sabía que más era por mí que por Cristo que se había afilado para arrepentirse. Pucha, ¿y ahora qué hago yo? Porque él era muy bueno, pero muy comunista. El pobre, ha muerto después en las guerrillas este chico.

Tenía su peligrosidad esto de la conquista. Porque más de noche vuelteaban ellos. Y nosotras no debíamos salir de noche porque, justamente, tras de nosotras venían a correteamos. Nos asustábamos mucho. Y si no fugábamos pronto, estos metetes nos enlazaban, nos hacían círculo para horrorizarnos. Siempre nos querían agarrar de la mano. Y nosotras que no. Hasta que teníamos que escupir o amenazar con los padres. Y porque no les dábamos chance, nos insultaban como "cholas del cura". Y nosotras, como "colchón de los comunistas".

Pero también se daba la contra, que un comunista conquistaba a una del grupo. Bueno, tampoco los chicos eran tan feos que se diga. Y así, ganaron a algunas para sus reuniones. Ellas seguían católicas, no firmaban compromiso con el partido, pero asistían a las charlas. Y era un problema el no afiliarse, más peor para los jóvenes hombres. Es que no mantenían el trabajo en la Empresa. Federico Escóbar, como Control Obrero, se imponía:

—Tienes que afiliarte al Partido Comunista.

³¹ Vehículos.

Total, que muchos jocistas quedaban desocupados por mucho tiempo. Y entre ellos, el que es mi marido actualmente. De la oficina donde consiguió la pega lo supieron botar:

—Andate y dile a tata Lino que te dé trabajo. Nosotros no tenemos sitio para monaguillos.

Así era el quitoneo entre nosotros y los rojos. Y no habrá sido por escasez de empeño, porque de todo hicimos para atraerlos a la iglesia. A veces, salíamos a las 4 de la mañana en procesión y cantando a la Virgen de Fátima, con rosario. Me acuerdo en una ocasión, nos apedrearon las señoras que estaban haciendo fila en la pulpería.³² Eran las del Comité de Amas de Casa, también comunistas legales. Nosotras nos pasamos frente a ellas rezando por la conversión del comunismo. Era nuestra intención convertirlas. Pero con los crespos hechos quedamos. Ellas como que no tenían interés de religión.

* * * * *

Cuando en 1952 los Oblatos se presentaron en este centro minero de Siglo XX-Catavi, esta enorme masa de proletarios del estaño ya había sucumbido a la dictadura comunista. No que todos los mineros fuesen comunistas, sino que la dictadura había cerrado su cadena y la marxistización de los espíritus estaba bastante avanzada. Y lo más grave: esta masa comenzaba a tomar conciencia de ella misma y lo hacía fuera de la Iglesia o contra la Iglesia. Así las cosas, este humilde pueblo que, durante siglos, había sido la tranquila y casi olvidada posesión de la Iglesia, ofrecía a los misioneros que le eran enviados una resistencia contumaz y muchas veces violenta. Siglo XX, en particular, estaba entonces reconocido —y lo es todavía hoy— como el nido de la agitación comunista en el país.

Carta de los misioneros Oblatos de Siglo XX a sus Superiores Religiosos, 18 enero 1960

Una gran empresa radial

Desde el principio la Pío tuvo programa completo. Había deportivo, había cultural, había religión, misa que salía por radio. Pero nunca programa político. Muy lindo todo. Y todos oyendo, hasta los rojos, para después criticar. Pero por celos, porque la de ellos había quedado sin vida.

La música era mi delicia, para todo había. Música argentina, música mexicana, música de Dios... Y dedicaban ramilletes los domingos. Pedía uno su *wayño*, por carta pedía. con centavo pagaba. Y te complacían el domingo. "Correspondencia musical" se llamaba esa belleza. Y cada año, llegaban orquestas de La Paz muy famosas. Bien era.

Los concursos bonitos los hacían. De cantos, de bordados, invitaban a competir, a ver quién hacía mejor la bandera. En Catavi vive una que mereció una plancha eléctrica.

³² Centro de abastecimiento del campamento minero administrado por la Empresa.

También concurso de peladores de papa y de carreras. Se le alegraba la vida al pobre con tanto que inventaban en la nueva emisora de los padres.

* * * * *

Lino quería montar la mejor emisora del país. Y lo consiguió. Pío XII, para su tiempo, fue sorprendente.

Primero, los locutores. Los fue a buscar a otro lado, de aquí no había ninguno. Contrató en La Paz, en Cochabamba, en Potosí, gente muy profesional. Muy pitucos también. Los mejores de la radio boliviana se trajo a Siglo XX.

El organizó la Pío XII como una especie de fortaleza. Mira nomás la construcción que tiene esto. Los locutores que traía se alojaban aquí dentro, estilo internado. Todo ese salón de al lado era el comedor. Dormían arriba, en esa hilera de cuartos, que más parece un seminario. Si eran casados los traía con toda la familia. Esto estaba lleno de gente, por eso es tan grande el local. Y les pagaban sueldos altísimos. Para Lino no había problema económico. El provenía de una familia adinerada del Canadá y de allá le mandaban toda la plata que necesitaba.

Los locutores recibían formación cristiana, iban a misa, rezaban con Lino el rosario. Esto era a las tardes. El mismo les controlaba las salidas, chequeaba que no tomasen, que no se vinculasen demasiado con el Sindicato. Ya te digo, esto era un castillo católico con mentalidad de la Edad Media.

En la parte técnica, había importado lo mejor de lo mejor. Transmisores de onda corta y larga. Se escuchaba la Pío en toda Bolivia. En el interior del país no había otra con onda corta. También consiguió un teletipo con el servicio de France Press, unidades móviles para trasmitir competencias deportivas, actos, ceremonias. Cuando los micrófonos de carbón todavía funcionaban en las demás emisoras, aquí se trabajaba con micros transistorizados. De todo había consequido el Lino.

Luego, también compró un equipo de grabación de primera clase. Los primeros jingles en acetato que se hicieron en Bolivia, se hicieron en la Pío. Y entonces, las casas comerciales venían a grabar aquí las matrices para todo el país. Eso fue una gran novedad en aquel tiempo, porque los jingles se hacían antes en Lima o en Buenos Aires.

La discoteca, no me extraña que fuera por entonces la mejor del país. Sólo para atenderla había contratado tres personas a tiempo completo que trabajaban con un sistema de fichaje riguroso. Eran cientos de discos los que se compraban.

Como se trajo muy buenas voces, un elenco de calidad, enseguida empezaron a producir novelas. El P. Santiago Gelinas diseñó un mueble especial para hacer efectos sonoros. Se hizo radioteatro profesional. Yo creo que eso fue lo que más deslumbró a la gente desde el comienzo. Era también una cosa llamativa en Bolivia. Mientras en La Paz se pasaban novelas peruanas, mexicanas, cubanas... en Siglo XX se estaban produciendo, por vez primera, radioteatros bolivianos con voces bolivianas. Aquí se adaptó "Raza de Bronce", de Alcides Arguedas y "La Niña de sus Ojos" de Díaz Villamil. Después, también se dedicaron a novelones como "Juan del Diablo", pero

que cautivaban a la audiencia. Y la cosa se extendió. Los radioteatros se distribuían a otras emisoras de Bolivia y hasta fuera del país.

La verdad es que era una programación muy moderna para su época. El Departamento Quechua era único en su género en el país. Además, la Pío comenzó a importar transistores presintonizados y los llevaban a las comunidades campesinas. Por esto, le comenzaron a llamar a la Pío "la frecuencia azul", porque los receptores tenían un punto azul en los 1550 kcs, su frecuencia. Pero estaban ya preparados para que no captaran otras emisoras, sólo la Pío. Con ellos, se inició una campaña de alfabetización en el Norte Potosí. Fue algo muy nuevo también. El campesino nunca soñó con tener un radio en su casa, y menos hablándole en su idioma quechua. Me acuerdo que los campesinos dejaban sus picotas, dejaban el trabajo y corrían a la hora señalada para oír el programa, rezar las oraciones y atender la alfabetización.

También se dedicaron al deporte. En esto, había mucha competencia con La Voz del Minero. El dirigente Ireneo Pimentel era muy fanático del fútbol, de las carreras, y se preocupaba de invitar equipos de categoría. Entonces, la Pío no podía dejarse ganar en ningún terreno. Y se metió de lleno en el deporte y a traer equipos mejores que los del Sindicato.

* * * * *

Ni a los campesinos olvidaron. Primera vez hablaban en quechua por emisora, programas de diversión. Mi mamá no oía. "Cosa de indios es", decía. Pero ella también en quechua hablaba, sobre todo, cuando me pegaba. Yo sí oía, me reía oyendo. Y luego, los campesinos consiguieron sus aparatitos, los del puntito azul que la parroquia daba. Felices lo agradecían. Y cuando les sonaba, como la tapita estaba agujera, por ahí aguayteaban la gentecita dentro que hablaba.

Pero para mí, el gusto total era la novela. Desabandonaba toda obligación para oír.

* * * * *

Yo era maestro de campo y me contrataron para el programa quechua. Al anterior locutor lo habían engatusado los comunistas y se pasó a la Voz del Minero. Bueno, como yo era amigo de Coco Manto³³, amigo del barrio, que vivíamos juntos en la calle Bolívar de Llallagua, un día le llevo unas poesías que había escrito en quechua.

- —Por qué no se las muestras al cura? —me dice el Coco.
- —Qué saben los curas de quechua? —le digo yo.
- -Muéstrales nomás.

Voy donde el padre Gelinas, que era el director ejecutivo. El director general era Lino, el animador. Pero Santiago Gelinas era el que sabía de radio. Era un hombre muy preparado, muy organizador. Entro, le enseño mis versos y será que le parecieron bien.

- —Y tú, ¿dónde trabajas?
- —En Uncía. Soy maestro rural.
- —Pues comienza a trabajar aquí desde mañana.

³³ Jorge Mansilla Torres, locutor por entonces de la Pío.

Era octubre del 60. Yo comencé haciendo los informativos en quechua. A pulso los tenía que hacer, porque seguía con las clases en Uncía. Por las mañanas me iba a mi escuela llevándome las últimas noticias para ir traduciendo en el camino. A la vuelta, por la tarde, las dejaba grabadas para el día siguiente.

El padre Gelinas vio que tenía habilidad. Me pidió que trabajara más. Comenzamos entonces un programa que hizo historia: "Ríase en quechua" Era sin libretos. ¿De qué hablamos hoy? De este problema. De algo que afligía a los trabajadores, a las señoras, de alguna trifulca entre comunistas y movimientistas. Venía siendo una especie de juicio popular, pero en risa. "Tribunal chacotamanta" lo llamábamos. El personaje central era yo, Quillco Mamami. Lo de Quilico por el personaje de Raza de Bronce. Y lo de Mamami, porque es apellido indio común. Yo todos los días andaba con una queja, con un enredo, en el banquillo de los acusados. El fallo del que hacía de juez, que venía siendo como la voz de la emisora, la orientación correcta, me daba la razón o me la quitaba. Quillco era el pueblo.

Una vez, cuando los del Sindicato andaban con la huelga hoy y mañana también, les sacamos un programa especial. Todavía me acuerdo por lo que les embromó a ellos, los comunistas. Era fin de año, los comerciantes tienen la costumbre de repartir calendarios. Pero también la Empresa daba por entonces a los obreros los llamados calendarios de pagos.

- —Mirá, hermanito, ya la Empresa me va a pagar —le dice a Quillco, chocho de la vida, un compadre. Y le enseña un calendario.
- —Achachi asnu,³⁵ eso es calendario de figuritas. De comercio es. Bien tonto eres. Yo sí tengo un buen calendario para este año.
 - *—¿De los pagos de la Empresa?*
 - —No, compadrito. Este me ha dado el Sindicato. Calendario, pues, de huelgas.

Ahí comenzaba el juez a orientar a Quillco, a sacarlo de su error, que no se dejara llevar por la agitación del Sindicato. Y bueno, estas sátiras enojaban mucho a los rojos. Pero todos escuchaban el programa nuestro y se reían. El éxito fue tal, que las demás emisoras del distrito no ponían nada en ese horario, porque sabían que la comunidad completa estaba sintonizándonos.

He aquí un ejemplo de la influencia que puede tener la Radio. A fin de noviembre, los grandes jefes comunistas de Siglo XX organizaron una reunión intersindical de todos los sectores obreros y campesinos del país en Siglo XX.

El objetivo secreto de esta convención era consolidar la unión de todos los sindicatos —dominados por el comunismo— para derrocar enseguida al Gobierno. Era el primer paso concreto para organizar la Revolución Roja.

Evidentemente, nuestra Radio no iba a enfrentarse a los poderosos dictadores de esta asamblea. Hicimos algo mejor. Mientras las emisoras comunistas trasmitían todas las arengas revolucionarias, Radio Pío XII transmitía, inocentemente, los estrenos musicales, programas humorísticos nuevos, novelas. Un breve sondeo de audiencia en aquellos días reveló que Radio La Voz del Minero apenas había conseguido un 10% de oyentes para su asamblea.

³⁴ Tribunal de la Chacota.

³⁵ Asno viejo.

De esta manera, con medios tan pacíficos como éstos, conseguimos hacer fracasar la famosa conferencia intersindical de noviembre 1960. Y pudimos boicotear también la visita de los rusos a Siglo XX, a finales de diciembre.

Carta de los misioneros Oblatos de Siglo XX a sus Superiores Religiosos, 18 enero 1960

* * * * *

¡Y el ropero! Supe que un día llamaron a la puerta del padre Lino unos huerfanitos. Trajecitos, zapatitos no tenían. La mamita enferma y con la viudez. "Caridad, tatay", le dijeron. Y el padre habló en la emisora llamando a la bondad de todos. Que dieran. Que trajeran a la Pío, a la parroquia. Que se hacía colecta. ¡Pucha, cualquier cantidad de ropita usada y limosna se juntó! Ropero del Niño Dios llamaron a la campaña. Y Mauricio Aira Flores, locutor de oficio, muy de la iglesia, salía en la movilidad con micrófono pidiendo más y repartiendo todo. Los pobres se aviaban en su camioneta de la emisora.

También levantaron colecta para los changuitos de Lupi-Lupi, para los sin juguetes de Navidad. Y eran colas largas, más que en la pulpería. Y entraban por las calles, avisando las donaciones. Mauricio y los de la Pío supieron ser como Reyes Magos para estos campamentos mineros.

La verdad debe declararse. Esta ha sido una radio que nunca se ha financiado. ¿Que tenía ingresos por anuncios comerciales, por los ramilletes musicales? Sí, alguito. Pero con eso no cubría gastos, imposible. Es que la montaron de tal modo que podía rendir mucho en una capital, en La Paz, en Cochabamba. Pero no aquí en las minas. Esto es pobre, la gente no tiene mucho que comprar y los comerciantes no tienen mucho que anunciar tampoco.

La mantención era por los misioneros. ¡Qué CIA ni qué cuentos! Yo lo sé, porque los veía, que los curas escribían, a lo menos, sus 10 cartas por noche. Mensualmente, cada uno se mandaba 50 cartas, 80 cartas a sus benefactores en el Canadá, a sus amistades. Porque cada uno venía de una parroquia. Entonces, les llegaban en sobres 5 dólares, 20 dólares o 100 dólares. Y hacían plata conjunta para mantener la radio. Eso lo testimonia mejor el del correo, que era un kilo de cartas que iban y venían a diario.

La Pío nunca ha sido un negocio de publicidad. No renta para eso. El sostén fueron las limosnas de los católicos de Canadá que mandaban dineros personales. No mandaban instituciones, sino cartas de privados, de amigos de los curas. Eso fue.

* * * * *

Como voces de ángeles tenían. Antes, las chicas nos quitoneábamos por los de La Minero. Como artistas, al fin, los admirábamos. Pero la admiración por los de la Pío no se compara. Estos eran caballeros venidos de lejos, de las universidades, educados con

prestigio. Bolivianos no sabían parecer cuando hablaban. Nunca se atufaban en la emisora, ningún fallo, palabras enteras.

Nosotros en la misa los veíamos. Empujábamos para llegar cerca. Todos bien afiladitos cerca del altar, terno y corbata, ojos bajitos sin mirar. Era una devoción. Y en ahí más los veíamos, porque poco salían. Su vida más hacían en la misma emisora.

- —Invitemos —decía una chica de nuestro grupo.
- —Mal van a pensar pero —decía la otra.
- —Fotografía que nos den, pues. Para recuerdo.

Y cuando salían los libritos de la emisora, que traían su fotografía de ellos, cada una se lo guardaba. Yo guardo todavía, pero mi mamá no me dejaba entonces. Bajo la payasa³⁶ escondía mi secreto. Y cuando daban los nombres de los complacidos en el ramillete musical era lo máximo. Yo quería cumplir años todos los meses para que me nombren. Todos eran voces lindas cuando hablaban, amorosos. Pero el mío era Mauricio, aunque cojito. Padrecito parecía con su palabra. Y es que los sacerdotes los educaban con su molde. No había díceres ni división entre ellos. Como familia de muchos hijos y un solo padre era. Todos unidos con la ayuda divina y la misión.

Después dijeron que hubo pelea por plata. Yo no conozco el detalle. Pero aseguro que fueron los rojos infiltrados. Porque les dieron entrada a los de acá, que no se podían igualar. Y de los chicos de aquí, el que menos es rosadito.

* * * * *

El padre Gelinas me convenció para que dejara el trabajo del Estado y me dedicara con todo el tiempo a la Pío. Entonces ganábamos 109 pesos en el magisterio fiscal. Y en la emisora me llegaron a pagar 280, 300, luego 460. Acepté, claro. Y al poco tiempo, me proponen hacer un viaje. La Pío tenía una política de mandar a la gente a especializarse en el exterior. Mario Otero fue a Buenos Aires. Mauricio Aira al Brasil. Los Oblatos encontraban que los bolivianos padecíamos una especie de complejo de estar encerrados, sin mar. Que necesitábamos abrir nuestras fronteras mentales. Y bueno, cuando pensaron en alfabetizar en serio, decidieron mandarme al Brasil también.

Poco antes hubo un pequeño problema. Los de este distrito somos campeones del sindicalismo. Entonces, los que habíamos sido empleados de aquí organizamos nuestro comité sindical. ¿Qué ocurre? Los locutores, los técnicos profesionales que habían venido de otros departamentos, tenían en la Pío vivienda gratis, comida gratis. Venían con su esposa y la alojaban. Y si tenían hijos también, todos dentro. Y ganaban 800 pesos, que en aquel tiempo era mucho. ¡Con decir que mismo en La Paz, en otras ciudades, locutores de primera trabajaban por 50 ó 100 pesos! Padre Lino decía: "no se puede exigir buen trabajo cuando se paga mal".

Y a eso nos agarramos nosotros, no porque nos pagaran mal en comparación con otras emisoras, pero sí con los de la Pío. Porque a los que comenzamos del distrito, que teníamos que pagar pensión y comida, nos tenían por los 250 pesos, máximo 400. Era muy desigual.

³⁶ Colchón de paja.

Pues resulta que antes de ir yo al Brasil comenzó el movimiento sindical al interior de la Pío. Y recuerdo que en el hotel en que estuvimos en Río de Janeiro, el padre Lino y Beatriz Joffré, que los tres íbamos, me ponen en medio y me hablan:

—Hay líos, tú lo sabes. Pero tú ves la gran misión que tenemos por delante. ¿Qué? ¿Sigues en tu posición?

Beatriz era del grupo de los importados, llevaba los programas femeninos. Y el padre Lino, que ahora me preguntaba, sabía que yo, más o menos, liderizaba el asunto sindical. Los dos me hablaron cerca de media hora. Y esperaron que yo, con el halago del viaje, les diera la razón.

—Padre —comencé yo—, es mucha la misión que vamos a cumplir. Pero sigo en la posición de los locales. ¿De justicia hablamos? Pues la primera justicia en casa. ¿Nosotros, los hijos de los mineros, somos de segunda clase? No pedimos ganar más que ellos. No pedimos que les bajen a ellos. Sólo nivelar. No nos dan cama ni mesa, ¡y encima ganamos menos de la mitad que ellos! ¿Y usted quiere que rindamos por igual? Pero en los hechos rendimos más. Porque somos los que traemos más sintonía con las novelas quechuas y con los programas que más le gustan a la población.

De ahí comenzaron las susceptibilidades, los dos bandos. No se decía, pero el resentimiento estaba quemando entre los de fuera y los del lugar.

* * * * *

La Misión Oblata de María Inmacuada, que estaba desde hacía seis años antes en las minas, instala esta emisora denominada Pío XII en homenaje al Papa católico, con una línea tremendamente anticomunista en el aspecto político-ideológico, con una envidiable organización y disciplina en el aspecto de la programación, de la educación del locutor, de la formación ideológica del locutor. Esto se verifica desde las características del edificio, que no era una adaptación como las emisoras sindicales que funcionaban en un cuarto que les daban los sindicatos. Habían construido un edificio con criterio de radio: salas de grabación, sala de redacción, salas de locución, discotecas y viviendas para los locutores que llegaban de las ciudades.

Esta radio impone un sistema de trabajo realmente admirable. Pero además ejemplar, porque está todo organizado. Parecía un batalloncito que estaba comenzando a funcionar, lo que hace que las emisoras mineras despierten del letargo en que se habían sumido. Las radios mineras habían perdido ocho años en disparates. Movilizadas por los sindicatos y por algunos organismos políticos, comienzan a mejorar, a exigir más a los locutores. No a exigirles capacitación política, sino que por lo menos no bebieran mucho; que para un programa femenino ya no leyeran revistas como Selecciones. Aunque, claro, nadie controlaba qué se decía, sino cómo se decía: con buena voz.

Por lo tanto, la Pío XII llega a ser un importante llamador, conmocionador de la situación. Las emisoras sindicales empezaron a preguntarse por qué no podían ser semejantes a la Pío XII. "Qué se necesita?", preguntaban los obreros. Ante la respuesta: "dinero, compañeros", la reacción no se hizo esperar: "Que nos doblen la cuota y que busquen a los mejores locutores del país".

Y van a buscar a los segundos mejores locutores del país, porque los primeros ya estaban en la Pío XII. Al poco tiempo, llega la gente y mejora en algo la calidad. Sin embargo, es importante notar que Radio Pío XII trasmitía con 2000 watts de potencia, que cubre casi todo el país y llega al exterior, mientras que las otras estaban "pataleando" con 300 ó 500 watts. Entonces, era toda una presencia de radio. Extraordinaria musicalmente y en sus radioteatros; terrible y temeraria en sus

informativos. Era una denuncia permanente contra el "castro-comunismo" y contra ese "barbudo de la isla". Era clara la atención de Estados Unidos a esta emisora porque las noticias eran seleccionadas para manifestar el rechazo a la Revolución Cubana. Además, eran noticias de apoyo a la COMIBOL³⁷ que ha suplantado con otras formas, a Patiño, Hoschild y Aramayo.

Radio Pío XII, si bien hace reaccionar a las emisoras sindicales para mejorar su calidad técnica, era una verdadera amenaza contra las organizaciones obreras. Sin embargo, se organiza un sindicato dentro de la radio. Este sindicato planteaba algunas reivindicaciones a los sacerdotes. Por ejemplo, que a los locutores del lugar se les pague igual que a los locutores traídos de la ciudad. Despidieron a su dirección sindical. Los trabajadores de las minas, al enterarse de esto, apoyan la demanda del sindicato de Pío XII. Pero no avanza más porque se suman otras luchas mayores que copan la atención.

Jorge Mansilla (Coco Manto) Entrevista publicada en Comunicación y Cultura, México, julio 1982

* * * * *

En la Pío nos obligaban a estudiar. Nos exigían. Esto fue una escuela de radiofonía. De aquí han salido locutores de primera para todo el país. No menciono los nombres porque toda Bolivia los conoce. Y era por la disciplina, la corrección constante, el empuje a superarnos. Cuando yo entré me dieron mi mesa, mis papeles, mi máquina de escribir.

—Ahí está la biblioteca —me dice el padre Gelinas—. Lea.

Teníamos que leer. Los directores eran de control estricto. Este cura Gelinas, aunque le gustara un programa que hacía uno, mantenía la frialdad de un refrigerador.

- —¿Escuchó el programa esta tarde, padre? —le preguntaba yo, con los nervios.
- —Escuché.
- —¿Y cómo le pareció? —seguía lo, con más nervios.
- —Está bien. Pero puede mejorar.

Así era. Y claro, como si te clavaran un alfilerazo. Atatay, este cura no se contenta con nada. Pero esa manera de él sabía ser un aguijón para que uno progresara siempre.

Otra cosa que ayudaba en la preparación de nosotros, los locutores, era la reunión de los sábados. Todos los sábados al salón grande, a revisar, a criticarnos. Llegamos a ser en aquella temporada como 40 personas entre radialistas y promotores de la parroquia.

—Saquen la verdad —comenzaba Lino. A ver, ¿qué tal el trabajo de la semana?

Y nos lanzábamos nuestras jetas, porque a veces eran críticas muy duras. Que tu programa estuvo malo. Que no tienes concordancia gramatical. Que esa idea no es cabal. Todo salía. A calzón quitado se hablaba y todos los trapitos al sol. Y cuando ya estaban resueltas las discrepancias, al final, antes de salir, Lino le alcanzaba la Biblia abierta a uno de nosotros, a cualquiera. Había que leer y hacer un análisis del ambiente hablado con lo que ahora hablaba Dios.

Sí, esto comenzó como una gran empresa. Por el lado técnico, por el personal, por la organización. Por todo, pues. Comenzó a lo grande. Y también comenzaron los grandes

³⁷ Corporación Minera de Bolivia.

agarrones con el Sindicato. Porque la pelea ya no era por los santos y los borrachitos. Era maña de política.

Guerra de padrinos

Minero soy. Trabajo aquí desde el 49, cuando Patiño. Yo era de los de Federico. Por Macho Moreno le conocíamos todos. ¿Por qué sería? Bueno, él era medio jetoncito, de labio grueso era. ¿Sería, entonces, por recordar a moreno de morenada? Lo de macho, sí, eso nadie discutía. Un tipo a todo dar el finado Federico Escóbar. Sabía cómo entender la necesidad de todos. Yo congenié con él desde chico. Siempre lo vi arreglando líos para beneficio de su clase. De los camaradas y de los que no estaban en el partido. Él atendía por igual a señora o caballero, a indio o a obrero de mina, no entraba en distinción. Ahora, si veía malmodos, sea de la Empresa, sea de Lino o de Jesucristo que sea, que viniera a romper la huelga o que viniera a joder, digamos, ahicito les paraba el coche. Porque era hombre que, sin beber, tenía la lengua más suelta.

Control Obrero lo eligieron en el Sindicato, para fiscalizar a la Empresa. Y ni pulga dejaba escapar cuando veía el abuso. Ninguno más estricto con los gamonales de la COMIBOL. Pero ninguno más consolante con las viudas de los mineros, con los que estaban en aprieto de plata o de trabajo. Y eso que por estas minas hemos visto hacerse a buenos dirigentes. Ahí estaba Pimentel, Secretario General por entonces, como uña y mugre con Federico. No hablo de Isaac Camacho, de Lora, todos buenos, todos de respeto, militantes. Pero como Federico Escóbar aquí no se ha visto. Sabía hablar con las palabras risueñas que todos entendían. Si la cosa era pan, decía pan. Si era torta, decía torta. Y si era ladrón, también ladrón decía, sin importarle el dicen ni el dirán. Y se jugaba por todos.

Amante de su familia era, que ahí está Alicia y sus chicos, ya hombres, para testigos. Pero yo creo que él estaba más matrimoniado con el Sindicato que con su misma esposa. ¿Acaso no tenía siempre ahí, a la puerta de su casa, 20 compañeros y señoras con 20 calamidades haciendo el turno? Y él se las echaba encima como su problema de él. Un hombre macanudo, como ya no aparecen. Ah, pero su historia no está contada, se está olvidando. Por tal le declaro que él era comunista, y lo decía. No tapujaba su partido. Primero fue de los mosquitos³8, luego pasó a los chinos. Pero se coordinaba bien con todos. Con los religiosos también, porque respetaba y no fregaba por eso. Justamente, él hacía bautizar a sus wawas. Y de todos los campamentos y poblaciones lo buscaban para apadrinar.

Yo creo que todo venía tranquilo hasta los padres canadienses. Una vez, en Llallagua, un tal padre Marcelo estaba. Y ha venido don Federico a pedir bautismo para su hijo de él. Y no le recibió el padre.

—Tú no puedes hacer bautizar, tú nos insultas —le dijo—. No puedes.

Don Federico se llenó y le acusó de buitre y de agente de la CIA y un kilo de cosas. Y el curita que ya le tenía bronca, se sacó su sotana y a patadas lo botó hasta afuera.

—¡Ateo eres! —le gritaba—. ¡No puedes apadrinar, mejor te desbautizas!

Claro, Federico se fue, pero con más gusto y ganas insultó a los curas por la emisora del Sindicato.

³⁸ Soviéticos.

Los agarrones máximos fueron con el Lino. Eso era enemistad vertical. Y el colmo vino siendo cuando los padres se mudaron de la Montes a las Cinco Casas, aquí arriba. Entonces, la casa de ellos era en toda la esquina y la de Federico también, en la otra esquina de las casas de los obreros. En ahí siempre se cruzaban y se sacaban la mugre a pura acusación.

* * * * *

Camaradas obreros: si hay un Dios que considera a los hombres, tendrá que comprender que la mayoría está compuesta por hombres pobres. Lastimosamente, nos quieren hacer entender las cosas en diferente forma. Porque los sentimientos religiosos están para pedir a la Virgen de Copacabana que desaparezca la miseria. Yo estoy seguro que Carlos Marx allá en el cielo, con Nuestro Señor Jesucristo, tiene mayor influencia que los mercenarios que se han apostado en la Iglesia.

No somos enemigos de la religión ¿Por qué habíamos de ser? Pero la religión se ha prestado cabalmente a dividir nuestro pueblo. Unos dicen que hacen falta curas Para enseñarnos a rezar. Hemos ya rezado mucho. Y los pobres, mientras más rezan, más pobres se quedan.

Camaradas obreros: lo que necesita nuestro país es liberarse. Digamos con el puño en alto: ¡libertad para nuestro pueblo!

Federico Escóbar, 2 septiembre 1961

A Federico lo quería la gente. La mejor prueba, la tamaña cantidad de ahijados que tenía. Lino se decidió a quitarle esa cancha. Y comenzó una especie de competencia, guerra de padrinos. El instrumento fue Mauricio Aira Flores, locutor de la Pío. Lino había contratado a Mauricio y éste llegó a ser el házmelo-todo de la emisora. El capataz de Lino. Porque Lino era, sobre todo, un constructor, un organizado. No era hombre de radio ni de escritorio. En cambio, Mauricio sí tenía mucha facilidad de palabra, un tipo muy sutil, muy católico, catolicísimo. Lino lo promocionaba. Fíjate que, entonces, todavía los laicos ni hablaban en la iglesia y ya éste estaba predicando en la misa. Lino lo presentaba como el modelo del laico católico.

Pero, ¿quién sería este Mauricio que hasta estuvo vinculado con la vuelta de los Patiño, de Antenor Patiño, que él mismo me lo dijo a mí? Se pasó al MNR, cabildeó en varios partidos, recibió dinero de la Embajada Americana, de un tal Boggs. Pero en los años 60 andaba con la Democracia Cristiana. Lino estuvo asesorando de lejos, a través de Mauricio, un grupo de varios miembros de ese partido. Era la baraja política que jugaba la iglesia entonces. Y bueno, como Lino lo figuroneaba al Mauricio, éste tuvo aceptación entre los católicos y lo elegían como padrino. Todo para hacerle sombra a Federico Escóbar.

* * * * *

Dicen los lobos disfrazados de corderos: "Hostilizan a la emisora Pío XII por su labor en pro de la verdad y en contra de los valores negativos de la persona humana y de los sentimientos patrióticos y cívicos". ¿Cuáles son esos sentimientos patrióticos y cívicos de que tanto hablan? Creemos que no serán los que subterráneamente realizan desde

emisoras Pío XII los agentes al servicio del imperialismo norteamericano distribuyendo dádivas yanquis entre el campesinado, so pretexto de una inexistente campaña de alfabetización. Tenemos la documentación necesaria entregada a periodistas de La Voz del Minero por compañeros del campo en la que se evidencia la entrega de transistores calibrados técnicamente, en los cuales únicamente se puede sintonizar la emisora católica. La distribución de estos aparatos tiene un objetivo: instruir al campesinado en el libro de la mentira y la ignominia, para que se enfrenten entre hermanos so pretexto de la religión y se fecunde el suelo santo de la patria boliviana con sangre de los descendientes de los quechuas y los aymaras.

Dense cuenta los compañeros trabajadores de las aviesas intenciones de estos vampiros, enemigos de la clase obrera boliviana. De Mauricio Aira Flores, caballerito de triste y oscura trayectoria. Mauricio, aunque a diario reza, confiesa y comulga y se traga hostias para empacharse, jamás podrá ser ni siquiera un regular cristiano. Porque Cristo fue enorme, grande, sublime, puro. Jamás sirvió como Aira Flores a la falsa prédica de cielo, infierno y purgatorio. Desea que la humanidad, esa humanidad por la que luchó y sufrió en la cruz del Calvario el divino Maestro Jesús de Nazaret, sufra la esclavitud, el engaño y la explotación de los negreros de arriba, de los inhumanos capitalistas y de los sanguinarios armamentistas del dólar americano.

Claudio Marañón Padilla Ventana sin Cristales La Voz del Minero

La lista de los comunistas

Ya para ese tiempo el resentimiento entre las dos emisoras era terminante. En La Voz del Minero, la nuestra sindical, estaba un petisito, Claudio Marañón Padilla, con su "Ventana sin Cristales". Su primer tema era atacar a Lino y a la Pío. Y en la Pío tenían al Mauricio Aira Flores, un blanquito, parecía gringo, con sus "Golpes sobre el Yunque". Ahí estaban día a a día, sin consideración, con su guerra de palabras. Y era guerra de dos inválidos. Porque Marañón nació jorobado, enfermicito. Me acuerdo que los católicos lo gozaban con aquello de "el jorobado de Notre Dame". Y él ya iba con pistola por la calle. Pero el Mauricio también era machacado de un pie. Y a éste, de "chupamedias de Lino" lo tratábamos. Ahora, no hay que decir que Mauricio no era preparado, nadie se lo quita. Y Marañon también. Pero, como bebedor al fin, con su trago al lado era que hablaba mejor.

* * * * *

Llegaron a un extremo insoportable. Todos los días, palabra contra palabra, insulto contra insulto. Una vez, Carlos Hochmann, que trabajaba en la Pío y también era chofer, salió con la movilidad de la emisora. Al volver de Llallagua por La Linares pisó un perro. La gente se aglomeró, lo que siempre pasa. Esto sería como a las diez de la mañana. Enciendo el radio al mediodía, y en el informativo de La Voz del Minero ya salía el titular: CAMIONETA IMPERIALISTA PISA A PERRO PROLETARIO. Claro, el perrito muerto pertenecía a Claudio Marañón Padilla.

* * * * *

Por día se desafiaban los dos periodistas, de emisora a emisora. Atrás del Mauricio estaba el tata Lino. Y con Marañón, todo el Sindicato y Macho Moreno, el finado Federico. Y más la pelea era fuerte, más nos pusimos susceptibles algunos trabajadores. Porque ya un par de veces lo habíamos pescado hablando amable con el Lino y visitando frecuentemente la parroquia. Le criticamos en asamblea, porque ese mismo día Federico había discurseado en contra de los curas. Y Federico, me acuerdo bien que respondió:

—En la lucha hay que conversar con el enemigo, hay que saber lo que piensa. Si no sabemos lo que trama el enemigo, ¿cómo nomás nos defenderemos de él?

Ya la enemistad no era por sonseras. El Sindicato había descubierto que Lino pasaba nombres a la Empresa, la lista de los comunistas. Y la Empresa, pues, los informaba al gobierno. O sea, que en los apresamientos estaba alcahueteando la Pío XII y, muy especialmente, su director padre Lino. La cosa se enredó en el 58 cuando aquí en Catavi y Siglo XX cancelaron como a 2,000 obreros. Eran las exigencias de los americanos, que ya estaban cocinando el famoso Plan Triangular. Este Plan era para rehabilitar las minas nacionalizadas en el 52. Pura mentira. Arruinaron más la economía. Para estrangular es el triangular, nos explicó Federico. ¿Qué buscaban los americanos? Apoderarse de todo, como cuando Patiño. Y el MNR se mariconeó frente a los gringos. Y nosotros pagando su mamada. Porque el Plan exigía botar obreros, bajar salarios, romper el sindicalismo, los dirigentes en especial, acabar con el Control Obrero, que tenía derecho a vetar las macanas de la Empresa y que en Siglo era Escóbar.

* * * * *

LA SITUACION INSOSTENIBLE DE LOS CATÓLICOS EN SIGLO XX Y EL CAMPO CIRCUNDANTE (Fragmentos)

Desde hace dos o tres años el comunismo se ha infiltrado en la región como nunca. Basta escuchar una sola emisión de la Radio La Voz del Minero, la emisora comunista bajo el control del Sindicato, para darse cuenta de la lucha abierta en que nos encontramos, especialmente desde hace algunos meses.

No es ya un secreto para nadie decir que la situación socioeconómica del país es álgida y hasta desesperada. Hay que anotar, sin embargo, que esta situación ya difícil de por sí en todo el territorio nacional, lo es aún más en los centros mineros de la Empresa Catavi, debido principalmente a que no hay disciplina, ni principio de autoridad ni orientación técnica suficiente en dicha Empresa. El verdadero Gerente y dueño de la Empresa es el Control Obrero comunista Federico Escóbar. Se entiende, pues, que la Empresa, después de tantos años de sabotaje comunista, esté en una situación económica lindando en la bancarrota.

El comunismo se está aprovechando de la pésima situación económica existente, como también de la despreocupación oficial, para "meter" su filosofía materialista en la mente de los trabajadores y de sus familias. La casi totalidad de los integrantes de la Mesa Directiva del Sindicato Mixto de Trabajadores Mineros de Siglo XX es de activa filiación comunista. Los dos líderes máximos de la organización sindical: el Secretario

³⁹ Plan de rehabilitación de la minería boliviana nacionalizada. El triángulo lo formaban el gobierno de Estados Unidos, de Alemania Occidental y el Banco Suramericano de Desarrollo (BID).

General IRENEO PIMENTEL y el Control Obrero FEDERICO ESCOBAR, especialmente, son militantes comunistas, y así lo proclaman todos los días.

No existe prácticamente ninguna ley que ellos respeten y ninguna autoridad que haga valer sus derechos ante "su verdadera dictadura", que está atemorizando a todos los católicos, de los cuales muchos tienen miedo ahora de declararse tales.

Se puede decir sin exageración alguna que aquí ya se ha fundado una república dentro de la República. Una república con su propia autoridad, sus propias leyes y sus propios fines. Otra vez insistimos en que, si las cosas persisten como están, ANTES DE CUATRO MESES ESTE ASIENTO MINERO SE HABRÁ CONVERTIDO EN LA SIERRA MAESTRA COMUNISTA DE BOLIVIA, con imprevisibles consecuencias para la seguridad de la Iglesia en Bolivia.

Si las autoridades episcopales deciden que nos quedemos, sugerimos tomar las medidas adecuadas. Si recibimos ayuda más efectiva, una orientación precisa, podremos resistir no sólo la avalancha del ateísmo materialista que quiere derrotarnos, sino también anotar UN GRAN TRIUNFO PARA NUESTRA SANTA CAUSA, con repercusiones no sólo para las minas, sino para el país entero. Puede incluso significar la derrota del comunismo en Bolivia. ¿Cuáles son las medidas que sugerimos?

*EFECTIVAS GARANTIAS DE PARTE DEL ORDEN CONSTITUIDO consiguiendo aun la presión moral de que dispone la Iglesia en nuestra Patria. Vivimos en Siglo XX, ahora, lo mismo que en un estado totalitario. La suerte de los católicos aquí es peor que en Polonia.

*SACAR A LOS DICTADORES, que son totalitarios dirigentes de las minas, antes de permitir que crezcan tanto QUE UN DIA IRAN A SACAR DE SU SITIO AL PRESIDENTE DE UNA REPÚBLICA CRISTIANA PARA CONVERTIRLA EN COMUNISTA. Hecho que no está lejos de suceder porque lo que aquí decimos no lo hemos inventado. Concretamente, QUISIÉRAMOS PEDIR LA SALIDA DE ESCÓBAR DE SIGLO XX.

Siglo XX, 8 diciembre 1961 EL EQUIPO MISIONERO DE SIGLO XX

* * * * *

El caso fue que, cuando despacharon a los 2,000, el Sindicato y Federico protestaron fuerte. Pero la Pío apoyando sin asco al Plan Triangular. Lino sólo veía comunismo en el reclamo nuestro, y como era amiguito del Presidente Siles y del Presidente Paz,⁴⁰ pues apoyaba. Más luego, descongelaron los artículos de la pulpería, que era de los pocos respiros que tenía el minero. Nueva protesta sindical y la Pío callada y con el apoyo. Con lucha logramos que no subieran precio a la carne, el arroz y la azúcar. Y al pan tampoco. Pero como el salario bajaba, peor estábamos.

Comienza en firme la represión del Plan. El Sindicato se prepara para una lucha frontal. Y en el entreacto se descubre que la Pío nuevamente está colaborando con la masacre blanca, entregando nombres a la Empresa. Federico preso, Ireneo Pimentel preso también. Fue el año 61 de los más duros. Y en ese año pasamos de las palabras a la dinamita contra la Pío. Ya era demasiado.

⁴⁰ Víctor Paz Estenssoro, fundador del MNR, Presidente de la República en dos períodos (1952-56; 1960-64).

¿Quiénes son ellos para hablarnos de ley cuando ellos la ignoran? ¿Acaso no saben que las leyes bolivianas prohíben inmiscuirse a los extranjeros en los asuntos netamente bolivianos, mucho más si estos son sindicales? ¿Qué ley reconoce esa cuadrilla de odiosos provocadores de Emisoras Pío XII que ni siquiera respetan en lo más mínimo las leyes de la Santa Iglesia Católica y los mandamientos de Dios? Cristo dijo: no matarás. Y ellos incitan a la violencia, al incendio, al crimen. Ellos pidieron que el gobierno reduzca a Siglo XX mediante las Fuerzas Armadas del Ejército. Cristo sentenció que no hay que mentir ni levantar falsos testimonios. Y ellos aconsejan y piden que el Dr. Paz Estenssoro envíe más carabineros al distrito. ¿Acaso respetan esas leyes del Divino Maestro galileo? La Ley de Cristo Redentor fue el perdón y la ley de estos provocadores es el odio.

¿Qué entienden ellos de respeto a los derechos humanos si fueron ellos quienes aconsejaron la persecución, detención y confinamiento de Pimentel y Escóbar a las ergástulas del infierno de Puerto Villarroel? ¿De qué derechos humanos hablan ellos si el tristemente célebre cura Lino Grenier visitó al Presidente Paz en el Palacio de Gobierno y desenvolvió una serie de intrigas contra los dirigentes sindicales y los elementos de base más revolucionarios y patriotas de nuestro distrito?

Claudio Marañón Padilla Ventana sin Cristales La Voz del Minero

Dinamita contra la Pío

Yo siempre fui católico, y más con el padre Lino. Cuento que por el 61 la situación se puso imposible. La Empresa no pagaba, no había víveres en la pulpería. Los del Sindicato habían organizado una marcha del hambre, con la intención de ir a pie hasta La Paz a reclamar. Pero el gobierno supo y echó mano a los dirigentes, a Escóbar y Pimentel. A Puerto Villarroel⁴¹ los llevaron presos. Ahí se declaró la huelga.

¿Qué sería, el mes de junio? Sí, porque el 4 de junio fue el despelote, lo recuerdo. El asunto era que la huelga se estaba yendo al tacho. No se podía resistir sin alimentos. La sirena del Sindicato llamó a asamblea general. Habían propuesto descontar otra *mit'a* por trabajador para sostener a los huelguistas. Lino y los padres iban contra eso. Nos explicaron que era maniobra de los rojos, que el católico no podía apoyar. Más bien, en la Pío había un almacén de harina y leche que nos repartirían a nosotros. Y bueno, los del Sindicato se pusieron muy susceptibles.

Cuando eso, estaba de Secretario General Gregorio Morales. Creo que fue en esa asamblea que un compañero puso el radio a todo volumen para que se enteraran los reunidos de lo que estaba diciendo la Pío XII. Y reaccionaron los obreros.

- —¡No puede ser que a toda hora, nuestro desayuno. Nuestro almuerzo, sea comunismo y comunismo! —gritaban ellos y no permitían la palabra a los católicos.
 - —¡Si los curas quieren romper la huelga, los rompemos primero a ellos!

Me dicen que César Lora tomó la palabra y atacó feo a Lino. Y bururún, todos salieron envenenados, en masa corrieron hacia la Pío. Era de noche ya, poco se veía.

⁴¹ En el Chapare tropical, Cochabamba.

Yo estaba en casa comiendo *lawa*.⁴² He escuchado por la radio que a la Pío la están atacando los comunistas. Bueno, dejo el plato y subo enseguida por la *cheqanchada*.⁴³ Cuando llego aquí, en la puerta principal del templo ya habían estado pegando a las madrecitas. Es que salieron a apaciguar, pero mejor las trompearon a ellas. Una estaba en el suelo.⁴⁴ Me acerco más y veo cualquier cantidad de señoras gritando mueras al comunismo y vivando la Iglesia Católica. Puras viejitas en la puerta, defendiendo que no entren a la emisora. Y habían puesto los sacos de harina como trinchera junto a las puertas. Y los católicos y los rojos trenzándose fuerte ahí delante.

Fue uno de los Loras, hermano de César, el que primero puñeteó a un trabajador. Pero los de la LTC también a puñetes respondían. Vi uno con revólver, tirando al aire. Entonces, comienza una pedrea y rompen los vidrios del salón. Los rojos rodean el edificio y ya están escalando los muros. Yo no veo, pero ven a uno que alcanza a encaramarse y tira su dinamita en el patio, ¡pum! Ahora sí, ya se fregó la cosa. Pura piedra, tiros de pistola... Querían destrozar la emisora y sacar fuera al padre Lino, acabarlo. Y Lino también quería salir a enfrentar.

—Dios dice que hay que dejarse pegar —me dicen que dijo—. Pero ya no podemos soportar tantos ultrajes. ¡Hay que defenderse!

Suerte que no lo dejaron salir, porque él era karatista. ¿A cuántos no los hubiera estrangulado? Porque nadie le aguantaba la fuerza, nadie. Si salía, no sé qué mayor desgracia hubiera pasado.

Lo cierto es que hirieron a uno, a dos. Muertos no hubo. Pero vino la ambulancia y se los llevó al hospital de Catavi. "Herido grave", decían por la Pío, que estaba trasmitiendo en directo con a pelea.

LOCUTOR DE PÍO XII:

¡En estos momentos la angustia invade los corazones de todos los pobladores del centro minero de Siglo XX! Estamos seguros que en estos momentos por otra emisora local están desmintiendo totalmente, diciendo que es una falsedad, que no ha habido tal ataque. ¿Y los vidrios rotos? ¿Y los llantos de las mujeres?... ¡Radioemisoras Pío XII están siendo atacadas esta noche! ¡Pero aquí está la valentía de mujeres, hombres, ancianos, que han venido a defender a la Iglesia Católica y seguirán defendiendo! ¡Continuamos llamando a todos los trabajadores, a todos los pobladores de Llallagua, de Uncía y los centros mineros, presentarse en las instalaciones de Emisoras Pío XII y la parroquia de Siglo XX! ¡También citamos con carácter de urgencia a todas las Milicias Armadas de Catavi⁴⁵ para defender la Iglesia y Emisoras Pío XII que nuevamente está siendo atacada por un grupo de extremistas y que en estos momentos precisamente se reúnen para hacer un nuevo ataque! Solicitamos inmediatamente la presencia de todas las personas de las Milicias de Catavi para que se presenten en nuestras instalaciones! ¡Están tramando un nuevo ataque!

⁴² Harina de maíz.

⁴³ Atajo que separa Llallagua del campamento Siglo XX.

⁴⁴Esta religiosa golpeada por el "comunismo" se llamaba Marta. Era uruguaya. Regresó después a su país. Allá cayó acusada de subversiva, de vinculación con los Tupamaros. Estuvo en la cárcel varios meses en nombre del "anticomunismo" que propugnaba el gobierno militar uruguayo.

¡Bolivia, atención Bolivia! ¿Cómo vamos a permitir que una pequeña camarilla de fracasados, de hombres sin Dios, sin moral, sin patria, sin hogares, hombres que no deberían llevar sus apellidos, porque seguramente sus padres se avergonzarían de ellos y los echarían...? ¡No podemos permitir que esa clase de hombres maneje a todo un pueblo! ¡Es la hora ya de acabar con el comunismo en Bolivia! ¡Pedimos desde Siglo XX a toda Bolivia que eleve su protesta contra el comunismo! Y son tan sádicos y ridículos estos hombres que ahora han venido a pedirnos que firmemos un trato de paz, como si nosotros hubiéramos sido los que los hemos atacado. La prueba es—¡atención mujeres bolivianas!— que le han pegado a una monja, y tenemos dos gravísimos heridos, dos muchachos que han sido pegados y ultrajados. Además, en estos momentos nos avisan que hay cuatro heridos, ¡cuatro heridos por las fuerzas del mal, del comunismo!

Transcripción de los llamados que hizo Emisoras Pío XII en onda corta y media el 4 de julio 1961, en horas de la noche.

La Pío llamaba a todo el catolicismo que venga a defender. De noche era, oscuridad cerrada. Se ha dado la noticia en los campamentos y han aparecido muchos como han podido, con palos, con piedras. Los católicos ganamos. No permitimos que entren los atacantes. Entonces, la Voz del Minero llamando también a reunión de urgencia, porque los corrimos y nos fuimos a la revancha contra el Sindicato. Los dirigentes querían el envío de un mediador, un tal ingeniero Roque. Pero, en medio de aquel quilombo, ¿quién tenía ganas de parlamentar?

* * * * *

LOCUTORA DE PÍO XII:

Hermanos católicos: en este instante los del Sindicato están haciendo un llamado a todos los dirigentes máximos para hacer una asamblea. Pero no, hermanos, no se dejen convencer por los comunistas. Ellos quieren lavarse las manos. Después que han atacado ellos nuestra emisora, quieren todavía disculparse. ¡Son unos sinvergüenzas! Les digo así: ¡co-mu-nis-tas! Pero ustedes no van a poder destruir la obra de Dios. ¡Cristo reinará siempre en todos los corazones, en todos los bolivianos! Sólo Cristo puede construir y destruir su Iglesia. ¡Pero los comunistas nunca!

Informamos a la nación toda que nunca podrán vencernos los comunistas con piedras ni con dinamita. Y lo más ridículo que acaban de hacer es mandarnos un misionero en son de paz. Han tirado dinamita, no tenemos un vidrio sano en la casa y uno de nuestros hermanos está gravemente herido...; Y ellos nos piden paz!

¡Pueblo de Bolivia! ¡Dénse cuenta de lo miserables y asquerosos que son los comunistas! No tienen ni siquiera hidalguía para reconocer que nuevamente han fracasado. Quieren decir que nosotros los hemos provocado. No se dejen engañar más por esa camarilla de asquerosos que sólo tienen podredumbre dentro y quieren contagiar de eso a toda la nación. Han venido a pedirnos paz cuando ellos son los que nos han atacado y han pedido la cabeza del padre Lino en plena Plaza del Minero. Denunciamos ante la opinión pública, ante Bolivia toda y ante el mundo: ¡ayúdennos porque ahora tenemos que vencer definitivamente a estos enemigos asquerosos!

Transcripción de los llamados que hizo Emisoras Pío XII en onda corta y media el 4 de julio 1961, en horas de la noche. ****

Los católicos correteamos a los rojos y bajamos en manifestación por ahí, junto a la pulpería. Llegamos a la Plaza del Minero. De la esquina yo vi al difunto César Lora trabándose a golpes con otros trabajadores a la entrada del Sindicato. Lora no podía desprenderse, había como tres o cuatro hombres trenzándolo, unos le pegaban, otros le pateaban. Lora igual repartía patadas, puñetes. Bueno, en eso arrojan una dinamita contra nosotros. ¡Pucha, no me olvido de un chico que agarró la dinamita así, chispeando, y la volvió a arrojar dentro del Sindicato, al segundo piso!

Cada cual nos hicimos en grupos. Yo estaba en el lado de abajo. Tirábamos contra la puerta del Sindicato. Pero ellos se encerraron en ahí. Era una lluvia de piedras de un bando y otro. Y los carajazos, que ya no se sabía qué inventar para el insulto. En ésas, me salgo del grupo para disparar y me dan una pedrada aquí, en el cogote. Caí redondo. Una enfermera llamada Marta, la que fue después esposa de Mansilla, que estaba a nuestro lado, me llevó, me puso una venda y me trajeron acá, a la Pío.

* * * * *

LOCUTORA DE PÍO XII:

¡Reaccionemos, hermanos, defendamos nuestra Iglesia! ¿Hasta cuándo vamos a permitir que el comunismo envenene Bolivia? ¡Madres de familia! Sería preferible que mataran en este momento a sus hijos si no son capaces de defender la religión católica! Porque, ¿para qué queremos una vida sin Dios? ¿Queremos convertirnos en chanchos? Porque para el comunismo el cerdo está por encima del hombre. No hay moral absoluta en el comunismo. ¡Mujeres que me están oyendo! ¡Padres de familia que tienen hijos jóvenes! ¿Van a permitir que venga el comunismo y que sus hijas sean "patrimonio nacional"? ¡Eso es el comunismo y no podemos dejar que venga!

¡El comunismo no pretende otra cosa que profanar la Iglesia y los sacerdotes y las mujeres! El comunismo no se está preocupando ahora de ningún asunto sindical. Lo que quiere el comunismo ahora no es que vuelvan sus dirigentes, sino callar la voz católica de Pío XII y profanar la Iglesia.

¡Y les advertimos a los comunistas que están a tiempo de arrepentirse, de abrir los ojos, porque cuando caiga el juicio de Dios, entonces no habrá piedad para nadie! Y oigan bien, mujeres de dirigentes, oigan ustedes que tienen hijos: ¡piensen en las desgracias que están trayendo para sus hijos y para los nietos de sus nietos! Hagan que sus maridos se retracten. No porque les temamos nosotros, sino porque nos da lástima pensar los horrores que van a caer sobre esas pobres criaturas inocentes y sobre ustedes que también son mujeres como María. Influyan en sus maridos, influyan para que dejen de ser animales, para que dejen de ser desdichados, llenos de podredumbre. Que si no pueden más con sus vidas que se vayan a Rusia, que vayan a vivir en el paraíso soviético, que se vayan a sufrir lo que no conocen todavía y, entonces, recién que piensen si es el comunismo en verdad lo que ellos quieren. ¡Contra la Iglesia no prevalecerán las puertas del infierno!

Transcripción de los llamados que hizo Emisoras Pío Xli en onda corta y media el 4 de julio 1961, en horas de la noche. * * * * *

En la emisora había una muralla de defensa. Seguía viniendo gente y gente para hacer la guardia. Toda la noche en vela se quedaron. Dentro, otra montonera de mujeres, de jóvenes que gritaban, maldecían al comunismo. Otros rezaban. A mí me acostaron en un rincón, me limpiaron la pedrada. Pero yo seguía oyendo las informaciones. Porque era pasada la medianoche y los locutores de la Pío seguían alertando al público. Esperaban otra embestida de los rojos.

* * * * *

LOCUTOR DE PÍO XII:

Diez minutos faltan para la una de la madrugada. Emisoras Pío XII en una trasmisión extraordinaria y de emergencia. Pedimos a toda la gente que está en los alrededores de la iglesia y a todos los que nos están oyendo que, por favor, no abandonen esta región, porque hay elementos desparramados en los alrededores que están esperando que la casa se vacíe de gente para volver a atacar. Los comunistas están como fieras heridas, como fieras que, cuando no se les acaba de matar, atacan más. Como son personas que no tienen conciencia, que no tienen honradez, no pueden admitir que han sido derrotados. No pueden admitir que nunca vencerá el materialismo en Bolivia porque es una nación católica. Y como no pueden usar sus mentes sino para el mal, están tratando de callar la voz de Pío XII, la voz de la verdad, la única voz que en estos tiempos ha sido capaz de llamar comunismo al comunismo y verdad a la verdad. Bolivia tiene que proteger a esta voz porque al proteger la voz de Pío XII está protegiendo a toda la Iglesia Católica.

atención Bolivia y Sudamérica! Si hoy es en Siglo XX, mañana será en toda la nación y en toda la América. ¡No podemos permitir que venza el comunismo en Bolivia porque Bolivia será de Cristo!

Transcripción de los llamados que hizo Emisoras Pío XII en onda corta y media el 4 de julio 1961, en horas de la noche.

Los curas o la clase obrera

¿Y quién iba a dormir aquella noche? Ni yo con la pedrada, que tampoco fue mi muerte. Con vendaje y todo fui a la iglesia de la Pío. Llenita estaba. Todos se dieron la amanecida allí, rezando rosario, calentando té, carajeando rojos. La emisora también se disparó, todavía oscurito, llamando a más defensa. Más ataque esperaban del Sindicato. Pero mejor supo venir el Obispo Manrique, que de Oruro había hecho el viaje. Y atrás de él otro padre gringo, el supremo, digamos, de los padres del distrito.

* * * * *

Ustedes tienen que organizarse, tienen que unirse alrededor de nuestros sacerdotes. Hoy día no se hace la guerra a la manera antigua, con soldados, con fusiles y con un jefe. No. La guerra moderna es una cosa complicada, compleja. ¡Así también debe ser el

apostolado moderno! ¡Así debe ser la organización católica moderna! En un ejército moderno hay químicos, hay físicos, hay científicos, hay técnicos, hay sabios, hay fabricantes de materiales, hay jefes, hay soldados, hay aviones... En un ejército católico de apostolado debe haber también pensadores que piensan en los medios de llegar a la verdad, de distribuirla, de hacerla irradiarse. Se necesita una organización completa, perfecta, con jefes, con pensadores. ¡Que ningún medio sea abandonado en vuestro apostolado de católicos!

P. René Ferragne, Provincial de los Oblatos, 5 julio 1961

* * * * *

Así se entraron los dos, Manrique y el gringo, volamos las campanas llamando a todo el catolicismo de cerca y lejos. Era de hacer desagravio por la noche anterior. Hasta sacaron la hostia del templo para hablar más suelto, sin Dios presente. La emisora trajo los micrófonos y trasmitió toda la solemnidad. Nomás entró el obispo nos lanzamos a vivar:

—¡Viva el padre Lino! —¡Vivan los padres Oblatos!

Pero el obispo habló al final.

* * * * *

Amadísimos Hijos:

Anoche yo también estaba pendiente hasta la una y cuarto de la mañana de Radio Pío XII. Y en la mañana muy temprano, a las seis menos cuarto, estaba también oyendo las transmisiones. Ahora en esta asamblea no he oído ni una palabra de odio contra los comunistas. Y me ha agradado profundamente esto, mis queridos hijos. Que sepan bien los comunistas que no los odiamos porque tienen un alma que es la imagen de Dios. Aunque ellos, según su teoría, querrían reducirse a la condición de un cerdo o de un perro macilento. ¡Porque el comunismo ateo, con todas las obras de Marx, de Lenín, de Stalin y de todos los comunistas que han escrito —desafío desde esta emisora al mundo entero, a las universidades del mundo que me desmientan—, con todas esas obras, un cerdo, un chancho, un perro macilento y un hombre son la misma cosa! Porque el perro ni el cerdo tienen Dios. Así tampoco, según ellos, no hay Dios. No hay alma. No hay vida eterna. No hay moral. No hay patria. Cinco puntos que no pueden desmentir. Pero nosotros amamos —yo personalmente amo— a los comunistas, porque tienen un alma redimida por Jesucristo. ¡Pero maldigo, detesto, odio, su comunismo, porque reduce al hombre a la condición de un vil animal! (APLAUSOS)

El líder comunista, por el hecho de ser comunista, traiciona a su base y traiciona a su sindicato. Voy a decir esta palabra cruda, fuerte (no está acá el Santísimo Sacramento): el que chupa la sangre dicen que es el capitalismo, que también es criminal, el capitalismo el que hunde las masas y que succiona el esfuerzo de la dignidad humana de los obreros. Pero no, hijos, el que chupa verdaderamente la sangre es el comunista que se llena los bolsillos de dinero y no solamente con el esfuerzo de sus hermanos, sino que recibe dinero de otras fuentes. Lo sabemos. ¡Así que, yo no creo en esos jefes sindicales que hablan mucho de los derechos de los obreros cuando sus bolsillos están llenos de

dinero y cuando están alargando la mano para recibir una limosna de un dinero ruso que en lugar de venir en rublos viene en dólares americanos! (APLAUSOS)

Las cosas claras, amados hijos: esa marcha del hambre en que vosotros debíais ir a la ciudad de La Paz ha sido el atentado criminal más grande contra la clase trabajadora. Porque si se producía la revolución, ¿qué hubiera sido de vosotros, hombres inocentes, hombres trabajadores? ¡Hubiérais sido carne de cañón y hubiérais sembrado las calles de La Paz con la muerte de vuestros cuerpos! ¡Esa traición es imperdonable al comunismo en Bolivia! (APLAUSOS)

Hay una táctica de los comunistas y no sólo de Bolivia sino del mundo entero: tratan de dividir el sacerdocio haciendo esa distinción fatídica —sacerdote extranjero, sacerdote nacional, obispo extranjero, obispo nacional—. No existe en la Iglesia esa distinción. Y sabed, hijos, que es una táctica satánica y fatídica del comunismo ateo. Porque sabe que si logra dividir al clero, si logra sacar al clero extranjero, sabe que al clero nacional lo puede desaparecer con la guadaña en pocos minutos. La táctica del comunismo es pérfida, es hipócrita. ¡Porque la actitud del comunista siempre es pérfida y es hipócrita cuando va contra la Iglesia! (APLAUSOS)

Monseñor Jorge Manrique, Obispo de Oruro, 5 julio 1961

La situación no era llanto de *wawa*. Porque resultaba un paro doblemente. Los rojos en huelga por sus dirigentes y nosotros en huelga por los rojos. Y nadie a la mina, el Tío solito.

Nosotros seguíamos los rezos en la iglesia. Pero la emisora llamó al gobierno. Pidieron garantías para el catolicismo minero. Pidieron también comisión de La Paz. Y vino. En movilidad llegó el ministro Fellman Velarde, que era de Educación en aquel año. Por la tarde llegó, que me acuerdo. Y venía con Mario Torres, de la Federación. Al Sindicato fue éste y tuvo la asamblea con ellos primero. La emisora comunista puso parlantes y mucha bulla. Y todo se oyó de lo que hablaron.

* * * * *

UNA SEÑORA— Compañero Torres: es necesario que usted conozca toda la trayectoria de estos curas. En su llegada han violado el principio de las costumbres de la clase trabajadora. ¡Han hecho desaparecer los santos! Cuando los compañeros trabajadores hacían sus tradiciones de fiestas ¿qué harían los curas extranjeros? Evitaban esas fiestas e incluso a un trabajador le han pegado. ¡Lo hizo el cura Lino en la calle Ballivián de Llallagua! Pero no sólo es eso, ¡es que Lino ha colaborado en el conflicto de los compañeros detenidos! ¡Ha colaborado con el gobierno a dividir la clase obrera! Por su emisora nos tildan constantemente de imbéciles, de comunistas. Nosotros respetamos la religión. ¡Pero estos curas no trabajan por la religión!

UN TRABAJADOR— Yo puedo decir que los curas, el Lino, ha entrado con paso de parada a la COMIBOL, ha entrado a las oficinas de Bedregal. ¿A qué entra este cura?

¡Este cura va llevando todas las denuncias de aquí y trabaja conjuntamente con el gobierno, coopera para destrozar nuestra organización!

UN MINERO— Nosotros no somos enemigos de la religión católica, compañero Torres. Pero sí somos enemigos de aquellos hombres que, detrás de la sotana, van ocultando la fe de mucha gente. Nosotros como mineros tenemos la fe aquí adentro. Pero, lo más grave para la religión: ¿qué sucede con la capilla de Llallagua? ¿Dónde están, pues, todas las joyas de la Asunta? ¡Ahora no parece más que un salón de baile! ¡Y en la capilla de Siglo XX apenas tienen en ahí una cruz y no tienen más nada! ¡Esto significa traición, compañeros! Así, pues, hay que escoger: ¡los curas o la clase obrera!

OTRA SEÑORA— Ya me da lástima la Pío XII. ¿Hasta cuándo el engaño? Una radio que debería hablar la verdad en nombre de Dios, pero a través de sus emisiones estamos comprobando que todo es una falsedad y una mentira para hacer pelear a la clase trabajadora. Ellos dicen que tienen heridos, hombres sin piernas, sin brazos, de todo. ¿Dónde está esa gente? ¡Seguramente los han mandado a Canadá a curarse! Y todas estas cosas se han aumentado desde que se declaró la huelga. Nosotros firmamos con la Pío XII un documento para que entren en cadena con La Voz del Minero. Pero ellos no han respetado nada. Compañero Torres: los curas se van de aquí y se arregla este problema. Y que vengan curas nacionales. No queremos más nada: ¡que se vayan!

OTRO MINERO— Compañeros, yo trabajo aquí desde 1940. Yo he llegado a trabajar directamente a la mina. Antiguamente, hemos luchado nosotros con el ejército. ¡Ahora luchamos con curas disfrazados! ¿Nosotros, hasta cuándo vamos a sufrir aquí en las minas trabajando, machucando? ¿Cómo ahora vienen los curas diciendo "Padre mío" rezando, a aplastarnos nuestra huelga? Ahora, yo como sindical, como minero, pido que nos comprendan las autoridades: si es que no nos dejan a nosotros en libertad con los curas vamos a seguir luchando con más fuerza. Si nos friegan los curas, vamos a seguir adelante contra ellos. Yo sufro de mis compañeros trabajadores que están en los socavones. ¿Por qué los curas no gritan que no hay carne en la pulpería? Solamente gritan que los comunistas y los comunistas... ¡Yo para mañana ya soy comunista! ¡Mañana mismo me meto a comunista! Nosotros, compañeros, estamos trabajando a la antigua. Cuando Napoleón reinaba, ya estábamos nosotros trabajando con la picota. ¿Por qué no gritan los curas eso, que no tenemos ni guardatojos para protección, por qué no dicen que los obreros están saliendo más enfermos y que tienen que morir aquí porque no hay medicamentos? Denuncio yo ahora y que me retiren mañana como comunista. Yo he trabajado, he luchado y he empuñado arma contra el frente de aquella oligarquía. Inclusive, tengo arma. He atacado al Regimiento Colorado, Andino, he ido a Oruro a combatir. ¡Ahora tengo que combatir con curas yo también!

SECRETARIO DE MESA— Los compañeros que han hecho uso de la palabra no han hecho más que ratificar la posición definitiva que los trabajadores han asumido en su Asamblea General. Y la posición es: el cambio inmediato de los curas extranjeros por curas nacionales.

Declaraciones transcritas de los trabajadores presentes en la Asamblea General del 6 de julio en el Sindicato de Siglo XX. La Asamblea fue presidida por el Sr. Mario Torres, Secretario de la Federación de Mineros.

El buitre negro arde

Sí, yo estaba en la asamblea del Sindicato, dándole duro al Lino. Yo soy católico, pero no de curas. Nada les debo, ni las "caritas" que nunca recogí. ¡Si serían esas ropas de un gringo gonorreo!

El caso fue que, después de la asamblea, nos enteramos que el Ministro Velarde, llegado de La Paz, ha hablado por radio comunicando que él venía a poner balanza. Él quería saber el alcance de los que defendían a la Iglesia y de los del Sindicato. Como una prueba de fuerza, ¿no? El ministro iba a ver y enjuiciar. Entonces, para el día siguiente se lanzaron dos manifestaciones, la de los católicos y la nuestra. Era un jueves, bien me acuerdo.

Nosotros la pensamos con más malicia. Tempranito bajamos a interior mina a preparar el muñeco. Sotana le pusimos con un abrigo negro viejo que conseguimos. Después le pusimos el letrero: LINO. Era grande, como de dos metros. Y en un palo lo alzamos. También hicimos muñeco de una monja, para que se fueran ellas más.

Estábamos alharacos. Salimos en marcha de la mina con los muñecos, el de Lino delante, abriendo burla. Y los llevamos por toda la avenida, desde Cancañiri. Dimos la vuelta por Cinco Casas, por la Planta, por el Campamento Uno y todas las calles de Llallagua. El ministro lo vio todo. También el Obispo estaba en su iglesia, y por su frente le pasamos. Abajeando los curas, echándole mueras al Lino, así íbamos. Ellos cantando su Amor de los Amores y nosotros achuntándoles La Internacional. Bueno, llegamos a la Plaza del Minero. Hablaron primero varios dirigentes, repitiendo la misma conclusión:

—¡Que se vayan Lino y los curas extranjeros! ¡Ellos o nosotros, no hay más!

Uno que habló, no recuerdo cuál, dio 48 horas a Lino para desalojar el distrito. Y si el pollerudo no salía, no se hacían responsables. La masa bien enfurecida, porque éramos muchos, llenita la Plaza ese día. Y cantábamos el wayñito de insulto contra Lino y la monjita. Ahí los bailaban a los muñecos, los juntaban, los separaban. Luego, los quemaron con mucha parafina, la llamarada hasta el cielo. Y todos se reían viendo y aplaudiendo. Yo también me reí.

* * * * *

Al final, mire qué tanta sería la bronca contra el padre que lo hicieron muñeco y lo atizaron en la Plaza. Yo estaba con mi mamá y vienen unas chicas corriendo.

—¡Quemando están al tata Lino! —dijeron.

Rajamos. Cuando llegué, me daba pena. Pensaba que era personalmente que lo quemaban. No sé, tanto habíamos querido al padre Lino que nos angustiaba el muñeco. Tamaño de él era la figura. Hicieron de paja, pintaron igualito, cara colorada. En sotana lo quemaron. Y había pancartas que decían MUERAN LOS TRAIDORES. Tenían subido al muñeco en un palo alto, le dieron vueltas y empezaron a quemarle.

—¡El buitre negro arde! —gritaban.

Algunos mujeres lloraban y se iban para no ver. Pero los mineros reían, le veían una gracia a aquello. ¡Tanto era el odio, tanto!

* * * * *

El que vio no olvida. Es que en la Plaza quemando muñeco de Lino no habían cien ni quinientos. Éramos por miles los trabajadores, una manifestación total, el Sindicato como un solo hombre. Y letreros, muchos, contra los buitres, como ser los curas. Y un letrero grande, me acuerdo, el mayor, pidiendo nuestra demanda, la libertad para Macho Moreno y Pimentel, que presos estaban por la intriga de Pío XII.

Yo creo que el ministro Velarde tuvo que ver con sus ojos la fuerza de nuestro bando. Pero como juez que venía, supo reunirse con los católicos. Y como su emisora de ellos había pasado el día llamando gente, pues a la noche también juntaron su tracalada en la iglesia. Allá fue el ministro y los comisionados de La Paz. Y nosotros, oyendo todo por la radio para saber de las calumnias.

Amados hijos: permitidme que primero diga dos palabras a mis diocesanos de Oruro. Son las 7 y 5 de la noche e imparto desde aquí la orden de que en todos los templos de la ciudad se echen a vuelo las campanas para llamar a la hora santa a todos los católicos, porque vamos a esgrimir el arma de la oración, el arma de la fe, el arma del amor, frente a nuestros hermanos comunistas.

Dirigentes sindicales, principalmente dirigentes sindicales comunistas: medid vuestras responsabilidades en la hora presente. ¡Estáis frente a Dios! ¡Estáis frente a la Iglesia! ¡Estáis frente a vuestra misma conciencia, que en el fondo es cristiana, aunque llevéis el caparazón del comunismo maldito, de comunismo ateo, del comunismo que odio con toda mi alma! Pero a vosotros, comunistas, a vosotros mismos dirigentes, os amo, porque lleváis el alma que es la imagen de Dios. Y lo que dije esta mañana lo repito en esta asamblea: ¡estoy dispuesto a besar la mano del minero que ha de lanzar la dinamita sobre mi pecho!

Yo no doy importancia ni a la asamblea de la plaza roja ni al desfile de mineros de esta mañana... porque he contemplado con mis propios ojos a esos mineros. Mientras algunos abajeaban a los curas, abajeaban a la iglesia, pero ante mí dobablan humildemente su frente. Son hombres sencillos, hombres engañados, hombres llevados como ovejas al matadero. No es posible que yo diga que es una masa comunista... ¡mentira! Señor Ministro: que no os digan los comunistas que esa es la expresión del comunismo en Siglo XX. ¡Mienten los comunistas!

Mientras la manifestación pasaba por las cercanías del templo, yo me encontraba fuera mirando esas masas que no llevaban odio, no llevaban venganza. Pero sí los dirigentes llevaban caras satánicas para echar "mueras" a los Padres Oblatos, hombres de sacrificio que están junto a nosotros...

El comunismo ateo teme la verdad. Pero la verdad nos hará libres, nos ha dicho Cristo. El comunismo ateo teme ser desenmascarado Y por eso quiere acallar la voz de los padres Oblatos, la voz de la parroquia, la voz de la Iglesia, quiere acallar la Radio Pío XII.

Todas estas noches, hijos, he dormido en Catavi por mandato del padre Lino. ¡Esta noche también voy a estar aquí, junto con vosotros, junto a Cristo y no me voy a ir de Siglo XX hasta que la cosa esté en tranquilidad, esté en paz!

Monseñor Jorge Manrique Asamblea en la parroquia de Siglo XX, 7 julio 1961

Un enredo de conciencia

Pasaron muy pocos meses desde la quema del muñeco y Lino tuvo que irse del distrito minero, abandonar el país. La tensión era ya insoportable. Hasta se temía por su vida. Los mismos Oblatos lo obligaron a irse. Bueno, cuando eso yo estaba en el Uruguay dirigiendo un colegio parroquial. Allá fue que le vi y conversé con él. El mismo Lino me contaba de su salida de Siglo XX. Fue un triste final, la verdad. Escapó la noche de Navidad de aquel 1961, a las 2 de la madrugada, oculto en una movilidad y con 6 hombres armados acompañándolo, por si acaso. Así desapareció. No se despidió de nadie.

De aquí fue a Lima, de Lima a Santiago y de Santiago a Roma. Después dejó la congregación. salió de cura. Se casó. Ahora vive en Sao Paulo. Es un gran comerciante. Trabaja en una empresa de mermeladas, tiene casi cien obreros y distribuidores a sus órdenes, compra y vende, exporta a no sé cuántos países. Recién el año pasado vino a Bolivia, a la feria internacional de Santa Cruz, a exponer sus productos.

Es una mentalidad, una manera de ser. Sus compañeros de estudios en Canadá me cuentan cómo era Lino siempre. Cuando jugaba al fútbol o al jockey sobre hielo, iba derecho a lo suyo, a codazo limpio. Avasallaba a quien tuviera por delante. Un bulldozer, eso. Así era y así sigue siendo. Sólo que antes aplanaba por el nombre de Cristo. Ahora, por su marca de mermeladas.

* * * * *

Los curas de antes eran mejores. Me gustaba a mí pelear. Los comunistas nos trataban mal, nosotros respondíamos. Y mejorcito que ellos. En papeles peleábamos mucho. Y en la calle. Por eso, le digo que Lino era de los míos. A mí me gusta esa clase de hombres que se hacen respetar.

Últimamente, parece que se han dado la mano con el Sindicato. Pero yo no estoy tan convencido de eso. Aunque yo no sé, porque después que se fue Lino yo no he vuelto a la iglesia. Los padres que vinieron no peleaban ya. Aguantar, decían. Y así, poco a poco, se ha destroncado nuestra organización, la LTC, que ellos mismos fundaron. Haría falta otro Lino para levantarla. Y es que fuerte como él no ha pasado nadie por el distrito.

* * * * *

Siempre fue ambicioso. El fundó la LTC, la JOC, para tener una organización poderosa que contrarrestara al Sindicato. Y tenía convocatoria el tipo. No eran cuatro sonsos los de los grupos. Eran centenares y con disciplina militar. En Siglo XX habían 1,500 hombres afiliados en la Liga. Y de mujeres más, como 1,800. ¡Sólo en un campamento! Y bueno, como quería poder, se vinculó mucho a la Empresa. La Empresa de Catavi fue siempre muy generosa con Lino: en el terreno para la emisora, en materiales de construcción, en todo. Claro, la Empresa sabía que favor con favor se paga. Y lo mismo el gobierno. Las altas esferas de la COMIBOL y el mismo presidente lo ayudaban, lo felicitaban por su labor. Pero, como decimos en estas tierras, mal debes de andar cuando el chancho te alaba.

* * * * *

Lo murmuran mucho ahora, yo sé. Y no me parece legal. ¿Errores?... ¿Y quién no? Él hizo lo que podía. Y más de lo que podía. En aquel tiempo soplaban otros vientos. Pregúnteles a los viejos que conocieron a los trotskos, a los Loras, a los rojos-rojos, no a los de ahora. ¡Pucha, no eran corderitos! Ahora se ve distinto y se juzga. Pero quisiera haber visto yo a los juzgadores en aquella danza.

Yo me mantengo en el Lino. Que hablen mal, no me importa. Pero sin él, ¿qué? Mire todo esto con los 25 años. Él lo levantó todo. Lo hizo todo y con mucho sacrificio. Pero ya dicen que nadie sabe para quién tiende la cama. Porque ahora otros han venido muy tranquilamente. Pero sin él nada estaría. Ni iglesia ni emisora no habría. Sin él, como digo, ni un micrófono tendrían los criticones para criticarlo a él, ¿no ve?

* * * * *

La gente de Iglesia, la gente buena, se adhirió a Lino. La combativa, al Sindicato. Pero la lucha del Sindicato no era tanto contra la Iglesia. Tenía mucho de personal. Por supuesto, también sería simplificar la cosa el reducir el cambio de la Pío al cambio de una persona. Pero lo cierto es que, saliendo Lino, se desbloqueó la relación entre la emisora y el Sindicato. Lino polarizaba mucho el conflicto, no cabe duda.

* * * * *

No fue que los obreros cambiaron ni que se acercaron a los curas. Fueron los curas los que se acercaron a los obreros, al Sindicato. Fueron ellos los que cambiaron. Pero no se trata de un conflicto entre Lino malo y Gregorio bueno. Es toda una situación de injusticia la que los va transformando a ellos. El fascismo militar, los crímenes, las rebajas de salarios, todo eso les hace cambiar. Si hubiera seguido Lino, pienso que hubiera cambiado igual. Porque no es problema de bondad o maldad individual, sino de la ideología de una época confrontada a las estructuras de represión.

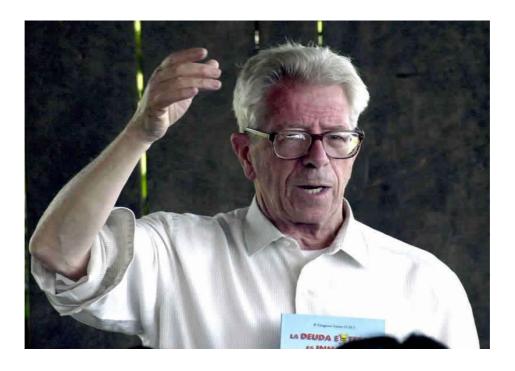
Todavía recuerdo, cuando yo estaba ya en Siglo XX, que Lino volvió a visitar, sólo por un par de días. Regresó a ver, sólo a eso. Él sabía que habíamos cambiado mucho. Y bueno, estaba yo en el salón de la entrada conversando con un obrero, Lucio Arenas.

- —Oiga, Lucio —le digo—, ¿sabe quién anda por acá? Lino, pues.
- —No lo quiero ver —me responde. Y en ese momento aparece Lino en la puerta.
 - —Qué tal, Arenas, cómo le va?
 - —Mal.
 - —No me diga? —se extraña Lino—. ¿Y por qué?
 - —Por culpa suya.

Total, que Lino se retiró avergonzado.

- —¿Qué de esa grosería, don Lucio? —le preguntó yo.
- —¿Qué de qué? Poco he dicho. ¿No ve que ese hombre nos creó a todos un enredo de conciencia? Resulta que nosotros, según él, ya no éramos cristianos, ya no éramos católicos, éramos perros comunistas todos, ¿no ve? Y yo soy cristiano, carajo!

Lo de Lucio, lo de Federico Escóbar, lo de tantos otros... una falsa disyuntiva. Lino les obligaba a escoger entre el Sindicato y la Iglesia, entre el comunismo y el cristianismo. Ahí, pienso yo, estuvo el error principal. Si no se dejaban domesticar por sus esquemas occidentales, eran paganos, ateos. Si luchaban por sus derechos, eran comunistas. Yo no sé si Lino fue honesto consigo mismo, no lo sé. Era también la mentalidad de aquella época preconciliar, el tiempo de la intolerancia. Aunque tampoco estamos lejos de aquel tiempo. Mira hoy día a nuestra querida Iglesia, a sus jerarcas, enfermos de anticomunismo, cazando brujas, ajenos al pueblo y a sus luchas.



GREGORIO

Como decía, yo estaba en Uruguay, en Montevideo, tranquilo con mi colegio parroquial. Un día, se aparece el padre Lino por allá y me enseña esa foto, cuando lo están quemando en la Plaza del Minero. Todavía no sé si él lo tomaba como vergüenza o como honor. Pero a mí me impactó.

—Gregorio, vamos a conversar —me dice—. Pero déjame llamar antes por teléfono. ¿Sabes quién está aquí de embajador? Don Hernán Siles Suazo.

Yo vi que por el teléfono Lino le hablaba a Siles como si fuera su compadre. Y después fue a su casa. Bueno, me di cuenta de que Lino había estado muy metido con el gobierno boliviano. Siles acababa de ser Presidente de la República. Y ahora, Paz Estenssoro lo mandaba como embajador a Uruguay.

- —Por qué no vas tú a la Pío? —me largó Lino, así, sin más—. Allá estaría tu misión.
 - —Déjame pensarlo.

Después vino la hermana Marta, amiga de Federico Escóbar y un poco distanciada de los padres. Vino de vacaciones, porque era uruguaya. Me habla:

—¡Uhhh...! Ese tata Lino ha hecho tantos disparates con los mineros... Ya sabes, lo sacaron tostando. Lino ha metido las dos patas. Trata a los dirigentes de comunistas, todo el mundo es comunista, hasta los locotos rojos.⁴⁶ Pero, mirá, yo misma preparé para el bautismo a los hijos de Federico.

Y esta monjita también me quiso pescar:

- —¿Por qué no vas tú allá?
- —Déjame pensarlo —dije yo.

Entonces, llegó un retiro espiritual. Yo rezando, reflexionando. Y salió en la prensa que los mineros de Siglo XX habían tomado como rehenes a un grupo de técnicos gringos, que Federico Escóbar y otros dirigentes estaban presos, y que los Padres Oblatos, y que la Pío XII... La cosa es que el director del retiro fue el que me vino con el periódico:

—¡Mirá en qué quilombo están metidos tus hermanos! Y vos, ¿por qué no vas allá?

Ya piqué en el anzuelo. Fui a hablar con mi superior.

- —No te vamos a soltar. Aquí estás bien, en el colegio.
- —Voy a escribir al Padre General para el permiso —se me ocurrió decir a mí.
- —Ni aunque escribas al Papa.

Y yo, medio de mala gana, escribí unas letras solicitando. Y a vuelta de correo, la respuesta: "Vaya no más a Siglo XX".

Pero yo venía de prestado, por dos años. Después, ya me quedé para siempre.

Lino que se ha ido y Gabriel⁴⁷ que nos reúne a todos los locutores así, entre gallos y medianoche. La situación estaba tensa pero este cura no se quitaba la sonrisa de los labios.

—Tengo que decirles una cosa —comienza Gabriel—, varias cosas. El hombre tiene un alma y hay que salvarla. Pero el hombre tiene un cuerpo y también hay que salvarlo. Eso están diciendo Juan XXIII y los obispos del Concilio. Eso dice la Doctrina Social de la Iglesia. ¿Qué dicen ustedes?

¿Y qué íbamos a decir? Nosotros, con nuestro entusiasmo, seguíamos las pautas que marcaban los padres. El cristiano es para obedecer, el cura para mandar. Así era siempre.

- —Esto significa —continuó Gabriel— que en nuestros programas tenemos que hablar de la caridad, pero también de la justicia. Tenemos que hablar de la Virgen del cielo, pero también del pan de la tierra. Del pan, de la pulpería, de los salarios bajos, de los despidos laborales...
 - —Esas son las banderas del Sindicato, padre —dijo uno de los operadores.
- —Esas serán también nuestras banderas —le contestó Gabriel—. El cristiano no puede cerrar los ojos ante la injusticia.
- —Si nos metemos en esas políticas, van a pensar que estamos camoteando con los comunistas y...

⁴⁷ El padre Gabriel Dicaire tomó la dirección de Radio Pío XII a la salida del padre Lino Grenier el 25 de diciembre de 1961.

- —Y no quiero que se hable más de comunismo en esta emisora —cortó Gabriel, siempre tranquilo—. Hemos perdido mucho tiempo en una lucha anticomunista. ¿A dónde nos ha llevado, eh?
 - —Qué quiere decir esto, padre?
- —Quiere decir que en esta emisora no se va a atacar nunca más al comunismo. Nosotros no estamos contra nadie, no somos antinada. A favor del pueblo sí, a favor de la justicia. ¿Está claro? No quiero que en ningún programa haya ningún ataque, ninguna sátira, ninguna palabra sobre comunismo ni anticomunismo. Se acabó ese rencor.

¡Adiós trabajos! Aquello cayó como piedra en ojo tuerto. ¿ Y ahora qué hacíamos? ¿Cómo escribíamos programas, cómo hablábamos? Muchos nos decepcionamos, la verdad. Este cura es un tibio, decíamos. Tiene miedo. Se dejó correr por los rojos. Lino sí era macho.

El que más se vio en figurillas fue Mauricio Aira. ¿ Qué iba a hacer él si le cortaban el tema básico de sus editoriales, de sus Golpes sobre el Yunque? Ahí comenzó el decaimiento de Mauricio. Y también de Claudio Marañón porque, claro, ya no tenía contrincante. La inspiración de Claudio eran los insultos de Mauricio. Y la de éste, los del otro. Y así.

Mauricio se fue al año, bien decepcionado. Es decir, lo fueron. Resulta que estaba sacando noticias del teletipo de la Pío y las vendía por su cuenta a un periódico de Oruro. Pucha, Gabriel se indignó con esto. Y con otras cositas más. Porque Mauricio andaba haciéndole política al MNR. Lo habían comisionado para organizar el partido de gobierno entre los radialistas del país. Y todo hacía en secreto, sin decirle nada a los curas.

Bueno, se fue el Mauricio, la figura principal desde la fundación de la emisora. Se fueron los otros, los profesionales. Los locales nos fuimos quedando. Y, poco a poco, nos dimos cuenta que podíamos hacer buenos programas, buenos radioteatros, sin depender de los grandes locutores traídos de fuera. Y sin andar peleando a muerte contra el Sindicato. Pero tampoco la cosa fue tan rápida. Faltaba mucho camino.

¿Quién manda en Bolivia?

Yo llegué a Siglo XX el 30 de mayo del 64. La llegada fue horrible. Al día siguiente, el 31, eran las elecciones presidenciales. Por tercera vez se presentaba Paz Estenssoro, líder —y traidor— de la revolución del 52. En las minas se había declarado el boicot. Los mineros habían secuestrado las urnas y se preparaban para la embestida de los militares.

Hice el viaje en flota con Gabriel. Recuerdo que poco antes de llegar nos hicieron bajar todo. Querían revisar las maletas a ver si llevábamos armas.

- —Déjenlos pasar. Son padres.
- —¿Y esas armas? —pregunté yo, extrañado.
- —Puede haber atentados de los comunistas, que no quieren elecciones.

Tenían miedo de que el Sindicato, como otras veces, dinamitara la estación. Claro, ellos vinculaban a la Pío XII con el gobierno. Y no les faltaba razón...

El caso es que no hubo elecciones en el centro minero. En el país, sí. Se encaramó otra vez el gastado líder del MNR. Pero en Siglo XX y Catavi, en aquel "territorio libre de Bolivia", nadie votó. Esa era entonces la consigna: "territorio libre".

Yo me sentía desconcertado. Suerte que estaba Gabriel como superior del grupo de los Oblatos, un hombre abierto, jovial. También estaba Lorenzo⁴⁸, un compañero muy bueno. Y Renato. Estos estaban como yo, casi recién llegados.

Un mes antes se había celebrado el quinto aniversario de la Pío. Me cuentan que hubo toda una semana de festejos. Sacaron folletos con todos los programas, con publicidad, por todo lo alto. Mucho triunfalismo. Y mientras, los del Sindicato con su gente presa, la situación tan crítica, el lío de las elecciones. Pero la Pío celebraba, con toda la bulla, sus cinco primeros años de éxitos. En una población tan pequeña, era como dos mundos irreconciliables, dos idiomas.

La verdad es que la Pío XII había calado en la audiencia, eso no hay quien lo niegue. Todavía tengo yo por ahí un documento en que Lino y Santiago definían sus principios de acción. Eran criterios lúcidos de cómo debe "hacerse radio". Claro, estaba lo del anticomunismo y todo el enfoque ideológico. Pero la metodología que usaban... bueno, creo que muchas emisoras de la Iglesia deberían leer y aprender de esas páginas.

La emisora debe "jugar su juego". Este es el punto. Que una emisora es apostólica pero a su manera, es decir, radiofónicamente. La Pío XII explota, a fondo, el arte radial que es el arte del micrófono, el arte de la palabra, del canto, de la música, del drama... Y este arte tiene sus propias leyes internas.

Una radio católica debe cuidarse siempre del error de querer presentarse con demasiada seriedad, de comportarse como profesor de universidad o como predicador de Cuaresma. Nosotros pensamos que para poder ser un instrumento eficaz, una radio, por más apostólica que ella sea y precisamente por ser apostólica, debe ser, ante todo, radio. Es decir, ella debe especializarse en el arte radial, presentar buenas voces, ofrecer buenos radioteatros a los oyentes, estar al día con sus programas musicales, confeccionar programas religiosos agradables, disponer de un excelente servicio informativo... y filtrar el Mensaje cristiano a través de todo esto.

Y otro asunto. Los antiguos decían "castigat ridendo mores" (corrige las costumbres riendo). Nosotros hemos ido introduciendo en la programación, poco a poco, espacios humorísticos que, sin ser directamente educativos, no dejan de tener un efecto muy saludable sobre las costumbres. Al pueblo boliviano no ha cesado de sobrevenirle una larga serie de calamidades. Todas ellas lo han convertido en un pueblo "serio", con poco sentido del humor. Y, sin embargo, el humor es "el condimento indispensable de la perfección cristiana". Lentamente, queremos ir llenando este vacío. Por la mañana, ponemos "Alborada de buen humor" para superar las mediocridades de la vida conyugal y familiar. Al mediodía y por la tarde, "Ríase en quechua" para oxigenar la dureza de la vida obrera y social. Pronto lanzaremos "Microcefalía" para destensar los ratos más aburridos de la población.

Fragmentos del "Rapport aux autorités" Equipo misionero de Siglo XX, 18 enero 1960

⁴⁸ El P. Lorenzo Desaulniers llegó a Siglo XX en 1963. También trabajó en la Pío XII y la dirigió en los años 1977-1978.

Como digo, cuando llegué a Siglo XX la situación estaba revuelta. Desde el famoso Congreso de Colquiri —y éste había sido en diciembre— los máximos dirigentes sindicales del distrito, Federico Escóbar e Ireneo Pimentel, habían sido encarcelados. Decían que la embajada norteamericana había puesto esta condición para conceder un préstamo de unos 60 millones de dólares. Los mineros secuestraron a un grupo de técnicos gringos para forzar al gobierno a liberarlos. Pero ni así. Seguían presos.

Decían también... que Lino había sugerido el apresamiento de Escóbar y Pimentel. Sí, como suena. Claro, esto era un problema grave, delicado. Desde luego, Lino tenía mucha cancha con la Empresa y con el mismo Presidente... En fin, yo también creo que él había metido mano en esto.

El caso es que a los pocos días de llegar yo, viene Gabriel y me dice:

—Mira, tú te vas a encargar de los obreros, de la LTC. Hoy se reúnen.

Fui a la reunión. Fui a varias reuniones, cada semana. Asistían muchos, ésa es la verdad. Eran como una fuerza de choque, tenían una identidad muy definida: "somos los católicos, los defensores de la Iglesia". Como cruzados, ¿no? Y en las mujeres, igual. Era un "ejército" que movilizaba una montonera de gente. Sólo en Llallagua había 18 grupos de mujeres organizadas. Y los jóvenes con su JOC y su JEC... Total, que a los dos meses de estar allí, que ya me iba ambientando, me largo en una reunión:

- —Yo quiero que analicemos el problema de los dirigentes sindicales. He escuchado que... es por causa de la parroquia que ellos están presos.
 - —¡Son comunistas, padre! —gritó uno desde el fondo del salón.
- —Son obreros —dije yo—. Obreros como ustedes. ¿No creen que debemos hacer algo por ellos?

Ahí comenzó la discutidera. Unos que sí, otros que no. Me acuerdo de Fortunato Zeballos, del grupo de los "blandos":

—Usted tiene razón, padre. Y mire que muchos ya nos sentimos mal delante de la gente. Porque nos acusan y... ¿y qué responde uno? Nuestros compañeros en Sora-Sora pelearon como machos contra los milicos... ¡Y nosotros aquí rezando rosario!

Después de muchos que sí y que no, todos se pusieron de acuerdo para hacer algo por Ireneo Pimentel. Pero con Federico Escóbar andaban más susceptibles.

- —Ese es un fregado, padre —me explicó, tosiendo, un minero viejo—. Demasiado ataca a la parroquia. Demasiado ataca a la emisora. Comunista cabal ése. ¿Cómo nomás, pues...?
- —Ni tanto —replicó uno más joven, todavía con el guardatojo puesto—. Don Federico ha deshecho, pero también ha hecho. ¿Quién es el hombre más querido aquí, quién ha sacado más cara por los desalojados, eh? ¿Y quién tiene más ahijados en todos estos lugares?

Y bueno, decidieron hacer algo por los dirigentes. Es decir, que lo hiciera yo. Que fuera a La Paz a recIamar por ellos, a pedir la libertad de Escóbar y Pimentel. Delegaron conmigo a un tal Poveda, que después murió muy joven, un tipo de valor. Este Poveda era, según los padres, un convertido: primero comunista, ahora católico.

Llegamos a La Paz en los últimos días de octubre. Yo tenía muy pocos meses en Bolivia. Y, a la verdad, eso de ir a reclamarle al gobierno... Pero ¿qué remedio? Estaban presos en el Panóptico. Allá nos dirigimos primero. Yo pedí hablar con el detenido Pimentel. Pensé para mí: tal como me han dibujado a Federico Escóbar, un anticlerical furioso, capaz ni me recibe, capaz ni me habla. Mejor comenzar con Pimentel.

- —Gracias, padre —Pimentel me sonreía—. Me huelo que las cosas están cambiando en la Pío XII. Ahora mismo se lo cuento a Federico, se va a poner contento.
 - —No cuente tanto y dígame qué debo hacer, a quién me dirijo.
- —Usted lo que tiene que hacer, padre. es hablar con el Ministro Secretario Fellman Velarde. 49 Eso.

Pimentel pudo acompañarme hasta la puerta. Es que en el Panóptico estaban como presos comunes. Nadie me pidió ningún documento a la entrada ni a la salida. Claro, la sotana.

Allá voy hacia el Palacio de Gobierno. Y pido hablar con el mentado ministro. Un hombre, por lo visto, de mucha influencia.

—Arriba, al fondo —me indica el portero.

Nadie me acompañó, nadie me preguntó nada. Después de revisar en varias oficinas, al fin encontré la del ministro.

—Pase nomás, padre —me dice Fellman Velarde—. ¿Qué se le ofrece?

Estaba él solito. Y en la mesa no había nada. Sólo un encendedor. Nada más. Ya se olía el golpe. Esto era el 30 de octubre. Apenas 4 días faltaban para que Barrientos golpeara a Paz Estenssoro. Bueno, yo me siento ahí, frente al ministro, que jugueteaba con el dichoso encendedor.

- —¿Y usted de dónde es, padre?
- —De las minas, de radio Pío XII —dije yo, un poco tímidamente—. ¿Le suena?
- —¡Cómo no, padre! Ustedes siempre nos han ayudado.
 - —Pues ahora vengo a pedir la libertad de los dirigentes.
- —¿No me diga? Pues... pues no podía haberme traído una noticia mejor en este momento. Espéreme un segundo. Voy a hablar con el Presidente.

Y el Presidente Paz Estenssoro estaba al lado, en la otra pieza. Y el ministro se va y me deja ahí solo, con el encendedor. Me acuerdo bien de su mesa, porque yo miraba y miraba y no encontraba un solo papel, siquiera para curiosear.

Pasa el tiempo. Y nada. Será muy grave el asunto, pensé. Al rato vuelve el ministro y me habla casi a media voz:

- —Bueno, padre, usted sabe, nosotros somos un país tan pobre, tan débil... a usted tal vez le sorprenda lo que le voy a decir, pero, en fin, usted comprende que...
 - —Qué pasa? —me impacienté.
 - —Tiene que ir a hablar con el embajador norteamericano. Con Mr. Hendersson.
 - —Con el embajador...?

⁴⁹ Fellman Velarde, Ministro de Educación en el 61, encabezó la Comisión oficial para conocer los hechos del 4 de julio en la Pío XII.

- —Así es, padre. Así es el país.
- —Entonces, ¿eso es lo que le ha dicho el Presidente —traté de sacarle.
- —Usted comprenda, padre. Pero vaya y haga lo posible. En esta crisis, la libertad de ellos sería muy positiva para mejorar las relaciones del gobierno con la COB. ⁵⁰ Tiene que hacerlo hoy mismo, padre.
 - —Trataré —le dije.

Tenían razón los que decían que los dirigentes estaban presos por orden del padrino del Norte... Dejé el Palacio, volví al Panóptico. Otra vez pregunté por Pimentel.

- —Me han dicho que la cosa es con el embajador norteamericano.
- —Ya lo sabíamos —me miró tranquilo Pimentel—. Es el Plan Triangular. Los gringos quieren romper el Sindicato a cualquier precio.
 - —Y ahora qué hago yo?
- —Mire, padre, es inútil que vaya con el embajador. Usted está recién llegado, nadie lo conoce. Si fuera el padre Lino... —y Pimentel se sonreía malicioso—. Pero yo le aconsejaría que hable con un llamado Monseñor Kennedy. Es un curita viejo, americano, yo no sé qué se llama eso, es como capellán de la embajada. Él podría hacer de enlace.

Era tarde ya. Pasé la noche en casa de los Oblatos. Al día siguiente, cuando ya estaba buscando la dirección del tal Kennedy, comienzan los tiros en la calle. Y me encuentro con Poveda, el que había venido conmigo.

- —No haga nada, padre. Esto se viene abajo. Más fácil será. Yo tengo ya un grupo armado para tomar el Panóptico. Ahorita los sacamos libres.
 - —Estás loco? ¿Cómo vas a tomar la cárcel?
- —Padre, usted no conoce Bolivia. Muerto el perro, escapan las pulgas. Cuando hay revolución, los policías son los primeros en rajar. Y ahí queda todo. Ya tengo sistema de entrar.

Pues sí, dicho y hecho. Así fue. Porque esa tarde yo me puse a dar vueltas por la ciudad, esperando. Pasó el día primero que era de fiesta. Y luego, los finados. Ya todos hablaban del golpe. La derecha también estaba en contra del gobierno, la derecha y la izquierda. Era un momento de mucha confusión. Juan Lechín, de la COB, también quería que cayera Paz Estenssoro. Claro, ya era demasiado corrupto el MNR. Pero tal vez fue un error que se cometió. Quitaron a éste y le abrieron camino a otro peor. El General Barrientos golpeó el 4 de noviembre. Enseguida Poveda entró con su comando al Panóptico. Listo. Salieron libres Pimentel y Escóbar. Y regresaron a Siglo XX. ¡Ah, qué gran recibimiento...!

Bautizando máquinas de cine

Pasaron los días en Siglo XX. Yo seguía con los de la LTC, que ahora estaban contentos, como quien ha hecho una buena acción. Gracias a nosotros los liberaron, decían. (Ellos no sabían de Poveda y su comando).

⁵⁰ Central Obrera Boliviana.

Me fui metiendo cada vez más en la emisora. También inicié una cooperativa de viviendas. Y había un señor, un tal Valdez, que administraba el cine del Sindicato. ⁵¹ Este se había hecho amigo mío porque él también quería una casa. Bueno, resulta que habían comprado máquinas nuevas para el cine. Querían bendecir las máquinas. Entonces, Federico manda a Valdez a convencerme de que yo vaya allá, al cine. Yo no quería ir. Tampoco conocía aún a Federico. aunque ya Pimentel le había hablado de las gestiones que había hecho por ellos en La Paz.

—Que sí, padre, que venga. Macho Moreno quiere hablar con usted.

Tanto insistió, que fui. Era en la piecita de arriba del cine. No estaban nadie más que Escóbar, Pimentel, este administrador y yo. Y un técnico, creo. Las máquinas eran bastante grandes, como las de aquel tiempo. Y junto a ellas, media docena de cervezas. Yo no iba con idea de ninguna bendición. Pensaba que todo aquello era una comedia, que lo hacían sin convencimiento... Y Federico sentado así, sobre las máquinas. Entro yo, se quita el sombrero, un sombrero viejo que llevaba siempre. Me saluda. Y se queda esperando a que yo comience. Un silencio. Yo no arranco. Y ellos, tranquilos, sin prisa. Hasta piadosos parecían.

- —Empecemos con la cerveza —digo yo—, porque aquí no va a haber agua bendita.
- —No habrá cerveza —dice Escóbar— si no hay primero agua bendita. Bautice las máquinas, padre. Otra vez el silencio.
 - —¿Para qué vamos a bendecir? —insisto yo—. ¿Por qué no *ch'allamos* y…?
- —No —me cortó Federico—. Lo que pasa es que a usted le han metido las ideas de Lino en el coco, que aquí no hay más que películas comunistas. Por eso no quiere bendecir. Pero sepa una cosa, padre: el cura debe bendecir aquello que piensa que es malo. ¿Usted piensa que esto es malo? Pues eche bendición. Lo bueno no hace falta que lo bendiga.

Los otros. con el pico cerrado. Todos, ante Federico. se quedaban un poco en la sombra. Él era el líder. Y su palabra era orden. Indio en tierra.

- —Está bien —acepté yo. Busqué un poco de agua y rocié las máquinas.
- —Ahora, sí. Destapa las cervezas... —Federico estaba eufórico, se le veía—. ¡Salud padre!... Pues sí, padre, por acá hemos tenido muchas macanas con los curas. A usted le habrán contado, ¿no?
 - —Algo me han dicho... —yo seguía un poco a la defensiva.
 - —Hemos tenido a un tal Lino, un jodido... ¿Usted lo conoció?
 - —De paso nomás.
- —Le aseguro una cosa, padre. Yo estoy convencido que ese *k'anka* era de la CIA. Contratado por la CIA y de la Policía Montada del Canadá. Fírmelo usted, que así es. Porque un cura tan satanás no se puede concebir. ¿Usted qué cree?
 - —Bueno, yo... Dicen que tenía un carácter muy imponente...
- —Mireme bien, padre —y Federico se señalaba con el puño—. A mí me piden bautismo por todo lado. Que les apadrine las *wawas*. A ver, dígalo usted, ¿por qué me buscan a mí, eh? Por el ejemplo que doy será. ¿A que a Pimentel no le piden, eh? Porque este ñato no se sabe si es comunista o católico, o a qué santo prende velas.

Pimentel se sonreía solamente. Y Federico siguió, convencido y convincente:

—¡Pero a mí me piden! Y Lino no me aceptaba. A éste sí, al otro también. Pero a mí, ni agua. Porque dice que soy comunista. Pues, sí señor, yo soy comunista. Cien

⁵¹ El cine ahora se llama "Federico Escóbar".

por cien comunista. Pero soy católico. Cien por cien católico. No a medias, ¿me oye? Y yo, cuando voy a la iglesia, al primer banco me pongo. Y que hablen los del Sindicato lo que quieran. Ahí me planto. Estos no. Estos oyen que crujen las vigas del socavón y entonces van a sobar a la Asunta. Y van a misa, cómo no, pero al último banco, cabeza baja, para que ni Dios se entere.

Así hablaba Federico, en serio y en broma. Y siempre te convencía. Y siempre te hacía reír. Me acuerdo que en la pieza había una ventanita hacia afuera. Y desde ella se veían los desmontes. Se veían las palliris. ⁵² Me señala hacia allá.

—¿Ve aquellas mujeres? Eso es lo más pobre de los pobres de aquí. ¿Usted es sacerdote? Pues métase a trabajar con ellas. Si lo hace, en mí va a encontrar el mejor apoyo. Pero si viene como estos otros curas pollerudos a pololear con la Empresa y con el gobierno, en mí tendrá al mayor enemigo. Porque, dígalo usted, si Cristo viniera a las minas, ¿dónde estaría? ¿Almorzando con el gerente? Pues ha venido Lino y ha ido con el gerente y en contra de los trabajadores.

Ahí comenzamos a hablar largo sobre eso de ser cristiano y ser comunista. Yo todavía con mis esquemas: una cosa es una cosa y otra es otra. Pero a él se le mezclaban todas. Se le juntaban todas en la lucha sindical.

—Yo me he metido en este partido por eso, padre —los ojos le chispeaban como picota sobre mineral—. No me he metido por otra razón. Para luchar de una manera orgánica por la gente. Por los pobres. Ahora, si el partido no sirve para eso, pues también lo mandaremos a la mierda.

Y así era Federico en su vida. Tan así, que por eso vino luego la división del partido. El creyó que fundando el pequinés sería mejor que el soviético. La verdad es que él no era hombre de partido. Todos le caían estrechos. Veía más lejos, no sé.

Total, que salimos amigos. Me quería llevar a su casa. Y luego a la emisora, a que le prestase algunos libros. Cuando llegué de vuelta a casa, le conté a Gabriel. Se sorprendió, pues. Y se quedó pensativo:

—Quizás esto se debió haber hecho antes. Mucho antes.

Gregorio vino con empuje, eso no se le quita. Se metió de lleno en el Departamento de Promoción Popular. Formó el VIPO, de viviendas populares. El SEPSA, de salud. Fomentó las artesanías en el campo. Bueno, todo un despliegue. Pero no conocía. Estaba muy nuevo en Bolivia. Y aquí, al mejor cirujano se le va la mano.

Yo iba con él por las comunidades, dando cursillos. Llegamos a Berenguela. Nos quedamos de noche. Comenzamos la charla.

```
—Quiero hablar de salud —me dice—. ¿Me traduces?
—Ari.<sup>53</sup>
```

Yo le traducía al quechua y él hablaba. Comienza el Gregorio:

⁵² Mujeres viudas o abandonadas que trabajan, por su cuenta, en los desmontes recogiendo las piedras de desecho que contienen partículas de mineral.

⁵³ Sí en quechua.

—Hermanos, aquí hay muchos problemas. Los niños se mueren sin atención médica. Un enfermo grave no tiene cómo salir al pueblo. Hasta un dolor de muelas es grave en un sitio tan apartado como éste. Pensando en todo, la Iglesia ha formado un servicio popular de salud, el SEPSA. Con Radio Pío XII vamos a poder traerles enfermeras, doctores, medicinas. Y ya no van a ser engañados por el yatiri. Ya no tendrán que ser víctimas de sus brujerías.

Yo traducía. Las caras de los campesinos sin una mueca, sin gesto. Lo de siempre. Ellos nunca dicen no. Te aceptan todo. Sólo que luego no hacen todo lo que les dicen. A veces, no hacen nada.

También venía con nosotros el difundo Froilán Sánchez.⁵⁵ Y con él pensamos en un medio para relacionarnos con la comunidad. Metámonos en tragos con ellos, me dice. Eso hicimos, mientras el padre se iba a descansar o a rezar, no sé. Chicha va, chicha viene. Un cuento, un decir, un bailecito, y la noche que avanza. Salimos a hacer aguas. Viene también el líder de la comunidad, un llamado Espíritu Santo. Cuando el campesino está chupado, pierde su complejo, se vuelve franco, bota el silencio.

—Oye, cumpa —le pregunto—, ¿qué te pareció el sermón del cura?

—Ustedes finalmente son de los nuestros —dice él—. Pero tonto es ese padrecito. ¡Misk'isimi!⁵⁶ ¿Qué sabe él del yatiri? Ustedes tienen teléfono y viene la ambulancia. Tienen doctor. Quieren bautizarse o quieren morirse y tienen un cura a la mano. Aquí en Berenguela, ¿qué encuentras? Con sus palabras de él no cambia nada. Entonces, para nosotros el yatiri es todo. Es consejero, es compadre, el que remedia. Y nunca cobra. ¿Por qué dice que nos dejamos engañar por el yatiri? Engañado es él.

Fue una lección.

A salvo por unos cigarrillos

Después me vi con Federico algunas veces, pero pocas. ¡Los acontecimientos se precipitaron de tal forma!... Barrientos subió al poder. Al principio, dice que bien con la COB, con los obreros, todo bien. Subió en noviembre, ¿verdad? Pues ya en abril del 65 comienzan los problemas con los trabajadores. Toman preso a Juan Lechín y lo destierran al Paraguay. Huelga General, por la COB. Estado de sitio, por el gobierno.

Y viene mayo, con el funesto sistema de la rebaja salarial, impuesta también por los norteamericanos para "sanear" la minería nacionalizada. El 25 de mayo firmaron esa ignominia. Algunos trabajadores perdían hasta la mitad de su salario. Y para hacer más odiosa la ley, ésta no se aplicaba a los técnicos ni a los ingenieros de la COMIBOL.

Unos días antes, cuando ya se rumoreaban los decretos, Federico Escóbar habló en la Plaza del Minero. Habló duro. Explicó clarito la situación. Siglo XX, lógico, se declaró totalmente en contra. Todos los centros mineros también. Pero ya el ejército se iba

⁵⁴ Sabio, curandero popular.

⁵⁵ Froilán Sánchez, promotor de la Pío, escribió más tarde la radionovela Rumitambo. El enfoque profundamente campesino, fomentando su organización y su alianza con los mineros, hizo que esta producción llegara a ser el programa de mayor audiencia de la emisora. Se repite un año y otro. Y sigue gustando.

⁵⁶ Boca de miel, de palabra dulce pero falsa.

desplazando hacia las minas. Y fueron cayendo, una tras otra, las del Sur. Huanuni, Siglo XX y Catavi se mantenían firmes.

* * * * *

Compañeros trabajadores:

La situación desde ya es grave. Se ha manifestado que en esta Empresa solamente se deben quedar a trabajar 2,500 trabajadores entre obreros y empleados. Aparte de eso, la COMIBOL ha recibido órdenes terminantes de la Junta Militar de que los jornales deben bajar a como estaban anteriormente los compañeros de Quechisla, lo que quiere decir rebajar los jornales a la cantidad de 8,000 bolivianos⁵⁷ para el interior de la mina. Esto no es ningún cuento. El día de mañana se compran ustedes todos los periódicos y van a leer los articulados correspondientes a los decretos que han salido hoy día. Así que, para arreglar los costos de las empresas se tiene que liquidar a los compañeros trabajadores. Muy bien. A continuar esta situación, ¡que vengan los generales y sus soldados a trabajar en el interior de la minal

Compañeros, esto lo han creado los mismos hombres, y los mismos hombres lo tenemos que resolver. Compañeros, con el trapo sucio del anticomunismo se están liquidando las reivindicaciones económicas de los trabajadores. Y el impacto es también contra el comercio. Porque todas las veces que vayan ustedes a las ventanillas de pago dirá "topado". Y los comerciantes tendrán sus vitrinas llenas de trapos y de zapatos Porque nadie les podrá comprar. Entonces, éste es un problema de todo Llallagua, inclusive de las chicherías, porque ¿con qué le hemos de comprar siquiera un cuartillo de chicha si hemos de salir topados? Estamos todos nosotros entre la cruz y la espada. Pero entre esa cruz y esa espada, está nuestra fortaleza y nuestra unidad. Tenemos que encarar la pelea en forma combinada. Combinar los piquetes y otros tipos de organización para tratar de flanquear al enemigo que está viniendo a liquidar y a quitarnos el derecho al trabajo. Estamos en esa dura alternativa de defender con sangre nuestros intereses de carácter económico Al amanecer puede venir el ejército a tratar de crear un revoltijo en este distrito minero. Que cada hogar se convierta en trinchera Porque hasta las mujeres tienen que salir a defender los intereses de sus esposos. Porque ahora no se trata del problema del obrero sino de la mujer y el niño. Y los niños deben estar convencidos que cuando anden en trapos sucios es que el jornal no ha alcanzado para sacar jabón de la pulpería. Y todo esto es a nombre de atacar al comunismo o al Partido Comunista. Pero se está atacando directamente a todos ustedes, y la mayoría de ustedes no son del Partido Comunista. ¡Pero el anticomunismo se utiliza así en contra de los intereses de los compañeros trabajadores!

> Federico Escóbar Asamblea de Trabajadores del Distrito 24 mayo 1965

* * * * *

Salí de la Plaza, me crucé con Federico en la Linares.

- —¿Qué le pareció el discurso, padre? —me dice todo optimista.
- —Como oratoria muy bien. Cien puntos. Pero la posición radical que mantienes es muy...
 - —Vamos a ganar —me cortó—. El ejército va a ceder.
 - —El ejército va a avanzar. Ya vienen de camino. Nos están cercando.

⁵⁷ En aquellos años, un dólar equivalía a 12 pesos bolivianos.

Y era cierto. Barrientos había mandado muy hábilmente una gran fracción del ejército al norte de Potosí. El pretexto era que no se pelearan los indios laimes contra los jucumanis. Buscaba situar tropas de ese lado y atacar por todos los flancos.

La misión se la encomendaron al capitán Zacarías Plaza. Es difícil imaginar un carnicero peor. Este militar se instaló a pocos kilómetros de Siglo XX en un sitio que le dicen Lagunillas. Todo estaba preparado para intervenir las minas. Y ahí es que yo entro en juego otra vez sin comerlo ni beberlo. El capitán Plaza me manda un comunicado por medio de la Empresa. Que yo fuera a verlo, que quería hacer una grabación.

Fui acompañado de Marcial Mansilla, locutor por entonces. Zacarías Plaza, gordo y sobrador, habló en estos términos:

—Federico Escóbar tiene que entregarse. Y si no, será muerto. Los dirigentes todos tienen que entregarse. Y si no, entramos en las minas. No hay condición alguna. No hay reconocimiento de nada de Sindicato. Mejor que se entreguen ya.

Apagué el grabador. El odio de aquel militar se podía oler, casi mascar.

—Y usted, padre, va a venir aquí con Pimentel y con Crespo para arreglar el rendimiento. Que no venga Escóbar. Si viene, lo fusilo.

Vuelvo. Pongo aquellas amenazas en la emisora. Por la noche, viene Federico a verme.

- —¿Qué ha pasado, padre? Me han dicho que la Pío soltó un asunto.
- —Pues sí.
- —¿Y ahora qué hacemos?
- —Tienes que largarte, Federico. Este tipo te va a fusilar.
- —¡No me voy! —casi me gritó—. No me voy porque no. Me escondo en la mina. Defenderemos el campamento.
- —Hay más de 500 soldados con armas automáticas —traté de ser persuasivo—. Lo tienen todo rodeado, ¿comprendes? Por acá, vienen los de Challapata. Por allá también, por el flanco de Huanuni. Huanuni ha caído ya. Además, están los aviones. ¿Vas a tirarle dinamita a un avión? No seas loco. Mártires ya hemos tenido bastantes. Necesitamos dirigentes vivos.
 - —Está bien. Si usted me ayuda, yo salgo. Y si no, aquí muero.
 - —Trataré de ayudarte, pero...

Me cortó la palabra con un apretón de manos muy firme.

- —¿Palabra de honor que me va a ayudar?
- —Palabra.
- —Palabra de honor que no va a decir nada a nadie?
- —A nadie, nada.
- —Listo. Esta noche mando un enlace.

Esto era como a las 6 de la tarde. Ya se estaba acabando el mes de mayo. Bueno, a las 9 de la noche viene un tipo, todo sigiloso:

—Sígame, padre.

Salgo con él. Me lleva a una casa donde hay 7 u 8 dirigentes. En la pared, un mapa de la frontera con Chile. Habían estado discutiendo el plan entre ellos. Entro y Federico me presenta corno amigo de él.

—Siéntese, padre. Y escuche. Las proposiciones de los compañeros son éstas. Quiero saber su opinión.

La verdad, a mí todos los planes que soltaban me parecían malos. Y peligrosos. Perdían mucho tiempo.

- —Mira, Federico —opiné—, si yo estuviera en tu pellejo, saldría ya mismo. Ya. Ponle a las 3 ó 4 de la madrugada, por el camino carretero y en el jeep de la emisora. Yo me la juego contigo. Eso sí, con dos condiciones: que tengas un documento falso y que te vistas de pituco. Bien afeitado, bien trajeado, como un comerciante que ha estado de paso visitando la radio.
- —Listo —sentenció Federico—. Aceptado el plan del padre. Tú y tú, documentos falsos. Tú, búscame el terno y la corbata, ni que sea de un muerto. Yo voy a casa a despedirme de Alicia y los changos. A las 3 en punto estoy en la Pío.

La noche estaba cerrada. Esas noches mineras en que el silbar del viento se confunde con la sirena llamando a tercera punta, la tercera camada de hombres que se traga la bocamina. Pero no había trabajo esa noche. Todo estaba de huelga. Hasta el miedo.

Volví a la emisora. Tenía que conseguir el jeep, que era de las monjas. No les podía decir nada. A mis compañeros tampoco les podía decir nada. ¡Pero salir así, a oscuras, hacia Chile, y no decirle nada a nadie! Esperé, mirando el reloj. Estaba en casa Pablo Emilio, un voluntario canadiense.

- —Tienes que venir conmigo —le dije, a secas—. Ayúdame a manejar.
- —Bueno —respondió él.

A las 3 de la mañana, flamante, encorbatado, sin bigote, como nunca lo había visto, se presentó Federico Escóbar.

- —¿Y el documento? —le digo.
- —Aquí lo tiene. ¿Sabe qué me llamo ahora? Francisco Belzú.

Y me mostró el carnet de identidad que le habían falsificado los compañeros a toda prisa. Estaba tan mal hecho, que un soldado ciego habría descubierto la trampa. No sé si era mejor no llevar papeles que llevar ése. En fin, no era momento para discutir. A mí lo único que se me ocurrió fue tomar una caja de cigarrillos. Yo no fumo, pero no sé por qué me vino a la mente llevar tabaco.

- —¿Listos? —pregunté yo.
- —Un momento —dijo Federico—. Si yo voy disfrazado de cogotudo, usted póngase la sotana. Eso ayuda.
 - —Aceptado.
- —Y otra cosa, padre. Le voy a pedir un favor. Vamos a rezar aquí, juntos, tres avemarías.
 - —No perdamos tiempo —repuse yo—. Vámonos.
 - —Antes, las avemarías —el dirigente comunista me decía con toda seriedad.
- —Mira, Federico —insistí—, ¿no dicen los marxistas que el miedo es el que crea los dioses? Tú ahora tienes miedo y por eso quieres rezar.
- —Tengo miedo, sí. Y es posible que ahora quiera rezar por miedo. Pero todos los días, sin miedo, también rezo.

Arrancamos. Federico iba atrás en el jeep, a este lado, mirando en contra. Es que siempre vienen a mirar por el lado del chofer. Que no le vean la cara, pensé yo.

Adelante, el gringuito Pablo, manejando. Y yo. Recuerdo que la primera conversación fue sobre esto de los dioses, el miedo, la religión. A él le interesaba mucho el cambio de los curas...

Bueno, íbamos así, muy tranquilos, todo normal. Claro, cuando ya nos acercamos al sitio donde los militares bloqueaban, los nervios nos dejaron sin castellano. Era entre Huanuni y Vinto. Un poco antes de Vinto, ahí estaba el ejército con alambradas cerrando el paso.

—Mejor parar unos 20 metros antes —me susurró Federico—, y usted se acerca caminando para que vean a un cura.

Bajé del jeep. Todavía era de noche, pero como habían visto las luces de la movilidad ya estaban alertados los soldados, apuntando armas.

- —¿Quién es usted?
- —Yo soy el cura de la Pío XII.
- —¡Capitán! —gritó el soldadito.

(El capitán estaba durmiendo. Serían las 5 y media de la mañana, pero aún no había amanecido. Esa era la táctica, pasar la tranca a oscuras).

- —¿De dónde es usted? —se me acerca el capitán.
- —Yo soy el cura de la Pío XII.
- —¿De la emisora?
- —Ajá.
- —Pues nos tiene que ayudar, padre. Justamente, estamos haciendo el plan para tomar el campamento. Queremos saber si hay armas o no, si los mineros se han parapetado en interior mina.
 - —Bueno, yo no sé mucho... pero no, no creo...
 - —Y los dirigentes, ¿dónde están? —el capitán bostezaba.
 - —Pues... allá.
 - —¿Dónde está ese mañudo, el Federico Escóbar?
 - —Bueno, yo... yo lo vi anteayer en Siglo... Sí, tiene que estar allá.
- —Ya me imagino, preparando la resistencia. Ese es un buen cabrón, padre, usted me disculpa la palabra. Mire, ¿sabe qué vamos a hacer? Espérese un rato acá hasta que venga el coronel para que le informe de todo esto. El no debe tardar.
- —Pero no, por Dios, deje al coronel —yo mantenía una flema que me asombraba a mí mismo—. Vea usted, yo voy a pasar ahora y vuelvo a eso de las 9. Entonces hablo con el coronel. Usted me lo va saludando y a las 9 converso con él. Es que tengo que llegar a Oruro urgente.
- —Bueno, en ese caso... —el capitán no mostró desconfianza—. Pero, usted lleva gente en el jeep, padre.
 - —Bah, unos amigos...
 - —Disculpe, padre, pero hay que controlar bien. Mi misión es ésa.

Allá vamos los dos, el capitán y yo, camino al jeep. Y los soldaditos, armas largas todos, que nos escoltan. Yo me adelanto y digo:

—Don Francisco, su documento, por favor...

Tomo el carnet falso y el capitán me lo quita de las manos.

- —Es Francisco Belzu, comerciante de Llallagua —digo yo, para distraerlo.
- —Sí, pero déjemelo ver... ¡Papelito canta! —y el capitán acerca el carnet a las luces del jeep.

Cuando se agacha así, frente a la luz, para verlo, es cuando yo saco mi cajetilla de tabaco y la pongo delante del carnet.

—Sírvase nomás, capitán.

Y yo con la otra mano le jalo el carnet, y él la cajetilla, y yo el carnet, y él la cajetilla... ¡Pucha, tres segundos que me sacaron canas! Total, que él se queda con el tabaco y yo con el documento del dichoso comerciante de Llallagua.

—No, no, sírvase, reparta nomás entre la tropa.

El capitán feliz con su pucho, los soldaditos arrebatándose la cajetilla, y otros dos, sin recibir ninguna orden, sacando ya las alambradas... ¡Qué cosa, fumando y fumados!

- —Bueno, padre, que le vaya bien. ¡Hasta las 9!
- —¡Chaucito!

¡Y pies para qué te quiero! A toda velocidad hacia Oruro. Era poco más de las 6, ya clareando, cuando llegamos allá, a nuestra casa de los Oblatos. La casa tiene un patio. Metimos dentro la movilidad.

—No se bajen —dije yo—. Espérenme aquí. Voy a estudiar el plan.

El primer plan era tomar un café y botar el susto. Y luego, hablar con René, el provincial, que estaba en la casa, recién despertándose.

- —Me he metido en un lío gordo —acabé de despertar a René—. Te voy a consultar a nivel de conciencia, porque tengo orden de silencio. Ando con Federico Escóbar.
 - —Con Fede...?
 - —Sí. Lo iban a matar y he tenido que sacarlo.
 - —¡Puff! ¿Y qué vas a hacer?
- —Qué "vamos" a hacer querrás decir. Hay que ir a Chile. Son como 600 kilómetros Y eso, dándole duro. Además, hay que conocer bien el camino, es medio desierto.
- —Escucha dos cosas —René se rascaba la cabeza, cavilando, como un estratega —. En primer lugar, tú tienes que volver a Siglo XX enseguida. Si ven allí que los dos han desaparecido, de inmediato van a saber en qué carro escaparon y en qué camino van. Y en segundo lugar, yo le diré a Renato que él maneje hasta Chile. Vamos a buscar víveres, repuestos, otro tanque de gasolina... Con eso llegan hasta Turco. Y en Turco hablan con el padre de allá, a ver por dónde se cuelan en Chile. Diles que saldrán en una hora.

Y así fue. En una hora ya estaban de camino. Federico, antes de despedirse, me dijo:

—Yo le voy a escribir desde Chile, padre. Pero hágame este encargo. Vaya donde el gerente de la Empresa y dígale que Federico Escóbar ya no está en las minas. Que el ejército entre pacíficamente Que no va a haber resistencia en Siglo XX. Yo no quiero una masacre más. Ah, y dígale también a mi familia que...; que estoy bien!

Un arsenal en la emisora

Volví a Siglo XX. Por casualidad, topé con otro sacerdote de Potosí que iba hacia allá y me colé en su carro. Desde luego, no le dije nada de lo ocurrido. Al pasar por la tranca, ya no estaba el capitán de los puchos, ni nadie me dijo nada. Vieron curas y nos dejaron pasar.

Llegué al campamento minero. Fui directamente a Catavi, a hablar con el gerente de la Empresa.

- —Tengo un comunicado de Federico Escóbar. Es confidencial.
- —¿Y qué será? —el gerente no tenía cara de buenas pulgas.
- —Que ya no está en el distrito. Y que, por lo tanto, el ejército no entre en son de guerra.
- —¡Ah, caraspa, ustedes los curas, siempre tan ingenuos! ¿No ve que le están usando, padre? Justamente, eso es lo que demuestra que sí está.
 - —Le digo que...
- —Deje la letanía —me cortó y tomó el teléfono—. Espérese. Voy a avisar a los ingenieros a ver qué medida tomamos.

Se reunieron los ingenieros con el gerente. Y me llamaron a mí.

—Yo sólo puedo decir que me han dicho que Federico Escóbar ya no está en el distrito.

Todos se rieron.

- —Mire, padre, tenemos datos seguros de que ese jetón está dentro de la mina. Y que van a resistir.
 - —Si no quieren creer, no crean. Yo cumplo con mi misión.

Y me fui. Salí corneta, como dicen. Bueno, cuando llego a la emisora, aparece la monja.

- —Pues sí, padre, esta noche he sentido nuestro jeep de nosotras... Y usted no nos dice nada. Y ahora vuelve sin el jeep... Y tampoco dice nada.
 - —Es que...
- —Es que todo tiene su límite, padre —la monja estaba rojita de rabia—. ¿Se puede saber a dónde ha salido usted a esas horas?
 - -Misión secreta.
- —¿Misión secreta? ¡Pajaritos fritos! Lo que pasa es que no hay confianza, padre. Ni confianza, ni equipo, ni nada. Adiós.

¡Qué macana! Y mis compañeros Oblatos, en la casa, por igual. Por suerte el gringuito que había viajado conmigo llegó después, anunciando que "el padre provincial está al tanto, es asunto de conciencia". Pero se quedaron siempre un poco recelosos, ¿no?

Y entró el ejército a Siglo XX y Catavi. Fue el 27 de mayo. Los rangers del Coronel Arana y las tropas del Coronel Veintemillas. Pero esta vez no pasó nada. No hubo enfrentamiento. A un centenar de dirigentes los atraparon para botarlos hacia la Argentina. Trajeron un avión a Oruro. Y ellos pidieron que yo les acompañase porque tenían miedo de una emboscada en el camino. Iba Pimentel. También el Claudio Marañón Padilla, el de La Voz del Minero. Me acuerdo que se puso a mi lado. Y hablando y hablando de sus problemas, acabamos muy amigos. Era un tipo amargo,

amargado. Vivía en una piecita solo, bebiendo. Me contó de una hija suya, que era monja, y que eso lo tenía podrido. Y de los famosos editoriales contra la Pío, la "Ventana sin Cristales".

—Mire, padre, yo hablo para quien me pague. En nada ni en nadie no creo.

Y era cierto, porque después lo contrataron los gringos de la AID. Y él dirigió una revistita, que iba en contra de la COB. Ya murió Claudio Marañón. Seguramente Dios también rompió cristales, pero para colarlo por alguna ventana de su Reino.

Llegamos a la pista de Oruro. Allí esperaba un avión de las Fuerzas Armadas y los dirigentes fueron desterrados a la Argentina. De Federico nadie sabía nada. Tampoco preguntaban. Creo que sospechaban que yo lo tenía escondido.

Cuando regresé a Siglo XX,. el campamento estaba alborotado. Los soldados andaban casa por casa requisando armas. Se entró un pánico tremendo. Algunos las envolvieron en la tierra. Pero otros entregaron. Después fueron a la Pío para que colaborásemos en la recogida. Ahí me metieron en ese lío también.

—A nadie le pasará nada si entregan las armas en la emisora —dijeron los soldados—. Pueden traer las armas y dárselas al padre.

Total, un arsenal en la Pío. Había hasta metralletas pesadas, con trípode. Y bueno, ésta no tenía munición, a la otra le faltaba el cargador... Pero fusiles Mauser, de la guerra del Chaco, por lo menos 50 había.⁵⁸ Y cualquier cantidad de dinamita. ¡Todo un polvorín!

Vino el capitán Plaza, el verdugo, y se llevó todo. Y comenzó una época de mucha represión.

Con el gabinete de Barrientos

El "sistema de mayo" se empezó a aplicar por las malas. Algunos trabajadores perdían hasta el 40% de su salario. La indignación se convirtió en cansancio: trabajar a desgano, no trabajar... La cosa llegó a tanto que el Presidente Barrientos mandó una comisión a Siglo XX. En esa comisión estaba el secretario privado del Presidente. Y Del Pozo, que ahora anda como secretario general de la COMIBOL. Y el Coronel Aliaga. Vinieron a la Pío XII con una misión especial de Barrientos: chequear cómo estaba el ambiente de las minas. Se reunieron conmigo. Yo había hecho ya un pequeño cálculo de las pérdidas que tenían los mineros. Era tanta la barbarie que ellos mismos, los de la comisión, se sorprendieron.

- —Ese es el ambiente, señores —terminé mi exposición.
- —Padre —dijeron ellos—, usted tiene que venir con nosotros para hablar directamente con el Presidente. A él le han hecho firmar el decreto sin que conozca los alcances. Aquí, en confianza, son los asesores norteamericanos del Plan Triangular... ¿usted entiende?

⁵⁸ En los primeros años de Paz Estenssoro el MRN organizó las milicias armadas y repartió buena parte de este material de guerra entre los trabajadores.

Me montaron en su movilidad y me llevaron a La Paz. Y ahí estoy yo, frente a frente, con el General Barrientos.

- —¡Oh, padre! ¿Cómo está usted?
- —Yo estoy bien, gracias. Los mineros son los que no están tan bien.

Le solté los numeritos. Y él no parecía salir del asombro.

—Mire, padre —me interrumpió Barrientos—, yo le pido un favor. Usted tiene que venir a la reunión de gabinete. Es que, a veces, uno no puede estar al tanto de todo. Y hay gente aquí que lo envuelve a uno...

Al día siguiente, al gabinete. Pero fue en la misma casa de Barrientos. Él convocó reunión de urgencia. Se presentaron seis o siete ministros. Todos no estaban, porque fue una cosa así, sobre el pucho. Pero estaba Lechín Suárez, Presidente de COMIBOL; Alvaro Torrico, Vicepresidente; y el gordo Bernal, de Asuntos Campesinos; y el de Finanzas; y el de Trabajo que era Gallardo, el de Defensa... También algunos diputados. Y Barrientos abre la sesión.

—Yo les he convocado, porque quiero que escuchen el informe del padre de la Pío XII.

¡Puff, me sentía como mosca en leche! Y tampoco yo tenía un informe muy formal. Bueno, hablé. Se dividió el gabinete. Desde luego, el Coronel Lechín Suárez y el de Hacienda, totalmente en contra. Alvaro Torrico, también. Pero el de Trabajo y el de Asuntos Campesinos a favor mío.

—Hagan ahora lo que quieran —les dije—. Pero es una canallada lo que han hecho ya. Con estos decretos no va a rendir la mina. Hay un desánimo total. Han estirado demasiado la cuerda... Ah, y una cosa más: ¿por qué no han tocado las rebajas a partes iguales? ¿Por qué los 26 asesores norteamericanos, los ingenieros y los administrativos siguen ganando lo mismo? ¿Por qué un minero gana 60 dólares al mes y un burócrata de la COMIBOL casi 400? (Tenía conmigo un papelito con todos los números. Y tenía en la punta de la lengua el dato de que el Coronel Lechín Suárez, Presidente de la COMIBOL, que estaba frente a mí cada vez más incómodo, ganaba 3.000 dólares al mes, es decir, 50 veces más que un minero. Y esto, sin hablar de su lujoso Mercedes, su avión particular... ¡y los 60.000 dólares que se embolsaba el Directorio de la COMIBOL como "gastos de representación»!)

—Bueno, padre, busquemos un arreglo —interrumpió Barrientos.

Y amañaron una de esas soluciones que se dan en Bolivia, que sirven para contentar a la gente y que no solucionan nada. Primero, la pulpería. Porque también en la pulpería les habían rebajado. Es decir, tú no puedes sacar fiado todo lo que ganas. Sólo hasta el 80% de tu salario. Y eso también se había recortado a un 60%, o algo así. Y decidieron Subirlo a un 70%. Una sonsera, pero para tener quieta a la gente. Después, lo otro fue el 2 y el 4. Se llamaba así. Era como un bono de incentivo por la asistencia al trabajo. Si no ibas, no cobrabas. Y le pagaban 2 pesos por día a los del exterior y 4 a los de interior mina. En aquel tiempo era alguito, el peso boliviano estaba a 12 por dólar. Bueno, propusieron que en este bono se metieran también los días de vacaciones y aguinaldo. Una pequeñez, un alivio de tonto.

Yo estaba irritado. Pero, ¿y qué podía hacer? Desde luego, no iba a ser yo el que fuera a anunciar las "concesiones" del gobierno. Se delegó a Gallardo, Ministro de Trabajo,

para que fuera a las minas a decirlo y a dialogar con los mineros. ¡Y lo que son las cosas! Lechín Suárez, Presidente de la COMIBOL, se indignó pocas horas después. (¡Es que el Grupo Asesor, los gringos, consideraron que se había cedido demasiado!) Y dio orden a Gallardo de que suspendiera todo el diálogo con los mineros. Bueno, a Gallardo le costó el puesto y el exilio porque protestó. Pero más protestó el embajador boliviano en Estados Unidos: el gobierno norteamericano consideraba que con esa pavada de los 4 pesitos se estaba "desvirtuando y destruyendo" el plan de rehabilitación de las minas. Marcha atrás y todo igual. O peor.

* * * * *

A los gamonales y pitucos de COMIBOL que se pegan la gran vida y encima pretenden rebajar nuestros salarios, les decimos una cosa: que vengan ellos a trabajar en la mina con un pan y unos sorbos de té... Antes de un mes habrán dejado el esqueleto en los socavones. ¡Un mes nada más y sabrán esos ñatos lo que es canela!

Federico Escóbar

Septiembre 65, septiembre negro

La mayoría de los dirigentes habían salido al destierro. El POR⁵⁹ dijo que no. Que había que quedarse y fundar comités clandestinos. La verdad es que los trotskistas trabajaron muy bien aquella vez. Tenían líderes de talla. César Lora, con la inteligencia de su hermano, pero obrero neto, lúcido. Isaac Camacho, muy arriesgado, gran tipo también. Y Filemón Escóbar.

Estos se quedaron, resistiendo en la clandestinidad. A César lo asesinó Zacarías Plaza, el matón número uno que hemos tenido por estos distritos. Cayó en junio. Fue una pérdida muy grande.

Camacho y Filemón andaban escondidos en la mina. Desde allí dirigían los grupos. Camacho era un poco imprudente. Recuerdo que varias veces vino a la emisora. Aparecía, desaparecía. Mantenía el ánimo de la gente. Era una táctica muy eficaz, pero muy peligrosa también. Siempre hay delatores. Al fin, cayó preso. Su mujer, su hermana, vinieron enseguida a la Pío. Y la emisora dio inmediatamente la noticia. Ni cinco minutos habían pasado desde que le echaron mano. Era de día. Y se fue juntando gente en el Sindicato, en la emisora, en todas partes. Ese sábado ya comenzó la matanza. Pasó el domingo y los trabajadores pensando que Camacho seguía detenido en la policía de Llallagua. Sacaron dinamitas, se armó la manifestación y se abalanzaron hacia el cuartel para liberarlo. Los agentes, que no eran ni una docena, se llenaron de miedo cuando vieron aquella masa que se les venía encima. Los mineros se acercaron más, volaron la puerta, entraron, asaltaron el cuartel, sacaron algunas armas. Pero Camacho no estaba allí. Ya se lo habían llevado.

Los mineros quedaron dueños del cuartel exigiendo la devolución de su dirigente. Mientras tanto, le comunicaron el asunto a Zacarías Plaza, que estaba con el ejército en Catavi, en el Huerto. Y el capitán-verdugo, enfurecido, vino con todas sus tropas para retomar el cuartel. Varias horas de ráfagas, de dinamitazos, un fuego en forma. Y

⁵⁹ Partido Obrero Revolucionario, línea trotskista.

muertos, muchos muertos en las calles de Llallagua, frente al cuartel. Nosotros, desde la Pío, íbamos contándolo todo, dando noticias en el mismo momento. También nos informaron que otros trabajadores de la Empresa, al saber que el ejército se había desplazado a Llallagua, asaltaron el otro cuartel, el de Catavi, donde sólo habían quedado unos pocos soldados. Ahí sí robaron armas. Y por un tiempo controlaron la guarnición. Entonces Zacarías Plaza, más furibundo aún, pidió refuerzos. Vinieron aviones ametrallando. Eso sí fue el terror. Picaban en el aire y tiraban sobre la Plaza, sobre el Sindicato, sobre todo lo que se movía...

Derrotado Siglo XX, Zacarías regresó a Catavi con la orden de revisar casa por casa. Y como la mayoría de los pobladores no abrían, los soldados disparaban sobre las puertas, empujaban a hombres, a mujeres... los fusilaban en el acto, en la calle. Por ganar un poco de armamento perdieron toda la dignidad. Fue espantoso. En las calles de Catavi y Siglo XX quedaban tirados 82 cadáveres. En los hospitales, más de 200 heridos de bala y metralla.

* * * * *

Yo dirigí la resistencia popular en aquel septiembre del 65. Bueno, después de las rebajas salariales de mayo, se organizaron los sindicatos clandestinos acaudillados por César Lora y por Isaac Camacho. A Lora lo asesinaron en junio. Isaac Camacho y yo nos ocultamos en la mina. Tres meses encerrados en los socavones, ¿te das cuenta? Y desde allí dirigíamos el sindicato clandestino. Los reclamos: libertad sindica y reposición de sueldos y salarios.

Me acuerdo que fue el 18 de septiembre. Yo le había dicho a Camacho que no abandonase la mina. Pero él tenía un hijo y una esposa. Tanto dio, que salió a verlos. Su casa estaba vigilada. Dan parte a la policía y lo apresan. Su mujer va al Sindicato, tocan la sirena, asamblea general, se nombra una comisión que va hasta la policía de Llallagua exigiendo la libertad de Camacho. Cuando van llegando, la policía dispara y caen tres o cuatro heridos. Los mineros se repliegan al Sindicato, sacan dinamita, y hay un enfrentamiento con la multitud. Varias personas murieron ya ese sábado. Como llega la noche, se para ahí la lucha. El domingo se entierran los muertos. El lunes, los trabajadores entran a la mina. Y directamente van a saquear el polvorín. Luego salen en manifestación, todos con dinamita. Van al Sindicato. Ellos sabían que los del sindicato clandestino teníamos 111 carabinas ocultas. Piden que se las demos, que las desenterremos. Está bien. Nos organizamos y, a la velocidad del rayo, tomamos el cuartel de Llallagua. En menos de 24 horas nos hacemos dueños del distrito.

Al día siguiente, la aviación y los rangers. Murieron bastantes mineros. Bastante soldados también. No, no fue masacre. Peleamos frente a frente. Pero, claro, las armas eran muy desiguales.

Después se puso más grave la cosa. Si en mayo habían despedido a 400 obreros, ahora botaron a 1000, a todos los considerados comunistas. Tú entrabas a trabajar y te daban la papeleta azul de retiro. Y cuando ibas a tu campamento, ahí estaba el camión del ejército cargando todas tus cosas y te sacabandel distrito con el cheque de la liquidación. Fue una masacre blanca, de las peores.

Yo creo que ese período de mayo a septiembre del 65 obligó a cambiar a la Pío XII, le hizo dar a los curas un vuelco de conciencia. ¡Era tan brutal la represión!

* * * * *

Siglo XX quedó como zona militar. Soldados por todas partes, control estricto, como campo de concentración. Muchos dirigentes escaparon, a otros los exiliaron. El caso es que muchas señoras quedaron sin el trabajo del marido, sin nada que comer.

Los alimentos de CARITAS se seguían repartiendo a través de la LTC femenina. En eso, viene a la emisora una delegación de las mujeres de los exiliados pidiendo ayuda. Para nosotros era un lío porque los cupos estaban completos. Para ellas, una humillación grande. Sus esposos, sindicalistas, del partido, habían rechazado y criticado siempre estos repartos. Pero la necesidad obliga.

Hicimos una reunión con los de la emisora. Decidimos recortarles el cupo a las mujeres de acción católica, de la LTC. Y repartir con las familias de los exiliados. Vienen a recoger la harina, la leche, a la parroquia. Se les da. Comienzan los chismes. Reunión con las de la LTC.

- —Por qué nos han bajado el cupo? —preguntan las católicas.
- —Porque hemos dado a las señoras de los exiliados —digo yo.
- —Esas no son de la Iglesia.
- —Pero tienen a sus maridos fuera. ¿Cómo van a comer? Ustedes son pobres, pero tienen la pulpería, sus esposos trabajan. Las otras no. Están peor que ustedes.
 - —¡El colmo! Ahora están ayudando a nuestros enemigos.
 - —No son enemigos, aunque tengan ideas distintas a las nuestras.
 - —Ideas comunistas, padre. Usted sabe.
- —Y los militares, los que mataron a los 82 vecinos de acá y de Catavi, ¿qué ideas tienen? Abran los ojos, hermanas, comprendan.

Muchas comprendieron. Otras no. Al enemigo ni agua de chuño, decían. Y se fueron alejando de la emisora y de los curas.

Los que no se alejaban eran los milicos. Parece que se disgustaron con nosotros por haber informado sobre las salvajadas cometidas por el ejército. Porque, ¿quién si no ellos pusieron los dinamitazos el 21, a los 3 días de la violencia? Tenían el campamento a pocos metros de la emisora. Sus centinelas hubieran podido detener a los "terroristas"...

Era de noche, como las 2 de la madrugada. De repente, una explosión. Y otra más. Saltamos de la cama. Salimos a ver. La primera descarga había caído sobre la camioneta. Pucha, quedó como acordeón. La segunda explotó sobre el techo, a la altura de la discoteca, abriendo un boquete como de un metro. ¡Pobres discos! Se cocinaron como watía.60

Al sonar fuerte las explosiones, el campamento se despertó. Una montonera de gente llegó a la radio. Vieron los destrozos y nos daban el pésame como por un finado. Sería

⁶⁰ Asado al rescoldo, bajo tierra.

por el impacto de tantas muertes, todavía frescas, el lunes anterior. Los que no se apersonaron, ni por la curiosidad, fueron los soldados.

Bueno, al día siguiente el personal de la Pío se declaró en huelga exigiendo garantías para su labor de prensa. Y los mineros jurando por varios santos defender la emisora y convocando a una marcha de protesta. El coronel no la permitió. Y ahí fue que la población comenzó a señalar con el dedo a los uniformados:

—Fueron ellos —decían—. Siempre son ellos.

Las relaciones se pusieron muy tirantes con nosotros, con la emisora. Porque comenzamos una investigación y ya estábamos descubriendo pistas.... Al par de días me llama de La Paz nada menos que el Comandante en Jefe del Ejército, el General Ovando.

- —¿Cómo se ha portado el ejército en estos días? —me dice.
- —¿Usted no sabe?
- —Le estoy pidiendo su opinión, padre.
- —Mal. Más que mal. Y si los soldados siguen ocupando el campamento. la rabia del pueblo no se va a poder contener. Fueron muchos los crímenes, general. Ya pasan de 80 los muertos. Y es difícil para los familiares de las víctimas ver tan de cerca a los verdugos.
 - —Antes de tres días —me aseguró Ovando— el ejército abandonará las minas.

Yo, por supuesto, no le creí. Tomé la movilidad y emprendí el regreso a Siglo XX. Fue una sorpresa. Me crucé en el camino con una larga caravana de camiones verde-olivo que se alejaban del distrito minero avanzando lentamente hacia Oruro.

Así es la política

Y en esto, viene una noticia en la prensa: había caído preso "Francisco Belzu". Claro, nadie sabía. Pero yo sabía. Habían agarrado a Federico en Puerto Suárez. Creo que el partido lo llevó en avión desde Chile a Sao Paulo. Y de ahí, en ferrocarril, tenía que entrar en Bolivia. ¡Pero hizo la intentona con el mismo carnet de "comerciante de Llallagua!"

Me acuerdo que había un retiro de renovación para los sacerdotes en Santa Cruz. Allá fui.

- —¿Qué cura se encarga aquí de visitar la cárcel? —le pregunté a un camba.
- —Yo voy, a veces.
- —¿Y por qué no vas hoy?
- —¿Hoy? ¿Para qué?
- —Para que hagas de mensajero. Escucha: Herodes cogió preso a Juan Bautista.
- —Déjate de Biblias que con el retiro tengo bastante. ¿Qué pasa?
- —Que está preso Macho Moreno.
- —¿Quién?
- —¡Federico Escóbar! Ve y habla con él de mi parte. Dile que me mande un enlace para ver qué hacemos, qué tengo o qué no tengo que decir.

Volví a Siglo XX. Llega un señor a la emisora y me llama en privado.

- —Soy el abogado de Escóbar —me dice bajito—. Estoy al tanto de todo, padre. Mire, es probable que a usted lo llamen al juicio, porque el gobierno quiere encontrar causas no políticas, delitos comunes, para condenarle. Lo acusan de haber falsificado documentos. Usted dirá que le consta que Escóbar usó un documento falso, pero que no lo fabricó él. Usted niegue. Usted no sabe quiénes lo habrán hecho, pero él no lo hizo. Lo usó para defender su vida.
 - —¿Y de lo demás?
- —De lo otro, diga lo que quiera. Que usted lo acompañó, que... Total, él acabará largándose con todo. Ya sabe lo franco que es Federico.

Estaba metido hasta el cuello. Esperaba, pasaban días, y nada. En eso, me viene un comunicado urgente de La Paz. Que me presentase con urgencia en COMIBOL. Seguro otro lío, pensé.

Viajo sin saber a qué . Llego a COMIBOL, le pregunto al de información:

- —Soy el padre de Siglo XX. ¿Qué pasa conmigo?
- —¿Usted es el de la emisora Pío XII?
- —Supongo que sí. Pero con tanto ir y venir, ya no sé ni dónde trabajo.
- —Aquí tengo orden —el portero sacó un papelito—. Debe hablar enseguida con el Presidente de COMIBOL.

Subo al despacho del Coronel Lechín Suárez. De inmediato me hace pasar y despide otra gente que tenía allí.

—Siéntese, padre, por favor —me dice muy amable el coronel.

Pero no me daba bola. Entonces, toma el teléfono y se pone a hablar. Y no acababa nunca.

- —Usted me ha llamado urgente —comienzo a decir— y...
- —Sí, sí, espere un ratito... Es para usted, padre —y me alarga el teléfono.
- —¡Hola! —digo yo.
- —¡Hola, padre, qué tal, como le va? —la voz sonaba muy cordial del otro lado del aparato.
 - —¿Con quién hablo, por favor?
 - —¡Caray, usted no conoce ni al Presidente de la República!
 - —El presi...; Ah, cómo le va, General Barrientos?
- —Va a venir a mi casa hoy mismo, padre. Le invito a comer. Mire, yo suelo llegar un poco tarde, usted sabe, tantos problemas... Pero voy a ir, aunque sea a la una o a las dos. Y usted va a esperar en mi casa. La guardia va a estar avisada. Hecho.

Y colgó. Me despedí ligero y nadie me dijo nada más. Salí a la calle. Eran como las once. Hice tiempo hasta las doce y acabé tomando un taxi.

- —Lléveme a la Florida, a casa del presidente.
- —Hasta allacito nomás, padre. Los botudos no dejan pasar a tres cuadras antes.
- —Tranquilo —dije yo—. La guardia está avisada.

Y el pobre chofer me miró asustado. ¿Qué personaje estaría llevando en su carro? Llegamos al control.

—Pase nomás. padre —los guardias nos dieron entrada con toda naturalidad.

Y con el taxi llegué hasta la puerta de la casa.

- —Por aquí, padre, tenga la amabilidad —también el portero parecía esperarme. Después viene un mozo de saco blanco a servirme un cóctel o no sé qué. Y me dejan solo en la pieza. Y yo esperando sin saber de qué se trataba. Ya me estaba aburriendo. Entonces, veo que el mozo está en un jardincito preparando una mesita, pero así de chiquita.
 - —¿Eso es para mí? —le pregunto.
- —Para usted y para el señor Presidente. Hay orden del Presidente de almorzar solamente con usted.

¡Pucha, me preocupé más! Pero ahí seguía. Al fin, como a la una y media, llegó Barrientos.

—¿Qué tal padre, cómo le va? Pase nomás, por favor...

Y los dos ahí, solitos, en el jardín. Barrientos, siempre animado, rompió a hablar de los curas, que siempre habían sido amigos suyos, que el padre tal le había ayudado, que los franciscanos de Tarata...

—Yo soy muy católico, padre.

Seguíamos comiendo. Y nada pasaba. Pero ya, a mitad del almuerzo, me hace caer del burro:

—Padre... ¿quién sacó a Federico Escóbar del país?

Un silencio. Con el tenedor a medio camino, le respondí:

- —Yο.
- —Ya lo sabía —Barrientos continuaba con toda su alharaca—. Pero explíqueme un poco cómo lo logró. Porque un capitán pagó el pato.
 - —Bueno, general, aquí la ley es sálvese quien pueda, ¿no?
 - —¿Pero Escóbar iba de sotana?
- —No, el de sotana era yo. El llevaba documento falso. Pero conste que el documento no lo hizo él. Yo mismo le aconsejé que debía dárselo a hacer a otro, no sé a quién.
- —Comprendo. A mí también me han ayudado mucho los curas. Yo estuve escondido en San Francisco. Y es que los sacerdotes tienen que ser así, tienen que estar al servicio de todos, tienen que salvar vidas... La política es otra cosa. La política es muy inhumana. Pero dígame, padre, ¿Federico Escóbar es comunista o no?

Entonces le cuento lo de las 3 avemarías y lo de las cervezas en el cine de Siglo XX.

- —Juzgue usted mismo, Presidente —dije yo.
- —Es que me han hablado tanto de Escóbar. ¿Es cierto que tiene mucho arrastre entre los mineros?
 - —Más todavía de lo que usted piensa.
 - —Eso me alegra —dice él—. A mí me gusta la gente así, los buenos dirigentes.

Barrientos me estaba tanteando. Era mañudo el tipo y quería saber cómo llegar hasta Federico. Ganarme a mí para ganarlo a él.

- —Y dígame, padre, ¿qué piensa usted que debo hacer yo?
- —Darle la libertad.
- —Es que usted no conoce a nuestro ejército, padre. Tienen vocación de dictadores. La gente piensa que el Presidente lo puede todo. Pero yo estoy muy condicionado. Piense que nuestro gobierno es un gobierno militar

—Pienso —insistí yo— que tiene que ponerlo en libertad. Aun políticamente a usted le convendría esta medida.

Entonces, Barrientos hizo una cosa fea. Coge el teléfono y llama a su hombre de confianza, el ministro Arguedas.

—Aquí conmigo está el padre de la Pío XII. Te lo mando. Trata con él la libertad de los presos de Viloco.

Se veía que ya se habían combinado antes. Para congraciarse conmigo, Barrientos me ofrecía la libertad de seis mineros que nada tenían que ver en esto. Bueno, me despedí del Presidente y fui al Ministerio del Interior. Me recibe Arguedas.

- —Siéntese, padre. ¡Tenemos que hablar de tantas cosas! Despreocúpese, esto de los seis mineros de Viloco ya está resuelto. Pero, escuche otro asunto: ¿qué le parece si le damos una beca a Chacón? (Chacón, el dirigente de Siglo XX que había tomado el mando del Sindicato después de la rebaja salarial, también estaba preso en ese momento).
 - —¿Una beca para qué? —pregunto yo.
- —Sería bueno ayudarlo, padre —Arguedas no disimulaba su cinismo—. Yo pienso que lo que les hace falta a los dirigentes es formación. Mire, aquí tengo el dinero —y me pone delante el fajo de guita—. Yo se lo doy a usted y usted lo convence a él. ¿Qué me dice?
 - —Que no.

¡Era una trampa tan burda para decir luego que yo colaboraba con el Ministerio! Pero después vuelve y me sale con otra. Pimentel estaba también preso en ese momento. Pues el Arguedas toma el teléfono delante de mí y llama a COMIBOL, al Coronel Lechín Suárez.

—Mira, aquí estoy con el padre de la Pío. Lo de los seis mineros de Viloco está ya solucionado. Quedan libres. Ahora estaba hablando con el padre sobre Pimentel. ¿Qué te parece, Juanito? ¿Le damos la libertad a Pimentel y agarramos luego a unos cuantos comunistas?... Yo mando primero mis agentes a la cárcel para que hablen con él. Lo soltamos. Y esa misma noche encerramos a unos cuantos de su partido. ¿Listo?

Y colgó, sin sangre en la cara. ¡Y todo esto delante de mí! Bueno, yo estaba indignado.

- —¿O sea, lo que ustedes quieren es que la gente piense que Pimentel se vendió al gobierno y delaté a esos?
 - —¡Eco! Así es la política, padre. Hay que usar las mismas armas que ellos.
 - —Adiós —me levanté, me despedí sin palabras y cerré la puerta del despacho.

Nunca más volví a ver a Arguedas.

* * * * *

El Sindicato de Siglo XX no es apolítico. Pero sí es apartidista. Pertenece a la clase trabajadora. ¡Ojo con los políticos que hablan lindo! Los partidos políticos deben servir a la clase trabajadora y no servirse de ella. Es la clase trabajadora la que debe hacer sonar sus tambores para que ellos bailen a nuestro ritmo.

Federico Escóbar

Luto de rojo

Al día siguiente de haber hablado yo con Barrientos, éste mandó a Arguedas a Santa Cruz. Lo manda con 6.000 dólares para comprar a Federico Escóbar. ¡Qué tonto! No sospechaba que Federico no tenía precio. El mismo Arguedas, que resultó ser doble agente, lo declaró después en el juicio que le hicieron por filtrar el Diario original del Che a los cubanos:

—Ha sido el único dirigente que me ha tirado los dólares a la cara.

El caso es que Barrientos, al ver que Escóbar no se vendía, siguió mi consejo y le dio la libertad. Y el dirigente-sin-precio llega a Siglo XX en medio de un alboroto fenomenal. ¡Qué recibimiento aquél! Le pidieron hablar en la Plaza: Y allá fuimos todos.

—Compañeros —comenzó Federico—, yo debo reconocer que me he equivocado muchas veces. Y me he equivocado aquí con los padres. Ustedes saben que yo fui el primero en carajearlos. Pero debo reconocer que, desde el Concilio ése que hicieron, ellos han cambiado, han cambiado mucho esos ñatos de la sotana. Compañeros, aquí mismo en esta Plaza, está uno que ha hecho mucho por mí, por salvarme la vida, más que los mismos cumpas de mi partido!

Por ahí se largó. Y todos los mineros con la boca abierta. Después, a ch'allar en grande. Y de un campamento a otro, y vivando a Macho Moreno en todo el distrito.

Creo que no habían pasado ni 15 días desde que regresó. Una noche, volviendo de festejar en Uncía, la camioneta en que venían da una vuelta en el camino y se desbarranca. No hubo muertos. Pero casi todos los dirigentes resultaron con heridas. Federico se rompió un brazo. Lo llevaron enseguida al hospital de Catavi, se lo enyesaron. Nada grave, dijeron. Y en esos primeros días, Federico andaba por la calle con el yeso. Todavía recuerdo que por entonces fue el aniversario de la muerte de su padre. Federico vino a la misa, se puso en primera fila, con su brazo levantado como bandera.

Dicen que recibió orden del partido de ir a La Paz. Sospecharon que quizás en el hospital de la Empresa no le habían curado bien. Que se hiciera otra revisión en La Paz. Fue allá con Alicia, su esposa. Se chequeó en la clínica Socorro Médico. Lo atendieron el doctor Arratia y el doctor Flores. Y juzgaron que estaba mal enyesado. Que había que operar el brazo.

Su mujer me cuenta que todavía ese día estuvo con él, paseando por la calle. A la mañana siguiente, en la clínica, le aplicaron anestesia total. Y se quedó en la mesa de operaciones.

¿Habían hecho análisis de corazón antes, para ver si aguantaría la anestesia? Creo que no. ¿Le pusieron una dosis muy alta? No sé. Lo extraño es que luego no se hizo autopsia. Yo le pregunté a su madre, una viejita, y me dijo que no les permitieron. Se formó una comisión para investigar, pero nunca se llegó a nada.

Aceptar un crimen es muy duro. Yo no lo creo, porque para un médico es lo último. Mejor poner una bomba y no hacer eso, que todo el mundo sospecha... Pero, ¿por qué

ellos no exigieron la autopsia? Siempre ha quedado una interrogante grande sobre su muerte.

Casi fue duelo nacional. De La Paz lo trajeron. Y le han ido a esperar en la tranca mucha gente, muchísima. ¡Y cuántos vestidos de rojo! Llevaba una escolta de mineros y de chicas que se vistieron con guardapolvos rojos, ondeando banderas rojas. Fue impresionante.

Está enterrado en Llallagua, donde Sanjinés filmó luego El Coraje del Pueblo. Le dedicaron el cine, le levantaron esa estatua de bronce que está en la Plaza del Minero, todo fueron alabanzas para él. Lo que no ha hecho nadie, ni la Federación de Mineros, ni la COB, ni los de su partido, es rescatar su historia. Escribir lo que hizo, lo que habló, lo que fue Federico Escóbar. Y hace falta.

De Escóbar no se podía ser más que amigo o enemigo. Nadie le era indiferente. Amaba o aborrecía en la medida en que las personas estaban en una relación de explotación o de identificación con los más oprimidos. Este era su criterio para definir y distinguir a los amigos de los adversarios.

Gregorio Iriarte

Una hija en Oruro

Santiago Gelinas había sido el brazo derecho de Lino en el arranque de la Pío. Derecho por lo recto, por la disciplina. Y también por lo derechista, que le faltaban horas a sus días para escribir libretos contra el castrocomunismo y otras hierbas.

Pero Santiago fue cambiando mucho. Los líos, las dinamitas, la masacre de septiembre... Fue abriendo los ojos. Los abrió también para la cultura boliviana. Comenzó a estudiar las lenguas madres, se hizo aymarista, se enamoró como un chico de la música y los trajes y las tradiciones andinas.

Recuerdo una reunión con los locutores de la emisora:

- —Desde hoy están prohibidos los discos norteamericanos en la Pío —se largó Santiago.
 - —¿Cómo nomás pues...?
 - —Como lo dicho. Aquí no va a sonar música gringa.
 - —Pero padre, si a mucha juventud le gusta...
- —Precisamente. Al drogado le gusta su droga. Pero en Bolivia tenemos mejor repertorio. ¡Música nuestra! No hay que pedir prestada la de afuera.
 - —Pero, padre —insistían los locutores—, hay que dar variedad...
- —Pues varíen con música de Argentina o de México o de países nuestros. Pero a los gringos no les vamos a hacer el juego ni con su musiquita.
 - —Pero si usted mismo nació allá...
 - —Precisamente. Quiero renacer aquí.

Sí, se fue radicalizando mucho el Santiago. Además, era un gran organizador. Le sobraba entusiasmo. Y ahí fue que comenzó a cranear una nueva emisora más auténtica, más boliviana. Una filial de la Pío.

- —En Oruro será. Aquí en el campamento estamos muy limitados. El terreno es de la Empresa, la luz es de la Empresa... y ya tenemos bastantes macanas con la Empresa. Nos quieren tapar la boca.
- —Pero, Santiago, piensa un poco. No podemos con la economía de ésta. ¿Cómo meternos en otra?
 - —Necesitamos libertad para hablar las verdades.
 - —Necesitamos pesos para pagar las deudas.
- —Hay buenas ofertas de Canadá. Lo necesario para la primera instalación. Esta será como una hija de Pío XII, la prueba de su vitalidad.

Dicho y hecho. Se fueron Gabriel y él a fundar la filial en Oruro. Radio Bolivia la iban a llamar. Ningún nombre más nacional que ése. Ni más ambicioso. Porque, según pasaban los meses, el proyecto de la nueva emisora crecía y crecía.

- —Pensamos comprar un transmisor de 5 kilos —me dice un día Santiago—. Y varias repetidoras. Hay que cubrir todo.
 - —¿Y con qué equipos…?
 - —La Pío nos puede ayudar. Una madre no dice que no a su hija.
 - —Pero si nosotros apenas tenemos para salir al éter...
- —Precisamente. La generosidad no se muestra en la abundancia, sino en la escasez.

¡Miércoles! Nos fueron desvalijando. Consola, amplificador, grabadoras... ¡hasta el teletipo nos birlaron! La hija nos salió cara. Mejor dicho, a los pocos meses ya se hablaba de que nosotros éramos una sucursal de ellos. Y nos secuestraron personal, las mejores voces, los mejores libretistas.

La Pío, con el despojo, se fue quedando rezagada. Por otro lado, nosotros no queríamos aumentar potencia. ¡Si ya con un kilito teníamos tantos quebraderos de cabeza! Nuestros presupuestos habían bajado mucho. Ya no hacíamos campañas con los benefactores de Canadá. Es que en Siglo siempre habíamos dado la imagen de un gran consorcio económico donde corría la plata. Entonces, nos pusimos como meta el autofinanciamiento.

A los locutores, claro, se les pagaba bien. Pero ya no era como antes, cuando Lino, que se ganaban 4 ó 5 veces más que los de La Minero. Las diferencias entre los locutores sindicales y los nuestros se habían acortado bastante. Habíamos perdido mucho poder económico.

No diría yo que en esta etapa los programas radiales mejoraron mucho. La orientación sí, el contacto con el pueblo sí. Los locutores locales no eran malos. Avanzaron mucho en poco tiempo. Algunos partieron de cero y llegaron a ser radialistas de primera talla en todo el país. Pero, desde luego, ya no manteníamos el "profesionalismo" de antes.

Y bueno, mientras los compañeros de Oruro levantaban la Radio Bolivia, nosotros nos concentramos más en lo promocional que en lo específicamente radiofónico. Nos metimos con dos manos en la alfabetización. Ya las ideas de Pablo Freire habían llegado con fuerza al país. Pero, ¿cómo adaptarlas a la cultura quechua, a la aymara?

Primero, que no había una sola cartilla en esas lenguas. Pues a elaborar cartillas. Y a contratar gente, a formar grupos de radioescuchas en los campamentos mineros y en las comunidades campesinas del Norte de Potosí.

Llegamos a contar con unos 200 líderes animando a otros tantos grupos. Y como 3,000 o más alumnos. Ahí estaba el lío también. Había que visitar estos grupos. Dos o tres movilidades yendo y viniendo a diario para sostener los centros de alfabetización. A veces, eran viajes de 100 kilómetros por caminos imposibles. Pero cumplíamos. Hacíamos el esfuerzo. Y más esfuerzo, los alumnos. Porque no eran sólo las dificultades de estudiar y de reunirse, sino que las clases por radio resultaban muy frías, muy escolares, aburridoras. No logramos "traducirlas" a una forma más amena. Ni logramos convencernos totalmente del trabajo que realizábamos. No sé, más tiempo pasaba, más centros de alumnos teníamos, y más constatábamos que la alfabetización no era la llavecita mágica que habíamos soñado al comienzo. Antes que las letras, antes que los números, aparecían otras urgencias.

* * * * *

¿ Que la alfabetización radiofónica está descartada? ¿ Quién lo dice? Nosotros en la Pío desarrollamos una tremenda experiencia. Hacíamos cursillos en cada campamento minero. De esta calle, un líder. De la otra, otro. Y en las comunidades indígenas, en Calacala, por ejemplo, igual sistema. Siempre comprometiendo a la gente del mismo medio.

Enseñábamos cómo usar la cartilla, cómo seguir la explicación de los profes locutores. Los exámenes no eran convencionales. Les pedíamos que nos escriban una carta a la emisora. Y llegaba un chorro de cartas de los que aprendían. Por miles llegaban. Y luego, las letras y el silabeo lo hacíamos jugando, como una lotería que se cantaba en los programas de radio.

Nos metimos con el sistema de Freire y sus palabras generadoras. Fuimos a investigar primero, lógico. Coleccionamos como dos o tres mil palabras de uso en la población rural y urbana. Yo mismo las grabé. Ahí tienes TOJO. Para el resto del país quizás no significa nada. Pero para el minero, TOJO es el pedrón que cae, palabra diaria del socavón.

Estas palabras las pusimos en carteles, en dibujos. ¿ Qué ves ahí? Eso es CHICHA. ¿ Y qué te dice la CHICHA? Me gusta porque nos hace hermanos. La fiesta con CHICHA es buena. Pero si te chupas y sacudes a tu mujer ya no es tan buena. Lado positivo de las palabras, lado negativo. Y así le achuntábamos a los problemas reales de la vida.

Fue una gran experiencia, no hay quien diga lo contrario. Y extendida, pues. Porque la radio llega a todo lado. Hasta donde no se entra, donde la vicuña cae o la llamita tropieza, ahí se cuela firme la radio.

* * * * *

El hambre no se lee. La mortalidad infantil no se suma ni resta. Y ése era el problema.

Que la alfabetización no se sentía como necesidad por ellos. Tenían otros intereses primarios: mejores caminos, mejores precios, medicinas, la vida de sus animales. La vida de sus hijos, sobre todo.

Entonces, el esfuerzo gigante que hacían para estudiar no les compensaba en casi nada. Porque después, en comunidades tan aisladas, no tenían la ocasión de leer nada ni la necesidad de escribir nada. Nosotros decíamos que el que aprende las letras "es más". Pero ellos acababan el curso y no eran ni más ni menos. Ni siquiera como prestigio social en la comunidad. Porque aquí la cultura oral es muy fuerte y las relaciones sociales no se basan en cartas ni en contratos ni en firmas. ¿A dónde íbamos? Tampoco disponíamos de libros o revistas para darles seguimiento a los cursos. En un año aprendían y en otro olvidaban lo aprendido. Como lo del arado en el mar, eso.

Evaluamos. Los esfuerzos eran máximos y los resultados mínimos. Así que, poco a poco, nos fuimos lanzando por otros rumbos: mejoramiento de la producción, sanidad vegetal, medicinas contra las pestes... Pero más que eso: organización popular, cursos de sindicalismo, formación política.

Por su parte, Santiago y su Radio Bolivia disparados en una línea indigenista. Cuando nosotros hablábamos de autofinanciamiento, "la hija de Oruro" estaba con la autogestión.

- —Hay que ir hasta el final, Gregorio. Los medios de comunicación deben estar en manos del pueblo.
 - —Esa es la meta, Santiago. Pero sin quemar etapas.
- —Precisamente. Esa es la etapa que corresponde, que los campesinos administren y sean dueños de Radio Bolivia. Ellos tomarán la dirección, yo quedaré como asesor técnico.

Y nadie lo apeaba del burro. Bueno, cuando la subida de Torres en el 70, Santiago pensó que había llegado el momento. Hizo donación de la emisora orureña a la Federación Campesina. Todo bien, todo popular. Pero calcula que no había pasado una semana de esto, cuando Bánzer golpeó a Torres. Todo al tacho. Santiago tuvo que escapar a Chile con otros de la radio. Los dirigentes campesinos perseguidos. Los equipos abandonados. Y Bánzer, entonces, que nombra a sus coordinadores amarillos para que dirijan la nueva emisora capturada por el oficialismo. Un fracaso, pues. Por correr tanto se quedaron sin zapatos.

Pero no adelantemos la historia de Bánzer. Que todavía estamos con Barrientos y los planes triangulares de sus asesores norteamericanos.

Las fogatas de San Juan

Y llegamos al 67, al tristemente recordado junio del 67. El ejército se había ido retirando de las minas. Pero los mineros seguían exigiendo sus salarios disminuidos. Y sumaban, mes a mes, lo que el gobierno les adeudaba. Los asesores norteamericanos se mostraban inflexibles.

Entró el Che Guevara en Bolivia. Entró la CIA en acción. La razón principal de lo que va a ocurrir ahora en los distritos mineros es el resultado de que la CIA se alarma al

máximo con el foco guerrillero de Ñancahuazú. Y el ejército boliviano, asesorado igual que la COMIBOL, obedece órdenes del patrón del Norte.

El caso es que la CIA piensa que en Siglo XX y Huanuni está el apoyo principal del Che. Y que desde ahí se va a declarar la guerrilla urbana, y que los dirigentes andan recolectando *mit'as* para apoyar la insurrección, y que ya varios mineros se han alzado, junto a Guevara, en las montañas... El gobierno decide dar un escarmiento ejemplar. Le interesa, sobre todo, capturar a los dirigentes que van a tener en esa fecha un Ampliado en el Sindicato de Siglo XX.

El gobierno elige la noche de San Juan porque esa noche, la más fría del año, hay fogatas, fiesta y chupa en todo el campamento. No habrá resistencia, pues. Para más disimulo, en vez de venir en caimanes⁶¹ y tanques, como hacen siempre que han entrado, la tropa vino por tren. Calladitos se detuvieron en Cancañiri. El general Prudencio estaba al frente del operativo. Y el capitán Zacarías Plaza, que no podía faltar cuando olía la sangre.⁶²

Los soldados tomaron posiciones en los cerros. Eran las 4 y media de la mañana. Todavía había algunos compadres atizando y empujando la última copa. Otros, que ya se levantaban para entrar a la mina. Y las mujeres, preparando el café y alistándose para la faena del día. Los soldados entraron en silencio al campamento. Casi nadie se dio cuenta. De repente, el infierno. Disparos por todos lados, una balacera espantosa. Gente que iba al baño, porque aquí no hay baño privado, un balazo. Un borrachito, otro balazo. Un sereno que andaba en la calle, muerto también. Y la Empresa, que era bien cómplice, cortó la luz a las 5 y 10 de la mañana. Fue tiroteo de guerra. Los vecinos se trancaban en sus casas, pero las balas atravesaban las puertas de madera, la calamina de los techos. Me acuerdo de una muchacha que llegó llorando a la emisora. Ella iba al baño y la bala le atravesó el vestido por aquí y por allá. Me acuerdo, sobre todo, de Fidelia. Vivía aquí, cerquita de la Pío. Estaba esperando familia. Como todos, había atizado frente a la casa y ahora se levantaba para hacerle el desayuno a sus hijos, aprovechando la sobra de la fogata. Cayó un mortero a sus pies, la destrozó totalmente, le reventó el vientre. Y la wawa sacando una manito, naciendo sobre las brasas, muriendo ahí mismo achicharrada, junto al cuerpo de su madre.

Nadie sabía lo que estaba pasando ni por qué. Gritos, carreras, no se atendía ni a los muertos. Fue un ataque cobarde, por la espalda. Por eso tanto se recuerda. En las otras masacres había habido enfrentamiento, lucha: nos matan y matamos. Aquí no. Aquí todo fue canallada. Bueno, el único que murió en su ley fue Rosendo García Maisman, el del insulto con Lino. Vivía cerca de la Plaza. Cuando vio los soldados entrando, sacó un rifle y se llevó a cuatro por delante. Mató a un teniente. Lo balearon a él. Lo subieron herido al segundo piso del Sindicato. Y allí, a escondidas, lo fusilaron.

Muertos hubo 26. Mujeres, niños, gente inocente. Y heridos, como un centenar. Esta fue la "hazaña" del Mayor Pérez, que fue ordenado por el Coronel Villalpando, que fue ordenado por el General Prudencio, que fue ordenado por Barrientos. Y atrás de

⁶¹ Camiones militares.

⁶² Zacarías Plaza fue asesinado pocos años después por desconocidos. En el amanecer de otra noche de San Juan, año 1970, su cadáver apareció descuartizado dentro de la movilidad en que viajaba de Oruro a La Paz.

Barrientos, los 26 asesores norteamericanos que manejaban la COMIBOL. Por cada asesor, un cadáver.

* * * * *

Yo vivo aquicito, cerca de la Pío. Estaba salida del hospital de una hemorragia. Estaba sentada así, mire. Bueno, han atizado al frente. ¿Creerá usted que de té me he antojado?

—Andá a comprármelo —le digo a un chico.

Me preparo mi té. Y a dos ponches me han invitado. Y a un sucumbé 63 más me han invitado. Con eso, me han dado a dormir. Subo, porque sobre gradas vivo. Bien, me dormí. Me grita una vecina. He salido. En todo el cielo del frente había luces y mucho ruido, cohetes. Como no paso aquí San Juan por andar vendiendo apio, no sabía.

—Así encenderán fogatas —pensé yo.

Me he entrado, me vuelvo a recostar. Cuando "uhhh", dice la sirena. De emergencia era la sirena. Y tiros, tiros.... Parecían los cohetillos de San Juan. Pero eran balas.

—Encendela —digo a mi marido.

Y él enciende la radio. Nada. Se ha ido la luz, todo oscurito. Y siguen los tiros.

—Para eso nomás toman, para pelearse —digo yo.

Mi marido ha trancado la puerta, ha puesto la payasa ahí frenando. Y no teníamos luz, no teníamos parafina, ni leña. He salido otra vez. Y apenas me bajo la grada, ¡pum!, a un sereno, ahí delante mío, le han metido bala. He visto. Dos vueltas ha dado. Sin decir Jesús murió. Me acerco a ver más. Vienen soldados por dos esquinas. Yo me he parado así de cara a los rifles, con mi pollera así, piernas abiertas, carajeando a los soldados. Abusivos, les dije. Hijos de puta. Entonces, miro atrasito mío. Burro muerto, perro muerto. Y nada me ha pasado a mí. Por eso, miedo no tengo a balas.

Luego, salí al Sindicato. Maisman muerto. Una señora, con su wawa, muerta también. Hartos han muerto esa noche, hartos.

Así hemos pasado esta vida pésima.

NOCHE DE SAN JUAN

Minerito boliviano ¡qué mala vida te espera! O mueres de silicosis o en la noche te balean.

San Juan andaba mareado prendiendo, de puerta en puerta, fuegos de ilusiones tibias y apagando penas viejas.

⁶³ Leche batida mezclada con alcohol.

Mueren al filo del alba miles de alegres hogueras... y entre lloros y sahumerios se encienden miles de velas.

¡Noche mala, noche alegre, noche de balas y fiestas, noche de bailes y muertes... ¡Traidora noche minera!

Callejón de frío y luto, la mina es como un dilema: elegir morir adentro o elegir morir afuera.

Minerito boliviano ;qué mala vida te espera! O mueres de silicosis, o en la noche te balean.

Gregorio Iriarte

Como habían cortado la luz para que las emisoras no hablaran, pusimos la planta de emergencia. La Pío XII empezó a denunciar, a dar las primeras noticias. a pedir sangre para los heridos. Los soldados vinieron a pedir cierre de emisión. O que pusiéramos música religiosa por el respeto debido a los muertos que ellos mismos habían matado... Pero ya la noticia estaba en el aire y corría por todo el país.

Y vino Monseñor Manrique ese mismo día 25. No vino esta vez a condenar al comunismo, sino a ver con sus propios ojos lo que había hecho el ejército, los defensores de la Bolivia católica, en nombre del anticomunismo. Manrique trajo dos monjitas para ayudar con los heridos. La gente venía a la emisora a preguntar por los suyos. Como nadie sabía quién era el muerto ni cuántos había, íbamos a la morgue a contar. Todo el mundo estaba alterado.

—Hay que recuperar el Sindicato —gritaban los mineros y también las señoras.

Con Manrique y un buen grupo llegamos al Sindicato.

—¡Si no salen, asaltamos! —amenazaban los más furiosos.

Por suerte, el capitán, viendo al obispo, ordenó salir la tropa. Como cien soldados en fila bajaron del local. Y quedaron patrullando toda esquina.

Esa tarde, el entierro. No se me despinta de la memoria aquella multitud frente a la iglesia, chillando y vociferando contra el ejército, nombrando a sus muertos, llorándolos

sin saber cómo vengarlos... Ya querían, en el cementerio, lanzarse contra los guardias a matar y a morir, ¡y que se hunda la mina!

Es difícil contener la rabia popular cuando uno también la siente. Pero si había manifestación, la masacre se multiplicaría inútilmente. Sí, fui esa noche como quitaganas a ver a los dirigentes que se habían escondido en la Pío. Estaba René Chacón, el secretario general del Sindicato. Y Camacho, el trotsko. Como había Ampliado, las cabezas de la Federación estaban en Siglo XX. Simón Reyes, escondido en otro lugar, mandó mensaje. No podía asomarse. Mucho discutimos entonces. Al fin, después de pesar la situación, se convencieron de que sería un suicidio enfrentarse contra las automáticas del ejército.

Pasó la noche. Los dirigentes se reunieron en interior mina con los trabajadores. Muchos cargaban ya las dinamitas, dispuestos a una pelea desigual. Chacón, por suerte, logró parar la cosa. Llamó a reunión a los Delegados de las secciones. Y nos juntamos en Pío XII. Estaba Manrique y también Monseñor Fey, llegado de Potosí. Ya era tarde, oscurecía. A pesar del toque de queda y las reuniones prohibidas, la presencia de los dos obispos frenaron al coronel.

- —¡Que se vaya el ejército de aquí, esos hijos de puta! (primera demanda)
- —¡El Sindicato es nuestro, que lo devuelvan! (segunda demanda)
- —¡Libertad para los presos y garantías para los dirigentes! (tercera demanda)
- —¡Que a las viudas no las echen de las casas, que los huérfanos puedan seguir en la escuela, que indemnicen, pues! (cuarta demanda)
- —¡Y nuestros salarios, carajo, que ya van dos años robando la mitad de lo que trabajamos! (quinta demanda)

Con las cinco demandas, decidieron que Manrique y yo fuéramos a La Paz a presentárselas a Barrientos.

Fuimos. Pisamos la movilidad con urgencia, con la prisa de los pobres. Nos recibió el Presidente. Junto a él, el General Ovando y el Coronel Lechín Suárez, de la COMIBOL. De los cinco puntos, cuatro los rechazaron. Buenas palabras sí. Buenas mentiras. Sólo cedieron en la indemnización de los muertos. Y ya era ceder demasiado, según ellos.

¡El católico Barrientos! Como yo tenía cuatro dirigentes escondidos en la emisora, necesitaba asegurar garantías para ellos. Llamé aparte al Presidente. Antes de hablar, me pregunta:

- —Dónde están los dirigentes, padre?
- —En la Pío XII.
- —Lo imaginaba.

Y me prometió sacarlos en helicóptero lo antes posible.

—El ejército, padre, ya usted sabe, es difícil controlar todo... —delante de mí, le echaba la culpa a su propio ejército.

Cuando regresamos Manrique y yo a Siglo, resulta que el ministro Arguedas había adelantado una orden de atrapar a todos los dirigentes. Se desató una represión tremenda. Los cuatro que andaban escondidos en la Pío, rajaron a tiempo. Era la llamada Operación Pingüino. A 200 obreros los cancelaron. A otro centenar los montaron en un avión militar, y al destierro. Isaac Camacho y René Chacón se

internaron en la mina y declararon huelga general indefinida. Doce días duró la huelga. Pero era imposible mantenerla. Cuando el Comité se levantó, los mineros fueron entrando al trabajo así, desalentados, unos sí, otros no... Todos mascando una amargura grande, más amarga que la coca, que duró muchos días, muchos meses.

La zona quedó militarizada a cargo del Coronel Villalpando. Y la Pío XII, desde entonces, no salió de la mira del ejército.

De Isaac Camacho no se supo nunca más. Yo digo que fue el crimen perfecto. Lo mató Antonio Arguedas, que era entonces Ministro del Interior. Pero, ¿sabes cómo lo mató? Esto todavía no lo aceptan muchos periodistas.

Te cuento. Lo apresaron y lo trajeron inmediatamente a La Paz. Este Arguedas le saca los documentos y se los entrega a un agente del Ministerio. Y este agente va a Braniff, como si fuera Isaac Camacho, a sacar un pasaje para Buenos Aires. Con los documentos de Camacho viaja a Buenos Aires y se hospeda allá en un hotel tres días. Luego, regresa tranquilamente. Arguedas mata a Isaac Camacho en La Paz. Cuando sus familiares y las comisiones que se nombraron van a reclamar al Ministerio: "No, él viajó". Van a Braniff: "Sí, sí, viajó en tal fecha a Buenos Aires". Van a la Argentina: "Sí, señor, en nuestro hotel se hospedó". Y pasaron más de dos años y sus familiares todavía buscándole. Decían que se había ido a Rusia, que lo vieron por acá y por allá… La cosa fue pasando. Nadie denunció. Pero fue Arguedas. Y la CIA, claro.

* * * * *

Las ideas demoran en cambiar. Uno demora en cambiar. Porque mira, yo te cuento lo de San Juan ahora, a distancia de 15 años, y es distinto a como lo contaba en aquel entonces. Los hechos son los mismos, pero la interpretación cambia. Todavía en el 67 yo seguía con esquemas fáciles. Los comunistas son comunistas. Buscan el odio. El ejército es provocado por la acción subversiva de los comunistas. El pueblo en medio, siempre pagando los platos rotos. Las soluciones hay que buscarlas conversando con los de arriba. Ablandar a los gobernantes. Cosas de esas que después la realidad va desmintiendo.

Si no se ha perdido, debe andar por ahí un escrito mío sobre la noche de San Juan. Debe andar por ahí.

La opinión pública de Bolivia vive todavía confundida. La mayor parte cree que no se justifica de ningún modo la acción del ejército, que mataron por matar y que los planteamientos de los mineros eran puramente sindicales y económicos. Pero no era así. Es evidente que la masa de los 5,000 mineros que trabajan en este distrito vivía muy ajena a todo plan subversivo, limitándose exclusivamente a pedir y desear un salario más justo. Pero algunos dirigentes sindicales, asesorados y financiados por un pequeño grupo de comunistas y trotskistas pensaban de otro modo.

El 25 de junio era la fecha indicada para que grupos de milicias mineras atacaran a una fracción del ejército que trabajaba en Lagunillas en la construcción del camino a Uncía-Sucre. El plan era apoderarse de las armas del ejército e inmediatamente declarar a este distrito "territorio libre" apoyando a los guerrilleros castrocomunistas.

La consigna que el ejército traía era la de entrar sigilosamente en Siglo XX, rodear el Sindicato y tomar presos a todos los dirigentes que se habían congregado en esta localidad para efectuar un Ampliado Minero. Sin embargo, a pesar de todos los secretos militares, la noticia se había colado y en el Sindicato un grupo reducido desenfundaba y cargaba sus armas, dispuestos a batirse en lucha cruenta y desigual contra todo un ejército formidablemente equipado.

Fueron observados atentamente los movimientos del ejército. El tren se había detenido cuando aún le faltaba un kilómetro para llegar a la estación de Cancañiri. Una fracción del ejército descendió del tren y avanzó cautelosamente por la ladera del cerro hasta tomar posiciones en la cumbre del monte que domina el lado sur de Siglo XX. El grueso de la columna bajó en la estación de Cancañiri mientras una tercera fracción lo hacía algo más adelante y avanzaba para tomar la cumbre del Calvario de Llallagua. La columna del centro avanzaba hasta el Campamento Salvadora cuando de pronto sintieron el tableteo fatídico de dos ametralladoras que les atacaban desde corta distancia. Antes de que pudieran reaccionar, dos soldados caían muertos y varios heridos. Las dos fracciones de apoyo que dominaban los cerros abrieron fuego cerrado sobre las dos ametralladoras. El Campamento Salvadora durante breves minutos se convirtió en un verdadero infierno.

Esa misma tarde se debía efectuar el entierro de las 26 víctimas. Una impresionante multitud se congregó frente a nuestra iglesia. Fue imposible poner un poco de orden en aquel conglomerado de gente llorosa y vociferante. Será difícil imaginarse algo más triste y a la vez más desordenado e incoherente. Miles de personas se agolpaban alrededor de los féretros y mientras unos lloraban lágrimas de dolor, otros lanzaban a los aires consignas políticas o arengas netamente subversivas. Los insultos al ejército y los "muera" al imperialismo yanqui de los unos contrastaban con las plegarias y los gritos de dolor de los otros. En el cementerio fue aún mayor la confusión. Subidos a lo alto de los muros que circundan la vieja necrópolis, algunos improvisados oradores lanzaron palabras de fuego, avivando el rencor e impulsando a la venganza. Muchos de los familiares de las víctimas pedían a gritos que se procediera a la inhumación de los cadáveres, pero los comunistas no querían perder aquella ocasión magnífica que les brindaba el dolor de un pueblo para sembrar el odio en los corazones.

Gregorio Iriarte Relación de la Noche de San Juan 15 de julio 1967

Terroristas con uniforme

Aquí en Bolivia dicen que el alojado, como el pescado, se olisca a los tres días. A los militares alojados en el distrito minero les pasó eso. Después de la represión fuerte, la corrupción de cada día: que si robos, que si palmar a un borrachito que salía de noche, que si violación de mujeres... Bueno, todo lo que con uniforme y fusil se puede cometer.

Las señoras, los trabajadores, venían constantemente a la Pío XII a denunciar. Y nosotros, largábamos por la emisora. El Comandante de la Zona nos advirtió que la Pío estaba agitando. Y nosotros le advertimos que la agitación salía de los cuarteles.

Estamos en el 68. La emisora seguía metida en planes de asistencia, en lo de la alfabetización, en mil cosas. También organizábamos campañas radiales cuando veíamos una injusticia que se debía denunciar. Así fue lo de las *palliris*. Lo de los lameros. Y también el lío que se armó con los famosos "arrendatarios" de la Empresa.

Mira cómo. Desde hacía más de un año, la Empresa había comenzado a ceder algunas partes más exteriores de la mina a gente oficialista. Muchos eran familia del gerente. Estos arrendatarios contrataban a peones para explotar su concesión. Les pagaban una miseria. Siete pesos, ocho pesos por día. Y era un trabajo inhumano, agotador. Como los arrendatarios no se consideraban patrones, no cumplían ninguna ley laboral ni de protección al trabajador. Ni vacaciones, ni dominicales, ni seguro. Nada.

El abuso creció. Ya eran como 2.000 desgraciados trabajando en esas condiciones. La Empresa feliz. Con mano de obra más barata, bajaba los costos de producción. ¿Quién reclamaba? Los sindicatos desarticulados, el distrito intervenido. Todos mudos.

Viene la delegación a Pío XII. Nos explican. Era muy complicado el asunto porque el ejército estaba en el juego también. Nosotros hablamos con los peones y, como era antes de Navidad, pensamos que se podría concentrar la lucha en el pago de los aguinaldos. Si tomábamos el problema en bloque, capaz que nada se conseguía. Había que levantar un solo reclamo, lograr una victoria a breve plazo, para comenzar a romper el muro.

Bueno, la emisora arrancó la campaña. ¿Cómo no iban a pagarse siquiera los aguinaldos? Les dimos duro. Un programa. otro programa. noticias sobre el caso... La ganamos. A Nemelio Martínez, uno de los arrendatarios más abusivos que se negó a pagar, lo metieron preso. Y no salió de la cárcel hasta que depositó la cantidad total de los aguinaldos devengados por sus trabajadores.

Comienza el año. Una noche, en los últimos días de enero, ¡pum!, dinamitazo. El cartucho explotó en el patio de la casa parroquial. Todos los vidrios rotos. Viene entonces el Comandante. condoliendo. Y asegurando vigilancia estricta para impedir que los "terroristas comunistas" repitan esos actos vandálicos.

¡Vigilancia estricta! No pasaron 4 días, cuando en la madrugada del 3 de febrero otra vez ¡pum!, una explosión más fuerte. Pero ahora la carga de dinamita había sido puesta al pie de la antena de onda corta de la Pío. No cayó la antena. Y justamente por eso, sabíamos que no eran mineros los saboteadores. Un minero no falla con la dinamita.

Comenzamos a investigar. Yo fui calladito con los serenos: ¿a qué hora pasaron?... ¿quiénes iban?... ¿apagaron las luces de la movilidad?... ¿cómo la hicieron?... Los serenos colaboraban. Habían visto todo. Pero yo no podía complicarlos a ellos. Se jugaban el puesto y algo más. Disimulé. Como tenía todos los datos, dije que yo mismo estaba despierto a esa hora. Que vi. Y que una madrecita, también sin sueño, igual vio. (Porque la movilidad pasó frente a la casa de las monjas). Claro, ya nos habíamos apalabreado con ellas y estaban dispuestas a atestiguar. Toda la historia era para cubrir a los serenos y descubrir a los militares. Porque habían sido ellos mismos, cuidadores del orden, los responsables del atentado.

—Los terroristas tienen uniforme —fui a decirle yo al Coronel Azero, jefe militar del distrito—. Los terroristas son súbditos suyos. Vaya y llame al Capitán Rada,

al Teniente Ortuño y al Teniente Arocena. Estos tres oficiales, montados en la Chevrolet de servicio placa 50444, se detuvieron junto a la antena a las 3.15 de la madrugada. A pesar de la borrachera que llevaban, le achuntaron la dinamita al pie de la antena. ¿Quiere pruebas? ¿Quiere testigos?

Lío grande aquel. El Coronel Azero, que también tenía cola de paja, no sabía cómo manejar el asunto. Se consiguió unos niños, unos mocosos, para culparlos a ellos. Pero era muy barata la mentira. Y ya nosotros habíamos hecho un policopiado con la denuncia. Y por la emisora, día a día, íbamos juntando nuevos detalles y pistas. Algunos querían hasta poner pleito judicial contra las Fuerzas Armadas. Pero, la verdad, eso hubiera sido un despelote de consecuencias imprevisibles.

¡Las cosas de la vida! Antes nos dinamitaban por anticomunistas, ahora por comunistas. Antes los mineros, ahora los militares. Claro que los trabajadores tiraron dinamita contra la Pío, creo que 7 ú 8 veces, más para asustar que para destruir. Unos vidrios rotos y el escándalo, pero no más de ahí. Ahora sí, ahora querían silenciamos, acabar con la emisora.

Y lo interesante fue que la parroquia de Siglo XX y las demás parroquias mineras pasaron, de una manera rápida, a ser vanguardia de la iglesia progresista boliviana. ¿Cómo se opera este cambio? Realmente, fueron los trabajadores, los sindicalistas, los que nos enseñaron a leer el Evangelio de otra manera. Cambiamos. Nos hicieron cambiar ellos. Yo creo que la mecha grande fue la rebaja salarial del 65. Porque esta rebaja afectaba a todas las minas, no sólo a Siglo XX.

Fue por entonces que llegó al país monseñor López de Lama como encargado del Secretariado de Acción Social.

—¿Por qué no nos reunimos algunos —dice él— para ver cómo enfrentamos la situación?

Y la situación se había enredado por un pequeño problema que tuve con Pablo Cejudo, un ex-Oblato que había llegado antes que yo. Este era un tipo bueno, pero muy original. Con vocación de periodista, se metió en Ultima Hora. COMIBOL me veía a mí como enemigo principal. Pensaron que tenían que atacarme a mí y a la Pío. Y no encontraron mejor aliado que el Cejudo. Ahí sacó él un artículo bastante duro, acusándome de mil cosas, de obcecado con los dirigentes, de manipulado por los comunistas... Me dice el gerente que va a reproducir este artículo en Bocamina.⁶⁴

—Si usted lo publica en Bocamina, va a escucharme —repliqué yo.

Y lo publicó, sí, a toda plana. A reunirse, pues. Esto hay que aclararlo, decían los compañeros sacerdotes. Y sacamos un documento público.

Como bomba cayó. Y siguió explotando, porque luego quisimos ampliar la reunión y llamamos a otros párrocos de minas. Empezó así el llamado movimiento de "los curas mineros". Nos juntábamos dos veces por año en distintos lugares. A veces, sin obispo. A veces, con López de Lama. Esto fue tomando fuerza. Fueron viniendo otros interesados en la pastoral minera, otros curas, laicos, monjas... En las últimas reuniones ya asistían como 200 personas. (¡Habíamos comenzado media docena!) Y a cada reunión, paff, un documento público.

⁶⁴ La revista de la Empresa para todas las minas nacionalizadas.

Esto creó un ambiente de renovación dentro de la Iglesia. Nunca había habido un documento ni nada para analizar los problemas laborales, salariales. Como no habían sindicatos, les hicimos presión a los obispos. Que tenían que meter la mano para defender a los mineros. Y bueno, los obispos formaron una comisión —otros dos y yo — para que fuéramos mina por mina haciendo un informe. Informe hecho y documento episcopal atrás.

Barrientos se alarmó. Quiso diálogo con los obispos. Formó también una comisión. Allá vamos a hablar, hacemos un acuerdo. Pero después denunciamos que el acuerdo no se había cumplido por culpa del gobierno. Justamente, lo denunciamos en la víspera de morir el general. Lo firmábamos el padre Prat y yo.

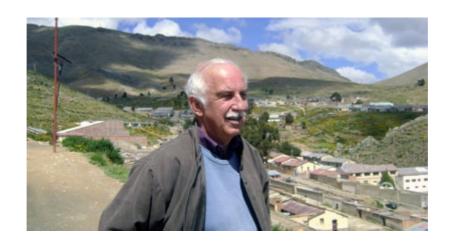
Dicen que Barrientos lo escuchó por radio cuando subía al aeropuerto para trasladarse a Cochabamba. Y que dio media vuelta para dar respuesta. Dicen también que la respuesta era muy dura. Pero ya no salió, porque a las pocas horas se le vino abajo el helicóptero en que viajaba.

Cuando se anunció su muerte, nos escondimos un poco, la verdad. Recuerdo a un obispo que dijo:

—¿Ya ven ustedes lo que pasa por atacar tanto al gobierno?

¡Como si nosotros lo hubiéramos matado!

Sí, lo de los "curas mineros" hizo mella. Sin embargo, después se fue apagando. Y todos dicen que habría que reunirse otra vez, pero... No sé, tal vez falta un líder que convoque.



ROBERTO

Llegué aquí en el 62, ¿no ve? Pero todavía no a la Pío, sino a la parroquia de Catavi. Yo andaba por el campamento y veía los letreros ABAJO LOS YANQUIS, GRINGOS CAUSA DE NUESTRA MISERIA... ¡Me sorprendía tanto aquello! ¡Qué ignorantes!, pensaba. ¿Cómo pueden decir esas cosas? Yo soy norteamericano y sé que mi pueblo es generoso. ¿Cómo estos bolivianos no agradecen las ayudas que les mandan de allá, la leche, la harina? Deben ser los comunistas los que escriben estas macanas. En fin, ése no era mi asunto. Yo venía nuevito del seminario y me concentré en la liturgia. Mi ilusión era preparar lindas misas, enseñarles la renovación litúrgica a los mineros.

Un día estoy en la parroquia de Llallagua. Hay allí una piedra que está desde hace tantísimos años. Sobre ella, la imagen que sale en procesión. Bonita, pintadita, blanca española. La Asunta. Yo no sé bien cómo comenzó la cosa. Pero la patrona no es esa imagen, que vino luego, sino la piedra que la sostiene. La piedra es la virgen para ellos.

Esta piedra dicen que apareció por las afueras del campamento. Y les resultó bien milagrosa. Entonces, la llevaron a la iglesia. Y desde aquella vez es la patrona de aquí, de los mineros. La eligieron ellos. Y la sacaban por las calles, todos los agostos.

Llegó un 15 de agosto, iban a sacarla. Y hubo un ventarrón grande, según cuentan. Los techos volaron, porque el mes de agosto es mes de vientos. La gente, asustada, ha dado media vuelta y ha puesto otra vez la piedra en el piso. Y nunca más salió de la iglesia. Se quedó así, sin mover, hace mucho. ¿Desde cuándo sería?

Luego los curas hicieron un arreglo del templo. Tomaron la piedra del piso, la colocaron ahí, a la derecha del altar. La cimentaron como pedestal, bien fija. Y encima pusieron la imagen bonita que hay ahora. Y listo lo de la Asunta.

Yo no conocía nada de esto. No sabía. Imagínate, estoy en la parroquia un domingo por la tarde y llega un señor. Un campesino. Aquí una buena parte de los mineros vienen del

campo. Dejan el $ayllu^{65}$ y buscan trabajo en la mina. Los hicieron venir antes, cuando los españoles, por la fuerza. Ahora vienen solos, por la necesidad.

Bueno, me llega este señor. Era agosto, a los fines.

- —Tengo que sacar la virgen afuera, padrecito.
- —Ya ha salido en procesión el 15. No hay necesidad de que salga otra vez.
- —No es la que tú dices, padrecito. No es.
- —¿Cómo que no es? —me extrañé.
- —Ven, te voy a enseñar.

Y entramos al templo. A la derecha, la virgen blanca. Bajo ella, inmóvil, como muerto de mucho tiempo, la piedra.

- —Esta. Tengo que sacarla.
- —Te digo que ya salió...
- —No, padrecito. Abajo. Esta es la patrona, la nuestra.
- —¿Qué estás diciendo? Esto se llama pedestal.
- —Tengo que sacarla —insistió el hombre.
- —¿Pero no ves que esa piedra está con cemento?
- —Fui yo, mi padre. Atrasito, hará diez años, fui yo el albañil que la cimentó. La encadené en ahí porque me dieron la orden. Y desde aquella fecha castigado estoy, pues. Mi mujer ha muerto, mis *wawas* están enfermos... Tengo que sacarla.
 - —Pues no sale —dije yo, definitivo—. Esta piedra no se mueve de donde está.
- —Oye, padrecito, si tú quieres yo te busco otro albañil. Voy a pagar otro albañil. Vamos a deshacer. En el piso voy a dejar. Y que él la sujete en el mismo sitio, pues, si se atreve.
 - —Estás chupado. ¿Cómo vamos a destrozar todo esto? Anda, vete ya. Vete.

Y el viejo albañil se fue muy triste.

Meses después, sopló otro ventarrón. Voló techos, rompió cristales. Voy corriendo a la parroquia y me encuentro con la imagen pintadita caída junto al altar. Me pongo a arreglar las cosas, a limpiar, a colocarla de nuevo en su lugar.

Salgo, voy a casa, y se me acerca de nuevo el albañil. Venía radiante. Y me cuenta que ya él lo había soñado. Que vio cómo la piedra, la Asunta antigua, la de ellos, había destrozado a la imagencita española. Era la señal para él. Era buen presagio para todos los suyos.

- —Día llegará, padrecito...
- —¿Qué día, viejo?
- —El nuestro, pues, que esperamos.

La verdad, yo no me acostumbraba a este ambiente. ¿Qué iba a hacer con mi renovación litúrgica? En fin, también me dediqué por entonces a dar clases de religión a unas enfermeras. Les hablaba de la eucaristía, las preparaba para la celebración de la Semana Santa que ya estaba próxima. Me sentía muy misionero, evangelizando paganos. Pero con la sospecha de que ellos no estaban entendiendo nada. ¿O era yo el que no entendía?

Cuando el padre Roberto vino era una wawa. Parecía chico juguetón, alto, lindo. Recién salidito del seminario era. Fue nuestro profesor de religión en la Escuela de Enfermería de Catavi. Pero no les daba bola a las enfermeras. Las enfermeras habían sabido aguaytarle en la parroquia. No sé por dónde espiaban. Pero venían con la noticia.

—Padre Roberto ha tenido perro. Con el perro nomás está jugando.

Ellas tenían celos del perrito del padre. Y había dos enfermeras de Sucre, dos hermanas morenitas. Una se llamaba Elena y la otra no sé qué. Locas andaban quitoneándose al padre Roberto. Y él ni cuenta que se daba. La pelea era fatal entre las dos. Y nosotras escuchando los progresos.

- —A mí me ha mirado y a ti no —decía una.
- —¡Conmigo ha charlado un rato! —decía la otra.

Muy buenito el padre, muy santuloncito llegó. Pero luego fue cambiando. Todavía me acuerdo cuando han nacionalizado el petróleo. Entonces, nos ha dicho en la misa:

—Han nacionalizado. Vayan a reunir gente. Vamos a salir en manifestación después de terminar.

Y nos hemos sorprendido de que el padre se alegrara por Bolivia. ¿Va a ir el padre a la manifestación? Y fue. Con él nos hemos dado la vuelta por las calles de Llallagua vivando la nacionalización.

También después nos ha dado cursillos y comparación de cristianismo y socialismo. Más nos hemos sorprendido. Para entonces, yo poco entendía. Y a ratos, me quería retirar de la parroquia. ¿Cómo el padre va a hablar de esas políticas? ¿Por qué no devociona a los santos, a la Asunta? ¿Cómo será esto del socialismo? Pero, poco a poco, se me empezó a abrir la mente. Luego, me invitaron algunos partidos a sus cursillos. Entonces, yo misma hice la comparación. Vi que el cristianismo verdadero defiende a los pobres. Y los socialistas también trabajan por eso. O sea, que venía siendo la misma chola con otra pollera. Tiene razón el padre Roberto, me dije. Y me he convencido. Por eso, es que yo he pasado de la Asunta a la liberación.

Milicos en los micrófonos

Gregorio estuvo de director de la Pío todos aquellos años. Muy metido en el baile, la verdad. En los finales de Barrientos, resulta que el Coronel Lechín Suárez, jefe de la COMIBOL, ya estaba lleno con la emisora, con los curas mineros, con Gregorio... Y llamó al Superior de los Oblatos pidiendo que lo sacaran.

—Vos no te vas —dijimos nosotros—. Basta que lo quiera ése para que te quedes. Es la mejor prueba de que estamos achuntando.

⁶⁶ El general Ovando toma el poder en el 69 y el 17 de noviembre nacionaliza la Gulf Oil, una de las concesionarias del petróleo en Bolivia.

Pero luego hicimos una reunión. Evaluamos. ¿Convenía que Gregorio se quedara? La mayoría, desde luego, pensábamos que sí. Pero otros que no.

—También es cierto —dijo un compañero— que el liderato de Gregorio es muy evidente. ¡Han pasado tantas cosas! ¿No será el momento de cambiarle las ruedas al carro?

Y era verdad. Nos preocupaba el hecho de que la gente ya venía a la emisora como si fuera el Sindicato. ¿No le estaríamos restando fuerzas a la organización de los mineros? Era peligroso, sí. El mismo Gregorio se sentía mal. Todos lo conocían, él conocía a todos.

Fue una decisión difícil. Después de muchos sí y no, Gregorio se trasladó a La Paz, como Secretario General de los Oblatos. Dejó la Pío y le pasó la pelota a Ivo. Bueno, Ivo Lescouzeres, un tipo abierto, combativo, siguió la línea. Dirigió la emisora un buen tiempo. Fue más tarde que me dieron a mí el timón. Pero en todos aquellos años yo andaba muy cerca, en la parroquia de Llallagua. Y claro, tenía que ver con la emisora. Aunque no quisiera, me metían. O me metía. Mira, por ejemplo, en el 69., Murió Barrientos en abril, ¿no ve? El vice Salinas tomó la presidencia. Pero poco le duró el gusto. El 26 de septiembre de ese mismo año, el General Ovando le da el mamertazo y se sienta en la silla del Quemado. El 26 de septiembre de combato de secondo de s

El ejército estaba en Catavi y en Uncía. Lo primero que hicieron fue venir a la Pío XII. Eran apenas las 6 de la mañana. Los operadores llegaban, como siempre, para comenzar sus programas. Abren la puerta de la emisora y se encuentran con las ametralladoras esperándolos. Entonces, los obligan a encender la consola. Que ellos mismos, los milicos, van a locutar.

Yo andaba por Llallagua. Me entero que han apresado en sus casas a tres periodistas de la Pío, a Fernández Coca, al Mario Otero y a otro redactor de los informativos. Y que Ivo y los demás padres que vivían en la radio también han sido detenidos y no podían salir.

—Corra, padre Roberto, los curas están presos —me avisan.

Voy a la Pío. Entro aquí y ya no podía salir tampoco. Me acuerdo de un capitancito sobrador.

- —¡Marxistas indoctrinados, eso son ustedes! —gritó nomás verme.
- —Indoctrinados sí, pero por el Evangelio —le dije rabioso.
- —Mejor se calla, carajo.
- —Mejor voy a mi casa —y ya me iba hacia la puerta.
- —Usted no va a ninguna parte —y mandó a dos soldados a echarme mano.

Me empujaron dentro, junto a los demás compañeros de la emisora, todos detenidos. Los militares llevaban como cuatro horas transmitiendo. Ahí va un operador nuestro, el Fernando, y les dice:

⁶⁷ La Pío XII ha tenido una larga lista de directores. Dos de ellos, Víctor Fernández Coca y Walter Patiño, bolivianos y laicos, ocuparon también la Dirección General de la radio en un intento de los Padres Oblatos de ir transfiriendo las responsabilidades al personal local.

⁶⁸ Palacio de Gobierno de La Paz. Lo de "mamertazo" (golpe de estado al que sigue un gobierno militar) hace alusión a un suceso político de Bolivia en que fue actor principal el presidente Mamerto Urriolagoitia, en 1951.

- —Oigan, hay que apagar ahora. ¿Ustedes no saben cómo funciona esto? Sabrán que los transmisores pueden quemarse, pues. Hay que dejar descansar los equipos, pues.
- —Pues apágalos, cabrón —dijo el capitancito—. ¿Y cuándo se pueden encender de nuevo?
 - —Ahora le digo, mi capitán, voy a apagar...

Pero el operador, ay, se hizo humo. Apagó y no volvió más. ¿Por dónde saldría? Y los militares esperándolo, hasta hoy.

Ya en la tarde, estaban impacientes para seguir transmitiendo sus comunicados de apoyo a Ovando y todo eso. Parece que les había gustado lo de andar detrás del micrófono. Pero no sabían cómo poner en marcha la emisora. Llaman técnicos, hacen pruebas. Y nada. Se estaban viendo en figurillas y nos buscan a nosotros.

- —Dónde están las llaves de los talleres? —le preguntan a Ivo.
- —El técnico las tiene. Pero está de vacaciones, Y su ayudante también ha viajado.
 - —Linda mentira, padre —dicen ellos—. Está bien. Enciendan ustedes.
- -- Nosotros?... No, eso es muy complicado -- dijimos--. Aquí nadie sabe encender esas macanas.
- —¡Lo que pasa es que ustedes —gritó el capitancito— trabajan con control remoto!
- —¿Control remoto? —Desde allá de la casa ustedes lo controlan todo. ¡Si lo sabremos nosotros! Pero escuchen, comunistas, hasta el momento los hemos tratado con guantes blancos. ¡Ahora se les va a secar el huano!

Subieron a la casa, buscando por todas partes el famoso control remoto. Menos lo encontraban, más renegaban. Bajaron, siguieron forcejeando con la consola y los transmisores, carajeándonos a todos. Pero no lograron sacar al aire la emisora.

En eso llega una monja que nos traía siempre la comida.

—Escuche, hermana —le susurramos—. Tiene que ir a La Paz. Hable con Quiroga Santa Cruz, es amigo nuestro. 69 ¡Ligero! (Nos habíamos enterado que Marcelo Quiroga Santa Cruz estaba nombrado en el nuevo gabinete de Ovando).

La monja sale disparada hacia La Paz. Mientras tanto, llegan de Oruro el padre Grondin con el Obispo Monseñor Fernández. Y los jodidos militares que no les guieren dar entrada en la emisora. Por fin, se colaron por otra puerta. Al rato, vienen y nos avisan a nosotros. Cuando vamos donde el Obispo, nos topamos con una montonera de gente traída por las autoridades y los milicos. Eran los "líderes católicos" del campamento. Entramos y comenzó el sermón:

- —¡Esta emisora se ha vuelto comunista! ¡Ya no es como antes, cuando Lino!
- —¡Todo es política, en los sermones política, en los programas política!
- —¡Sólo buscan locutores comunistas para empujar ai pueblo a las armas!
- —¡Se hacen la burla del Ejército y del finado Presidente Barrientos!ii

⁶⁹ Marcelo Quiroga Santa Cruz fundó posteriormente el Partido Socialista 1. Denunció públicamente a Bánzer y la camarilla militar y fue asesinado el 17 de julio de 1980 en el asalto a la COB, a manos de los paramilitares de Arce Gómez y García Meza.

El Obispo escuchaba las acusaciones interminables de aquellos catolicísimos señores sin decir palabra. Entonces, el padre Grondin que había venido con él desde Oruro, los enfrentó.

—¿Ustedes son católicos, verdad? ¡Y meten presos a los sacerdotes! ¡Y los maltratan! Los comunistas nunca, ni en los tiempos más recios, se habían atrevido a una cosa así! ¡Es la primera vez en la historia de Bolivia que los propios católicos apresan a sus curas!

Los tipos se quedaron peor que chancho en trapecio. Y bajo la garantía del Obispo nos soltaron. Ya era sábado en la noche. Desde el jueves que fue el golpe de Ovando, tres días bajo llave en la emisora. (A los que no habían soltado todavía era a los tres periodistas nuestros. Incluso nos avisaron que querían hacerles firmar un documento comprometiéndose "a no participar en manifestaciones ni a subvertir el orden mientras durara el actual gobierno").

Llega el domingo. El Coronel Azero de Catavi y el General Prudencio, Comandante de la II División, organizan una reunión urgente con el Obispo Fernández.

Y le exigen a éste que nos bote a todos los curas extranjeros del distrito. Que pongan curas nacionales. Porque nosotros estábamos "identificados con una línea maoísta". Que "denigrábamos a las Fuerzas Armadas incitando al descontento y a la lucha armada".

—Por todo esto, Monseñor —concluyó el General Prudencio—, el primer paso que usted tiene que dar es el retiro de todos los padres de la parroquia y la emisora. Ellos son los principales responsables de la actual situación.

Ivo, que también andaba metido en la reunión, se adelantó a responderle:

- —Y si somos los responsables de todo, ¿por qué no sueltan a nuestros locutores y nos encierran a nosotros?
 - —Por la dignidad sacerdotal —respondió el General Prudencio.

Difícil la situación. El Obispo, entre la espada y la pared. Y en eso, me avisan que viene una comisión de La Paz. Resulta que la monja había llegado allá, se había plantado frente a la puerta del Palacio Presidencial y, cuando iban entrando los ministros para la primera reunión del gabinete, agarró a Marcelo Quiroga Santa Cruz.

- —Los padres de la Pío están presos.
- —No lo puedo creer —dijo Marcelo.
- —No lo crea, pero haga algo.

Por lo visto, entró Marcelo a Palacio, hicieron la reunión con los nuevos ministros, y el primer punto de agenda fue el lío nuestro aquí. Entonces Ovando, el nuevo presidente, decidió sobre el pucho la comisión para venir a Siglo XX. Iría nada menos que el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, General César Ruiz, acompañado del recién nombrado Ministro de Minas y Petróleo, Marcelo Quiroga Santa Cruz.

A la una de la tarde de aquel domingo, aterriza una pequeña avioneta en Uncía. Ya avisado, me voy con la movilidad hasta la pista. Ahí está, todo entorchado, el General Ruiz. Y Marcelo Quiroga. Los dos suben a mi camioneta.

- —Al cuartel —ordena el general.
- —Mejor ir directamente a la Pío XII —replica Marcelo—. Ahí está el enredo.

Cuando ya vamos por Catavi para llegar a Siglo, yo saco un cigarro y digo por decir algo:

- —¡Lo que hemos fumado en estos días con este kilo de problemas!
- —¿Y quién les manda a ustedes a meterse en lo que no les importa? —el general me fusiló con la mirada—. Zapatero a tus zapatos, como dicen.
- —Exactamente, general —digo yo—, ese refrancito puede significar también "militares a sus cuarteles".

El general se enojó feo. Me mandó callar. Y me callé, para no amargar más la chicha. Por fin, llegamos a la Pío. Me acuerdo la cara de los soldados que nunca en su vida habían visto a un militar con tantos galones y estrellas. Entramos en la casa.

—Quiero una reunión con los oficiales —ordenó el general.

Y en lo que ellos la hacían, nosotros con Quiroga Santa Cruz que nos exhortaba a la paciencia:

—Ya están muy heridos por el hecho de que un civil, es decir yo, venga acá a resolver este problema. Todo se va a arreglar. Pero no peleen, padres, por favor.

Terminaron las dos reuniones paralelas. Todos al mismo corral.

—Ustedes hacen política en los sermones —comienza otra vez el general—. Se meten en lo que no deben. Ocúpense de la iglesia, pues. Esto es lo de ustedes.

Ya me estaba dando bronca y se la solté:

—Mire, general, mis compañeros y yo estamos listos para ir a la justicia ordinaria y que usted pruebe esas acusaciones. ¡Ahora mismo!

No sé si se impresionó o ya estaba aburrido del asunto. El caso es que el general se levanta, se acerca, y me da un abrazo.

- —Arreglemos, padre. Estamos entre hermanos y tenemos que entendernos.
- —No podemos entendernos —digo yo—, porque no hablamos el mismo idioma. Por cierto, general, en estos días va a salir un comunicado de los obispos sobre el papel de los sacerdotes en la política. Léalo.
- —Lo leeré, padre. Le prometo que voy a estudiar este asunto. Yo soy católico y voy a misa desde niño, sépalo. ¿Quedamos amigos, padre?

Da vuelta el general para acabar la reunión. Pero entonces, me saca aparte el comandante de Uncía.

- —¿Satisfecho, padre? —me sonríe él.
- —No, señor. Quiero una comisión para que hagan inventario de la emisora.
- —Hasta por ahí nomás, padre —replica el comandante—. Eso equivale a acusar al ejército de andar llevándose cosas. Mis soldados nada se han llevado.
 - —Pues yo quiero una comisión y un inventario. Y no hay tutía.

Se hizo la comisión. Se hizo el inventario. Y daba risa, al día siguiente, ver a los soldaditos devolviendo máquinas de escribir, micrófonos, discos...

Esa fue la primera intervención militar a la Pío XII.

Vienen a intervenir

En el 70, el General Juan José Torres tomó el poder. La cosa cambió. Era un militar, pero tenía entrañas. Hasta vino a las minas a conocer él mismo la situación. Ahí dio la noticia de que los salarios rebajados en el 65 serían repuestos. Anunció libertad sindical. Anunció una Asamblea Popular, para que los trabajadores estuvieran representados en el gobierno. Era demasiado bonito para que durase.

No había pasado un año, y Torres caía golpeado por Bánzer. Fue triste aquel 21 de agosto del 71, cuando escuchamos por las emisoras de La Paz que el General Bánzer era dueño y señor de Bolivia.

Yo estaba en la Pío tomando el café, lo más tranquilo. Como las cuatro de la tarde serían. Llega un locutor, jadeando, a dar la alarma:

—¡Viene un comando de La Paz para tomar la radio!

Cerramos puertas y empezamos a cranear la fuga, para cuando vinieran. Pusimos una movilidad lista para raspar en cuanto oyéramos a los soldados. Pusimos una escalera en el fondo, para escapar por el techo, si no alcanzábamos la movilidad. Y vestidos oscuros, para camuflarnos en la noche. Y luego, ¿qué? A esperar. Yo pensaba: de ésta no salimos. ¿Cómo vamos a subirnos al jeep en sus mismas narices? Y lo de la azotea, vestidos —ahora sí— de buitres negros...

—Mejor sentémonos a terminar el café —propuse yo—. ¡Y viva Bolivia!

Cada vez que sonaba el timbre, allá iba un locutor pistola en mano a ver quién era. Pero los que vinieron fueron los mineros, un grupo de trabajadores que quería defender la radio. Recuerdo a un jovencito, con su fusil de la guerra del Chaco al hombro.

- —A ver, enséñame ese fusil... —le digo yo—. Oye, pero tú no tienes cartuchos.
- —Si, pues, padre, tengo dos. Aquí están.
- —¿Y por qué no los pones? ¿Tienes miedo?
- —No, pues, padre, que no entran. De otro rifle son.
- —Bueno, hijo —le miré compasivo—, a puñetes entonces, si vienen.

Nosotros seguíamos trasmitiendo, dando noticias. Teníamos acordado que si llegaba el comando abandonábamos la estación. Pero dejando inutilizada la radio, quitando el cristal o sacando los tubos, de manera que los militares no pudieran ponerla a funcionar.

Bueno, así seguimos hasta las 8 de la noche, hasta las 10, hasta las 12... Ya no se escuchaba ninguna emisora, todas habían caído, todas silenciadas. Y nosotros, llamando a la población a resistir: ¡Adelante, compañeros! Pero estaba todo liquidado en el país.

A la una de la madrugada, cerramos emisiones. Salimos, nos fuimos a dormir en otra parte, medio escondidos. Pero no vino el famoso comando ni pasó esa noche nada más.

Al día siguiente, nos enteramos de la muerte de Mauricio. Lo habían ametrallado en La Paz ese mismo 21 de agosto. Mauricio Lefebvre, nuestro compañero, el que combatía

implacablemente el comunismo cuando trabajó en Siglo XX, era asesinado por el ejército banzerista a nombre del anticomunismo.⁷⁰

Queríamos comunicarnos con los compañeros de La Paz. Salimos y nos encontramos rodeados por un grupo grande de trabajadores. Llegaban a defender la emisora.

- —Los milicos vienen a intervenir —decían unos.
- —Y aunque no vengan, mejor la precaución —decían los otros.

Y entre el que sí y que no, preferimos cerrar la radio hasta que se aclarara el agua. Como 15 días estuvimos cerrados. Entonces, nos llama el Subprefecto:

- —¿Qué esperan? —nos dice—. Abran. Trasmitan ya.
- —Qué raro, señor Subprefecto —le dije yo—, ustedes siempre mandando a callar y ahora quieren oír nuestros programas.
- —Ahora están intranquilizando a la población con ese silencio más que si hablaran. Saquen al aire esa maldición de una vez. Y cuidadito con andar diciendo nada, ¿me entienden?

Ni modo, a recomenzar las emisiones. Pero no había comenzado un mes, cuando aparecieron las amenazas. A cada rato, nos llegaba un telegrama a través de la Empresa. Si seguíamos "la labor comunista" nuestra emisora sería clausurada.

Y entre los telegramas, uno citando a Ivo, el director por entonces de la Pío, a la Prefectura de Oruro. Allá va el hombre. Llega donde el Prefecto Azurduy, y éste ni la mano le da. Comienza de frente con las acusaciones:

- —¿Ustedes son los sacerdotes del Tercer Mundo, verdad?
- —No, nosotros somos de Siglo XX. Yo trabajo allá.
- —Mire, padre, la labor de ustedes es definitivamente subversiva. No podemos tolerar tanta propaganda comunista en una emisora que se dice católica.
- —¿Puede decirme, señor Prefecto, en qué programas ha escuchado usted esa propaganda?
- —En ninguno. Yo dejé de escuchar esa emisora desde que comenzaron con sus agitaciones. Pero tengo toda la información del caso.
- —Tal vez se refiera usted a que en estos días hemos difundido el documento de los Obispos donde le piden al gobierno el cese de la represión, de las torturas, la libertad de los presos, la...
- —Estoy al tanto de ese documento, padre. No hace falta que me lo repita. Ni hay que andarlo repitiendo tanto por la emisora. Que lo lean una vez está bien. Pero estar leyendo eso cada día se convierte en una actitud subversiva.
 - —Lo que leemos cada día es el Evangelio, señor Prefecto.
- —¡El Evangelio! Mire, padre, no se haga el sonso. Usted sabe tan bien como yo que en el Evangelio hay de todo. Hay que presentar lo bueno del Evangelio, padre, las partes buenas solamente.
 - —¿Cuáles son las partes malas, señor Prefecto?
- —Basta ya. Yo no tengo que responderle a usted. Es usted el que tiene que revisar su conducta y aclararse. Y óigame bien, padre: si Radio Pío XII continúa con la subversión, vamos a intervenir inmediatamente y clausurar la emisora.
 - —Tendrán que ver cómo lo hacen. Hay muchos mineros rodeando el edificio.

⁷⁰ Sobre Mauricio Lefebvre, su vida y su muerte, véase Arriesgar el pellejo de Jorge Mansilla Torres, La Paz, 1983. El autor y su hermano Marcial fueron locutores de la Pío durante muchos años.

- —Pues habrá más tropas rodeando a los mineros. Y ustedes, curas extranjeros, serán los responsables de la masacre del pueblo boliviano.
 - —Cómo? ¿Ustedes matan y nosotros resultamos los responsables?
 - —He dicho que basta. Están advertidos. Aténganse : a las consecuencias.

Era un diálogo de sordos. Total, que Ivo regresó a la Pío muy preocupado. Y los telegramas, la guerra sicológica, continuó por una buena temporada. Pero, por suerte, en aquel 71 no pasaron de las amenazas de boca.

Claro, tampoco faltaban los comunicados de apoyo por parte de los trabajadores. ¡Pucha, qué cosa! Ahora eran los gobernantes católicos los que esgrimían el argumento de "curas extranjeros". Y los dirigentes lo rebatían. ¡Las vueltas que da el mundo! Mejor dicho, ¡qué vuelta había dado la Pío XII, cuánto habíamos cambiado los curas para ser defendidos ahora por el Sindicato de Siglo XX!

¡Curas de mierda!

El régimen de Bánzer se estrenó con un paquete económico totalmente antipopular. El peso boliviano fue devaluado. La represión política, ésa sí, fue en aumento. En el 74, el ejército masacró en el valle de Cochabamba a un montón de campesinos que protestaban por las medidas del gobierno. Pero es el 9 de noviembre de ese mismo año cuando Bánzer llega al colmo del despotismo. Anula los partidos políticos, los sindicatos, la COB, la Federación de Mineros, todo. Anula la Constitución. Todo está prohibido, menos apoyar al gobierno. Los dirigentes obreros son sustituidos por coordinadores amarillos. Ante estos decretos, Siglo XX y las demás minas se rebelan. Aumentan las protestas. Y aumentan los encarcelamientos, los exilios, el terror.

El terror llegó también a las emisoras mineras. Llegó con un nombre: el Coronel Mario Vargas Salinas, Ministro de Trabajo. Había problemas aquí en el distrito con los mineros. Y a principios de año —del 75— se aparece este coronel vestido de civil, medio de incógnito, supuestamente para visitar. De todas maneras, a nosotros nos avisaron y lanzamos la noticia de que el Ministro de Trabajo estaba en Siglo XX. No pensamos que era nada grave.

El Ministro hizo reuniones con los mineros, tanto de Siglo como de Catavi. A esta segunda yo asistí. Me puse atrás de todos y pensé que no me habían visto. Fue una reunión bastante fregada, la verdad. El Ministro comenzó con su altanería. Pero los dirigentes, uno tras otro, sin ningún miedo, reclamaron sus salarios y sus sindicatos. Y rechazaron ahí mismo, en sus narices, a los "coordinadores" del gobierno. Había que oírlos! Ese día tenían la dinamita en la lengua. Yo pienso que el coronel-ministro se vio en apreturas.

—Así no nos podemos entender, señores —dijo Vargas Salinas, ya con pica—. Aquí no hay diálogo posible. Ustedes no dejan.

⁷¹ Vargas Salinas era el encargado de los coordinadores nombrados a dedo por el gobierno. En el 67, este coronel jugó un papel decisivo en la liquidación de la guerrilla del Che.

—¡Palabras sacan palabras, señor Ministro! —gritoneó un lamero desde el fondo —. ¡Son ustedes los que nos tienen sin vida!

Total, la reunión acabó a *ch'ascazos*. Y entonces, viene uno y me dice que el Ministro quiere entrevistarse con los responsables de la Pío. Hemos fijado una hora al día siguiente, allá mismo, en el auditorio de la emisora.

Yo llamé a los otros padres de Catavi, para ser más. Y bueno, a esperar al señor Ministro. Llegó con diez escoltas y entró como un león, bien empachado.

- —A usted, padre —y me señalaba—, le hemos visto ayer en la reunión de Catavi.
 - —Sí, sí, por ahí andábamos, con los mineros...
- —Vamos a aclarar algunas cosas —arrancó Vargas Salinas—. Lo primero, que esta emisora es clandestina.
 - —Cómo que clandestina?
- —Clandestina y subversiva —sentenció el coronel—. Y esto no lo vamos a tolerar.

Y se mandó un discurso de media hora, aleccionándonos, sin posibilidad de meter la cuchara. A mí me emputó aquello y me disparé:

—Mire, señor Ministro, no es en una visita de dos días que usted va a conocer la vida del minero. Yo llevo aquí más de diez años, metido en grupos y comunidades de base, y todavía me falta mucho por comprender. Así que, el problema es más complejo de lo que usted está diciendo.

Su asesor, un abogadito chupamedias, tomó la delantera:

- —Usted, padre, ha caído en el mismo saco roto que los trotskistas. Y no hay que hablar más de grupos ni de sindicatos. Para eso están los coordinadores.
- —¿Y se puede saber por qué ustedes prohíben los sindicatos? Ustedes no son quiénes para quitar ese derecho de un plumazo.

Al Coronel le hervía la sangre:

- —Aquí gobernamos nosotros, ¿entiende, padre? ¡Nosotros! Y hacemos las medidas y las leyes que queremos, ¿entiende, padre?
- —No entiendo nada —seguí yo—. Los trabajadores siempre tendrán derecho a organizarse en sindicatos. Eso lo reconoce la misma Iglesia y ustedes no...
 - —¡Basta ya, curas de mierda! —chilló el coronel—. ¡Basta ya, pelotudos!

Se levantó y estrelló la puerta. Nosotros, tiesos. Y el gerente de la Empresa, tratando de disculpar... El caso fue que, aunque tenían que parar en Huanuni para hacer también reuniones allá, las movilidades del Ministro Vargas Salinas se mandaron a jalar derechito a La Paz.

Ya en La Paz, el Ministro empezó a hacer declaraciones a la prensa sobre la prepotencia de los curas, y que esto no se puede permitir y no sé cuántos disparates. El sábado por la noche, me acuerdo, escuchamos las acusaciones. Y digo yo:

—Tenemos que contestar. Decir lo que realmente pasó.

Escribimos, entonces, un comunicado, enviamos copias a La Paz, lo grabamos, y todo el domingo estuvo sonando en la Pío.

DECLARACION DE LOS PADRES OBLATOS DEL CENTRO MINERO DE CATAVI

Ante las declaraciones emitidas por el señor Ministro de Trabajo, Teniente Coronel Mario Vargas Salinas a su llegada a La Paz, difundidas por la prensa oral y escrita del país, nos sentimos obligados a declarar a la opinión pública lo siguiente:

Rechazamos firmemente las acusaciones del señor Ministro en el sentido de que la Radioemisora Pío XII realiza un trabajo de desorientación y de subversión. Su larga historia al servicio de la clase obrera y campesina demuestran todo lo contrario.

Nuestra orientación es de un compromiso real con la clase obrera y campesina, luchando por su total liberación. Esto puede ser interpretado como actitud política. Lo es en un sentido expresado por los Obispos de nuestro país cuando decían: "Los cristianos son y deben ser los inspiradores del proceso de cambio de las estructuras económicas, sociales y políticas". Es bastante claro. No cabe la ausencia de compromiso para el cristiano; no cabe esta especie de neutralidad que no sería más que indiferencia ante los problemas de nuestros hermanos los hombres.

Algunos interpretarán estas palabras como subversivas. Nada más lejos de nuestros pensamientos. Como cristianos somos hombres de paz, pero no de una paz a cualquier precio. La paz que queremos, la paz por la cual luchamos es esta que definía el Papa Juan XXIII: "La paz en la tierra, profunda aspiración de los hombres de todos los tiempos, no se puede establecer ni asegurar si no se guarda íntegramente el orden establecido por Dios. Esta paz está establecida en cuatro fundamentos: la Verdad, la Justicia, la Libertad y el Amor". Por eso, nuestra emisora no sería verdaderamente cristiana, no estaría trabajando por la paz, si no estuviera siempre luchando para que reine en nuestro centro minero, en el campo y en Bolivia toda, la repartición justa de los bienes que produce nuestra Patria, la libertad para todos, libertad de expresión, libertad de asociación, libertad de acción en la responsabilidad compartida de procurar el Bien Común.

Radio Pío XII seguirá trabajando para alcanzar estos objetivos, estas bases para una vida armoniosa en sociedad, estos cimientos de la paz. Lo exige nuestra conciencia de sacerdotes de los que dirigimos Radio Pío XII.

Siglo XX, 11 de enero 1975 Los padres responsables de la Emisora Pío XII erito.

Cuatro emisoras arruinadas

Acabó el domingo. Gustavo⁷² se quedó en la Pío y yo me regresé a Llallagua, que era donde dormía. Estaba solo en la casa. Me acosté. Como a eso de las cuatro y media de la mañana, entre sueños, oigo ruidos. Yo pensaba que algún compañero habría llegado de Oruro y tendría la llave. Nos veremos más tarde, caraspa. ¡No tenía ganas de levantarme a medianoche! Pero los ruidos se hacían más fuertes, como de vidrios rotos. He dicho: "son ladrones". Me levanto de la cama, abro la puerta y ¡puff!, dos ametralladoras en la barriga, dos tipos con pasamontañas. Sólo los ojos se les distinguían. Me empujaron dentro del cuarto. Rápido he visto que había otros por toda

⁷² E1 padre Gustavo Peletier, Oblato, trabajaba en la parroquia de Siglo XX y colaboraba también en la Pío XII.

la casa. Uno comenzó a gritonearme y me dio un codazo bárbaro en el estómago. No sé si fue el golpe que me aflojó los riñones o qué sería. Pero, así, todavía doblado, digo:

- —Tengo que ir al servicio...
- —No se puede.
- —Si no se puede, yo voy.

Y me fui al baño, acompañado por los dos paramilitares. Pero es difícil orinar con dos cañones apuntándole a uno... Bueno, después me meten en el cuarto y comienzan a registrar todo, botar gavetas, sacar la radio, los lentes. Yo intenté protestar y fue entonces que me llovieron los culatazos en la espalda. Tantos, que caí en la cama. Y por sonso, en lugar de quedarme así, me levanto para recibir más. Trompadas, más culatazos... Me hicieron talco. Acabé perdiendo el sentido a puro golpe.

—Te vamos a llevar, cojudo —alcancé a oír.

Y me arrastraron por el pasillo, hacia la calle. Uno de los de fuera gritó:

- —¡Apúrense, no hay tiempo!
- —Me soltaron, me dejaron caer ahí, en el piso. Y desaparecieron. Eran agentes del Ministerio del Interior.

* * * * *

Yo estaba en la casa de la emisora y Roberto se había ido a Llallagua. Estaba durmiendo y escucho pasos. Primero, siento que alguien sube y trata de abrir mi cuarto. ¿Qué serían, las cuatro de la mañana? Después, los pasos se alejaron. Me levanto, bajo calladito y, al pie de la escalera, tres metralletas apuntándome al pecho.

- —De dónde viene usted?
- —Vengo de mi cuarto —le digo.
- —Manos arriba —me dice.
- —Le digo que de arriba vengo.
- —; Que manos arriba, carajo!

(Yo no entendía bien, todavía estaba con un español un poco flojo).

Me levantaron las manos. Me llevaron por el pasillo con las metralletas a la espalda. Atravesé el comedor, la cocina, hasta la sala de grabación.

—Manos a la pared —me dicen.

Yo estaba nervioso y me llevo las manos al bolsillo, buscando los cigarros.

- —Ustedes serán responsables de cuidarme —les digo—, porque yo tengo una enfermedad de corazón bastante avanzada.
 - *—¿Qué le pasa a usted, padre?*
 - —Ahora mismo me siento muy mal...

Y diciendo eso, me dejo caer al piso.

—¡Mierda, aĥora se murió éste!... ¡Tranquilo, pues, padrecito, nada le va a pasar!

Y yo hacía como si no escuchaba nada. Así que, me levantaron, me llevaron a la cocina.

- —Un café, por favor... —supliqué.
- —No hay tiempo para café, padre. Rápido, hay que vestirse y salir.
- —¿A dónde salir?... ¿A dónde quieren llevarme?... ¡Ay, mi corazón!

Ya no me valió el corazón. Tuve que subir a cambiarme el pijama. Iba con dos soldados. Y al entrar en mi cuarto, veo que han revisado los cajones, todo han revuelto mientras me tenían abajo, un despelote.

- —Pero, ¿y qué desorden es éste? ¿Qué se han creído ustedes?
- —Apúrese, padre, no podemos perder tiempo.
- —Yo me siento muy mal.., no puedo más.

Bueno, con toda mi calma me vestí. Y ellos que no se iban.

- —¿Qué pasa? —les digo—. ¿Quieren ver el culo de un cura?
- —Apúrese, padre, por favor.
- —¿Y a dónde vamos? Si no me lo dicen, no sé qué ropa ponerme...

Me pongo una chompa. Y cuando salgo de la casa, dos filas de ametralladoras. Me montan en el camión y derecho a Uncía, al cuartel. Llego allá y sigo con mi canción.

- —Hay un médico aquí? Mi corazón...
- —Acuéstese en ahí, padre... —me dice uno de ellos.
- —¿Y tampoco tienen café aquí? Yo necesito...
- —¡Padre cargoso éste! En emergencia estamos, pues. Estése quieto ya.

Y cuando estoy sentado en el cuartel, veo entrar las cosas de la parroquia de Llallagua: la radioaficionada, un par de grabadoras, el amplificador... bueno, hasta las toallas y frazadas de Roberto se habían birlado. ¿Qué habrá ocurrido?, pensé. ¿Dónde estará Roberto?

* * * * *

No sé cuánto tiempo pasó. Yo tirado ahí, en el pasillo, atontado. Entonces, entran corriendo dos tipos y me levantan.

—Rápido, salga de aquí. Ellos pueden volver.

No sabía quiénes eran. Pero no tenía fuerzas ni para preguntarles. Me sacaron de la casa. Y había un camión frente a la iglesia.

—Apúrate, che, viene movilidad de la policía —le dice el uno al otro.

Abrieron la cabina del camión, me empujaron dentro y saltaron sobre mí. Pasó la movilidad, no vio nada y siguió recto. Me sacaron de la cabina y me encajaron un *ch'ullu* en la cabeza. Y así me llevaron por las calles de Llallagua, oscuras todavía. Ahí empiezo a reaccionar. Yo no conocía a ninguno de los tipos.

- —¿Eh, eh, a dónde me están llevando ustedes?
- —;Shtsst!
- —¿Cómo que shtsst? Yo vuelvo a la iglesia.
- —Con nosotros venga.

Ellos me tironeaban, pero yo me zafé y empecé a desandar la calle. Ellos me siguen y llaman en una casa de familia. A la señora que abrió sí la conocía. Me meten en la casa,

me acuestan y ahí me explican. Resulta que estos dos que me llevaban se habían hecho los chupados en la plaza. Vieron todo lo que pasó y, cuando se fueron los paramilitares, entraron por mí.

- —Tengo que avisarle a Gustavo en la emisora —digo yo—. Vaya uno de ustedes a Siglo y avísenle.
- —No hay caso. A ese padre se lo han llevado, nadie sabe a dónde. Arruinaron la emisora.

Y volví a atontarme.

* * * * *

Y yo, en el cuartel de Uncía.

- —Quiero saber dónde está Roberto.
- —Súbase en el camión, padre.
- —Quiero saber a dónde vamos.
- —A La Paz.

Había 6 movilidades y 16 presos. Yo pensaba para mis adentros: "Si vamos a La Paz, nos fregamos. ¿Cómo vamos a pasar en estos camiones militares por medio de Catavi y Siglo XX? Los mineros pensarán que somos todos milicos y ahí nos achuntan la dinamita". Bueno, salimos de Uncía y enfilamos a Catavi. Yo vi grupos de trabajadores que comenzaban a moverse al saber la cosa. Y los agentes, en las ventanillas, apuntando las ametralladoras. Pero no hubo problemas, pasamos sin novedad.

Ahora, a Siglo. Pero en el campamento no había ninguna reacción todavía, menos mal. Pasamos por abajo, saliendo por la tranca, hacia Oruro. Me volvió la sangre al cuerpo. Hubiera bastado que un minero lanzara un cartucho contra una camioneta de soldados y todos fritos.

Serían como las 5 y media de la mañana. Todo había sido muy rápido. Por lo visto, ellos tenían un tiempo muy limitado para todo el operativo. Por eso, vinieron muchas movilidades de La Paz, para hacer todo rápido, simultáneo, antes que los mineros se anoticiaran. Atacaron los 4 emisoras al mismo tiempo: La Voz del Minero, la 21 de Diciembre de Catavi, Radio Llallagua y la Pío. También, claro, la casa parroquial de Llallagua, donde Roberto. Y lograron hacer todo el desastre en media hora.

Nos llevaron al cuartel de Oruro. Ahí nos vimos las caras todos los presos. Había varios serenos y un borrachito que recién se despertaba con el ch'aki sin saber a dónde iba ni por qué.

—¡A La Paz! —grita el oficial.

En marcha otra vez. ¡Qué día tan largo, Dios! Porque después faltaba gasolina, faltaba qué sé yo, teníamos que esperar a medio camino. Me acuerdo que se paró la caravana y salieron los soldados con sus fusiles. Colocan un blanco junto a la carretera. Ahí se ponen a practicar tiro. ¡Pucha, y nosotros dentro, esperando y desesperando!

Y yo, hecho una noche, angustiado por Roberto.

* * * * *

¿Qué me voy a recordar si estaba vuelto un Cristo? Sé que entraron gentes al cuarto y yo me senté en la cama, di un grito. Otra paliza viene ahora, pensé yo. Pero no. Eran unas señoras que andaban queriendo no sé qué.

A mi casa vienen las que barrían las calles y me dicen:

—¡Al Padre Roberto lo han matado! Ahora están, pues, llevando en carro. Disfrazado están llevando.

Me vestí y corrí con mi sobrina. Pero ya no había en la parroquia nadie. La cocinera Juana, ella nomás estaba. Entonces, salimos a buscarlo y había estado en una casa de catequista, donde la Luncinda Rodríguez. Casi a ocultas entramos a verle. Y había estado mal. Aquí en el estómago le han pegado. Nada recibía en su estómago de él. Empezaba a arrojar. Estaba muy mal. Hablaba, pero no tenía pensamiento. Delirando, pues.

—¡Los militares, los militares, me quitan la ropa! —así decía—. ¡Tapen esa ventana, tapen!

Lo llevaron a casa del otro padre de Catavi. Y los agentes han venido con preguntas de astucia:

- *−¿*Dónde está, pues, el padre Roberto?
- —A la COPOSA han llevado —dijimos nosotras—. A su país han llevado. Muerto ha sido.

Ya no molestaron los agentes. Pero nosotras sabíamos que en Catavi estaba. Allá fuimos a verlo los de la comunidad. Dicen que era gritando. Toditos nos hemos reunido y las señoras han dicho:

- —Está asustado. Grita, grita. Hay que millurar.⁷³ Y nos preparamos las medicinas. Con unas hierbas de millo, como especie de sal, bien duro. Eso preparamos.
 - —Déjenlo tranquilo —nos dijo el otro padre.
 - —Tenemos que millurar —respondimos—. Permita entrar nomás.
 - —Ya está sanando Roberto. Vuelvan a Llallagua.

Y como no nos dejó entrar, de fuera hemos millurado. Las señoras han hecho humear y han soplado en dirección al cuarto.

—; Robertoj, animun kutimuchum! ; Robertoj, animun kutimuchun!

Las que curan han encontrado en la parroquia el gorrito del padre Roberto. En ahí lo metían todo lo que soplaban.

—¡Que se entre el ánimo de Roberto, que se entre!

Y lo han abrigado bien a su gorrito de él, lo han metido en una bolsa y lo han llevado a la parroquia de Llallagua.

⁷³ Curación popular.

—Aquí estamos trayendo al padre Roberto. Aquí se va a dormir.

Y en su cama lo han hecho dormir al gorrito. Así, prontito ha sanado el padre.

* * * * *

Me cuentan que en la Pío no hubo disparos. Pero sí muchos barretazos para llevarse los equipos en un camión que ya esperaba afuera. Destrozaron todo, se llevaron 3 consolas, grabadoras, cintas, dinero. Se llevaron hasta unos lápices y una guitarra que había en la cabina. De la parroquia... bueno, hasta mi reloj de pulsera. Cuando valoramos el robo, la cuenta subía a 250 mil bolivianos. ¡Buena repartija! Porque en el operativo participaron 400 agentes desplazados desde La Paz.

Cuando los mineros, a media mañana, se dieron cuenta de lo ocurrido, bajaron en manifestación a Catavi reventando dinamita y con mucha bulla, algo impresionante. Yo escuchaba desde la cama. Hicieron concentración. Y declararon huelga general indefinida hasta que se repongan las 4 emisoras y se reparen los daños.

Compañeros trabajadores: estamos decidiendo la suerte de nosotros mismos y del pueblo mismo. Ya tenemos una consigna: luchar por rescatar nuestras emisoras, rescatar a nuestros presos y el aumento general de salarios. Compañeros, para mantener la continuidad de la huelga indefinida, es necesario buscar la decisión de todas las secciones del interior de la mina, del exterior, organizar grupos valientes de vigilancia, de choque, para que éstos sean los que defiendan los intereses de la clase obrera. Hablemos claramente: hay que comenzar a sacar las armas que tenemos. ¡Porque tenemos, compañeros! ¡Sabemos quiénes tienen, compañeros! La Comisión Política, la de base, los delegados, tienen que marchar plenamente unidos, no tienen que haber conversaciones separadas. Tenemos que hilvanar todas las decisiones juntos. La moral de este distrito, el más combativo, generalizará la lucha a nivel nacional. No ganaremos tal vez la batalla, pero demostraremos que estamos bien parados como un solo hombre y con los pantalones muy bien apretados para arremeter contra esas medidas contrarrevolucionarias que hace el gobierno de Bánzer. Hay que demostrar en esta oportunidad que estamos completamente unidos para aplastar a aquellos carajos que nos están acechando en el momento actual, para que sepan que Ja clase obrera de Bolivia está completamente fuerte. ¡Muera Bánzer! iViva el Sindicato Minero de Siglo XX! iViva la Federación de Mineros! ¡Viva la Central Obrera Boliviana!

> Discurso en la Asamblea General de Trabajadores de Catavi l3 enero 1975

* * * * *

Esta huelga la apoyaron los cinco Sindicatos más fuertes: el de Siglo y el de Catavi, y también el de lameros, veneristas y locatarios.

Mientras tanto, Gustavo preso, camino a La Paz.

* * * * *

Llegamos al Alto de La Paz y ahí nos topamos con el famoso Vargas Salinas, Ministro de Trabajo, el de los carajazos Eran como las 6 de la tarde.

—¡Llévenlos a Viacha.

Y a Viacha nos llevaron. Me metieron en una celda con otros cuatro, una celda fría y vacía de todo. Nos ofrecieron un té y un poco de comida. Pero yo no quise probarla, porque era de noche y uno no sabía ni lo que se estaba llevando a la boca.

—Si alguno quiere ir al baño, vaya ahora. Luego, se cierra la puerta.

Bueno, pues, a mear con ametralladoras. Y a dormir en el piso. Cuando en eso, como a la medianoche:

—; Padre Gustavo!

Me sacaron de la celda, me subieron a un taxi con dos agentes.

—Quiero saber a dónde me llevan.

Pero ni me miraban. Y allá vamos, hacia La Paz, al Ministerio del Interior. Me entran en una celda, incomunicado, en el tercer piso. Al rato, otra vez fuera, que venga a dar datos.

- —A dónde viaja usted? —me pregunta el tipo de la maquinilla de escribir.
- —A ninguna parte. Yo no sé nada de nada.
- —Le estamos preparando el pasaporte, padre.
- $-\dot{\epsilon}Y$ a dónde me quieren mandar?

De momento, a la celda. Después me enteré que lo tenían todo maquinado para expulsarme al Paraguay. Pero, como esa mañana hizo mal tiempo, el avión no despegó. Eso supe más tarde.

En eso, llama Monseñor Manrique preguntando por mí.

- —Ya ha salido, Monseñor —le responde el Ministro.
- —¿Cómo que ha salido? Según el Concordato, el gobierno no puede expulsar a un cura así sin más. sin hablar antes.
 - —No se preocupe, Monseñor, lo estamos atendiendo bien.
 - —¿Ajá? ¡Entonces, todavía está aquí! —le cortó Monseñor.

Manrique se apersonó enseguida. Me visitó, se interesó por mí Hasta unas medicinas me trajo. Luego vino Monseñor Mestre y también el Nuncio.⁷⁴

- —¿Cómo está usted, padre? —me pregunta el Nuncio.
- —Como ve usted —le digo—. Preso.
- —Hay que hacer las cosas con prudencia, padre, con prudencia —me dice con su tonito italiano—. Nuestra fidelidad a la Iglesia nos impide...
- —Si estoy preso es por ser fiel a la Iglesia —le corté—. Pero a la verdadera, la de los pobres, no a la de ustedes. Los de la prudencia nunca caen presos, ¿verdad? ¡Cristo no tuvo tanta prudencia como ustedes!

⁷⁴ Monseñor Guiseppe Laigueglia.

- —Ya comprendo padre, usted está un poco cansado, nervioso. Otro día podemos conversar más ampliamente sobre estos temas.
- —Sí, claro, para hablar siempre tienen tiempo ustedes. Pero, ¿dónde olvidaron la acción, la lucha?
 - —Sepa que Su Santidad el Papa lucha por todo esto.
- —¿Está preso también? ¡Cuando en vez de aplaudirlo lo metan en la cana,⁷⁵ entonces creeré en sus discursos!
 - —Hasta otro momento, padre. Y descanse, descanse...

Yo estaba furioso. Sentía que el Nuncio, con toda su diplomacia, desaprobaba lo que había hecho. Pero, en realidad, ¿qué había hecho yo? Me sacan de la cama a punta de metralleta, me encierran, me quieren botar del país, ¡y encima aguantar la huevada de la prudencia!

Cuatro días estuve preso. Luego me sacaron. Volví a casa, volví a las minas. Creo que fue desde aquel 13 de enero que yo empecé a cambiar. Los mineros, y los enemigos de los mineros, sin quererlo, me convirtieron al Evangelio.

La Pío no es minera

Al declarar la huelga general indefinida, comenzaron a llegar las comisiones oficiales del gobierno. La primera comisión fue de los de COMIBOL. Pero los dirigentes les pararon el coche:

—Nada que hablar. No entraremos a la mina hasta que se firme un acuerdo y nos devuelvan las emisoras. Todas las emisoras. También la Pío.

Los tipos, emplumados, volvieron a La Paz. Allá se inventaron que los mineros casi los toman de rehenes.

Viene la segunda comisión. Y esta vez no querían hablar con los dirigentes, sino con la base.

—La base está sana —decían—. Pero con esos cabezas duras no se puede hablar.

Bueno, hicieron la asamblea en el cine de Catavi. Y se llenó de trabajadores. Pero ahí se asustaron más, porque la base era más radical que los dirigentes.

—¡Que nunca! —decían los mineros—. Aquí nadie entra a trabajar. Y no vamos a hablar con nadie, si no se arreglan las radios ya. ¿Ustedes cometen la fechoría y todavía hay que venir a conversar con ustedes? ¿Qué sonseridad es ésta?

Los basurearon. Entonces, han querido volver a hablar con los dirigentes. Pero ya, nada. Y la huelga, adelante. 12 días, 14, 16... Ganaron los mineros porque, al fin, vino una tercera comisión con el Coronel Villalpando al frente. Muy envalentonado él, claro. Pero tuvo que firmar un acuerdo entre el gobierno y los mineros. El gobierno se comprometía a devolver las emisoras en la misma forma en que estaban antes del 13 de enero. Y ellos se comprometían a entrar al trabajo.

⁷⁵ Calabozo.

Ahora, que el gobierno jugó sucio en esta comisión: quiso dividir a la Pío del resto de las emisoras.

—En cuanto a la Pío XII —dijo el coronel—, los obispos tienen ya muy adelantadas las conversaciones para obtener la licencia. Es decir, ustedes no tienen que meterse en ese asunto.

Y los dirigentes pisaron el palito. No pusieron a la Pío en el documento. Y lo cierto es que los obispos no habían movido el meñique por nuestra reapertura. El caso es que los dirigentes hacen una asamblea grande en la Plaza para explicar el convenio. La gente se da cuenta entonces de que no estábamos incluidos.

- —¡La Pío! ¡La Pío! —gritaba la masa.
- —Ya eso está arreglado, compañeros —dijeron los dirigentes—. De los obispos depende y ellos ya están haciendo los trámites.

Así quiso el gobierno dividirnos de la clase trabajadora. Y lo logró esa vez. Porque salieron las demás emisoras y nosotros seguíamos estancados. Comenzamos, por nuestra parte, las diligencias interminables. Entrevista por aquí, solicitud por allá, burocracia por todos lados.

En febrero, con nuestro obispo y el de Cochabamba, y con el provincial de los Oblatos, vamos al Ministerio del Interior. Y nos vemos con Pereda Asbún. Creo que fue de 6 horas la conversación. La discusión, mejor dicho.

- —Sépalo de una vez por todas, padre. Esa emisora no funcionará nunca más en Siglo XX. Si quieren, lIévenla a otra parte, a Potosí, al Beni o al mismísimo infierno. Pero yo, como Ministro, no permitiré jamás esa emisora en Siglo XX.
 - —¿Y se puede saber por qué, señor Ministro?
- —Porque esa emisora es una fuente permanente de conflictos con la Iglesia. Y el gobierno no quiere estos conflictos.
- —Si entiendo bien, señor Ministro —le dije yo—, usted le tiene miedo a la Iglesia.
- —Ni a la Iglesia ni a nadie, carajo —gritó él, golpeando el escritorio—. Pero esa emisora no va más en Siglo XX. Y ustedes deberían revisar su papel como sacerdotes y no andar metiéndose en lo que no les importa.
- —¿Usted nos va a dar la cátedra sobre lo que debe ser un sacerdote, señor Ministro?
- —Mire, padre, usted sabe mejor que yo el desvío de los curas en este país. Política nomás hacen. Y la misión de ustedes es rezar por la gente. Pero como ya no lo hacen, nos tocará a nosotros rezar por ustedes.
 - —No se molesten. Gracias.

Fueron dos las reuniones con Pereda Asbún. Y al final, estábamos en el mismo punto muerto. Ya en abril, salieron al éter la Voz del Minero y la 21 de Diciembre de Catavi. Y nosotros mudos. Los sindicatos se dieron cuenta de la trampa que nos había tendido el gobierno y en que ellos mismos habían caído. Y comenzaron a moverse. Yo pienso que lo que más ayudó, como siempre, fue la presión de los trabajadores. Hicimos una Campaña de Solidaridad con la Pío en el mes de septiembre. Y en pocos días recogimos 10,000 firmas apoyando la reapertura. Era una exageración de papeles los que mandamos al Ministerio y a la prensa.

Por fin, el 29 de septiembre Bánzer firmó la licencia. La condición era "operar en sentido estrictamente cultural, prohibiéndose su uso con carácter político". En cuanto a los destrozos, el gobierno pagó una parte que no alcanzaba ni para los discos rotos. Tuvimos que pedir financiación de fuera y comprar equipos nuevos. Pero lo importante fue que salimos al aire. En octubre, ya estábamos nuevamente "al servicio de las mayorías nacionales", como dice nuestra cuña de identificación.

* * * * *

¡Qué poco nos duró la alegría! Apenas teníamos 6 meses trasmitiendo, cuando llegó el primero de mayo. Estamos en el 76. Bueno, los trabajadores tienen el Congreso Minero en Corocoro. Exigen aumento de sueldos, libertades sindicales, garantías para sus dirigentes. Y si no, huelga indefinida.

El 9 de junio de ese año, la historia volvía a repetirse. El ejército cercó las minas. Bajaron de los cerros tantos y con tanta furia que parecían estar invadiendo un país enemigo. Silenciaron las emisoras y comenzó la represión. Algunos dirigentes pudieron escapar a la mina y desde allí declararon la huelga. A otros, les echaron mano y los botaron a Chile. De nuevo, la pesadilla: campamentos allanados, los soldados apaleando a la gente en plena calle, hasta a los niños golpeaban, torturas, crímenes... Fue brutal la violencia aquella vez.

La Voz del Minero y las otras emisoras quedaron funcionando, pero con milicos en los micrófonos. Y hablaban, mentían diciendo que ya todos los trabajadores estaban volviendo contentos a su trabajo...

Cuando llegó el Comando Vargas para intervenir la Pío, la emisora estaba rodeada por mineros y señoras, defendiendo. Discutieron fuerte con los militares y no les dejaron entrar a la radio. Después de muchas palabras, el coronel mandó a clausurar. Orden estricta de no salir al éter. Por chirolazo no la tomaron los militares aquella vez.

De nuevo, el silencio. De nuevo también, las idas y venidas interminables pidiendo la reapertura. Y cancelar a todo el personal, los locutores, porque no había trabajo.

Así se nos fue un mes y otro, hasta llegar a diciembre. A principios de ese mes, fuimos a La Paz. Increíblemente, nos había llegado un aviso de la Dirección de Comunicaciones: si no queríamos salir al aire, perderíamos la licencia.

- —¿Cómo van a decir eso si saben que son los militares los que nos han clausurado? Entiéndanse ustedes primero y luego nos dicen una cosa clara.
- —Estudiaremos el asunto, padre —me dice el de la dirección—. Y le mandaremos un telegrama. Pero, cabalmente, si no trabajan, pierden la licencia. El que tiene tienda, que la atienda.

Vuelvo a Siglo XX. Y justito recibo un telegrama diciendo que no hay impedimento alguno para que Pío XII salga al aire. Voy entonces donde el coronel y se lo muestro.

—Eso no sirve de nada —dice él—. Esto es zona militar. La Dirección de Comunicaciones no tiene ninguna autoridad aquí.

—Entonces, ¿qué rayos hacemos? Si salimos nos cierran y si no salimos también.

—Hagamos una cosa, padre —me dice el coronel—. Como estamos antesitos de Navidad, ustedes pueden probar sus equipos tocando villancicos. Villancicos religiosos, ¿me entiende? No quiero joda. Mientras tanto, yo voy a comunicarme con mis superiores. Ya le avisaré la decisión del Alto Mando Militar.

Y hasta el día de hoy. Nunca más recibimos contestación. Me acuerdo del 22 de diciembre, cuando ya teníamos preparados los famosos villancicos para abrir emisiones. Anunciamos con volantes por las calles del campamento que salíamos otra vez. Y cuando sonó la Marcha sobre el Río Kwai, la gente pasándose la voz por la Linares:

—¡La Pío ha salido! ¡La Pío ha salido!

La verdad, resulta extraño que la Pío tenga como identificación musical una marcha gringa, la del Puente del Río Kwai. Viene desde la fundación, claro. Y entonces silbaban otros aires. Pero una vez nosotros queríamos cambiar el dichoso tema musical. Ya teníamos unas zampoñas bolivianas. Vinieron unos dirigentes sindicales y nos advirtieron:

—De ninguna manera. No cambien. Esa musiquita es ya parte de la historia de este pueblo.

Y es cierto. Todavía me acuerdo, en una de las épocas más represivas de Bánzer, que el Regimiento de Uncía vino a tocar en la plaza de Llallagua para congraciarse con la gente. La Pío, cuando eso, estaba clausurada. Llega la Banda y empieza a tocar. La gente, tranquila, oyendo. Dentro del repertorio que traían, tocan el Río Kwai. Y la gente a amontonarse, más y más.

—; Bravo, bravo! —aplauden, gritan, piden un bis.

Los latap'ucus⁷⁶, que no se dan cuenta de lo que está pasando, repiten la marcha. Y más aplausos. Por mitad de la segunda, un milico se desayuna y hace suspender. Y el público, a protestar. Desde entonces, yo pienso que hasta la música del enemigo puede servir para combatirlo.

¿Cómo romper el silencio?

Estábamos en el aire. Pero la vigilancia sobre la Pío XII era completa. Sabíamos que en el Comando Militar nos dedicaban una grabadora sólo a nosotros, militares chequeando todo lo que decíamos desde la mañanita hasta el cierre por la noche. ¡Y no decíamos nada! También nos pusieron dos "serenos" gratis, dos agentes vigilando a toda hora quién entraba y quién salía de la emisora.

Pero no nos podíamos quejar. Las demás radios mineras estaban peor. Intervenidas, con locutores uniformados pasando comunicados oficialistas. Aunque con villancicos, sólo nosotros quedábamos en pie. Y los Oblatos se pusieron bien los pantalones esa vez:

⁷⁶ Músicos sopladores de instrumentos de viento.

—Preferimos seguir con música, pero militares-locutores nunca. Si es así, mejor cerrar la emisora.

Esto captó mucha simpatía entre los mineros. A cada rato venían notas de apoyo que, por supuesto, no podíamos difundir. Pero los trabajadores se pasaron una consigna: ¡a escuchar la Pío todos! Y se cumplía la cosa. Teníamos en aquellos tiempos una audiencia exagerada.

Los militares se dedicaron a hacer libretitos fomentando el nacionalismo, el patrioterismo, todo eso. Eran programitas que hablaban sobre la Guerra del Chaco, sobre la Guerra del Pacífico, mostrando la gran heroicidad de las Fuerzas Armadas. Los lanzaban por las demás emisoras mineras intervenidas. Y nos los mandaban a la Pío con orden de pasarlos. Pero nunca los pasamos. Los guardábamos sin más cuento y el reverso de los papeles nos servía para borrador. Es que eran los mismos mineros los que nos exigían:

—Quédense así, con musiquita, pero sin nada de los milicos. Ya nosotros corrimos la voz de que sólo a la Pío hay que escuchar.

Y a pura música nos mantuvimos el mes de enero. El control era total. Pero yo creo que fue eso mismo lo que nos puso a funcionar el seso, lo que nos aguijoneó la imaginación. La gente se conformaba con wayños y musiquitas, pero querían noticias. ¿Cómo le hacemos? Era cosa de caminar sobre un filo de navaja. Y nos echamos a andar.

Lo primero, fueron los programas de La Voz de Alemania, "El mundo al instante" que se llamaba. Llegaban en cintas y no era más que propaganda alemana. Traían comentarios sobre el folklore bávaro, sobre las olimpíadas, unas sonseritas así. Pero eran noticias. Se oían voces con informaciones. Bueno, comenzamos a colocar una cinta hoy y otra mañana, así nomás, al divino botón... Tanteando, pues. Varias semanas estuvimos así, vizcacheando a los militares a ver sí prohibían. Pero no. Nada pasó.

Al cabo de un mes, ya los alemancitos resultaban aburridores. Empezamos a cranear unos "jingles" inofensivos, como cuñitas de 30 segundos. Por ejemplo, una señora que va a la pulpería a comprar y no tiene platita.

- —Qué te pasa? ¿Es que tu marido no trabaja?
- —No, pues, mamita. Fuera ha estado. Fuera hubo de salir.

En el exilio estaba, desterrado. Pero no lo decíamos tan de frente. Y la gente ensartaba el hilito, sí.

Nos fuimos animando y pensamos unos pequeños dramitas en quechua y aymara. Los sacábamos de cuentos populares. Los cuentos del *atoj Antonio*⁷⁷, que sabe ser un abusivo con las gallinitas, se aprovecha de los corderitos, los engaña. Empezamos a dramatizar esto en cortos de 3 minutos. Y decíamos: "Hermano campesino, ¿quién será el zorrito, a quién se te parece? Y si las ovejitas se unieran, ¿qué pasaría?". El asunto iba bien. Pero, entonces, algunos buzos que sabían quechua informaron a los militares.

—Epa, párenla ya —nos dijeron—. Ya empezaron a hacer macanas. Alto ahí nomás. Otra vez y clausuramos.

_

⁷⁷ Zorro Antonio.

Marcha atrás. Vuelta a la musiquita y aquí no ha pasado nada. Dejamos correr un tiempo, unas semanas. Nos reunimos.

- —Hay que inventar algo. La gente quiere noticias —dice uno.
- —Pues hagamos un noticiero tonto de 5 minutos —dice el otro.
- —Mejor volvamos con los "jingles" —apunta un tercero.
- —¿Y qué les parece un programa mezclado —digo yo—, metiendo música, las benditas cintas de Alemania, un poco de deporte, y bueno, en medio de la ensalada, le colamos una noticia, sólo una? ¿Nos jugamos a ver qué pasa?

Listo, allá vamos. Y pensamos algún nombre para bautizar el programa, un nombrecito despistador. Después de varias rondas nos quedamos con el de "Prisma Radial". Nos gustó a todos.

Ernesto⁷⁸ escribió los primeros libretos de Prisma Radial. Comenzaba con un diálogo de chacota entre los dos locutores, que si el frío, que si el calor, que si tu prima y la mía... Al rato, un ñato le decía al otro:

—Oye, ¿no sabes que acaba de llegar nuestro reportero de Alemania? Y nos viene a contar del último partido de fútbol celebrado en Munich. Pero mejor lo dejamos a él para que nos cuente.

Y ahí le enganchábamos un trozo del disco de Alemania. Y al supuesto "reportero" le inventamos un nombrecito raro: "Henri", bien extranjero. Y un locutor decía entonces:

—Por favor, Henri, ¿qué es lo que están cantando por allá, por esos países? ¿Cuál es la última "noticia" musical?

Y le pegábamos una canción de fuera, cualquier cosa. Luego, uno decía así, como chiripeando:

—¡Pucha, Henri, y qué será este papelito que ha venido dentro del sobre del disco? ¿ Qué será esta cosita? Oye, tú, ¿por qué no lees?

Y aflojábamos la noticia:

- —Esta mañana los trabajadores mineros de la sección Azul se reunieron y, entre otras cosas, decidieron pedir a las autoridades que se reconozcan a los verdaderos dirigentes sindicales. Ellos no aceptan a los coordinadores.
- —Pero, ¿tú eres loco? —decía el otro locutor—. ¿Acaso has comprobado esa noticia? Mirá, es peligroso dar una cosa así si no se ha verificado.
 - —Yo no tengo la culpa, hermano. Aquí está el sobre. Andá a verificarlo tú, pues.
 - —Calla, pues. Ya me enojaste.
 - —Y tú también a mí. ¿ Y sabes por qué? Porque tú fumas mucho.
 - —Y eso, ¿qué? —replicaba el otro.
 - —Que a ti no te gusta mi noticia y a mí no me gusta lo que tú fumas.
 - —Pues no te metas en mi vida, y tranquilo.
- —¡Mírate tú cómo andas pero! Siempre rotoso, ni un zapato bueno para ponerte. Venga, vamos a echar numeritos. ¿Cuántas cajetillas te fumas al día?
 - —Dos
 - *—¿Y a cuánto te cuesta el cigarrito?*
 - —A 25 la cajetilla.
 - —¿Te das cuenta, pitagórico? ¡50 bolivianos cada día! Y dime más, ¿qué

⁷⁸ Ernesto Miranda, Jefe de Programación de la Pío XII.

tiempo hace que fumas?

- —¡Uhhh! Yo vengo fumando como unos 15 años atrás.
- —¡Que la Asunta te perdone! Tú has botado cualquier cantidad de plata con los puchos, 50 por día son como unos 20.000 pesos al año. Y por 15 años, como medio millón... ¿Te das cuenta, hermanito? ¡Una casa hubieras podido comprar!
- —Tienes razón, hermanito. Soy un mameluco, un maljuicio. Pero, dime una cosa... ¿Y tú?... ¿No fumas tú?
 - —; Chuta! Ni fumo ni bebo. Yo nunca me he viciado.
- —¡Qué curioso, compañero! Porque si tú no fumas ni bebes, ¿dónde está tu casa?

Y los oyentes se reían. Y entendían el mensaje oculto, la picardía. Así se estrenó Prisma Radial.

Pasaron unas semanas. La gente, bajo cuerda, empezó a hacernos llegar algunas noticias en sobrecitos. Y nosotros empezamos a sacar dos noticias por día. Y luego, tres. Pero siempre ensopado con las vainas alemanas.

Entonces, nos surgió otra idea. Uno de nosotros tenía bastante gente en La Paz, periodistas amigos.

- —¿Por qué no te haces corresponsal de alguna de las emisoras? ¿De la Cruz del Sur, de Panamericana? Nosotros entrarnos en cadena con esa emisora, Le largamos noticias desde aquí. Pero no lo decirnos nosotros, sino de La Paz viene.
 - —Listo. Mañana me voy a La Paz.

Y el compañero fue a la Panamericana.

—¿Ustedes no necesitan un corresponsal en las minas? —le dice al jefe de prensa, que era flor de tipo—. Pues aquí estoy yo. Trabajo gratis. Y en retribución, nos autorizan a entrar en cadena con ustedes.

Macanuda idea. Se hizo corresponsal el compañero y empezó a lanzar informaciones de asuntos mineros desde Llallagua. Y Panamericana nos las devolvía en voces de sus locutores, a través de su informativo.

Lógico, los militares ladraron enseguida.

- —Qué pasa con ustedes?
- —Nosotros no hemos dicho nada. Ha dicho Panamericana. Vayan a reclamar allá. Vayan a censurar allá. (Panamericana era oficialista, pero había un compañero bueno al frente del noticiero. Por eso mismo lo botaron después).
- —¿Ustedes quieren noticias? —decían los milicos—. Ahí tienen La Voz del Minero, la de Catavi.
- —No frieguen. Esos locutores que tienen ustedes no saben hablar. (Las demás emisoras mineras seguían intervenidas, con militares detrás de los micrófonos). Nosotros somos emisora de prestigio. Mejor encadenamos con Panamericana. Ahí sí hay capos.

Después de esa prueba de fuerza, nos desafiamos:

—Antes del noticiero de la Panamericana, vamos a achuntarles unos minutos nuestros. A la una menos cinco.

Era un ratito de avisos sociales, todo inocente. A veces, filtrábamos cositas como ésta: "Se avisa a los trabajadores de la sección Ánimas que deben reunirse para hablar de la próxima competencia deportiva". Los mineros entendían.

De 5 minutos, ensanchamos a 10. Y también en Prisma Radial empezamos con algunos comentarios disfrazados. Ah, y también tomamos los radioteatros del Padre Vicente, que nos mandaba SERPAL⁷⁹, que tienen su pimienta.

- —¿Qué está pasando con ese cura Vicente? —nos brincaban los militares—. Eso no se puede.
- —Protesten entonces a los obispos, que lo han aceptado. No somos, pues, nosotros.

Y se fue rompiendo el silencio. Comenzamos a llamar a los mismos mineros a hablar, a participar en los programas. Y bueno, para ir con una de cal y otra de arena, también les dábamos chance a los coordinadores amarillos. Pero, como a los 2 meses, los trabajadores nos prohibieron esto.

—Compañeros, esos coordinadores representan al gobierno, no a nosotros. Por lo tanto, desautorizamos que hablen en nombre nuestro.

Y no les dimos más bola a los coordinadores. Hablaron sólo los verdaderos dirigentes. Ya había brecha. Ya comenzamos a largarnos con programas sobre los derechos humanos, con sociodramas más fuertes. Como había allanamientos de domicilios, sin miedo los denunciábamos. Nos sentíamos más apoyados por los trabajadores.

A la altura de junio del 77, ya nuestra programación era caliente. Los locutores-militares nos atacaban desde La Voz del Minero. Pero era demasiado tarde para detenernos. ¡Los cambalaches de la vida! Me acuerdo de los ataques de Marañón Padilla desde la Minero, imperialistas, vendidos al gobierno. Ahora, desde la misma emisora, nos tijereteaban los militares, agitadores, vendidos al comunismo.

Tampoco era fácil el juego. Algunos de nosotros no podíamos salir del edificio de la emisora. Aquí dentro comíamos, aquí dentro dormíamos. Como en los tiempos de Lino, pero al revés. Y como teníamos todo el tiempo, porque nomás cacho jugábamos, pues el día entero ideando programas, produciendo. Y cada mañana, al ajetreo de inventariar a nuestra gente: ¿llegó fulano?, ¿llegó este otro?... ¿Todos completos? A trabajar, pues. Y cada noche, también, las amenazas: "hoy les van a intervenir". Reunión entonces con el personal:

- —Dicen que vienen hoy. Ustedes son libres de irse o quedarse, hagan lo que quieran.
 - —Nos quedamos.

Y así, resistimos hasta diciembre, cuando la huelga de las mujeres.

⁷⁹ Servicio Radiofónico para América Latina.

Cuatro señoras contra Bánzer

Diciembre del 77. Dirigentes en la cárcel, paramilitares en la calle. El gobierno de Bánzer había perdido todo el pudor. El pueblo también había agotado toda su reserva de paciencia. ¿Qué hacer? Fue entonces que aquellas 4 mujeres, de la talla de Bartolina Sisa, deciden la famosa huelga de hambre.

Pero eso, mejor que lo cuente Gustavo.

* * * * *

Yo participé bastante cerca en esta huelga. Aquella noche, en el salón de la Pío, se decidió.

- —¿Quiénes la van a comenzar? —pregunto yo.
- -Nosotras.

Ahí estaban las señoras, Nelly, Aurora, la esposa de José Pimentel y la de Flores. Fuimos a La Paz. Yo les acompañé a las 4 con sus 14 wawas. Y por la tarde, hemos discutido con los universitarios. Nadie quería huelga de hambre.

- —Es fin de diciembre, navidades... No va a dar resultado —dicen ellos—. Es el último cartucho y ustedes lo queman el primero.
 - —Depende de las señoras —digo yo. Y las llamo para consulta.
- —Nunca. Ahora mismo en huelga entramos. Los universitarios, que me han visto hablar con las señoras, han pensado que yo las estaba empujando.
 - *—¿Y usted va a entrar en huelga también?*
 - —Soy extranjero y no conviene.
 - *—¿*Y dónde van a hacer la huelga?
 - —Ya se enterarán.

Vamos a la casa de los Oblatos. Y quedamos en juntarnos todos en la Sucre con Sanjinés. Yo salí con todos los changos. Y también con Domitila.⁸⁰ La Domitila y yo somos buenos amigos. Lo que ella cuenta en su libro, yo se lo oí relatar de propia boca. Fue acá, en este comedor de la Pío, donde Moema le grabó.

Nos unimos todos, las 4 señoras y sus hijos, en esa esquina. Y ellas partieron a su heroísmo. Era impresionante ver a aquellos chiquitos, de la mano de sus mamás, con sus bultitos, con sus aguayus⁸¹, que iban a la huelga de hambre. Y se colaron en el Arzobispado, en el segundo piso. Ahí se quedaron. Así comenzó la huelga.

Al día siguiente, nos avisaron que los niños no podían estar. Hubo que sacarlos fuera, cuidarlos aparte. Y sus puestos los ocuparon Luis Espinal, Javier Albó, Pastor Montero, Domitila... Pero este segundo grupo se plantó en el periódico Presencia. La chispa se regaba por el país. Surgían candidatos al ayuno voluntario por todos lados.

⁸⁰ Domitila de Chungara, dirigente del Comité de Amas de Casa de Siglo XX y conocida por su libro Si me permiten hablar.

⁸¹ Lienzo tejido a mano con hilos de lana de distintos colores. A la espalda sirve para cargar objetos o criaturas.

Como 1,500 huelguistas se echaron a morir en Bolivia, todos pendientes de las 4 señoras, que eran quienes decidían la duración. Y ver pasar un día y su noche, y otro, y otro... Y la victoria tan lejana, tan difícil. Como David contra Goliat. Las muieres, ya desfallecidas, con sueros, con médicos. Pero una voluntad tan dura como las rocas de los socavones. ¡23 días de huelga!... Se dice pronto.

Luego, aquella noche del 17 de enero, inolvidable. No podíamos creer cuando oímos la resolución del Presidente: amnistía general, los dirigentes libres, las emisoras devueltas al sindicato, el ejército saliendo de las minas... No podíamos creer. Abrazos, llantos de alegría, risas de más alegría...; Lo habíamos logrado!

Al día siguiente, en el San Calixto, hemos tenido una celebración de acción de gracias. Estaba Lucho Espinal. Fue la última vez que lo vi.

* * * * *

Cuando se supo la huelga, nosotros, en la Pío, dándole duro. Noticias, comunicados de solidaridad, todo eso. Los militares ya se cansaron. Y decidieron intervenirnos a como diera lugar. Ellos decían que el centro de informaciones sobre la huelga, a nivel nacional, era Pío XII. A mí, personalmente, me entró el miedo, el miedo con M grande. Sí, había apoyo moral de los trabajadores. Pero con ese apoyo igual te matan. Y yo, al timón de la emisora, sabiendo que de las decisiones que tomara dependían muchas vidas, no sólo la mía. ¿Qué hacer? Fueron días angustiosos. Me invadió el desaliento. Somos unos locos, me dije. Nos van a liquidar, porque ellos saben lo que hacemos. Saben que algunos no salimos a la calle y que estamos manejando todo esto. ¿Qué hacer? Tampoco quería llamar a los compañeros para desanimarlos. Son esos momentos en que uno aprende a fumar dos puchos a la vez. Uno aprende a no dormir. Porque un perro ladra y uno imagina que los militares ya vienen entrando.

El 16 de enero, bien temprano, llegan tres emisarios.

- —Hermano, se han reunido en La Cabaña varios peces gordos. Vienen a intervenirles. Ya están de camino.
 - —¿Es seguro? —pregunté por preguntar.
- —Como que vengo de allá, de Catavi. Si se hacen agarrar aquí, no la cuentan. Mala cosa sentir al enemigo en los talones. Salí a toda prisa para convocar al personal y tomar una decisión de emergencia. "Los equipos se pueden reponer, las vidas no. Abandonemos". Eso les iba a decir. Y cuando estoy reuniendo a los compañeros, alguien que entra jadeando, buscándome.
 - —Mirá, llenito el camino... Los mineros subiendo, de la mina salieron.
 - —¿Qué les pasa?
 - —No sé, pero todos subiendo a la Pío. Llegan los mineros, me buscan.
- —La cosa está jodida, compañero —me dicen—. Nos anoticiamos que los militares vienen. Ya están viniendo. Nosotros acabamos una reunión en interior mina. Desconocimos a los coordinadores oficialistas y hemos nombrado a estos dos compañeros para representarnos. Hemos decidido que la Pío XII siga trabajando. Y a partir de este momento, un piquete de nosotros va a hacer vigilancia permanente alrededor de la emisora.

Ellos decidieron por mí. La emisora era de ellos, y ellos determinaron si debía seguir o no. Ellos le dieron también la respuesta a mi angustia. Como wawa me eché a llorar delante de aquellos hombres que venían, todavía sucios de copagira⁸², a defender nuestra emisora. Su emisora.

- —Si ustedes responden así —acerté a decir—, nos la jugamos hasta el final.
- —Otra cosa —dijo el delegado—, queremos que en este mismo momento abran la Pío. (Eran ya las 9. A esa hora, nosotros cerramos un rato para descansar los equipos que se recalientan). Tenemos entendido que ya está el ejército por el Cruce, preparándose. Queremos hablarles a los militares, que sepan a qué se atienen.
 - —Pues se encienden los equipos. Ustedes mandan.

Y los mineros entraron en cabina, se pusieron frente a los micrófonos, y se largaron con todo.

* * * * *

iCompañeros! Sabemos que los militares ya están de camino hacia acá para intervenir. A ustedes, señores militares, a ustedes, señores informadores de los militares, que en estos momentos nos están escuchando, queremos prevenirles. Nosotros representamos a los trabajadores porque hemos hecho asamblea general en interior mina. Nosotros, oigan bien, nosotros y no los padres ni nadie hemos ordenado que la Pío XII siga transmitiendo. Y se las van a tener que ver con nosotros si vienen a joder. Sepan que desde este momento estamos haciendo custodia permanente, las 24 horas del día, para defender la Pío XII. Así que, si ustedes vienen a intervenir, lo harán matándonos a nosotros primero. Y si matan, huelga general indefinida. Y si tocan a uno, si apresan a uno de la Pío, sea reportero o quien sea, huelga general indefinida.

Y dale nomás. Los mineros comienzan a pronunciarse a favor de la huelga de hambre de las mujeres. Ahí mismo declaran un paro de 24 horas en apoyo a ellas y vigilancia permanente del distrito.

Bueno —pensé yo—, que venga ya todo el regimiento, si quiere. Si me matan, hasta contento muero.

No había que pavonear tampoco, porque andaban agentes por todos lados, y en cualquier momento te podían meter bala. Nosotros no salimos para nada de la emisora.

El 17, los mineros habían ordenado seguir transmitiendo toda la noche para avisar a la gente en caso de intervención. Eran como las 10 y media. En Radio La Cruz del Sur había un programa llamado "Facetas".

Nosotros siempre chequeando esta emisora para saber qué pasaba en La Paz. En eso, nos llaman de La Cruz del Sur, pidiendo un dúplex urgente. Les damos entrada. Y nos leen la resolución desde el Palacio de Gobierno, que la huelga de hambre ha triunfado.

 $^{82\ \}mathrm{Agua}$ mineralizada proveniente de los relaves.

¡Pucha qué alegría! Nos pellizcábamos, no podíamos creer. ¡Y los trabajadores viniendo a la emisora, los abrazos, hemos ganado, vamos a vaciar a los milicos de La Voz del Minero, de la 21, vamos a *ch'allar*, hermano!

Al día siguiente, recién vi la luz del día en las calles de Llallagua. Me parecía un sueño, llevaba semanas enteras cerrado en la Pío. Y venía un minero:

—¡Hermanito, la ganamos! ¡Venga una cerveza!

El otro lo mismo, otra cerveza. Y las risas, la alegría de la vencida. Más cerveza. Bueno, al otro día no sé en qué casa amanecí.

LA EXPERIENCIA DEL HAMBRE

Lo más doloroso en la huelga de hambre son los primeros días. Luego parece que el organismo se acomoda a la situación. Al principio se siente el hambre, con su acompañamiento de retortijones y acidez gástrica. Hacia el tercer día, era muy intenso el dolor de cabeza. Luego, poco a poco, el aparato digestivo se va paralizando hasta llegar a una inactividad total, como si no existiese. A partir de entonces sólo va en aumento la debilidad: una debilidad que se convierte en somnolencia y cansancio.

Caí en la cuenta de que nunca había tenido la experiencia del hambre. Esta experiencia el pueblo la sufre con frecuencia; nosotros la hemos sufrido como en un laboratorio. El hambre se nos ha convertido en un medio de comunicación; es una manera de comprender mejor al pueblo que hambrea siempre, y no solamente en una circunstancia excepcional. El hambre es una experiencia violenta, que nos hace comprender la valentía y la ira del pueblo. Cuando se tiene hambre se comprende mejor la urgencia de trabajar para que haya justicia en el mundo. Los pobres hambrean todo el año; pero ellos no están en vitrina (como estábamos nosotros) y su hambre es tan crónica que ya ha dejado de ser noticia. Este pensamiento me hacía sentir un hambriento muy especial, muy alharaco, muy burgués. La huelga de hambre como toda praxis radical, ha ayudado también a radicalizamos y a aclarar nuestras actitudes ideológicas. Ante el hambre ya no vale la simple palabrería aprendida en los libros. La huelga de hambre nos ha radicalizado a nosotros y ha radicalizado a la gente que ha estado en contacto con nosotros. Es el mejor cursillo politizador al que hemos asistido jamás. Este cursillo intensivo de politización era ayudado por la misma variedad humana y política de los participantes del grupo de huelga; así se han entablado provechosos diálogos entre diversos partidos, y se ha profundizado en un necesario diálogo cristiano-marxista.

> P. Luis Espinal Comentarios sobre la huelga de hambre, enero 1979

¡Dispara aquí, carajo!

Empezó la vida normal. Ya nos resultaba raro eso de vivir sin sobresalto. Nos metimos en alfabetización, a reorganizar el trabajo con grupos, a mejorar el noticiero, los programas educativos...

Poco duró el respiro. En ese mismo año 78, la noche del 20 de julio, empezó el golpe de Pereda. Y la caída de Bánzer. En la Pío ya estábamos avisados y nos quedamos trabajando hasta tarde. Suspendimos emisiones como a las 11 de la noche. ¿A qué acostarse? Todos aquí en la emisora, esperando y jugando cacho. Y apenándonos también.

Eran como las 4 de la madrugada. Yo salí de la radio a esquinear, por si había militares rondando. Pero nada. A las 5 de la mañana, la Pío abrió sus programas, como de costumbre, con todo el personal que se había quedado dentro. Justo a las 6 y 20 salieron al aire unos golpes, golpes fuertes. El locutor Marcial Mansilla, agitado, dice por el micro:

—¡Atención! ¡Atención, compañeros trabajadores! ¡En estos mismos momentos un grupo de militares está interviniendo Emisoras Pío XII!

No pasan ni 30 segundos y se escuchan disparos, que salen al aire. Otros segundos y se oyen los gritos:

- —¡Seguí hablando, cojudo, hablá, pues, ahora!
- —Pero, ¿yo qué estaba hablando? —se le oye al locutor—. Yo no estaba diciendo nada, estoy haciendo mi programa...
 - —Tu programa, ¿no? ¡Ahora vas a saber cuál es tu programa!

Y los cachetazos, los alaridos, el quilombo entero se oye por la radio.

* * * * *

El asunto fue así: los militares golpean la puerta de la emisora. Un técnico va a abrir. Ve quiénes son y vuelve corriendo a avisarle al locutor. Este comienza a alertar: ¡Atención compañeros! Los militares se dan cuenta y balean la chapa de la puerta, se entran, vuelan también a tiro la otra puerta interior, y penetran en el primer pasillo disparando al techo. El consolista, con sangre fría, deja intencionalmente abierta la perilla del micrófono para que todo salga al aire. Y hasta pone una cinta a grabar. El mayor entra carajeando, le pega un culatazo en la cabeza a Marcial, en la misma cabina empiezan las trompadas, el locutor se desmaya por los golpes, todos quedan presos, manos en alto, contra la pared. Recién advierten que el operador está grabándolo todo. Le arrancan la cinta y la emisión se pierde.

Bueno, esto fue la llamada para los mineros y las amas de casa. Yo mismo empecé a correr hacia la emisora. Cuando llego, ya todo el frente estaba repleto de gente desafiando a los militares. Mujeres con sartenes de cocina, con palos, mineros con la dinamita lista, hasta niños con piedras vi.

La operación la comandaba el Coronel Rodolfo Noya, que es nacido aquí, en Uncía, de familia minera. Pero él no entró a la emisora. El más abusivo resultó el Mayor Noei Fernández, el que trompeó a Mansilla. Y dos docenas de soldaditos, que venían borrachos, igual que los oficiales.

El lío era, entonces, que el ejército estaba dentro, pero la masa del pueblo gritoneando fuera. Los soldados no tenían balas para tantos. Ni se atrevían ellos a salir, ni la gente a entrar. Y las señoras, más valientes que los hombres, con la lengua suelta:

—;Cobardes, asesinos, salgan!

- —¡Midan sus palabras, señoras! ¡Nosotros cumplimos órdenes!
- —¡Y nosotros también, del Sindicato!

Pero nadie se decidía a romper el cerco. Fue una señora muy humilde, de pollera, la que avanzó. Y frente a la ametralladora, se destapó la blusa, senos al aire:

—¡Mátame a mí, maricón!... ¡Tú mamaste de aquí, dispara aquí, carajo!

El soldado no atinaba a hacer. Y la señora sigue adelante, se entra en la emisora, y toda la montonera detrás de ella. ¡Pucha, los milicos salieron más rápido de lo que entraron! La gente ya les había volcado el jeep en que vinieron y la agarraron a pura piedra contra ellos. El mismito Noya tuvo que hacerse nigua. Y cuando va de escapada, un minero vueltea la honda y ¡tac!, una pedrada en la frente del coronel. A pie escaparon los soldaditos, los corrieron feo.

La intervención duró apenas media hora. Era imposible calcular la cantidad de trabajadores que se juntaron frente a la Pío. Parecía manifestación, y de las grandes. Y nuevamente, vigilancia de 24 horas, haciendo turnos con mujeres, con obreros, para custodiar la antena, los estudios, todo. Este cerco de defensa duró, por lo menos, tres días, hasta que Pereda ofreció garantías.

De esa intervención son los balazos incrustados aquí, en el techo de la Pío, que todavía se ven. Son el recuerdo que nos dejó el valiente Regimiento Andino 21 de Infantería...

17 de julio 1980

El nuevo gobierno militar no iba a durar ni seis meses. Padilla golpeó a Pereda. Y Guevara Arce, después del fraude electoral contra la UDP⁸³, tomó el poder. Así se fue el año 78 y 79. A finales del 79, en aquel triste noviembre, día de Todos los Santos, fueron los demonios quienes salieron a la calle. Los tanques, los helicópteros que ametrallaban, las ambulancias de la muerte con paramilitares disparando desde ellas... Y sobre las docenas de cadáveres que quedaban sin recoger en las calles de La Paz, la sombra del General Natusch Busch arrebatando nuevamente el poder del pueblo.

Como milagro, no hubo intervención esa vez en el distrito minero. Pero todas las comunicaciones, las emisoras de La Paz, quedaron cortadas. También las radios de los departamentos. Sólo quedábamos en pie las mineras. Teníamos sobre nuestros hombros el deber de informar a todo el país. ¿Qué podíamos hacer? Llamamos a todos los operadores de la Pío, los instalamos en una sala, cada uno con su radio de onda corta y una grabadora para ir copiando las noticias del exterior. Es que habían emisiones extranjeras que pasaban cables desde La Paz, porque las corresponsalías no habían sido todavía interrumpidas. Es decir, nos enterábamos de lo que pasaba en Bolivia desde Europa. Y traducíamos del francés o del inglés al instante para devolver las noticias por

⁸³ La Unión Democrática Popular presentó como candidatos a Hernán Siles Suazo, antiguo caudillo del MNR (actualmente del MNRI) y a Jaime Paz Zamora del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

la onda media y la corta de la Pío XII. Y los de La Paz, Cochabamba, Sucre, sin saber cómo lo lográbamos, se informaban a través de nosotros.

Las otras radios mineras trabajaban duro también, pero no recibían las de Europa, no tenían otros canales. Entonces, se enlazaban con nosotros. Ahí estaba la Nacional de Huanuni, la de Colquiri, la del Consejo Central Sud... ¡y se armó la Cadena Minera sin haberlo planeado!

Toda Bolivia nos captaba. Hasta algunas agencias internacionales nos citaban como fuente. Y bueno, este trabajo levantó el ánimo del pueblo. Porque la gente se enteraba que los distritos mineros no se habían rendido. Y en muchas ciudades, con este aliento, se lanzaban a la calle y seguían combatiendo al fascismo militar.

La Cadena duró los 16 días del golpe. En aquella angustia fuimos el único noticiero libre que cubría el país. Una responsabilidad muy grande. Pero valió la pena. Y como digo, lo asombroso es que aquella vez no nos reprimieron. Tal vez no hubo ni tiempo para hacerlo, pues el nuevo cuartelazo, tan sangriento como débil, se desmoronó en menos de 3 semanas por la tremenda resistencia popular.

Más débil fue aún el de su sucesora civil, Lidia Gueiler. Otros generales se habían ensayado con la intentona de Natusch y preparaban un golpe más duradero. Los paramilitares, en aquellos meses revueltos, hacían su gana. En marzo del 80 un grupo de ellos asesinó a Luis Espinal, fundador de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos, compañero de huelga de las mujeres mineras. La muerte de Lucho fue como el preludio del desastre que ya se avecinaba.

Fue el 17 de julio. Aquella mañana, cuando llegué a la emisora con la mala noticia, veo a los compañeros clavando unos cuadritos de Espinal en el salón de trabajo.

- —Se ha levantado un regimiento en Trinidad —aviso yo—. Parece grave.
- —Bah, macanas —dicen ellos—. Si es en Trinidad, no hay problema.

Pero captamos la Panamericana. La cosa iba en seno. A eso de las 11, ya se había confirmado el "narcogolpe" con García Meza y Arce Gómez a la cabeza. Ahí vienen algunos dirigentes sindicales a la Pío, a ver qué diablos pasaba. Y ya la COB estaba declarando huelga general indefinida y bloqueo de caminos. Sin perder tiempo, los dirigentes empiezan a utilizar la emisora para contactarse con las demás minas.

—¡Compañeros —decían por nuestros micrófonos—, debemos organizarnos a nivel nacional! Hay que resistir, hay que unificar al movimiento popular para enfrentar una vez más al fascismo. ¡Ahora también, como cuando Natusch, los militares morderán el polvo de la derrota!

Las consignas iban y venían. Las demás radios mineras se encadenaban con la Pío. A las 2 de la tarde, ya todas las estaciones de La Paz y del interior habían sido intervenidas. Como en diciembre, sólo quedaban en el aire las mineras. Entonces, sintonizamos a Radio Ánimas, del Consejo Central Sud, y con ella comenzamos ese mismo 17, la cadena radial minera.

Poco después, el Comité Ejecutivo Sindical, reunido de urgencia en Siglo XX, apoyó la huelga decretada por la COB. Suenan las sirenas, asamblea general, se forman los primeros comandos de resistencia, los piquetes de vigilancia a las emisoras. Los

trabajadores salen a bloquear caminos, a pertrecharse de dinamita, preparación de guerra.

Ya esa noche, 15 emisoras estábamos coordinadas formando la Cadena de la Democracia. También esa noche, los oficialistas nos tiraron un primer dinamitazo en la antena de la Pío. Y un segundo, como a las 11, junto a la secretaría de la emisora. A pesar de eso, seguimos trasmitiendo sin interrupción. La situación era completamente grave. Y para lo que vino después, para la ruina que comenzó ese 17 de julio, la imaginación se queda corta.

* * * * *

La Iglesia de Bolivia contempla con dolor y honda preocupación los acontecimientos políticos que están sucediendo en el país. La falta de libertad y de medios de información mantiene al país en un silencio temeroso y, en este momento, carecemos de informaciones completas sobre los acontecimientos. Pero tengo el deber de condenar los atropellos que se cometen y el propósito de acallar la voz de un pueblo como es el boliviano, sencillo y patriota, que demanda justicia y bienestar social.

Ante los difíciles momentos por los que pasa el país, pido con toda energía a los responsables de la actual situación que se ahorre a este pueblo mayores dolores y padecimientos. Exijo con toda energía se ponga en libertad a los que han sido detenidos sin causa penal alguna.

Protesto por el escandaloso uso de las ambulancias por fuerzas militares armadas para fines de represión y para el cumplimiento de misiones militares y no humanitarias. Imploro al Todopoderoso convierta los corazones de aquellos que se han dejado arrastrar por los sentimientos del odio y pido a la Santísima Virgen intermedie con su Hijo Jesucristo para que ampare al Pueblo de Bolivia y lo libre de mayores males.

Mons. Jorge Manrique Arzobispo de La Paz, ante los acontecimientos del 17julio 1980 (Fragmentos) Esta exhortación fue ampliamente difundida por la Cadena de Emisoras Mineras.

La gran cadena minera

Amaneció el 18. Nos enteramos de la dimisión de Lidia Gueiler y de que Meza y sus coroneles controlaban el gobierno. Nos enteramos también, con algunos que venían de La Paz, del asalto a la COB. El dirigente minero Gualberto Vega, muerto. Marcelo Quiroga Santa Cruz, muerto. Juan Lechín, preso. Pero no había tiempo para apenarse. Había que resistir, trasmitir las 24 horas seguidas, haciendo turnos.

La primera en caer fue la emisora de Colquiri. La bombardearon. El 19, Radio Ánimas comenzó a hacer llamadas de auxilio. Radio Nacional de Huanuni encadenó enseguida. Nosotros también.

* * * * *

RADIOA ÁNIMAS:

Las tropas estarían aproximadamente a 5 kilómetros de Siete Suyos y muy cerca de Santa Ana... por tanto nos aprestamos a defendernos... La cifra de detenidos alcanza 31, que han sido trasladados a la ciudad de Tupiza de acuerdo a los informes que han llegado a nuestra redacción.... Esta es Radio Ánimas, para todo el sur del país... Estamos en esta hora crucial, estamos en constante movilización, las señoras amas de casa también han coadyuvado grandemente en la preparación de todo implemento que nos pueda servir de defensa... Estaremos hasta las últimas consecuencias, compañeros, porque ésa es nuestra misión, defendernos... Nosotros no hemos ido a insultar a nadie, de ninguna manera, no hemos ido a provocar esta situación... Hermano que nos estás escuchando, hermano hijo de trabajador minero, de campesino, de fabril, hermano que tienes una graduación militar no muy alta, estás consciente que el pueblo de Bolivia es tu propio hermano, es por eso que te llamamos a no disparar contra tus mismos hermanos, contra tus mismos padres...

RADIO PÍO XII:

Compañeros de Radio Ánimas, aquí Pío XII llamando a Radio Ánimas, a nuestros oyentes del Consejo Central Sud... Favor indicar a Radio Ánimas que Radio Pío XII desea tener un contacto con Radio Ánimas... Compañeros de Radio Ánimas, estamos en la sintonía de ustedes y en cualquier momento, cuando ustedes lo decidan, tomaremos el contacto con ustedes... Aquí Radio Pío XII...

RADIO ÁNIMAS:

... Atención, información de último momento, ya ha comenzado prácticamente el tiroteo a la altura del relave en Santa Ana, se deben agrupar fuerzas en ese sector para contrarrestar toda situación que se presenta por la incursión militar a los distritos mineros... Ha comenzado el tiroteo en el sector de Santa Ana... Esta es una información recogida hace unos instantes...

RADIO NACIONAL DE HUANUNI:

Compañeros de Radio Ánimas, sentimos mucho lo que está sucediendo en el sur del país, por tanto vamos a continuar en cadena contínua con ustedes... Adelante con las noticias...

RADIO ÁNIMAS:

Perfectamente Nacional de Huanuni... También insinuamos que si ustedes pueden sintonizar Pío XII... En cualquier momento tendremos en nuestros estudios la sintonía de Pío XII, entendemos que nos están llamando... Ha comenzado ya la lucha en el sector Chocaya y los compañeros de Tasna-Rosario, Tasna-Buen Retiro, ya están en camino, también los compañeros de Chorolque, San Vicente, todos ellos se dirigen a defender el sector de Chocaya... Adelante, ustedes...

RADIO NACIONAL DE HUANUNI:

Perfectamente, colegas de Radio Ánimas, estamos tratando de sintonizar las radios emisoras de la gran cadena minera, Radio Pío XII, Radio 21 de Diciembre

y Radio La Voz del Minero en Llallagua... Por otra parte, estamos sintonizando las ondas de Radio Corocoro, Radio Viloco y Radio Vanguardia...

RADIO ÁNIMAS:

Río XII de Siglo XX, Pío XII de Siglo XX... por línea interna podemos establecer contacto... Adelante, ustedes, con este comprendido...

RADIO PÍO XII:

Perfectamente, compañeros de Radio Ánimas, hemos estado llamando desde hace unos instantes para obtener las informaciones de los últimos acontecimientos suscitados en ese sector minero... Esta es Pío XII de Siglo XX llamando a Radio Ánimas...

RADIO ÁNIMAS:

El primero choque de fuerzas ya se ha verificado en Santa Ana a la altura del relave... En Santa Ana en estos momentos se está luchando, los compañeros trabajadores están impidiendo el ingreso de las fuerzas reaccionarias... Atención, adelanta con ese comprendido... Estamos a la espera de mayores novedades... Es posible que cuando rebasen Santa Ana tengamos cortado el contacto con Santa Ana y Siete Suyos, por lo tanto estaremos solamente a la espera de mayores novedades...

RADIO PÍO XII:

Compañeros de Radio Ánimas, queremos informarles que todos los trabajadores de este distrito minero de Siglo XX, Catavi, locatarios, lameros y toda la población en general están siguiendo muy de cerca los acontecimientos en el Consejo Central Sud, y en estos instantes las cinco organizaciones sindicales más importantes han llamado a una asamblea general para considerar éstos y otros aspectos... Adelante, ustedes...

RADIO ÁNIMAS:

Perfectamente, compañeros de trabajo, aquí se va a dirigir una ama de casa para hacer conocer su parecer sobre nuestra situación... (VOZ DE LA AMA DE CASA) Compañeros, compañeras amas de casa, estudiantes, hijos, hermanos... yo les pido en esta situación que nos ayuden, compañeros, porque nosotros no somos corderos de los ejércitos... Los hemos criado a ellos para que después nos vengan a carnear como corderos... porque nosotros estamos defendiendo lo que nos pertenece, compañeros... Yo soy madre de familia y esposa de un minero compañeros... eso es lo que les pido compañeras de Chorolque, Tasna-Buen Retiro... (LOCUTOR) Ustedes pueden darse cuenta de la situación en que nos encontramos, compañeros...

Fragmentos transcritos de las trasmisiones de la Cadena Radial Minera, 19 julio 1980

Cayó Radio Ánimas, las balas se oían en su última trasmisión. Cayó La Voz Minera del Sur, Chichas de Siete Suyos. Cayó Huanuni. Cayó San José y Corocoro. El cerco se estrechaba, se cerraba angustiosamente. Pero todavía los militares del distrito no tenían los refuerzos suficientes para tomar Siglo XX.

Y nosotros, junto con La Voz del Minero, con la 21 de Diciembre de Catavi, con Radio Llallagua, seguíamos llamando a la resistencia.

—Esto es suicida —le dije a Ernesto, mi compañero—. Las demás minas ya están tomadas.

Hablando y viendo aviones de combate que se acercaban. Vienen a bombardear, pensé yo. Y corrí a avisarle al piquete que vigilaba la Pío.

- —¡Ya vienen! ¡Váyanse, corran!
- —Usted es cobarde, padre. Vávase usted. Nosotros defendemos la Pío.
- —Pero, ¿es que no comprenden? ¡Van a bombardear!
- —Ya nos morimos todos aquí —decían las señoras, con la bandera boliviana alzada.
- —Guardar edificios no vale la pena. La gente hay qué salvar. Por Dios, váyanse a otro lado, a las trincheras si quieren.

A duras penas, logré convencerlas. No se me olvidan las caras de aquellas mujeres. Eran lameras, las más pobres de las pobres, que venían día y noche a cuidar la emisora con la ternura con que una madre cuida a su *wawa*.

Los aviones picaron sobre la estación, sobre los campamentos, sobre el Sindicato. Pero, por suerte, sólo tiraron palomitas. ¡En los volantes se prevenía a los mineros contra el "peligro comunista"!

Cristo Jesús, solidarízate

Pasó el angustioso fin de semana. Llegó el 21. La noche de aquel lunes fue la mejor escuela de concientización para mí. Soy franco. Yo estaba a punto de quebrarme. De veras, no aguantaba más. La tensión era demasiada. En la Pío también los compañeros estaban flaqueando. ¿Valía la pena seguir? ¿Había que ser quijotes? ¡Qué jodido es eso, cuando la decisión depende de uno y uno no sabe qué decidir!

Ernesto y yo salimos a dar una vuelta por el campamento, por la población. No soportábamos más estar encerrados en la cabina, entre las cuatro paredes de la emisora. ¡Ah, pero Llallagua era una sola trinchera de combate! En cada esquina, una barricada. En cada barricada, un puñado de mujeres, de viejos, hasta de niños preparando la defensa. Los hombres estaban fuera del campamento, haciendo guardia en los cerros, bloqueando caminos. En el pueblo sólo quedaban los más débiles. ¡Pero una debilidad que movía montañas! En los muros habían escrito:

SOLDADO: AQUÍ ESTÁN TU MADRE Y TUS HERMANOS NO TE CONVIERTAS EN SU ASESINO SOLDADO: VUELCA TU FUSIL CONTRA LOS VERDUGOS DEL PUEBLO Las señoras hacían recorrido con sus cantaritos, invitando té. De repente, uno estaba tomando un trago y otro le decía:

—Compañero, no beba. Hoy no se puede beber. Y dejaban a un lado el aguardiente y se ponían a fabricar bombas. ¡Las bombas mineras! Veías a niños de 7 y 8 años con sus latitas de anfo⁸⁴. Y las mujeres preparándose con la mayor naturalidad, como quien tiene costumbre de guerra.

Se hacen las bombitas, ¿no? Yo misma hago. Latita de leche buscas. Se pone la dinamita al centrito, una cápsula. Entonces, fierro menudo, granza, tierrita. Vidrios pones, pues, clavitos. Entonces, se la tapa biencito. Como así, ¿ves? En ahí se la enciende y... ¡shsss!, se tira. Si tienes honda, más largo tiras. Mi marido sabe lanzar como de aquí hasta 6 esquinas. Mechita larga pones, entonces.

* * * * *

La Plaza del Minero era una especie de cuartel popular, donde se concentraban todos los que suplían las guardias de los enmontañados. Venían los dirigentes a recoger su grupo. La disciplina era militar.

- —¡Combatientes! ¿Listos?
- —¡Listos!
- —Ejército Popular... ¡de frente! Un, dos, un, dos...

A tocar villancicos

Así era. Y salían en fila, con sus dinamitas, con algunos rifles viejos que habían desenterrado de los patios, camino a los cerros. Una sola ametralladora tenían. Me acuerdo de un minero que se había robado un casco del cuartel y lo llevaba puesto, todo orgulloso.

Llallagua estaba en pie de lucha. Y nosotros viendo todo aquello, las barricadas de adoquines con una banderita boliviana pintada a mano, las fogatas donde se calentaban para pasar la noche en vigilancia... No se me olvida una mujer que estaba atizando.

- —¿Usted no tiene miedo, señora? —se me ocurrió preguntarle.
- —Aunque tenga.
- —Y su marido, ¿si se lo matan por la montaña?
- —Prefiero ser viuda de valiente que esposa de cobarde.

Ellos nos dieron la lección. ¿Cómo íbamos a cerrar la emisora? No había más decisión que hacia adelante. Y echar la suerte con ellos, a lo que viniera.

Volvimos a la Pío. En una última barricada, cerca del colegio, un chango me gritó:

—¡Padrecito, échenos la bendición!

⁸⁴ Explosivo utilizado en las minas.

Me acerqué. Ahí estaba él, parapetado, con su bomba lista y un radiograbador, a todo volumen, sonando la misa campesina de Nicaragua.

Cristo, Cristo Jesús, identifícate con nosotros. Cristo, Cristo Jesús, solidarízate no con la clase opresora que exprime y devora a la comunidad, sino con el oprimido, con el pueblo mío sediento de paz.

No sé, yo sentí la música aquí, en la tripa. Nunca había oído un canto con más sentido que aquel. Y en aquel lugar.

Tigre va, león viene

Y llegó el martes 22. Cada vez acudían más campesinos de las comunidades vecinas a Siglo XX. Venían a unirse con sus hermanos mineros, a luchar junto a ellos. La alianza obrero-campesina no era en esos días una palabra. Se construía en los cerros que rodean al campamento. 15 mil, 20 mil campesinos, ¿cuántos serían? Pero había que alimentar. Comenzaron, entonces, con fuerza las cocinas populares. La gente, a dar arroz, papa, fideos... En cada esquina del pueblo, una olla grande para sostener a los que montaban guardia y a los campesinos.

Pero venían cada día más, comunidades enteras. En las noches, los cerros parecían antorcha, pura fogata. ¿Cómo dar de comer a miles y miles que iban llegando? ¡Ni Jesús multiplicando panes!

La caída de Radio Ánimas y el enfrentamiento de Huanuni fue lo que exaltó más los ánimos de los trabajadores. Pensaron en lanzarse contra el cuartel grande de Uncía.

- —Es una imposibilidad —dijeron con buen sentido los del Comité.
- —Necesitamos armas —dijeron los de la base.
- —El cuartel tiene cuatro nidos de ametralladoras. ¿Cómo, pues...?
- —Esas son las que necesitamos.
- —No se puede —concluyeron los dirigentes—. Sería una carnicería inútil.

Pero los trabajadores no se conformaban. Reclamaban armamento para fortalecer las defensas. Y ahí estuvo un metida de pata. Como no se podía con el de Uncía, un grupo decidió por propia cuenta atacar el cuartelito de El Huerto, en Catavi. Pensaban que allí habría cualquier cantidad de ametralladoras, de morteros quizás. El asalto sería esa misma noche.

Nosotros no sabíamos. Dos de la radio y yo, a pedido de la gente, estábamos yendo a dormir esos días en Catavi. Eran ya como las 10. Cuando llegamos a la tranca, empezó

el fuego cruzado. Los mineros lanzaban sus bombas contra el cuartelito y los soldados respondían con automáticas. ¡Pucha, las balas nos silbaban sobre la cabeza! Nos tiramos al suelo, a mitad del camino.

- —¿Qué hacemos? —les digo a mis compañeros—. Aquí se armó una grande.
- —Tenemos que regresar a Llallagua —me dicen.

No sabíamos dónde era la cosa ni quién tiraba a quien. Pero estábamos en un sandwich de balas. Comenzamos a desandar, a cuatro patas, por la quebrada los veneristas⁸⁵, entre hoyos profundos. Pero sentíamos las balas cada vez más cerca, como si nos estuvieran disparando a nosotros.

- —;Tigre! —de lejos, se oye este grito.
- —Callen —le susurro yo a los compañeros—. Ni pestañeen.
- —¡Tigre! —gritan ahora más cerca.

Nosotros mudos. Arreciaron los balazos. Ahora sí, nos estaban cazando como a tigres. Seguimos arrastrándonos, pero más ligero. Llegamos al cementerio.

—Miren —digo yo—, todo está descampado. Aquí hay que correr como en las películas, en zig-zag. ¡Y que el Alma Degollada nos proteja!

Para colmo, había luna llena. Empezamos a correr hacia una casa que había junto a la vía del ferrocarril. La casera, seguramente, me reconoció.

—Padre, entre aquí. Y ustedes.

Cuando estamos entrando, ¡pam!, una bala ahí mismo, en el poste de la casa. Puerta cerrada, agacharnos y esperar. (Meses más tarde, un dirigente me explicó que ellos, los mineros, habían visto a tres tipos sospechosos. ¿Estarían escapando del cuartel? Con el máuser nos tiraron. Los ñatos tenían una contraseña. Ellos decían "tigre" y el que venía, si era amigo, respondía "león". Pero nosotros no sabíamos de tigre ni de león).

Pasó un rato. De repente, cerca de medianoche, oímos ruido de aviones.

- —Ahora viene el bombardeo —me dice irónico uno de los compañeros—. Tú eres cura. ¿Todavía funciona eso de la confesión para bien morir?
 - —No me hace gracia —creo que le respondí.

Pero los aviones sobrevolaron, echando sólo luces de bengala. Toda la pampa de María Barzola parecía pleno día. (Después supimos que las luces eran para ayudar a los soldados a escapar. Porque los mineros habían conseguido tomar el cuartelito).

Pasaron otra vez los aviones, y más bengalas. Después, hubo un silencio. Todo quedó en calma. Tratamos de dormir un poco donde la samaritana que nos abrió la puerta. Había sido una chichería. Una de las tantas que patearon los primeros curas en su lucha contra el alcoholismo.

⁸⁵ Mineros particulares que venden a la Empresa el esta- O que encuentran en los pozos y socavones abandonados.

Sobre cajones de muerto

Tomaron el cuartel los mineros. Saldo: un soldado muerto, un minero muerto, y una ametralladora incautada. Fue un error. Porque ya en el resto del país las ciudades estaban controladas. Ya podían enviar refuerzos a Siglo XX, último foco de resistencia. Y les dábamos la mejor excusa para hacerlo con toda la violencia. Había llegado el momento de intervenir el distrito.

Por otra parte, la Pío seguía trasmitiendo, apoyando la lucha, informando al país. El ejército consideraba nuestra emisora y la de Catavi, también con onda corta, como piezas claves para amordazar completamente a la opinión pública boliviana. Decidieron volcar toda su fuerza hacia Siglo XX. Trajeron a los rangers de Challapata.

El miércoles, cuando amaneció, algunos trabajadores interceptaron la noticia. A las 9 de la mañana los militares entrarían en Siglo, apoyados por la aviación de La Paz. Ante lo irremediable, los dirigentes se empiezan a mover con la mediación del subgerente de la Empresa para evitar la masacre.

Y nosotros sin saber, todavía en la chichería.

—Vamos a bajar a Catavi —propongo yo—, a ver qué fue lo de anoche.

Allá vamos. Conversando y caminando, nos cruza una movilidad. Para, retrocede, y alguien me grita:

```
—;Padre, sube!
```

—¿Pero...?

—¡Sube, pues!

Dejé a mis dos compañeros y subí. Pensé que iríamos al Sindicato. Pero en la vagoneta quien venía era el subgerente de la Empresa. Miro atrás, y están Gilberto Bernal y Artemio Camargo, dirigentes.

- —¿A dónde vamos?
- —Tenemos encuentro con los militares, padre. En Uncía.
- —¿Y qué hago yo aquí? —pregunto.
- —Hay que ir, padre —responde Bernal—. Si no, va a haber masacre Piden las cabezas de 50 dirigentes y trabajadores de la Pío. Tiene que acompañarnos.

¡Chiste, en la que me habían metido! Bueno, subimos a Cancañiri. Llegamos a la bocamina.

—Todos los caminos para llegar a Uncía están bloqueados —me dicen—, los puentes volados. No hay cómo por arriba.

```
-:..Y;
```

—Vámonos por el interior de la mina para salir al otro lado del cerro.

Nos consiguen enseguida la batería y la lámpara. Adelante. Bernal, el subgerente y yo entramos en la mina. Artemio Camargo se quedó atrás, en Cancañiri. Nunca supe por qué. Ni pude preguntárselo luego, antes de que lo mataran en La Paz.

```
Empezamos a caminar. ¡Pucha, qué largo el socavón, siete kilómetros! —¡Apúrense, no hay tiempo! —gritaba el subgerente.
```

Pero no habíamos dormido en esos días, no habíamos comido. ¿Cómo correr por aquel túnel oscuro, húmedo, que no acababa nunca? Por fin, salimos al otro lado, por Socavón Patiño. Y nos topamos con los trabajadores que hacían piquete.

- —No bajen, es peligroso —nos dicen—. Acaban de matar gente en Miraflores.
- —¿Quién ha matado?
- —Los rangers, pues, de Challapata. Como 18 caimanes trajeron. Hasta helicóptero trajeron.
 - —Tenemos que bajar —se adelantó el subgerente—. Nos esperan.

Con un trapo blanco amarrado a un palo bajamos a Miraflores. Una hora antes había sido el tiroteo. Recuerdo muchas casas del campamento, las puertas baleadas, ametralladas desde helicópteros. Y ahí estaban, uno junto a otro, los seis muertos. La gente alrededor, llorando alto, maldiciendo.

—¡Ni cajones tenemos para velar a nuestros muertos!

Esa era la primera preocupación, los cajones. Eran las 11 de la mañana. Nos quedamos un rato junto a los vecinos, mientras el subgerente llamaba a Uncía para confirmar la reunión con los militares.

—Nos esperan —volvió diciendo.

Agarramos otra vez nuestro trapito blanco y empezamos a bajar. Desde todos los cerritos los soldados apuntándonos. Llegamos a Uncía. Nos indican el Hotel Municipal. Allá estaban comiendo los oficiales. Sale el Coronel Jaime Prada, que comandaba a los rangers de Challapata, el responsable de lo ocurrido en Miraflores. Sale el Coronel Carlos Arrázola, del regimiento Illimani, el que había pedido los refuerzos. Nos indican de seguirlos. Entramos en el Hogar de Niñas. En la habitación había una silla vacía, me acuerdo. No habían cerrado la puerta y comenzaron las acusaciones. Conmigo comenzaron.

—Usted es el padre marxista, verdad? Un místico marxista. Pero con este régimen vamos a limpiar para siempre de marxistas a Bolivia.

Traté de hablar, pero no me dejaron.

- —Basta de cuentos, padre —siguió el Coronel Arrázola—. Tenemos bien grabado todo lo que ha dicho la Pío XII. Lo que usted mismo ha dicho en estos días.
 - —Pues, mire usted que en estos días yo no he hablado por la radio.
- —Esto no es de ahora, padre. Le hemos grabado todas sus agitaciones durante el año.

Bernal intentó tomar la palabra. Pero tampoco.

- —¿Saben lo que hicieron anoche los mineros? —el Coronel Prada apretaba los puños de pura rabia—. ¡Han atacado un cuartel, han destrozado un cuartel que yo mismo construí! ¡Han matado a un soldado! Lo siento, pero ya no podemos contener a nuestras tropas. ¡Quieren vengar la muerte de su compañero!
 - —Justamente sobre eso queríamos hablar...
- —No hemos venido a hablar —me cortó el coronel—, sino a imponer. Ustedes tienen que volver a Siglo XX, reunirse con los mineros y que acepten las condiciones que marcamos nosotros. Primero, entregar los transmisores de las radios del distrito, de todas. Segundo, devolver el arma que se robaron del cuartel. Y tercero, se acabó la

huelga. Todos a trabajar y ni palabra más, ¿entendido? Vayan y vuelvan inmediatamente con la respuesta. Tienen dos horas para regresar.

- —¿Dos horas? —se alarmó el subgerente—. Es imposible ir y volver en dos horas, coronel. Hay que subir el cerro, pasar por interior mina, hacer la reunión... imposible.
- —Tienen hasta las 5 de la tarde para hacerlo. Si no llegan, entramos. ¿Ustedes nos acusan de la masacre de San Juan? ¿Y a eso le llaman masacre? —el coronel se reía —. ¡Ahora van a saber lo que es una masacre de verdad! Vamos a utilizar todo, aviones, helicópteros, tanques, todo. ¡Nada va a quedar de este pendejo campamento!
- —Ustedes ahora tienen el poder —logró decir Bernal—. Pero piensen que algún día...
 - ¡Cállate, cojudo! —le cortaron.

Entonces, se acerca uno de ellos, no sé si capitán o qué, pero armado hasta los dientes. Parecía eqego⁸⁶ con tanto encima.

—Mi coronel —dice—, este Bernal no es dirigente ni es nada. Es un delincuente subversivo. Y este otro tampoco es cura. Son dos tipos peligrosos. ¿Qué estamos esperando? Nuestro gobierno tiene que eliminar de raíz a estos hijos de puta. Mire acá una silla. Ligero, mi coronel. Vamos a juzgarlos y los pasamos por las armas.

¡Mierda! Yo no sé qué pasaba dentro de Bernal, pero a mí se me cortó el aire. ¿Y por qué demonios yo había venido a caer aquí? ¡Maldita la suerte mía de estar en el camino cuando pasó la movilidad! Y los oficiales comienzan a hacerse la burla de nosotros y a hablar entre ellos. Y el tipo éste, el jodido capitán, instigando para que nos fusilaran ya mismo. Yo tenía los ojos clavados en la silla, esperando lo peor. Hubo un silencio interminable. El coronel nos mira, mira su reloj grita furioso:

—¡Váyanse, carajo! Tienen que volver a las 5. Si no, entramos.

Mi Dios, salimos de aquel local a la estampida. Comenzamos a subir el cerro, de Uncía a Socavón Patiño, corriendo. No me daban las piernas, los pulmones, el bofe en la boca. ¡Qué manaca aquélla! Otra vez por Miraflores, otra vez por interior mina, los siete kilómetros. Y salir por la otra punta, por acá, en Siglo.

La gente ya estaba reunida en el Sindicato. Eran como las 3 y media de la tarde. La plaza llena, los dirigentes dentro, reunidos de urgencia. Todos esperando a ver qué traíamos nosotros. Bernal y yo contamos lo que había pasado.

—Esa es la situación. Decidan ustedes lo que van a hacer.

Hubo una discusión terrible. ¿Rendirnos así nomás, después de tanta lucha, de tantos días de resistencia? ¿Quién le dice eso a los compañeros? Discutieron muy fuerte. Y nosotros, desesperados, mirando el reloj. Teníamos que volver antes de las 5. Yo me decía "si ellos deciden que no se rinden, que vuelva su abuela, yo me voy por el camino opuesto". Al fin, comprendieron que no era tiempo de suicidarse. Era la peor humillación, pero la mejor salida. La única. Y aceptaron. Pero con la condición de que el convenio fuera firmado por la Iglesia, como garantía.

—Que sea Monseñor Manrique el que firme —sugirió un dirigente.

⁸⁶ Ídolo burlesco, siempre cargado con los mil objetos y cosas que los devotos desean conseguir.

Y volvemos a la bocamina para emprender por tercera vez la caminata. El subgerente, mientras tanto, había dispuesto seis cajones para los muertos de Miraflores. Consiguió también el trencito de la mina, para poder llegar a tiempo. Comenzamos a trepar los cajones en el vagón. Pero entraban justo-justo, uno encima del otro.

- —¿Y ahora, nosotros? —pregunto yo.
- -Más encima, padre.

Así, acostados sobre los ataúdes, entramos en la oscuridad de la mina. Era impresionante, casi un símbolo. Me acuerdo que Bernal, cuando la roca del socavón bajaba, me cuidaba la cabeza. Es que íbamos sin guardatojo ni nada, vivos sobre muertos.

Llegamos al otro lado. De los cajones se ocuparon los vecinos. Nosotros, a toda prisa, a vernos con los militares. Esta vez nos esperaban en el cuartel.

- —¿Cuál es la respuesta? —el coronel sonreía, cínico.
- —Que aceptan las condiciones.
- —Muy bien.
- —Pero los mineros quieren que todo sea firmado por Monseñor Manrique.
- —¿Por quién? —grita el coronel—. Ese no es monseñor ni es cura. ¡Ese es un comunista! ¡Y no vamos a permitir jamás que un comunista firme nada! ¡Ese es un chancho rojo!

Y es que Manrique había sacado un documento muy valiente, cuando supo las barbaridades que estaba cometiendo Meza y el ejército. Pero yo me acordaba de antes, cuando Manrique venía a repicar campanas desde la Pío contra los chanchos del Sindicato. ¡Así es la vida!

- —¿Quién, entonces? —pregunto yo.
- —El Cardenal Maurer. Este sí es de confianza. Nosotros nos ocuparnos de traerlo al distrito. Bien, ahora hay que programar la entrega inmediata de los transmisores. Y que los mineros entren enseguida al trabajo.

El Bernal tomó otra vez la palabra para recordarles cómo tenían que respetar a la clase trabajadora. Pero ni modo. Yo también traté de meter cuchara y empiezo a hablar sobre la renovación de la Iglesia Latinoamericana.

- ¡Yo también soy de la iglesia renovada, padre! —salto el coronel.
- —Cómo que renovada?
- —Sí, padre, yo me reúno cada domingo para alabar al Señor con los hermanos.

¡Había sido carismático! Dos horas antes amenazaba con masacrar a medio mundo y dos horas después me hablaba de alabanzas al Señor.

Por el mismo camino regresamos, cuarta vez. Hay un desnivel en el socavón que tiene 150 gradas. Yo las fui contando, una a una, porque ya las piernas no me daban. Cuando la mina trabaja, hay un andarivel que sube. Pero, nuevamente, estábamos a pie.

Llegamos a Siglo, pensando que todo estaba solucionado. Pero resulta que las bases le tenían bronca a los dirigentes por la rendición. Y a nosotros por alcahuetes.

—¿Cuánto le pagaron, padre? —me gritaban—. ¡Usted se ha vendido a la Empresa!

Unos dirigentes bajaron al Campamento Uno para razonar con los trabajadores. Se hicieron apedrear.

—¡Cagones! ¡Y esta vez sí la ganábamos!

Es que los mineros ya querían pelear. También los campesinos se fueron muy enojados, porque ellos, los del norte de Potosí, por primera vez se la iban a jugar por los mineros en una sola masa. Nunca se había dado un apoyo campesino tan grande.

Volvimos a la emisora masticando amargura. Los militares querían, encima, que echáramos inmediatamente al aire el convenio. Era como restregarnos la impotencia. Y lo hicimos, pero no de la forma en que ellos querían. Lanzamos por la emisora un frío recuento de los hechos como el aviso de una defunción. Al buen entendedor, pocas palabras. Mucha gente lloró cuando oyó esto. Era la derrota.

Al día siguiente, teníamos que repetirlo. La última salida de Pío XII fue el jueves 24, al mediodía. Dijimos adiós a los oyentes. Fue una despedida muy triste. Y cerramos emisiones.

Pocos minutos después de haber clausurado tocan el timbre. Abro la puerta.

- —Tenemos un comunicado, padrecito —me dicen dos campesinos, bien sudados.
 - —Van a disculpar —les digo yo—. Se acabó la emisora.
 - —¿Cómo se acabó? Hay que lanzar por radio este papel.
 - —Pero, ¿es que no saben? ¡Se acabó todo!
- —Nosotros venimos de Quiome, padrecito, en Cochabamba. A pie hemos venido. De jueves a jueves hemos caminado. Nada, pues, sabemos. Sólo nos delegaron para traer este comunicado con nuestro apoyo a los mineros. Aquí está entregado. Podemos mover a 5,000 campesinos para pelear junto a ustedes. Ordenarán nomás.

Me había equivocado. No se había acabado nada. Con un pueblo así, con tanta sobra de coraje, siempre habrá esperanza en Bolivia.

—Gracias, compañero —le dije—. Será en la próxima.

Cerré la puerta llorando.

A pie hacia Cochabamba

El jueves, decidimos irnos. Nos habían advertido:

—No crean en promesas de militar. Vienen a matar. Mejor rajen sí quieren contarlo algún día.

Ya el ejército había desmantelado La Voz del Minero y Radio Llallagua. Hoy vendrían a llevarse los transmisores de la Pío y de la 21 de Diciembre. La tarde anterior, Catavi era una tristeza. Como si fueran a la guerra, los hombres cargaban sus bultos, sus frazadas, las mujeres llorando, buscándoles fiambre para el viaje. Camino a Cochabamba, camino a Potosí, los que estaban fichados —¡y eran tantos!— escapaban de la inmediata represión militar.

Nosotros también. La emisora ya estaba cerrada desde el día anterior. Esa víspera hicimos reunión con todos los compañeros de la radio.

—La consigna es irse, abandonar todo y salvar el pellejo. Tal vez algún día nos volvamos a encontrar trabajando juntos.

Unos escaparían por un lado, otros por otro. Cinco salieron ya mismo hacia Oruro, a pie. Cuatro más a Cochabamba. Dicen que el camino hacia Cochabamba por Sacaca parecía la Linares. Todos los dirigentes se cruzaban allí.

Ernesto y yo escapamos en la madrugadita del viernes. Iríamos hacia Cochabamba. Pero por otro camino. Es decir, por ningún camino. Todas las rutas estaban trancadas por los militares. Nos lanzamos, entonces, por el desmonte de Catavi. No queríamos hacer bulla, pero los perros ladraban más que nunca. No íbamos solos. Un cumpa campesino, buen caminador, muy ardilla, nos guiaba. También, antes de salir, habíamos acordado con el chofer de la emisora:

—Si abren el camino carretero, sales con la movilidad y nos recoges. Tal día llegaremos a tal pueblo, tal día a tal otro. Si no estamos, es que nos han pescado. Sigue solo, entonces.

Para el viaje llevamos dos cosas, un buen receptor de radio y una buena provisión de tabaco. Para comer, la confianza en los campesinos que encontráramos. Y la verdad fue que por todas las comunidades que pasamos, con sólo decir que éramos de la Pío, nos ayudaban. Recuerdo la primera choza en que tocamos. La señora nos brindó una sopa de trigo y chuño. Se quitó de lo poco que tenía.

Una primera jornada, inacabable, caminando. A cada descanso, un pucho y a sintonizar la radio para escuchar alguna noticia en onda corta. Y a seguir caminando, otra cosa no hacíamos. Y dormir donde nos cogiera la noche.

Segundo día, dale y dale. Tercer día, igual. Yo no podía más. Para colmo, había resbalado sobre el hielo, tenía las dos manos sangrando. Y los pies hinchadísimos.

—Compañeros —dije—, yo soy chacra para caminar. Más no puedo. ¡Esto de subir y bajar cerros a 4,000 metros de altura...!

Pero había que poder. Anduvimos todo el cuarto día. Y ni sombra del jeep que vendría a recogemos.

* * * * *

Aquí, a Siglo, llegó el Cardenal Maurer a firmar el famoso convenio de rendición. Llegó en helicóptero militar, acompañado del Coronel Arrázola. Llamaron a asamblea. Todos a la Plaza del Minero, que el Cardenal va a hablarles a los trabajadores.

- —Hijos —comenzó diciendo—, les voy a dar mi bendición. Sáquense el guardatojo para recibirla. Luego, se lo vuelven a poner y entran a la mina a trabajar.
 - —; Vendido! —silbaban los mineros—. ¡Judas!
- —¡Acuérdate de Medellín! —gritaron algunas señoras—. ¿Tú no firmaste aquello?

Fue quilombo de los grandes. Maurer no terminó de hablar, salió bien corrido. Y es que aquí, aunque venga el Papa, si empieza a hablar palabras conformistas, también lo abajean. Como hicieron los de Nicaraqua, pues.

* * * * *

Amaneció el quinto día de caminata, una mañana helada. A mediodía, vemos por la pampa una movilidad que se nos acerca. ¿Será la nuestra? Estábamos confundidos porque no tenía el canastillo de arriba. Pero sí, era. Sólo que, en vez del chofer de la Pío, venía manejando el padre de Catavi.

- —Hasta hoy no han abierto el camino —dice—. Vamos, súbanse, deben estar muertos.
 - —Casi enterrados —digo yo—. ¿Y el canastillo del jeep?
 - —Se lo quité para despistar. Este carro es muy conocido.

Arrancamos. Nos lanzamos, campo abierto, hacia Cochabamba. Pero por esas lomas, a 4,500 metros, no hay caminos. Después de unas horas, vemos otro jeep que venía. Esperamos. Y justo había sido otro cura, un español.

- —Qué hacen ustedes aquí?
- —Vamos a Cochabamba. Pero medio perdidos andamos.
- —Yo también estoy yendo. Pero por ahí arriba no salen. Síganme.

Con la aparición del cura, que conocía bien la ruta, me animé. Y hasta me puse al volante, a manejar. Ya contábamos un chiste, ya íbamos descansados. En una curva, nuestro guía campesino se espanta.

- -;Zorro, zorro!
- —Qué te pasa, ideoso?
- —Mala cosa, hermanito, mala cosa zorro en camino.

Nos reímos, claro. Y dale nomás, seguimos sin alejarnos de la otra movilidad. Eran ya como las 5 de la tarde, el sol en los ojos y el parabrisas con todo el polvo que botaba el jeep de adelante. Yo manejando, como a 15 metros detrás de él. El camino subía, iba a la izquierda. Bajé la vista para echarle agua al parabrisas... Y ya no hubo más camino. Caímos en el vacío. Nuestro jeep dio una voltereta y, con el peso de los cuerpos, rompimos la capota de fibra. Salimos disparados. El aparato voló sobre nosotros y vino a caer abajo, en el abismo. Todavía no entiendo cómo no explotó. A más de gasolina, llevábamos unos cartuchos de dinamita, por si acaso había que defenderse.

Revolcado entre las piedras. yo pensé: "¡Cualquier cantidad de peligros en Siglo XX y venir a morir aquí tan boludamente!" Me levanté. No pude atender a los demás compañeros. El otro jeep seguía, no nos había visto. Si nos quedábamos allí tirados, estábamos fritos. Subí rápido al barranco y comencé a dar alaridos. Nada oían. Eché a correr, cojeando, me desgañité. ¡Puff...! Se habían detenido. Volvían a recogernos.

¿Sería el malagüero del zorro? Más bien era milagro que nada nos hubiera pasado. Sangre en la cabeza y magulladuras, sólo eso. Nos subimos con el cura español y seguimos. ya sin bromear, a Cochabamba.

Llegamos al amanecer. En la casa de los Oblatos no nos reconocieron, tan demacrados veníamos. Y con tal agotamiento que durante días no salirnos a la calle, ni a comprar el periódico. Sólo la radio, captando noticias desde el extranjero.

El 4 de agosto supimos de la resistencia en Caracoles. El 6 cayó Villoco y su emisora, la última de la Cadena. No había para quejas. Otros estaban cargando más pena que nosotros.

* * * * *

Caracoles 9 de agosto 1980

Señor Monseñor Jorge Marnique La Paz

Reverendo Monseñor:

Le hacemos llegar nuestros saludos en estos momentos de dolor y llanto. Hacemos conocer a su persona lo sucedido en este centro minero para que por su intermedio vengan a constatar los hechos de barbarie en ésta la Cruz Roja Internacional o alguna otra organización internacional de Derechos Humanos.

El regimiento Max Toledo de Viacha, una fracción del regimiento Tarapaca y el regimiento Camacho de Oruro, atacaron Caracoles con cañón, morteros, tanques y avionetas de guerra. Nuestros maridos se defendieron con piedras, palos y algunas cargas de dinamita. Hasta el lunes en la tarde la mayor parte de los mineros fueron exterminados y los sobrevivientes huyeron a los cerros y otros a las casas de Villa Carmen. Las fuerzas del ejército los persiguieron ultimando a los hombres en sus casas. A otros los apresaron y los torturaron y a muchos los atravesaron con bayonetas. También a los heridos los degollaron.

A un minero en plena plaza le metieron dinamita en la boca y le hicieron volar en pedazos. Saquearon las viviendas y cargaron a los caimanes como ser televisores, máquinas, radiotocadiscos tres en uno, ternos, camas, dinero, mercaderías de las tiendas, la agencia Manoco y Zamora, la pulpería.

A los niños los azotaron con cables y les hicieron comer pólvora. A los jovencitos les hicieron echar sobre vidrio quebrado obligándonos a nosotras a pasar sobre ellos. Luego los soldados marcharon sobre ellos. Los del ejército parecían fieras salvajes porque estaban drogados y no vacilaron en violarnos y también a las jovencitas y hasta niñas. Sacrificaron ovejas, gallinas, cerdos, cargándoselos a los caimanes.

El martes 5 de agosto al amanecer han cargado a los muertos y heridos en tres caimanes rumbo a La Paz. Hasta el día viernes siguieron trayendo a los presos amarrados con alambres. A las mujeres nos prohibieron recoger a los muertos para darles cristiana sepultura, diciéndonos "no hay orden". Recién el viernes nos dieron orden para buscar a los muertos, pero sólo encontramos sacones, pantalones, chompas, jarros, calzados, empapados en sangre. Los muertos habían desaparecido. Algunos fueron echados en una fosa detrás del cementerio a los cuales no nos dejaron identificar.

Hay más o menos 900 desaparecidos, no se sabe si están vivos o muertos. Adjuntamos algunos nombres de desaparecidos, heridos, muertos y presos. Nos despedimos de usted agradeciéndole su comprensión y ayuda.

MADRES, ESPOSAS DESESPERADAS DE CARACOLES

Siempre comenzando

Ernesto y yo regresamos a Siglo XX en las navidades del 80. Queríamos ver qué había quedado de la Pío después de 5 meses clandestinos en Cochabamba. Llegamos y nos encerramos en la radio. Es triste una emisora apagada, vacía. Todos los rincones nos traían recuerdos, fantasmas de los días de la resistencia. Queríamos noticias, saber qué había ocurrido en el distrito durante aquella mitad de año. Pero no era el caso de andar exhibiéndose por las calles de Llallagua. Hicimos algunos contactos. Todos nos aconsejaban lo mismo:

—¿Qué hacen aquí? Váyanse. Busquen trabajo en otro lado.

Pues a La Paz, entonces. A comenzar una nueva vida sin saber dónde ni cómo. También allá había que andar medio escondidos. Muchos conocían a uno. Recuerdo que a los pocos días de haber llegado, vienen unos changuitos a la parroquia. No sé quien les dijo de venir a yerme.

- —Mi papá se perdió desde ayer. Ayude, padrecito.
- —¿Y quién es tu papá?
- —Artemio Camargo.⁸⁷
- —¡Pucha!... Bueno, ya voy a averiguar en el arzobispado. Vuelvan a la tarde.

Me siento a comer y ya sale la noticia: "han caído 8 en combate"... Daban primero nombres falsos. Luego, a la noche, los nombres verdaderos de los dirigentes asesinados, Artemio entre ellos. Eso fue el 15 de enero.

En aquellos meses en La Paz supe quién era amigo y quién no. Ibas a saludar a uno y te volteaba la cara, como si tuvieras lepra. Y era que ya estábamos otra vez metidos en labores de información.

En abril, Arce Gómez, Ministro del Interior, jefe de paramilitares y de narcotraficantes, "arcesino" como le decían, sale del Palacio. Algo se había aflojado en el aparato represivo del gobierno. Fue entonces que nos desafiamos, Ernesto y yo, a volver a Siglo XX. No había ninguna posibilidad de salir al aire ni de conseguir la licencia para la emisora. Pero había que comenzar —recomenzar— a hacer algo. Sabíamos que algunos compañeros menos fichados habían continuado, muy lentamente, visitando los grupos. Pero sin conducción, el equipo se desmoronaba. Se acababa la Pío.

Había que arriesgar. Había que intentar un trabajo con las bases, quizás de alfabetización, aunque no contáramos con el apoyo de la radio. Volvimos. Y comenzamos a reunir la gente, los compañeros que quedaban, a trabajar desde la

⁸⁷ Por entonces, Secretario General del Sindicato Mixto de Siglo XX.

oficina, sin salir para nada al campamento. Después de muchos días cerrados, casi un mes, estábamos maniáticos.

—Vamos a probarnos esta noche. Vamos a dar una vueltita por la Linares.

Todo estaba plagado de paramilitares. Todo controlado. Era mejor estar presos en la Pío que en el cuartel. Pero lo más importante lo íbamos consiguiendo: reagrupar al personal, consolidar el equipo de trabajo. Nos reuníamos sin hacer bulla. Planificábamos mucho el poco trabajo que se podía hacer en las comunidades, sobre todo campesinas. El problema era pasar con la movilidad frente al comando militar.

Un buen día nos detuvieron. Pero más querían el jeep que a nosotros. Nos lo incautaron y estuvieron dos semanas usando a su antojo nuestra movilidad, llevando y trayendo mujeres, arruinándola. Claro, después ya nos dimos otros modos de burlar a los milicos. Cuando teníamos que cruzar por ahí, parábamos por Uncía, nos íbamos a pie río abajo y tomábamos la movilidad por el otro lado del camino.

Hicimos alfabetización en el 81, tanto en comunidades rurales como en los campamentos mineros. En realidad, no nos interesaba mucho lo de las letritas. Pero no era momento de escoger el trabajo. Lo que estaba en juego era hacer sentir a Pío XII otra vez entre la gente. Que supieran que no habíamos muerto. Y la gente respondía.

Una vez estábamos reunidos aquí en la emisora, planificando el trabajo. Cuando miro a la ventana, ahí están los militares colados en el patio.

- —¿Qué hacen ustedes aquí? —comienzan ellos.
- —Conversando.
- —Las reuniones están prohibidas.
- —Pero es reunión de trabajo.
- —Peor aún.
- —¿No se puede trabajar en este país?
- —Los terroristas, no. A ver, ¿quiénes son ustedes?
- —Promotores de la Pío.
- —La Pío no tiene licencia.
- —No es con la radio, es haciendo alfabetización en el campo.
- —Dejen ver eso —y el militar me quita de las manos un libro de Paulo Freire—. ¡Ja, como si no supiéramos quién es este atorrante! ¡Un conocido subversivo en América! Me acompañan todos.

Todos presos, fichados, fotografiados, acusados de ir al exterior a especializamos en subversión, relacionados con Nicaragua y no sé cuántas pavadas más. Luego, por cansancio, nos soltaron. ¡Los milicos también se aburren de reprimir! Así era nuestra vida por aquellos meses.

También, por entonces, Gustavo regresó a la Pío. Vino con pilas nuevas, con ganas de darle a la manija. Su primera prueba de fuego fue aquel 15 de agosto, fiesta de la Asunta.

Yo estaba en esos momentos muy pacífico. Era agosto. Llega la Asunta y los militares quieren organizar las fiestas patronales en Llallagua. Me invitaron a oficiar la misa. Y yo acepto. Lo latoso era desfilar en la procesión al lado de los soldados, al lado del Coronel Arrázola, que seguía al frente del distrito. Bien, ahí voy yo. Yo veía las caras de los mineros desaprobando. Y me empezaron las iras.

Llegamos a la plaza de Llallagua, Mucha gente había. Comienzo la misa, me llega el sermón. Tenía miedo, no lo niego, pero había que largarse.

- —¡Qué linda fiesta, hermanos! ¡Y qué más linda sería si pudieran estar todos! ¡Si pudieran estar aquí los enfermos del hospital! ¡Si pudieran estar aquí, junto a sus familiares... los que han sido exiliados del país! ¡Si pudieran acompañarnos los que murieron y no tenían que haber muerto!
 - —¡Macho el cura! —gritó un trabajador alzando el guardatojo—. ¡Dale nomás!

Yo veía al coronel, rojito como tomate. Y a sus acompañantes uniformados, mirando a un lado y otro. Pero ya no podía contenerme.

—¡La virgen, hermanos, querría ver hoy a todos sus hijos reunidos en esta plaza! ¡Querría ver a los exiliados, a los presos, a los torturados! ¡La virgen, hermanos...!

El coronel hizo una seña, se levantó y se fue. Detrás de él, todos los suyos. Yo seguí la misa, claro. Pero desde ese día, ellos me tuvieron una bronca frontal.

En octubre se declaró huelga en Huanuni reclamando las emisoras mineras. El detonante fue que los milicos mataron a dos, los atropellaron con un jeep. Y es que eran demasiado abusivos los del ejército. Violaban mujeres, se farreaban sin pagar, no respetaban a nadie. El toque de queda seguía, todo el mundo a su agujero a las 11. Pero esto también se convirtió en negocio para los soldaditos sin guita que se aprovechaban de los distraídos. Bueno, hacían su gana y gusto.

Con la huelga de Huanuni, empezó nuevamente la guerra de los documentos exigiendo la reapertura de las radios y las libertades sindicales. Intervino el Obispo Terrazas y consiguió un compromiso del gobierno para estas demandas. No lo cumplieron, como era de esperar. Pero ya estas protestas nos permitían movernos mucho más y comenzar a bombardear con comunicados de prensa, listas de firmas y todo eso.

Un cura en el balcón del Sindicato

Por aquellos días, mataron a Julio Cossío, dirigente de los trabajadores, relacionador de Catavi. Lo asesinaron en Uncía. Yo creo que ahí tomó fuerza nuestro trabajo de Derechos Humanos. Policopiados, denuncias y más denuncias.

En diciembre, afortunadamente, cambiaron al Coronel Arrázola. Se fue él y vino otro,

bastante dialogable, Sergio Osinaga. Otra vez entró Gustavo al ruedo. Lo habían nombrado padrino de una gruta en la planta Sink and Float⁸⁸ de la Empresa.

¡Tanta friega antes con los santos! ¡Y ahora me tocaba a mí comprarlos! Es que era el padrino. Y bueno, busqué una virgencita para los planteros. Ellos felices. Querían bendición, querían misa. Pues vamos allá. Pero yo me presenté así nomás, sin vestido de cura. Una estolita y ya.

En la misa, mucha gente. También se apersonó el comandante nuevo, Osinaga, y toda la plana mayor. Todavía había mucho miedo en la gente, en todos. No ver, no oír y, sobre todo, no hablar. Yo había ido con la comunidad cristiana. Y comenzamos cantando la misa campesina de Nicaragua.

Vos sos el Dios de los pobres el Dios humano y sencillo el Dios que suda en la mina el Dios de rostro curtido. Por eso es que te hablo yo así como habla mi pueblo porque sos el Dios obrero el Cristo trabajador.

No sé por qué, pero me emocioné mucho con aquello. Yo sentía en mi garganta mil palabras que quería decir, que hubieran querido decir los dirigentes, los mineros, todos los bolivianos, desde hacía meses. Y me lancé a hablar del Cristo de ahora, comprometido en la lucha de los pobres. Hablé de derechos humanos, de cómo hoy están siendo pisoteados, de que Cristo no puede ir de acuerdo con tanto abuso. Yo veía las caras de los mineros frente a mí, contentos. Yo les estaba prestando mi voz para que ellos hablaran. Aplaudían, se juntaban cada vez más, puño en alto. Yo acabé llorando de pura emoción, de pura rabia, no sé. Lloraba por los del Campamento Uno, por todos los campamentos, por Bolivia entera. Sentía que estaba abriendo una brecha en un socavón cerrado, sin esperanza.

Al final, los trabajadores vinieron a darme la mano, a brindarme salteñas. También vino el comandante. A veces, hay militares buenos.

Se formó una comisión para la reapertura de las radios encabezada por los responsables mineros. Pero el gobierno no aceptaba a ningún representante de la Pío XII en dicha comisión. De ninguna manera querían. Como en el 75, la táctica era aislarnos de las otras emisoras mineras, de la clase trabajadora. Pero esta vez los dirigentes estaban al tanto.

—La Pío no entra en el acuerdo —decían las autoridades, los ingenieros de COMIBOL. No es emisora de los mineros.

⁸⁸ Planta procesadora del estaño.

- —¿Como no va a ser —dijo un recién llegado— si está en distrito minero?
- —¿Y usted qué sabe si acaba de entrar?
- —Yo no sé... ¡pero me doy cuenta!
- —Cállese mejor —dijo el ingeniero—. La Pío es una emisora privada, de la Iglesia.
 - —De quien sea —replicaban los delegados—, pero es nuestra. Nuestra boca es.
- —Lo siento, caballeros, pero con Pío XII no tenemos nada que hacer. No hay que seguir hablando.
- —Claro que no, ingeniero —a un minero le salió su indio—. Ni una palabra más. ¡Porque si la Pío no entra en el acuerdo, ninguna entra!

Fue lucha de muchas semanas. Pero la ganaron, al fin. Y llegaron aquí los comisionados como vencedores de guerra.

—¡Ch'allen, compañeros! ¡La Pío va en el choclo con todas las radios!

* * * * *

Después vino la marcha del hambre. Se me aparece el Comandante Osinaga, un tanto nervioso.

- —¿Qué hacemos, padre? —me pregunta.
- —¿Qué hacemos de qué? —dije yo—. Este pueblo quiere expresar algo y tiene derecho a expresarlo. Hay que dejarlos.
 - —Sí, padre, pero luego comienzan las dinamitas.
- —Hagamos un trato, comandante. Usted se queda en el cuartel con su tropa. No quiero ver un sólo soldado en la calle. Y yo me comprometo a encabezar la marcha. Le aseguro que nada va a pasar.
 - —Bien, padre.
- —Usted sabe que van a decir "¡Abajo la bota militar!" "¡Mueran los gorilas!" y otros piropos al ejército... Y tienen que gritarlo, comandante. No se olvidan tan pronto las barbaridades que han cometido los soldados en estos campamentos. Pero ustedes, como sordos. Es lo único digno que pueden hacer.
 - —Bien, padre.

Y salimos. Dimos vueltas por las calles de Llallagua y de Siglo, con ollas, con banderas, con el puño alzado y, en el puño, la dinamita siempre lista. Llegamos, por fin, a la Plaza. Aquella Plaza donde meses atrás silbaron al Cardenal Maurer, donde años atrás habían quemado el muñeco del tata Lino. Yo sentí que tenía algo urgente que decir a los compañeros mineros. Y subí al balcón del Sindicato. Creo que he sido el primer Oblato que sube a la tribuna comunista de Siglo XX.

- —¡El cura va a hablar! —gritaban los trabajadores y se amontonaban.
- —No estoy aquí —comencé yo— para darles ninguna bendición. Ni para quitar el sitio a los dirigentes. Estoy porque conozco a un hombre, Jesús, que supo luchar contra los atropellos igual que ustedes. Valiente, igual que ustedes. ¡Un macho ese Jesús! ¡ Un Macho Moreno! Y Jesús quiere darles a ustedes, hoy, una buena noticia: ¡pronto seremos libres! ¡Los exiliados volverán, los presos saldrán de las cárceles, comienza ya el tiempo de la Justicia! ¡Dios está con los pobres, hermanos, Dios está con ustedes!

Fue una ovación tremenda. Habían hecho falta 25 años para que los mineros de Siglo XX y Catavi oyeran, desde el mismo balcón de su Sindicato, el mensaje proclamado en Nazaret.

Wayñitos para alegrar

Salimos al aire el 4 de julio del 82, después de dos largos años de silencio. Después de meses de vueltas, protestas y comisiones para conseguir la siempre negada licencia. En cuanto a los equipos incautados, nos devolvieron pedazos de ellos que para nada sirvieron. Nuestra suerte fue tener un transmisor viejo, criollo, que nunca había funcionado. Trajimos a un técnico de Cochabamba y logró ponerlo en marcha.

Llegó el 10 de octubre, el gobierno democrático. Nosotros fuimos a La Paz. Por cierto, con sólo decir que éramos los periodistas de la Pío XII nos abrían cancha. Nos pusieron arriba, con los periodistas internacionales, para mirar la toma de posesión de Siles Suazo. Ahora nos felicitaban, nos daban toda la facilidad.

¿Nuestra nueva programación? Al principio, sólo sonseras. No por miedo, sino porque no teníamos locutores, radialistas. El equipo de promotores lo habíamos aglutinado ya, pero no así el de la radio. Claro, la cuestión era salir, aunque improvisando muchas cosas. Los nuevos compañeros suplían con su entusiasmo lo que les faltaba de preparación.

Nos pasó una cosa curiosa. Imagínate, después de tanto estar callados, de tanta moderación, nos impacientamos. Sentimos que había que aprovechar el tiempo. ¿Y si dentro de un mes golpeaban otra vez los milicos y nos amordazaban nuevamente? ¡Había tanto que decir, que informar, tanto que educar a la gente!

Sacamos un programa dirigido a los mineros, cultural. A repetirlo por la tarde, por si no lo habían escuchado bien. Sacamos un programa para las mujeres. A repetirlo, que no hay primera sin segunda. Y a alargar el programa campesino con más informaciones, más comentarios. Y el noticiero, a aprovechar la oportunidad. Métele dos noticieros. Y retransmite otro más de La Paz, que la tercera es la vencida. Y en "Micrófono del pueblo" mete más noticias, que lo que abunda no hace daño. Y "Prisma Radial", por la noche, que sea de una hora, que media es poco para analizar la situación. Caraspa, nos falta un programa para los barrios. Y otro para las comunidades cristianas. Venga, más programas culturales. Educar a tiempo y destiempo, que mañana no sabemos si nos cierran. ¿Música para qué? Eso es desperdiciar la emisora. Noticias, formación, concientización, ahora es el chance. Y bueno, llegamos a fabricar un adobe tal que ni el santo Job lo aguantaba. ¡De las 16 horas de emisiones diarias, 14 eran de programas educativos! ¿No nos habríamos ido a la otra alforja? La gente reclamaba también su música, su novelita, su respiro. Pero nosotros, nada. Dale nomás con programas de peso. Y con tanto peso, claro, nos volvimos pesados. Porque te quiero te trompeo, como dicen los malos maridos.

Nos pasó otra cosa peor. Sentimos que había que fortalecer, sobre todo, las organizaciones. Fortalecer los grupos atendidos por nuestros promotores. Está bien. Y a

los sindicatos, a la Federación Campesina, al movimiento popular. Está mejor. Desde luego, aquí en los campamentos, en el distrito, hay muchos trabajadores organizados, muchas señoras en el Comité. Pero hay muchos más que no lo están, que no tienen un nivel tan alto de conciencia. Nosotros concentramos el esfuerzo en atender a las vanguardias. Una hora, otra hora, los mejores espacios para las organizaciones. Pero, ¿y el resto, la masa? La emisora era un canal para todos, debía ser. Pero en Pío XII, por la prisa de fortalecer los grupos, nos dirigíamos a los que llevaban la bandera Y nos fue pasando que, al mirar atrás, los abanderados y nosotros caminábamos solitos. La gente se había quedado rezagada, comiendo habas. Lenguaje duro, lenguaje militante, que los militantes entendían y respondían. Y mientras, el minero cansado, hablando de la fiesta de su pueblo. Y la señora de la pulpería, hablando del precio del aceite. Y el ñato haciéndole ojitos a su ñata. Pero nosotros, con el verso de la unión, la organización y la movilización de los cuadros.

Eso es peligroso, cuando un medio masivo se reduce a grupos y grupitos y se descuelga de las mayorías. Porque lo nuevo, lo popular, no es seleccionar la audiencia, sino darle participación. Eso hemos descubierto. Que el desafío de una emisora popular no es tanto lo de meter mensajes fuertes, cambiar el contenido de los "productos", sino cambiar los "productores". La cosa no es tanto hablarles a los dirigentes desde la emisora, sino que ellos mismos sean los que hablen, los que se proyecten a todas las bases a través del gran medio de comunicación. Y que las bases también participen, y que los programas partan de los intereses reales, sencillos, de la gente sencilla. Para que sea el pueblo quien eduque al pueblo. Ahí estaba, pues, la clave del asunto.

Y es que una emisora no es recurso de vanguardia. Bueno, en el extremo, cuando hay golpe, sí. Ya nosotros tenemos buen entrenamiento para las emergencias. Pero cuando se puede trabajar, cuando hay espacio, debe marchar al paso del pelotón, no tanto de los punteros. Aunque esto no lo tragaban todos.

- —Pan y circo, entonces? —protestaba uno.
- —No sólo, compañerito. Pero tampoco sólo coyuntura y hermenéutica. Les estamos volando los programas sobre sus cabezas.
 - —¡Concesiones! ¡Somos una emisora educativa!
- —Dime una cosa. Vos mismo, cuando acabas de trabajar 10, 12 horas aquí en la radio, ¿no te vas al cine? ¿No te plantas ante la televisión para ver "Rosa de Lejos"?

Poco a poco, nos fuimos aclarando. Comprendiendo que una radio, para acompañar al pueblo, tiene que reflejar la fortaleza del pueblo y también sus debilidades. A veces, a nombre de Marx o a nombre de Cristo, o de quien sea, nos volvemos intransigentes, puristas. El descanso es parte de la vida, ¿no ve? Si a Dios, el séptimo día, cansado después de tanta creación, le hubieran largado un programa educativo de los nuestros, ¡creo que sobre el pucho manda el diluvio!

Eso pienso ahora. Pensamos. Pero metimos la pata más de una vez. Y todavía. Lo de siempre, que los tropezones hacen levantar los pies. Me acuerdo de Hortensia, que nos cocina aquí en la Pío:

- —¿Oíste el programa de hoy, el de las mujeres?
- —Sí, pues, que lo oí, padre.
- —¿Y de qué trataba, Hortensia?
- —No, pues, no le sé decir...
- —¿Pero tú no lo oíste?

- —No tanto.
- —¿Qué emisora oyes tú, Hortensia? Di la verdad.
- —Pío oigo, pues.
- —El pío pío del pollito. A ver, responde de cierto.
- —Cansada estoy, padre, y esos locutores sólo saben hablar y hablar.
- —Y por la noche, ¿qué oyes? ¿No escuchas Prisma Radial?
- —Sí escucho.
- —¿Y de qué hablaron ayer?
- —¿Ayer?... Ayer con sueño estuve, pues, padre. De noche más cansada llego. ¿Cómo oír?
 - —Pero tú oyes Panamericana, Radio Illimani...
- —Con tu perdón, padre, pero la Pío es aburridora. Palabras nomás dicen. Música siquiera pongan, como ser wayñito.
 - —¡Música! Eso es lo de ustedes. Música para olvidar las penas.
 - —A veces hay que olvidar padre. ¿Cómo se carga la vida si no?
 - —Si ponemos música a la noche, más ligero van a comprar la cerveza.
- —Lo mismo decía el padre Lino también. Pero él se tomaba sus cervecitas de él, y su vinito, que yo lo sé. Wayñito siquiera pongan, para alegría. Que despuesito vendrá el ejército y habrá sobrante de lamentos. No llega Viernes Santo sin Carnaval antes. Tiempo sabe haber para todo.

Tiempo para todo. Tiempo para todos, también, en una emisora que quiere ir de la mano del pueblo. El pueblo no es tan impaciente como nosotros, eso he aprendido. Y tiene una sabiduría larga. Lo de Hortensia no era sólo de ella. Salimos a las calles a chequear. Hicimos una encuesta. Estábamos perdiendo mucha audiencia por tanto educa y educa. Comenzamos a aligerar los programas. A mezclar la risa con lo serio. A meter una novelita y un wayñito... El pueblo nos enseñaba nuevamente a trabajar. En tiempos de represión nos enseñó a resistir. En tiempos más sueltos, nos enseñaba también a no ser tan implacables. Ya fuimos mezclando en la programación el mote con el tostado, una cosa con otra, porque la vida tiene muchos tonos, muchos colores, rojo, verde, azul, violeta... Después de las tormentas, siempre sale el arcoiris.

El guardatojo de plata

Y de estos últimos meses, ¿qué más contar? Lo de la Cadena Minera, eso sí. Porque la Cadena sólo había funcionado cuando los golpes. Y en este año la hemos organizado, como programa fijo, para aprovechar mejor el espacio democrático. La Pío hace de matriz. Y todos los jueves a las 8 de la mañana, a pesar de los ruidos y las mil dificultades técnicas, sacamos al aire la Cadena. Todas las emisoras mineras hablan por turno, informan, se comunican... se entrenan para lo que pueda pasar en el futuro. Ahora también se unió la radio de los fabriles. Y la de los ferroviarios. Sí, poco a poco se va consolidando esta red de las emisoras que están en manos de la clase trabajadora.

Y bueno, lo de la semana pasada, todavía muy fresco. Lo de Matilde, pues. Que la Federación de Mineros hace su Congreso cada dos años. En el 82 tocó en Huanuni. Allá fuimos los de la Pío a transmitir. O a querer transmitir. Porque era usando teléfonos viejos para hacer los despachos.

En este año 84 eligieron como sede a Matilde, una mina chica que casi nadie conocía, perdida por ahí cerca del lago Titicaca, a 500 kilómetros de Siglo XX. ¡500 kilómetros! Queríamos trasmitir en directo. Pero, ¿cómo?

Comienza abril. El Congreso lo fijan para el 20. Casi coincidía con nuestro aniversario, con los 25 años de la radio. Esa trasmisión sería la mejor manera de celebrar las bodas de plata de la Pío. Y el mejor homenaje a la clase trabajadora del país. Tenemos que lograrlo, me dije yo.

Nos fuimos una semana antes a Matilde con nuestros equipitos, a ver qué pasaba. Probamos. La señal era captada en Siglo XX, pero con mucho ruido, demasiado. Varios intentos y nada. Descartamos esa posibilidad.

Regresamos a Siglo XX. Y esa noche estoy yo pensando cómo, dando vueltas en la cama, y recuerdo que ERBOL⁸⁹ acaba de sacar de la aduana un equipo bien moderno de banda lateral. Llamo inmediatamente a José Luis, el encargado:

- —Quiero ser padrino —le digo por el teléfono.
- —No tengo hijos todavía, Roberto, yo...
- —Quiero bautizar los nuevos equipos que recibieron. ¡Vamos a transmitir desde Matilde, hermanito!
 - —Pero es que...
 - —Gracias. Mañana paso a recogerlos.

Y fuimos, los llevamos, los probamos. La señal era como local, magnífica. Listo. Cuando los de la Federación supieron, estaban contentísimos. Nos prestaron toda la colaboración necesaria, una sala de prensa en el mismo local del Congreso.

Llegó el viernes 20, la apertura. Nosotros, a transmitir con nuestros flamantes equipos. A entrevistar a todos los delegados. A los dirigentes nacionales, claro. Pero también a los desconocidos, a los de la minería mediana, los rentistas, los de pequeñas minas privadas... Que hablen todos y que en todo el país se conozca cómo viven los trabajadores mineros. Que hablen también las señoras y sus comités de amas de casa, que exijan su reconocimiento en la Federación, a ver si a golpe de palabras logran romper el machismo que todavía existe al interior del movimiento obrero. Que hablen los campesinos con los mineros y los mineros con los campesinos, a ver si se fortalece la tan mencionada alianza de ambos sectores. Y la Pío sirviendo de canal para toda esta voz popular.

Para trasmitir los seis días que duraría el Congreso, colocamos un buen grupo de locutores allá y aquí, en Matilde y en Siglo. Y fue muy alentador, porque nuestros compañeros de trabajo no participaron en el Congreso como reporteros fríos y objetivos. Qué va, ellos andaban metidos en las comisiones, en las plenarias, compartiendo con los delegados, emocionándose con ellos, vivando la Federación y la COB, gritando contra el fascismo... Hicieron un periodismo muy poco neutral. Es decir, el que queremos hacer.

El ambiente del Congreso era tenso. El gobierno de la UDP acababa de lanzar un "paquete económico" brutal, cediendo a todas las presiones del Fondo Monetario. Una

⁸⁹ Educación Radiofónica de Bolivia.

devaluación del 300%, una subida despiadada de los precios... Y en esto, Juan Lechín, Secretario Ejecutivo de la COB y de la Federación de Mineros, presenta su renuncia irrevocable después de 40 años como líder indiscutido de la clase obrera boliviana.

Así, con estas sombras, comenzó el Congreso. Ya desde el primer día, por aclamación, todos los delegados ratificaron en el cargo a Juan Lechín. Faltaba saber si él aceptaría. Porque no había llegado aún a Matilde, estaba en La Paz discutiendo con el gobierno las últimas medidas económicas.

El miércoles llegó Lechín. Antes de entrar a la sesión, tuvimos oportunidad de entrevistarlo en nuestra salita de prensa.

- —He venido a aceptar la confianza que los delegados mineros han puesto en mí —nos declaró con los ojos aguados, con mucha emoción.
- —Don Juan —dijo uno de nuestros reporteros— déjeme presentarle al padre Roberto, director de Radio Pío XII.
 - —Lo conozco. Es un fiel servidor de la clase trabajadora.

Fui yo quien me emocioné entonces. Quería decirle que... Nada dije. Ya Lechín estaba solicitado por mil manos para saludarlo.

Esa noche hacen una lista de los que van a tomar la palabra en la plenaria.

- —Dentro de muy poco le toca hablar, padre —me dice uno de los organizadores.
- —¿Yo...? —Sí, tiene turno. Entre nomás.

Me hacen entrar en el salón grande de sesiones. Estaba más repleto que nunca porque ya todos los de las comisiones sabían que Lechín había llegado. Pero él no había entrado todavía al salón. Bueno, subo a la presidencia, me siento, trato de ordenar algunas ideas para decir.

- —Después de éste habla usted, padre —me susurran. Tenía la palabra Walter Delgadilo, del MIR disidente, que renunció como Ministro al conocer el paquete económico del gobierno. Delgadillo hablando y se levanta una ovación tremenda en el teatro. El mirista pensó que lo aplaudían a él. Pero era a Lechín, que acababa de entrar por el fondo.
 - -¡Juan Lechín! ¡Juan Lechín! —gritaban todos los congresales.

Lechín subió hasta la mesa del Presidium. Seguía el alboroto. Delgadillo no pudo hacer otra cosa que interrumpir su discurso, decir ¡Viva Lechín! y sentarse. Se levanta entonces Víctor López y me anuncia a mí como próximo orador. ¡A la macana, ahora qué hago yo, qué puedo hablar después de la entrada triunfal en Jerusalén de Juan Lechín? Además, con la bulla tenía ia mente en blanco. Me acerco al micr6fono, me ciegan las luces, los aplausos, la emoción... ¿Y qué habré dicho yo?

Este año Radio Pío XII celebra 25 años al servicio de la clase trabajadora. Puedo decir que Radio Pío XII ha sufrido un proceso de cambio. Los primeros años de la radio seguramente que han sido bastante negativos. Pero a través del contacto con la clase trabajadora, con los mineros, la radio ha ido cambiando su mentalidad para ponerse al servicio de la clase trabajadora. (APLAUSOS)

Y para celebrar este aniversario no hemos encontrado otra manera mejor que transmitir todo lo que acontece en este gran Congreso. Hemos hecho todos los esfuerzos posibles para transmitir desde aquí, desde Matilde, a Siglo XX. Y desde allí, a todo el país. Y eso es un homenaje a ustedes y también a todos los trabajadores del país. (APLAUSOS) También estoy representando a la iglesia minera. Hace unas semanas atrás hemos realizado una reunión en Oruro de todos los sacerdotes y religiosas que trabajan en los centros mineros. Como saben ustedes, durante el régimen de Barrientos habíamos empezado estas reuniones para comprometer a la Iglesia en la problemática minera de todo el país. Y cuando vino el régimen de Bánzer dejamos de reunirnos por los motivos que todos conocemos. Así que, hace un mes atrás, hemos reempezado estas reuniones para que la Iglesia se ponga del lado de los oprimidos y de los pobres. La Iglesia no puede ser neutral. Cristo no ha sido neutral. Optó por los pobres. ¡Y si la Iglesia quiere ser fiel a su fundador, tiene que ponerse de ese lado y sufrir las consecuencias que sufren los pobres! (APALUSOS)

Transcripción del discurso del P. Roberto Durette en el XX Congreso Nacional Minero, Mina Matilde, 25 abril1984 (Fragmentos)

Acabé de hablar. Cuando voy a sentarme. Juan Lechín que se para, se acerca y me extiende la mano:

—Gracias por todo, padre. Muchas gracias. Y Víctor López, Secretario General de la Federación y que actuaba como Presidente del Presidium, se larga con no sé cuántos piropos a la Pío XII. Pero no los recuerdo. Para emociones ya tenía bastantes.

* * * * *

Compañeros:

Radio Pío XII, encarnada como está en un centro minero, ha vivido junto con los trabajadores, ha participado de todas sus inquietudes, ha reflejado la ansiedad de un pueblo que lucha, día a día, por vencer una serie de barreras en su realización.

Y ese pueblo ha encontrado en Radio Pío XII el canal para que esa ansiedad pueda ser trasmitida al ámbito nacional. Un canal que ha estado presente en momentos trágicos, venciendo las fronteras, llevando una voz, y corriendo la misma suerte que corrieron las organizaciones sindicales, los trabajadores y quienes luchan por preservar la libertad y los derechos de nuestro pueblo.

A esos 25 años de trabajo, de labor tesonera, queremos desde este congreso saludarlos en la persona del padre Roberto y dejarle patente nuestro reconocimiento como clase trabajadora minera. Le deseamos que siga con esa tarea, y que cada vez más se agigante esa voz. Y que la Iglesia, encarnada como está con su pueblo, reciba también en esta ocasión nuestro reconocimiento por la labor solidaria que ha sabido brindar a nuestro pueblo perseguido, a nuestras organizaciones golpeadas.

Estamos —¿por qué no decirlo?— frente a ciertas amenazas que se ciernen. Y hemos de contar nuevamente con esa acción solidaria de la Iglesia y de los hombres que hacen revivir los principios humanos de esa Iglesia dedicada a su pueblo.

Padre Roberto, nuestro reconocimiento y nuestra felicitación por esa labor cumplida en Radio Pío XII. Y a los padres, a los religiosos que usted representa en esta noche, lleve nuestro abrazo fraterno por toda esa labor cumplida.

Se lo dieron en la penúltima sesión. Fueron los lameros de Siglo XX los que hicieron la solicitud para condecorar a la emisora. Y todos los delegados, toditos nos pusimos de pie para aplaudir y aprobar. GUARDATOJO DE PLATA para la Pío. No, ésa no es una distinción que se consigue fácil. Yo creo que en toda la historia de nuestra Federación se ha dado una vez, acaso dos veces... Bien merecido me parece a mí. Fue la única emisora que nos trasmitió a Matilde. Las otras repetían lo de la Pío XII, pero ésta fue la que metió el golazo. Merecía su guardatojo, pues. Porque es minera, igualito que nosotros. Y así festeja las bodas de plata con casco de plata.

* * * * *

Ayer, 30 de abril, era la Asamblea en Catavi. Los dirigentes iban a informar en ella las Conclusiones del Congreso de Matilde.

—¿Para qué, pues, informan —dijeron los trabajadores— si todo lo que pasó por la Pío ya hemos sabido? Más bien tenemos observaciones que hacerles de lo que hablaron ustedes allá y escuchamos nosotros aquí.

Se conoció tanto del Congreso, se habló tanto de Matilde, que ya las dos primeras *wawitas* que nacieron en el campamento las bautizaron con el nombrecito.

Y bueno, aquí nos tienes, compañero. Esa es la historia.

Entrevista final

con el P. Roberto Durette y el Sr. Ernesto Miranda, actuales directivos de Radio Pío XII.

ENTREVISTADOR— Ustedes han leído estas páginas antes de su publicación. ¿No podrían perjudicarles?

ROBERTO— Nuestra postura ha sido bastante clara, sin tapujos. No es por estas declaraciones que los enemigos van a saber quiénes somos y qué queremos. El Evangelio es más fuerte, y está publicado antes. Además, los delitos no los hemos cometido nosotros, sino ellos. Que se preocupen ellos, porque el pueblo boliviano, que sabe toda la historia, y con más lujo de detalles, es quien les pide y pedirá cuentas.

ENTREVISTADOR— Ahora en 1984 hay más espacio democrático en Bolivia. Más espacio para trabajar. ¿Cómo lo aprovechan ustedes?

ERNESTO— La verdad es que sabemos trabajar mejor en tiempos de represión y no tanto en tiempos de democracia. Es más riesgoso, pero más fácil: el enemigo es mucho

más claro, las metas del trabajo también. Será porque hemos pasado estos 25 años, casi siempre, con las botas militares encima. Y ya estamos entrenados para eso. Aunque la historia no termina con la apertura democrática del 10 de octubre. Los paramilitares siguen ahí. Mejor dicho, aquí. En estos días estamos recibiendo cartas anónimas con amenazas. Que nos van a dejar un "regalito" en la emisora. Que ya pronto van a liquidar a todos los "rojos". Que comencemos a temblar desde ahora. Claro, estas cartas son el mejor termómetro de que seguimos del lado del pueblo. Pero también, de que mañana puede venirse abajo el proceso democrático. El golpe militar, en Bolivia, siempre es lo más probable.

ENTREVISTADOR— Si el papa Pío XII levantara la cabeza y viera lo que aquí se hace en su nombre, ¿qué pensaría?

ROBERTO— El nombre de la emisora ya no se puede cambiar, aunque, en realidad, ya no corresponde con el estilo de trabajo nuestro. Es todo lo contrario de la mentalidad intolerante, fanática, de la Iglesia de los años 50. Una vez, con los aires del Concilio, pensamos cambiar de papa y llamarla Juan XXIII. Pero una radio es como una persona, no se desbautiza. Es decir, tenemos que cargar con un nombre histórico. Por suerte, el pueblo no entiende ese nombre. Le han quitado el "XII", lo han vuelto femenino —la Pío—, le han dejado poco del vaticanismo de la postguerra.

ENTREVISTADOR— ¿No está muy politizada la Pío?

ROBERTO— Sí, desde luego. Y así tiene que ser. No hay que tener miedo a estar politizado. Porque todos, desde el Papa hasta el último monaguillo, hacen política. Nadie está en el medio. El problema, entonces, consiste en ver si nuestra politización va en el sentido del pueblo o de las clases dominantes. Toda emisora tiene posiciones políticas, lo que no quiere decir que hagamos labor partidista. Pero, aun a riesgo de equivocarnos, tenemos que situarnos a favor del pueblo. Estar con ellos, con los jodidos. Y esto implica estar contra los otros, los que joden. Nuestra programación no es imparcial. Ni amarilla. Su identificación es clara: hace camino con los mineros, con los campesinos, y se juega por ellos.

ENTREVISTADOR— ¿Pensabas así cuando llegaste hace 20 años, cura nuevito, a los campamentos mineros?

ROBERTO— La mayoría de nosotros, yo personalmente, venimos de la clase trabajadora, somos hijos de obreros. Mi padre no terminó su primaria. Toda la vida de panadero, perdió su trabajo por apoyar las primeras huelgas en Estados Unidos, en el año 31. Yo nací en la miseria. Pero luego, nos metemos a estudiar en el seminario, nos inyectan ideas aristocráticas, nos emborrachan con conceptos teológicos sacados de libros, nos alejan de la vida. Y uno sale con mentalidad de cruzado o de inquisidor. Pero con un poco de sensibilidad, teniendo corazón, entrañas, como dice la Biblia, uno ve que todos esos esquemas no pegan con la realidad, con el dolor de la gente, con los abusos. Se rompen los esquemas, pues. El pueblo los rompe. Y ellos, los pobres, nos hacen volver a nuestras raíces populares.

Mi vida como cura ha cambiado aquí radicalmente, la forma de ver la vida, el sentido de por qué uno vive. He aprendido algo importante: como creyentes, tenemos que estar ligados a todo el proceso de la creación. El mundo, todo lo que existe, tiene que estar al servicio de todos los hombres. Creación y resurrección son un mismo proceso de la vida. El papel de uno, entonces, es hacer que esta vida, que algunos quieren reprimir, vuelva a brotar más pujante. Yo quiero estar del lado de la vida.

ENTREVISTADOR— Ernesto, tú eres padre de familia, eres cristiano, eres radialista, eres maestro. ¿Por cuál de estas cosas estás aquí trabajando en la Pío?

ERNESTO— Por todas las que mencionaste. Añádele otra: por boliviano.

ENTREVISTADOR— ¿ Y no estás cansado de tanta lucha?

ERNESTO—A veces, sí. Mira, en las temporadas difíciles uno se supera, trabaja con fuerza, nace la creatividad. Pero luego llega el oxígeno democrático, como ahora, y aparecen entonces los campeones de la revolución de escritorio a darte lecciones, a criticar, a llamarte amarillo. La misma gente afloja, se vuelve mañuda... Eso es lo que más me desanima. Y pienso: ¿para qué miércoles hago todo esto? Bueno, yo creo que tenemos que aprender a ser revolucionarios en la tranquilidad, a no perder la urgencia, la rabia, cuando la cosa está más suave.

ENTREVISTADOR—¿No has tenido miedo a que te metan un balazo?

ERNESTO— Nadie se entrena para la muerte. La muerte no tiene vísperas, pasa cuando pasa. ¿Miedo? Sí, cuando pienso en mi mujer, en mis hijos... Pero hay momentos, como en julio del 80, cuando uno ve a las señoras, a los niños, en pie de lucha, que el miedo se borra. Cuando hay más tranquilidad, pues uno se vuelve hogareño, renace el temor a perder lo que se tiene. Pero si se arma otro lío, también me meto en él. Y tal vez, hasta más radical sería uno, sacando maestría de la historia. Sí, ahora estoy más decidido a seguir que cuando llegué a la emisora. De aquí no me muevo. Esta es mi trinchera.

ENTREVISTADOR— En estos días te he oído hablar de la emisora como quien habla de una novia. O mejor, de una amante. ¿Qué es para ti la Pío?

ERNESTO— Claro, la Pío es mi fuente de trabajo. Pero, además, están los ideales de uno. Yo he ido creciendo junto con esta radio. Ella me ha acercado a la gente, a mi misma gente, a los mineros, a los lameros. Quiero mucho a la Pío. Al principio, mi mujer tenía celos de la emisora. Yo me pasaba el día, a veces la noche, trabajando aquí, hablando de lo que hacíamos y de lo que íbamos a hacer... Pero a partir de los líos políticos ella misma me empujaba y participaba en todo muy solidariamente. Ahora pienso que se sentiría muy infeliz si abandono la emisora, que es como una segunda piel para mí. Esta es mi herramienta para servir a mi pueblo.

ENTREVISTADOR— Y tú, Roberto, ¿te has sentido cansado?

ROBERTO— Sí, actualmente. Es que cuando uno está pasando la mala hora de la represión, idealiza el futuro. Pero llega el respiro democrático. Y comienzan los dirigentes a jalar para su lado, y los políticos a morderse. Desperdician la oportunidad por la ambición. Ellos mismos están creando las condiciones para volver a lo de antes, a las botas y la metralla. Actualmente, pasa esto. La izquierda parece perdida. Los dirigentes manejan al pueblo, pero no lo sirven. Eso desanima. Y uno se pregunta si tendrá sentido toda esta lucha para volver a lo mismo y recomenzar. Y los que cayeron

en el camino, ¿valió la pena su heroísmo? No sé, parece un sube y baja. A veces, uno se siente muy confuso.

ENTREVISTADOR— ¿Quién te enseñó a hacer radio?

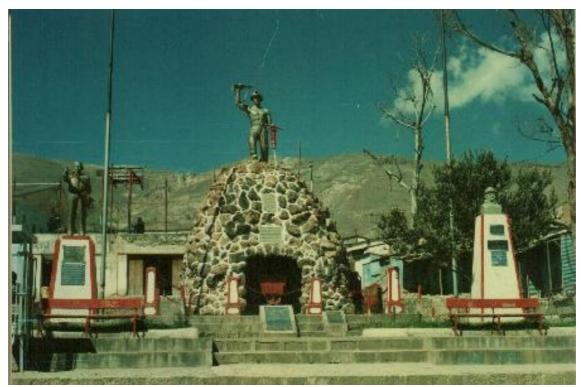
ERNESTO— Nadie. La gente será. Cuando llegué aquí, yo no sabía nada de radio ni de programas. Creo que mi escuela, y la de mis compañeros, fue el sentido común y la lucha popular. Mira, aquí en la caseta de transmisión de la Pío, hay un letrero:

NO HABLAR EN NOMBRE DEL PUEBLO DEJAR QUE EL PUEBLO DIGA SU PALABRA

Creo que ése es el secreto para una emisora popular, una consigna para todo radialista. Cuando un locutor toma el micro en sus manos, ¿quién le ha dado el mandato de hablar? La palabra es una misión, hay que recibirla del pueblo. Pero ahora él, muy sobradorcito, toma el micrófono e influye en medio mundo con sus criterios, sus gustos, su mentalidad. No puede ser así. Un radialista, antes que nada, debe ser un promotor, es decir, un motor que impulsa, que dinamiza al pueblo, que sirve de enlace entre la palabra popular y la gran bocina de la emisora. Una emisora viene siendo como un embudo: la voz del pueblo entra por el boquete pequeño y sale por el grande, para que todos se enteren, para multiplicar la lucha. Entonces, se trata de hacer participar. Que el pueblo, que hace 500 años fue silenciado, pueda hablar ahora y rescatar su historia y su dignidad. Ese es el primer deber de los que estamos en los medios de comunicación.

ENTREVISTADOR— Pío XII está en mayoría de edad, cumplió 25 años. ¿Qué cambios ha habido desde el 59 hasta ahora?

ROBERTO— Pienso que estos 25 años son como una gran parábola, como un resumen de lo que ha venido pasando en la Iglesia latinoamericana. De posiciones intolerantes, colonialistas, un sector de la Iglesia ha pasado al compromiso humilde con el pueblo. Del anticomunismo, al Evangelio. ¿Qué ha cambiado en la Pío? Quizás los enemigos. Antes, los obreros nos tiraban la dinamita y nosotros los tratábamos como enemigos. Luego fueron los militares, los poderosos, los que nos trataban de acallar. Nos habíamos puesto al lado del pueblo. O mejor, fue el pueblo el que nos jaló, nos puso junto a ellos. Nadie cambia por sí mismo. Lo cambian. Nos convierten. A la Pío, la convirtieron los mineros, las señoras, los campesinos, la lucha popular. El pueblo boliviano es una mina de coraje. Arruinaron la plata y el estaño, saquearon todo, menos el coraje de este pueblo. Ellos nos hicieron entender el Evangelio y el riesgo de la fe. Porque el pueblo está desarmado, paga la cuota alta de la represión. Y ponerse junto al pueblo es hacerse vulnerable, vivir su mismo sobresalto. Hemos pasado muchos momentos malos, sí. Nos han golpeado fuerte. Pero no acaban con nosotros. Aquí estamos, pues. Resistimos.



Monumento al minero en Siglo XX

El contexto de Siglo XX

Al revisar los manuscritos de UNA MINA DE CORAJE, hemos pensado que tal vez ustedes, los amigos lectores que no son de Bolivia ni conocen nuestro contexto se sentirán extrañados por lo que aquí se narra. Algunos datos complementarios pueden ayudarles a ubicarse y comprender mejor.

Estas minas están situadas en el altiplano del norte del Departamento de Potosí, a 3,700 metros sobre el nivel del mar, entre montañas pobladas de paja brava y de gallardas llamas que, aún a los inicios del presente siglo, servían como principal medio de transporte de minerales hasta los centros ferroviarios de Oruro y Machacamarca.

La zona no es muy apta para la agricultura. La alimentación está basada en la papa, el chuño y otros cereales característicos del altiplano. Lo demás hay que traerlo de los valles más próximos.

Las minas de Siglo XX están actualmente agrupadas en una sola empresa dependiente de la COMIBOL denominada Empresa Minera Catavi. Su explotación en forma irregular comienza, más o menos, en 1890. Así lo señalan algunos documentos referentes a las primeras concesiones mineras.

Desde los comienzos de 1900 se hizo cargo de la explotación del sector de Siglo XX una empresa Chileno-Inglesa con el nombre de "Compañía Estañífera Llallagua".

Ciertamente es desde entonces que la explotación del estaño comienza a adquirir importancia y ocupar los primeros lugares de producción en Bolivia.

Pocos años más tarde, alrededor de 1907, Simón I. Patiño, un atrevido cochabambino que antes se había desempeñado como empleado en una casa comercial de Oruro, descubrió una fabulosa veta de estaño en un lugar que luego llamó "La Salvadora". Con el nacimiento de "La Salvadora" cambió el rumbo de Patiño, de la mina de Siglo XX y de la economía boliviana. Ya en 1920 la Empresa Patiño Mines, internacionalizada por decisión de Patiño tras haber liquidado a la Estañífera Llallagua, se hace dueña de todas las concesiones mineras de la provincia y, al mismo tiempo, se convierte en la empresa más importante de Bolivia. El hábil Patiño, de ser un indigente buscador de minerales, pasa a ser uno de los más grandes millonarios. Hay muchos que afirman que fue el cuarto hombre más acaudalado del mundo, por lo que se le llamó "el barón del Estaño".

De las minas de Siglo XX se extrajeron miles y miles de toneladas de estaño que alimentaron los bancos extranjeros, que contribuyeron a la victoria de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial con sus "40,000 toneladas métricas anuales", que sirvieron para formar las cuantiosas reservas de estaño con que hoy cuenta Estados Unidos (Stock Pile). Pero nada de esto sirvió para el desarrollo económico de Bolivia.

Pese a toda esta fuga de recursos, la producción del estaño durante la época de Patiño constituyó la base fundamental de la economía nacional, dejando en planos muy secundarios al sector agropecuario. Y es justamente con esta forma de producción que comienza la historia político-sindical de las minas de Bolivia.

Mientras Patiño se mezclaba con los más grandes ricos del mundo, los trabajadores mineros no entendían cómo, siendo ellos los principales productores de la riqueza, seguían con sueldos de miseria que apenas alcanzaban para sobrevivir en viviendas estrechas y compartidas, por lo menos, con tres familias más, en condiciones de completa inseguridad, como verdaderos "topos humanos".

Comenzó a organizarse, entonces, un sindicalismo muy avanzado, con una alta convicción política y un sentimiento férreo de clase. La perspectiva de este sindicalismo que cada vez iba cimentándose más, no se reducía a las simples reivindicaciones económicas. Fue más allá, se politizó altamente. De ahí es que muchos afirmarán que en las minas de Siglo XX reside la vena del sindicalismo boliviano, principal foco orientador para el país, "vanguardia revolucionaria" de otros sectores laborales.

No es para menos. Desde estas minas se desarrolló lo que hoy es la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB). También desde este distrito se perfiló y consolidó a la poderosa Central Obrera Boliviana (COB). Su fuerza organizativa y su poder en el terreno de las decisiones del pueblo boliviano son reconocidas por todos.

El camino de las luchas mineras está teñido de sangre. Desde el tiempo de la Patiño Mines, cuando los mineros salían a reclamar pan, justicia y mejores condiciones de vida, recibían como respuesta la más brutal represión.

En 1923, en Uncía, se protagoniza una horrenda masacre donde mueren centenares de mineros con sus esposas e hijos. En 1942, en Catavi, el ejército dispara contra los trabajadores declarados en huelga y deja un saldo de más de 400 muertos en la pampa

que desde entonces se llama de "María Barzola". Era el nombre de la humilde palliri que encabezaba la manifestación enarbolando una bandera boliviana. Otras masacres en septiembre del 65, en junio del 67, y tantas que son largas de enumerar, cubrieron de ignominia a los gobiernos de turno.

Pero la sangre que se derramó en las minas fue abono en tierra fértil, maduró la conciencia revolucionaria del pueblo minero. "Las minas bolivianas son un laboratorio de concientización", afirman muchos visitantes del exterior.

Es innegable la influencia de las luchas y de la organización sindical minera en la política del país. Cada ampliado, cada congreso minero, causa expectativas en todos los sectores nacionales. De sus decisiones dependen las alternativas que tomarán las demás organizaciones sindicales, incluso políticas, de Bolivia.

Muchos gobiernos dictatoriales hicieron mil esfuerzos para cercar y controlar las minas, particularmente Siglo XX. Intentaron de esta manera opacar el desarrollo del movimiento obrero. Con este motivo, inclusive acantonaron tropas del ejército en las minas. Esa decisión hace más impopular a las Fuerzas Armadas ya que, mientras los militares cercan las minas, las riquezas naturales del país fugan diariamente por las fronteras desguarnecidas de nuestro territorio.

Es en este "bastión combativo" —como dicen los propios mineros— que nacen las emisoras sindicales. Emisoras que, sin saberlo, se constituyeron en los primeros medios de comunicación radiofónica en manos de la clase trabajadora latinoamericana. Y estas emisoras no nacieron casualmente. Surgen por la necesidad de hacer saber a todo el país lo que estaba pasando en las minas. Fueron los propios mineros los que aportaron parte de sus salarios para costear sus emisoras sindicales. Y son ellos los celosos guardianes de su buen funcionamiento.

Nacieron las emisoras sindicales y nació también Radio Pío XII. En este libro se ha rescatado la historia de esta emisora católica fundada por los padres Oblatos, que los mineros, después de haberla visto durante 25 años acompañando sus luchas, ya la sienten como suya. Y lo es.

Ernesto Miranda Director de Programación Radio Pío XII